Título original: *Das Ganz Normale Chaos Der Liebe*

Publicado en alemán, en 1990, por Suhrkamp Verlag, Francfort del Meno

Traducción de Dorothee Schmitz

Cubierta de Mario Eskenazi

Primera edición en castellano en El Roure Editorial,
Esplugues de Llobregat (Barcelona), en 1998.

ISBN: 84-493-1091-1
Depósito legal: B-28.506/2001

Impreso en Gràfiques 92, S. A.,
Av. Can Sucarrats, 92 - 08191 Rubí (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Prefacio

Ulrich Beck es uno de los principales teóricos actuales de la sociología. Desde que se tradujo su primera obra al inglés, su impacto en los países anglosajones es paralelo al de su colega Giddens. Recientemente, se ha iniciado el mismo proceso en el mundo latino con la publicación en castellano de varias obras fundamentales: *La sociedad del riesgo* (Paidós), *Modernización reflexiva* (Alianza), *¿Qué es la globalización?* (Paidós), *Un nuevo mundo feliz* (Paidós), *La democracia y sus enemigos* (Paidós), *Políticas ecológicas en la edad del riesgo* (El Roure) y *El normal caos del amor* (Paidós/El Roure).

En *La sociedad del riesgo* (1986), analiza una fase de desarrollo de la sociedad moderna donde los riesgos sociales, políticos, económicos e individuales tienden a escaparse de las instituciones destinadas al funcionamiento y protección de la sociedad industrial. El riesgo es definido como un camino sistemático para afrontar azares e inseguridades producidas por la modernización. Mientras en la sociedad industrial clásica la lógica de la producción de riqueza domina la lógica de la producción de riesgos, en la sociedad del riesgo la relación se invierte.

El mismo libro ya trata de la modernización reflexiva que después debate en *Modernización reflexiva* (1994), con Giddens y Lash. En esta obra aclara que no hay que relacionar este concepto con reflexión, sino con auto-

confrontación. Se denomina modernización reflexiva a un cambio de la sociedad industrial no planificado que ocurre simultáneamente con un orden político y económico que permanece sin cambios, lo que implica una radicalización de la modernidad, que rompe las premisas y contornos de la sociedad industrial y abre las puertas de una nueva modernidad.

En *Políticas ecológicas en la edad del riesgo* (1988), analiza la época donde el progreso ha hecho posible la mayor destrucción teniendo sólo una mínima causa. Esta conciencia de la fragilidad de lo que parecía cierto abre dos alternativas contrarias: el silencio y cinismo o, por contra, la transformación de los conceptos dominantes. Su propuesta se centra en el cambio de las instituciones, la ciencia y las empresas, de forma que se sustituya la irresponsabilidad organizada por la responsabilidad democrática.

En *¿Qué es la globalización?* (1997), desarrolla una sociología de la globalización enfrentada al anuncio posmoderno del fin de la ciencia y analiza el paso de la primera a la segunda modernidad. Afirma que la decadencia empieza por el cerebro y que el fatalismo es también una enfermedad del lenguaje. Contra quienes pronosticaron el fin de lo político ante la caída del muro de Berlín, Beck subraya la singularidad de la politización involuntaria de todos los campos de la actividad social, como resultado de los conflictos del riesgo. En el conjunto del libro late la pregunta: ¿qué es la globalización, y cómo se puede configurar políticamente?

En *El normal caos del amor* (1990), Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim tienen el mérito de abordar el lado teórico-social de lo que aparece como conflicto de relaciones amorosas. Definen el cambio actual como el paso de una situación donde la regla es la familia única para toda la vida, a otra donde se da un ir y venir entre diferentes familias temporales o bien entre formas de convivencia no familiares. No se da tanto la sustitución de una alternativa por otra, sino la coexistencia de una creciente diversidad de posibilidades. Cada persona construye así, en interrelación con otras, su propio currículum. La autodeterminación de las mujeres en ese contexto representa un importante factor de cambio respecto de la situación anterior.

El análisis se realiza desde las aportaciones características de la teoría sociológica y que son comunes a sus principales autores (Beck, Giddens, Habermas): la modernidad y su radicalización, el protagonismo de los actores sociales, el papel central del diálogo y el consenso, y el sentido y reencanto en la comunicación.

En este libro se considera el amor como un logro de la modernidad y tiene la emancipación como una de sus señas de identidad frente a las reglas tradicionales de vida; lo que ocurre en lo privado, y puede parecer personal, es consecuencia de la modernidad y de la dinámica de libertad que genera. Se critica el empirismo ciego que ignora la transformación de las formas estructurales de la familia y de la sociedad.

Ya no está claro si hay que casarse o convivir, si tener y criar un hijo dentro o fuera de la familia, con la persona con la que se convive o con la persona que se ama pero que convive con otra, si tener el hijo antes o después de la carrera o en medio. Lo característico se integra en un currículum global: el vivir solo, la convivencia prematrimonial y matrimonial, los pisos compartidos y paternidades que varían pasando por uno o dos divorcios, etc.

Las transformaciones son realizadas por los actores. E. Beck-Gernsheim y U. Beck reafirman cómo los setenta y ochenta contradicen la anunciada muerte del sujeto; los grupos cívicos han tomado la iniciativa temática, han sabido introducir en el orden del día los temas de un mundo amenazado y lo han conseguido contra la resistencia de los partidos y de las ciencias establecidas y contra la fuerza enorme de las inversiones millonarias de la industria.

Los matrimonios que se mantienen se han hecho posibles porque la elección de la pareja ya no está sujeta a influencias y poderes ajenos. Una investigación alemana sobre matrimonios biculturales constata que estas uniones representan matrimonios muy modernos, puesto que corresponden al ideal del amor romántico. Aunque la mayoría de las parejas siga todavía las reglas de la endogamia, crece el número de aquellas que se salen totalmente de los tradicionales límites del entorno social y de los círculos normales de casamiento. Incluso en los matrimonios actuales ya se ha convertido en un tema que acuerdan no pocas parejas, antes de pasar por el registro civil: la elección del apellido.

Se desarrolla así una ilustración para uso doméstico biográfico que se resiste a las predeterminaciones de la vida y derrite el trozo de la Edad Media no sólo conservado, sino producido por la sociedad industrial.

Las antiguas normas conductoras se desvanecen, pierden su fuerza de marcar la conducta. Lo que antes se hacía sin negociar, hoy hay que hablarlo, razonarlo, negociarlo y acordarlo y, justamente por ello, puede ser roto cada vez de nuevo; todo se vuelve discursivo. Lo único que está sujeto a sanciones públicas es el consentimiento. El amor es una autogestión radical sin controles externos mediante los que sacar sus problemas del caos de la batalla y someterlos a un juicio neutral. El discurso del libre dominio establece una democracia del amor que se abre camino sin sujetarse a declaraciones de gobierno, proyectos de ley, debates o votaciones en el parlamento.

Así, los autores demuestran cómo, actualmente, se recomienda cada vez más regular el máximo de aspectos posibles de la convivencia cotidiana mediante un *contrato* matrimonial y cómo cada vez hay más personas que siguen este consejo tanto en Alemania como en Estados Unidos. Se trata de contratos que van desde los que se limitan exclusivamente a las cuestiones financieras hasta los que contienen normas respecto al estilo de vida. No son ya raros, por ejemplo, los contratos matrimoniales que determinan que las dos partes de la pareja se alternen en la elección del lugar de vacaciones, que participen del mismo modo en la imposición de disciplina sobre los hijos, que se tengan que haber revelado mutuamente la forma de sus anteriores experiencias sexuales; incluso establecer las personas invitadas al banquete para celebrar el divorcio.

Hay, pues, un cambio de significado respecto al amor; de una relación que naturalmente dura toda una vida a una relación que se mantiene sólo bajo determinadas condiciones. Aparece el ideal del amor romántico: «Cuando se acaben los sentimientos debiera acabarse el matrimonio».

Max Weber habló del espíritu del capitalismo que surgió involuntariamente de la estética terrenal del protestantismo. Los autores dicen que el amor es el sentido de la modernidad actual; el amor por el amor, que ya se está convirtiendo en conflicto, se crea después de la ética del deber protestante respecto al trabajo a través del desmoronamiento de las formas de vida de la familia nuclear. Las personas ponen su encantamiento en las relaciones de pareja, en el no mercado y, cuando éstas se tornan en conflictivas, en los hijos que, de esta forma, se convierten en la última contra-soledad y reencanto.

Consideran el amor no sólo como una promesa de salvación y de ternura, sino también como un esquema para la esperanza y para la acción, un esquema que con su destradicionalización, con la retirada del Estado, del Derecho y de la Iglesia, despliega su propia lógica de conflictos y sus paradojas inmanentes. La pérdida de significado del matrimonio y de la familia, los números crecientes de divorcios... encuentran sentido para las personas en la libertad de una unión de corazones diferente, mejor, más hermosa, que cumple lo no cumplido de la anterior.

RAMÓN FLECHA y LÍDIA PUIGVERT
Universidad de Barcelona

INTRODUCCIÓN

Posibilidades arriesgadas. Individualización social y formas sociales de vida y de amor

«¿Por qué te casaste con el hombre con quien lo hiciste?», pregunta una hija a su madre en la novela de Michael Cunningham *A Home at the End of the World.* «¿No tuviste nunca miedo de cometer un grave error como perder el tren de tu verdadera vida y, no sé, escaparte por la tangente sin tener ninguna posibilidad de volver?» Su madre «ahuyentaba la pregunta como si fuera una mosca lerda pero pesada. Sus dedos brillaban por la pulpa del tomate. "En aquel entonces no hicimos preguntas tan trascendentales", dijo ella. "¿No es duro para ti pensar y cuestionar y planificar tanto?".» (Cunningham, 1991, págs. 189-190).

En su novela *The Burden of Proof*, Scott Turow describe en términos similares a un padre perplejo por las dudas infinitas que tiene su hija acerca de lo que el futuro le pueda deparar. Escuchando a Sonny (su hija), que estaba sacudida por impulsos y emociones —implorando, asediando, irónica, furiosa—, Stern llegó a pensar que Clara (su mujer) y él habían sido los beneficiarios de alguna buena suerte. En aquellos tiempos, las definiciones eran más claras. En todo el mundo occidental, los hombres y las mujeres de procedencia de clase media querían casarse, tener hijos y educarlos. Etcétera. Todo el mundo caminaba por los mismos senderos trillados. Pero para Sonny, que se casaba tarde, en la Nueva Era, todo constituía una suerte de

elección. Se levantaba por la mañana y empezaba todo de nuevo, cuestionando las relaciones, el matrimonio, los hombres, al veleidoso compañero que había elegido y quien, según su descripción, aún era medio niño. «Él (Struck) se acordaba de Marta, que decía muchas veces que ella encontraría un acompañante masculino en cuanto tuviera claro qué tipo de hombre necesitaba.» (Turow, 1991, pág. 349).

Pero ¿qué es esta «Nueva Era»? El libro afirma que una de sus principales características es la colisión de intereses entre amor, familia y libertad personal. La familia nuclear, construida alrededor de la diferenciación sexual, se está desmembrando con las preguntas por la emancipación y la igualdad ante la ley que ya no se detienen convenientemente en la puerta de nuestras vidas privadas. Y se genera el caos totalmente normal y cotidiano del amor.

¿Pero qué viene *después* de la familia, de este lugar del amor transformado en hogareño? ¡La familia! Diferente, crecida, mejor; la familia negociada, la familia cambiante, la familia múltiple, que proviene del divorcio, del volverse a casar, del nuevo divorcio, de los hijos de tus pasados y presentes familiares y de los míos; el despliegue de la familia nuclear, su temporalización, la unión de los no apareados que ella representa, sus mimos y su sacralización, que no en última instancia se basa también en su carácter de monopolio en tanto que contramundo vivible adquirido en la sociedad del riesgo y del bienestar destradicionalizada, abstracta y marcada por catástrofes. *El amor se hace más necesario que nunca antes y al mismo tiempo imposible.* Lo delicioso, el poder simbólico, lo seductivo y lo salvador del amor *crece* con su imposibilidad. Esta extraña ley se esconde tras las cifras de divorciados que se casan de nuevo, tras el delirio de grandeza con el cual la gente busca su Yo en el Tú. En el hambre redentor que les hace abalanzarse los unos sobre los otros.

Las mujeres y los hombres de hoy están a la búsqueda, una búsqueda forzada por el matrimonio sin papeles oficiales, por el divorcio, el matrimonio por contrato, por la lucha por la compatibilidad entre trabajo y familia, amor y matrimonio, a través de una «nueva» maternidad y paternidad, amistad y círculos de conocidos. Todo eso se ha puesto irreversiblemente en movimiento. Se trata, por decirlo así, del «conflicto de clases» que sigue al conflicto de clases. Donde el bienestar y la seguridad social han alcanzado un alto nivel, donde la paz y los derechos fundamentales democráticos se están convirtiendo en algo normal, las contradicciones entre libertad, igualdad y familia, y libertad, igualdad y amor ya no se pueden encubrir más con la lucha cotidiana contra la miseria social y la opresión.

Con la pérdida de las identidades sociales tradicionales, surgen en el centro de la privacidad las contradicciones de los roles de género entre hombres y mujeres. En los pequeños y grandes conflictos por quién friega los platos, por la sexualidad masculina y femenina y el erotismo y por la política que seguramente puede suponerse detrás de todo eso, la sociedad empieza a cambiar superficial y profundamente. El amor se torna huidizo en cuanto se ponen en él todas las esperanzas y se le convierte en el lugar de culto de la sociedad que gira alrededor del concepto de la autorrealización. Y se le carga de esperanza en la misma medida en que se transforma en huidizo y pierde su carácter de ejemplaridad social.

Todo eso pasa de manera encubierta, compleja, desplazada en el tiempo precisamente porque pasa en el ámbito del amor. Al principio, no sucede como algo generalizado, sino en el enfrentamiento del Yo y del Tú. El amor que históricamente visto se está convirtiendo en un potencial conflictivo y significativo, no estalla de forma inmediata en enfrentamientos generales de poderes y situaciones, sino en la inmediatez de las personas implicadas, en sus características, errores y omisiones que se transforman en motines de ajustes de cuentas e intentos de evasión. Dicho de manera algo más profana: los trabajadores y los empresarios ven su conflicto también como un conflicto entre individuos. Pero, por lo menos, no están condenados a quererse, a fundar un hogar, a vivir en matrimonio y a criar hijos. En la relación privada de hombres y mujeres, la comunidad hogareña de las contradicciones lo convierte todo en un asunto personal corrosivo. El acuerdo de configurarlo todo individualmente, de dejar el mundo fuera y crearlo de nuevo desde la comunidad del amor, hace que las contradicciones entre hombre y mujer se tornen atributos personales. Por esta razón, las contradicciones hieren tan profundamente, ya que desde siempre han formado parte del sistema de seguridad al que los apátridas se habían confiado.

El amor se ha convertido en inhóspito. La esperanza en él, que sigue creciendo, lo mantiene frente a la malvada realidad de la traición aparentemente privada. «Con el próximo hombre todo irá mejor»: esta frase de consuelo resume los dos aspectos: la desesperación y la esperanza, la exaltación de ambos y su giro hacia lo individual. Todo eso puede adquirir aspectos de comedia, de comedia banal, de tragicomedia, pero a veces también de tragedia llena de enredos y de confusiones, y justamente sobre ello versarán los capítulos de este libro. Tal vez la gente ya no tenga otros temas. Pero quizás este amor tan lleno de promesas y conflictos se haya convertido en el «nuevo» centro alrededor del cual gira el mundo de la vida destradicionalizado. Como esperanza, traición, ansiedad y celos, como una obsesión, por tanto,

que pueden sufrir hasta las cabezas cuadradas de los alemanes. En este sentido, se nos permite hablar del caos absolutamente normal del amor.

La individualización: ¿Una salida hacia una sociedad diferente?

¿Pero qué es lo que lleva a los seres humanos a servirse de la libertad, del autodesarrollo del Yo, del «querer la Luna» contra la familia? ¿Cuál es el motivo de este viaje hacia el continente más extraño, precisamente porque es más cercano, más sagrado y más peligroso, porque es el del propio Yo? ¿Qué es lo que *explica* este movimiento al parecer totalmente individual, este celo, casi obsesión, esta disposición a sufrir, esta brutalidad y estas ganas con las que muchas personas sacan sus raíces de la tierra en la que han crecido para comprobar si estas raíces realmente son sanas?

Para muchos, la respuesta es obvia: la causa no hay que buscarla en algo externo, social, sino en los mismos seres humanos, en su voluntad, su insuficiencia, su sed desbordante de aventuras, en la disposición menguante a construir, a integrarse, a renunciar. Alguna suerte de espíritu del tiempo universalizado los ha captado y los ha instigado, y la fuerza del movimiento llega hasta donde llega la fuerza del ser humano de mover cielo y tierra, de unir los deseos y la realidad.

Pero esta explicación rápida plantea nuevas preguntas: ¿cómo se explica entonces esta *salida en masa*, esta simultaneidad, con la cual los seres humanos trastocan sus situaciones de vida? No se han puesto de acuerdo los millones de divorciados; tampoco están dirigidos por un sindicato proclive a la autonomía del Yo y el derecho a la huelga individual. Conducidos por su autoentendimiento, más bien se defienden contra algo que a su entender se ha convertido en prepotente, creen que luchan por ellos mismos, que realizan sus deseos más profundos. Todo se efectúa según la apariencia de lo único con la indumentaria de lo personal e individual, pero, de hecho, como un estreno permanente e infinito, de manera independiente y en los más diversos idiomas y ciudades del mundo, como si siguiera un modelo fijado.

¿Por qué, pues, muchos millones de personas, en muchos países, individualmente pero como en trance colectivo, como si obedecieran a una ley superior, a una justicia superior, se deciden a dejar su feliz matrimonio de ayer para cambiarlo por un sueño nuevo y convivir en un «matrimonio salvaje» fuera de la red y del nido legales? ¿A vivir una paternidad sin protección, o a vivir cada vez más y por determinación propia incluso so-

los? ¿O a vivir simplemente su vida, a seguir el sueño de la independencia, del cambio, de la variedad para abrir cada vez nuevas páginas de su Yo, incluso cuando este sueño ya ha adquirido las características de una pesadilla? ¿Acaso se trata de una suerte de epidemia de egoísmo, de una fiebre del Yo que seguramente se podría curar con algunas gotas de ética, con compresas calientes de un «nosotros» y con imploraciones diarias al bien común?

¿O quizás es algo distinto, más profundo que se está abriendo camino? ¿Tal vez los individuos con todo su deseo de lucir una autodeterminación no son sino agentes de un cambio profundo? ¿Se trata de indicios, de augurios de una nueva era, de una nueva relación entre individuo y sociedad aún por encontrar e inventar? ¿De una nueva forma de sociabilidad ya no deducible de modelos y recetas antiguos, sino que, procedentes de lo individual, de lo biográfico, se unen y se mantienen a través de acuerdos, preguntas y razonamientos cada vez nuevos que se consiguen hablando, cuestionando y contra la fuerza centrífuga de la biografía? Efectivamente, ésta es la visión, la teoría de este libro. Su concepto central se llama *individualización*. Y lo que eso significa lo queremos demostrar de momento mediante una comparación histórica ejemplar.

Aún hacia finales del siglo XIX, cuando la familia ya estaba entrando perceptiblemente en crisis, los padres del código civil (y seguramente no es ninguna casualidad que este hijo sólo tenga padres) fijaron el matrimonio como una institución suspendida en el cielo, fundamentada en sí, de la cual ni podían dudar los mismos esposos. Dicho código dice (como si fuera copiado de un libro ilustrado de la teoría funcionalista, de la página dedicada al cielo de los valores): «Correspondiente a la convicción cristiana generalizada del pueblo alemán, el proyecto se basa en la idea de que en el derecho matrimonial... no debe dominar el principio de la libertad individual, sino que hay que *considerar al matrimonio como un orden ético y jurídico independiente de la voluntad de los esposos*».[1]

La individualización significa justo el principio opuesto: la biografía del ser humano se desliga de los modelos y de las seguridades tradicionales, de los controles ajenos y de las leyes morales generales y, de manera abierta y como tarea, es adjudicada a la acción y a la decisión de cada individuo. La proporción de posibilidades de vida por principio inaccesibles a las decisiones disminuye, y las partes de la biografía abiertas a la decisión y a la autoconstrucción aumentan. La biografía normal se convierte en una bio-

1. «BGB», véase pág. 562 (alrededor de 1880). Las cursivas son nuestras.

grafía *elegida*,[2] con todas las obligaciones y las «heladas de la libertad» (Gisela von Wysocki) que este cambio conlleva.

Dicho de otro modo y con referencia a nuestro campo temático: lo que es, significa, debería y podría ser la familia, el matrimonio, la paternidad, la sexualidad, el erotismo y el amor ya no puede ser presupuesto, preguntado o anunciado de forma obligatoria, sino que varía en cuanto a contenidos, delimitaciones, normas, moral y posibilidades incluso de individuo a individuo, de relación a relación, y tiene que ser descifrado, negociado, acordado y fundamentado en todos sus detalles del cómo, qué, por qué y por qué no, aunque de esta manera se despierten y desaten los demonios que duermen en todos los detalles. Los mismos individuos que quieren convivir son, o dicho de manera más precisa, se *convierten* cada vez más en los legisladores de su propia forma de vida, en los jueces de sus errores, en los sacerdotes que se perdonan su culpa, en los terapeutas que aflojan y desatan las cadenas del pasado. Pero también en los vengadores que se desquitan de ofensas sufridas. El amor se transforma en una fórmula vacía que los propios amantes tienen que llenar más allá de los fosos que se abren entre las biografías y sabiendo que el guión de su película está compuesto de extractos de canciones de amor, de publicidad comercial, de vídeos pornográficos, de literatura de favoritas y de psicoanálisis.

Con la Reforma, los seres humanos son despedidos de los brazos terrestres de la Iglesia, de la jerarquía por la gracia de Dios, de los estamentos, hacia un mundo social, burgués e industrial que parece ofrecer un espacio casi ilimitado a la autoconfiguración, a la dominación de la naturaleza y a la creación desde el tablero de dibujo de la técnica. De manera similar pero totalmente diferente, o sea caminando sobre una alfombra de normalidad y de bienestar, pero al mismo tiempo con la fuerza independizada de los procesos de modernización, son despedidos hoy de las certidumbres del progreso de la sociedad industrial hacia la soledad de la autorresponsabilidad, de la autodeterminación y de la autoamenaza de sus vidas y amores para las que no están preparados ni equipados por las condiciones externas, por las instituciones. La individualización significa que los seres humanos son *liberados* de los roles de género internalizados, tal como estaban previstos en el proyecto de construcción de la sociedad industrial, para la familia nuclear y, al mismo tiempo, se ven obligados (y esto lo presupone y lo agudiza) a construirse bajo pena de perjuicios materiales una *existencia propia* a través del mercado laboral, de la formación y de la

2. Para utilizar una formulación de K. Ley (1984).

movilidad y, si fuera necesario, en detrimento de las relaciones familiares, amorosas y vecinales.[3]

Lo que contra toda resistencia se abre camino y se quiere realizar como salida y ruptura, tiene, por tanto, también una cara pública, sigue un dictado *público*. Obedece a la obligación de planificar y llevar a cabo una biografía profesional que presuponga una biografía de formación. Una biografía que satisfaga las exigencias de movilidad requeridas en el mercado del trabajo precisamente por los evocadores de la armonía familiar sin tomarla en consideración ni mínimamente. La libertad y la conciencia de libertad que actualmente están sacudiendo la vieja familia y que están buscando un tipo de nueva familia, no son en su origen un invento individual, sino un hijo tardío del mercado laboral amortiguado por el Estado social, por lo que también representan una forma de *libertad del mercado laboral*, donde el concepto de libertad adquiere el sentido de autoobligación y autoadaptación. Las exigencias con las que aquí hay que cumplir, deben *internalizarse*, integrarse en la propia persona, en la planificación y el estilo de vida y entonces chocan con la estructura familiar, la división familiar del trabajo cuyos modelos excluyen justamente esto.

Lo que parece un fracaso individual, mayoritariamente de la mujer, constituye, contemplado desde arriba e históricamente, el fracaso de un modelo de familia que sabe engarzar *una* biografía del mercado laboral con otra biografía del trabajo doméstico de por vida, pero que no lo sabe hacer con dos biografías del mercado laboral que, según su lógica de conducta in-

3. La individualización como concepto, suposición, explicación, receta, condenación, está hoy en boca de todos y se discute en relación con la así llamada «democracia sujeta al ambiente anímico»; con los movimientos de cambios del voto estable; con las dificultades de los sindicatos que por lo visto ya no son capaces de detener con las viejas consignas y formas de organización la pérdida de afiliados; en relación con la rebeldía de los jóvenes; con las desigualdades socioestructurales que sólo con un gran esfuerzo aún son identificables como clase en medio de la masa gris de las estadísticas, y, de forma ya general, en relación con los enigmas absolutamente normales que representan los datos sobre el matrimonio y la familia para el observador/la observadora nunca del todo imparciales, como es sabido. Nuestras primeras contribuciones a este debate sobre la individualización —Beck (1983), Beck-Gernsheim (1983), Beck (1986)— se darán por conocidas y ya no se repetirán aquí. Acerca de la teoría de la individualización social, véanse entre otros: N. Elias (1987), J. Habermas (1988), págs. 223 y sigs., A. Honneth (1988), N. Luhmann (1989), M. Kohli (1988), H. Keupp (1988), H. Keupp y H. Bilden (1989), P. A. Berger (1987), P. A. Berger y S. Hradil (1990), Introducción, K. Dörre (1987), págs. 43 y sigs., J. Ritsert (1987), H.-G. Brose y B. Hildenbrand (1988), Ch. Lau (1988), H. Joas (1988), L. Rosenmayr (1985), C. Henning (1989), H. Esser (1989), W. Hornstein (1988), A. Flitner (1987), A. Weymann (1989), H. Klages (1988), W. Heimeyer y K. Möller (1988), K. Wahl (1989), S. Neckel (1989) y R. Zoll (1989).

corporada, *tienen que* girar alrededor de sí mismas. Poder unir dos biografías tan centrífugas representa, sin embargo, un malabarismo constante, un acto doble de funámbulos que nunca se había exigido de manera tan generalizada a ninguna generación, pero que se pedirá con creciente igualdad de derechos a todas las generaciones venideras.

Eso sólo es un punto. Pero indica claramente que, con todo, este juego de indios y vaqueros entre los géneros surge también una contradicción hasta ahora encubierta, absolutamente no erótica, no sexual, es decir, *la contradicción entre las exigencias del mercado laboral y las exigencias de las relaciones amorosas*, dónde y como sea (familia, matrimonio, maternidad, paternidad, amistad). La figura ideal de modo de vida conforme con el mercado del trabajo es *la persona individual y totalmente móvil* que, sin tomar en consideración los vínculos y las condiciones sociales de su existencia y de su identidad, se convierte a sí misma en una fuerza de trabajo fungible, flexible, con espíritu de competencia y rendimiento, que se estiliza, que vuela y se muda de aquí para allá, cumpliendo con los deseos de la demanda y de los demandantes del mercado laboral.

La individualización significa, por tanto, un fenómeno complejo, ambiguo y opalescente. Mejor dicho, la individualización significa una transformación de la sociedad, cuya multiplicidad de significados no puede ser arreglada *ni en la realidad*, ni con explicaciones de conceptos por más necesarias que sean. Por un lado, llegan la libertad y la decisión; por el otro, la obligación y la realización de las exigencias internalizadas del mercado. Por una parte, la autorresponsabilidad; por otra, la dependencia de condiciones que se sustraen absolutamente a la intervención individual. Y dichas condiciones son precisamente las que causan la singularización y unas dependencias completamente diferentes: *la autoobligación a la estandarización de la propia existencia*. Los individuos liberados se tornan individuos dependientes del mercado laboral y, por consiguiente, dependientes de la formación, de regulaciones sociojurídicas y de prestaciones, de planificaciones del tráfico, de plazas y horarios de guarderías, de becas y de planes de jubilación.

Dicho de otra manera: el matrimonio y la familia tradicionales no están enfrentados como la obligación y la libertad. Lo que ocurre más bien es que una forma mixta de libertad y de obligación es sustituida por otra, pero por una que al parecer mezcla las libertades y obligaciones de modo más joven, más atractivo y de acuerdo con las exigencias del tiempo. Prueba de ello es que, a pesar de todo el estrés que significa *para uno mismo*, casi nadie quiere volver a la situación anterior. Sin embargo, no pocos hombres desearían atrasar los relojes, pero sólo *para las mujeres*.

Las normas conductoras se desvanecen, pierden su fuerza para marcar la conducta. Lo que antes se hacía sin preguntar, hoy hay que hablarlo, razonarlo, negociar y acordar y, justamente por ello, siempre puede ser anulado. Todo se vuelve «discursivo». Un cambio de valores siempre justificado y posible hace que las cosas relevantes de la cuotidianeidad cambien de dirección como una bandera movida por los vientos de las coyunturas del pensamiento y las relaciones amorosas del momento. Esperando intimidad, practicando, jugando y reflejando intimidad, los actores, espectadores, directores y críticos de esta misma intimidad no son capaces de acordar reglas con la misma velocidad con que las necesitan, ya que cada vez resultan falsas, injustas y, por tanto, provisionales desde una u otra perspectiva. *Una salida hacia nuevas rigideces*, hacia nuevas claridades viejas y falsas del «o... o...», del punto final, parece entonces como un golpe liberador.

La multiplicidad que se produce está llena de verdades contradictorias. Probar lo prohibido se convierte en normal. Eso contagia, despierta dudas incluso donde uno se creía seguro con sus viejas certidumbres. La multiplicidad requiere tolerancia, no cabe duda; pero, vista desde la perspectiva contraria, fácilmente puede tener el aspecto de *anomia*, de falta de reglas, de anarquía moral, que debería contrarrestarse con mano dura. El movimiento por un mundo sano y salvo que se formó nuevamente hace unos años, también en Alemania, se puede interpretar en este sentido no solamente como respuesta a los perjuicios materiales y a los miedos existenciales a bajar de categoría, sino que responde a una sensación de inseguridad cultural profunda que anida en el transcurso de los procesos de individualización en todos los nichos, rincones y capas de la vida cotidiana. En esta situación, sale a la luz una fe en las normas que se refiere también a la jerarquía entre los géneros que apela a la salvación de la patria, de la nación, etc.

¿Las individualizaciones no han existido ya desde siempre?

Muchos dirán y se preguntarán ahora: ¿no ha habido individualizaciones ya desde siempre? ¿En la Grecia antigua (Michel Foucault), en el renacimiento (Jakob Burckhardt), en la cultura de la corte medieval (Norbert Elias), etc., etc.?[4] Es cierto que la individualización en un sentido amplio de

4. Foucault (1989), págs. 53 y sigs., Burckhardt (1972), Elias (1977), tomo 2. Max Weber (1972) vio en la ascética de la vida del calvinismo una liberación de la tradicional certidumbre de salvación y una obligación de someter la naturaleza y acumular riquezas sociales

la palabra no es nada nuevo, nada que se haya dado por primera vez en el nicho del bienestar de Alemania. Pero lo aparentemente igual adquiere hoy otro sentido, un sentido quizás aún no muy bien descubierto. No se encuentra en última instancia en el *carácter masivo*, en la amplitud y en la *sistemática* de la actual onda de individualización. Ésta se realiza como consecuencia secundaria de los *procesos de modernización* que se están efectuando a largo plazo en las ricas sociedades industrializadas de Occidente. Se trata, como ya hemos dicho, de una suerte de individualización *en el mercado laboral* que no se debe confundir con el resurgimiento del legendario individuo burgués después de su muerte tan bien documentada. Si en los siglos pasados han sido grupos pequeños, minorías de élite los que se podían permitir el lujo de vivir sus deseos individuales de autodesarrollo, hoy estas «posibilidades arriesgadas» de los procesos de individualización (Heiner Keupp) *se están democratizando*, o dicho con más precisión, son producidas por la sociedad en estrecha relación con el bienestar, la formación profesional, el derecho, la movilidad, etc.

En Alemania, el nivel de vida, también el de los grupos más bajos en la jerarquía social, ha mejorado «de forma espectacular, global y revolucionaria desde el punto de vista de la historia social»[5] (y sigue siendo así a pesar de las pérdidas graves que se han producido por el gran número de parados en las últimas décadas). Cuando las generaciones anteriores muchas veces no conocían nada más que la lucha diaria por sobrevivir, un círculo monótono de pobreza y hambre, hoy amplias capas sociales han conseguido un nivel material que les abre márgenes de actuación y posibilidades de configuración (a pesar de las diferencias en la escala de ingresos que se mantienen o incluso se están acusando aún más). Tampoco se puede sobrevalorar la importancia de la expansión educativa, especialmente sus consecuencias para las mujeres. «Cuando una mujer aprendió a leer, surgió la cuestión de las mujeres» (Marie von Ebner Eschenbach).[6] La formación abre la trampa: posibilita una carrera profesional y, por tanto, la evasión de la estrechez de la existencia como ama de casa; quita la legitimación a las oportunidades desiguales de conseguir trabajo; aumenta la autoconciencia y las capacidades de imponerse en todos los lugares de enfrentamiento a causa de las posibilidades hasta ahora negadas a la mujer; el dinero propio, fruto de su trabajo, refuerza a su vez la posición dentro del matrimonio y libera de la obligación de buscar el matrimonio como medio de subsistencia. Todo eso, en realidad, no ha eliminado las desigualdades, pero se ven con más claridad y las vuelve más obvias, injustificables, insoportables y más políticas.[7]

Muchos preguntan y objetan, con todo derecho, si esta visión no generaliza de manera insuficiente unos fenómenos aislados, sino que hincha unas realidades de minorías convirtiéndolas artificialmente en una tendencia global y en realidades de futuro para la mayoría. Los procesos de individualización, tal como los entendemos nosotros, no pueden comprenderse como un acontecimiento puntual que pone en marcha a todos al mismo tiempo, sino como el producto de unos largos procesos históricos que en un lugar empiezan antes, y en otros más tarde. La descripción de tales procesos a unos les parece el mensaje de un extraño país del futuro; a otros la repetición de lo familiar y cotidiano. La situación en Munich, Berlín y Francfort (para destacar sólo las grandes ciudades alemanas con unas características muy marcadas de individualización, medida por la proporción de hogares compuestos por sólo una persona) es totalmente diferente de la de Frisia Oriental, de la Franconia Media o de la Alta Baviera.[8] Y, al igual que en las sociedades tardoindustriales, sigue habiendo formas de vida y de producción artesanales y agrícolas, en países, regiones y ciudades con una individualización muy avanzada sigue habiendo culturas de clases, matrimonios y familias nucleares intactas. En cierta manera, hablamos de los perfiles de la sociedad individualizada con la misma razón con la que en el siglo XIX, en una época donde fenómenos feudales y estamentales aún estaban omnipresentes, se podía hablar de una sociedad industrial. Lo importante es la tendencia, su sistemática, que está ligada a una progresiva modernización.

mediante una autodeterminación individual y una forma de vida sistemática. Para Georg Simmel, el motor central de la individualización se encuentra en la economía del dinero. Ésta abre los círculos sociales y los mezcla nuevamente. Así se puede perseguir el tema de la individualización a través de las épocas y las teorías sociales hasta el presente.

5. J. Mooser (1983), pág. 186.

6. Citado según G. Brinker-Gabler (1979), pág. 17.

7. Además son importantes la legislación, las seguridades sociales, la disolución del contexto social de las viviendas tradicionales, la reducción del tiempo de trabajo, etc. Véase también U. Beck (1986), págs. 121-130. Precisamente, la ambivalencia del concepto de individualización y su carrera estrepitosa explican también la inseguridad de toda una sociedad acerca del aspecto de su estructura social. Este concepto es el código para el desvanecimiento de una forma antigua y la configuración de una forma nueva, aún difusa, de desigualdades sociales. Véase al respecto *Soziale Welt*, n.º 3/1983, así como las ediciones especiales de *Soziale Welt*, comp. por R. Kreckel (1983) y P. A. Berger y S. Hradil (1990).

8. «En diferentes entornos, el proceso de individualización avanza a velocidades distintas y no necesariamente en la misma dirección», como describen Burkart y otros (1989) detalladamente (pág. 256; también págs. 11 y sigs., 61, 195, 259); véase también H. Bertram y C. Dannenbeck (1990).

Contemplado de este modo, no existe «el» presente, sino sólo una «*simultaneidad de lo no simultáneo*» (Ernst Bloch) que el observador puede atribuir una vez a una dirección, y otra a la contraria. Y la realidad aporta munición a los dos bandos en la discusión a favor de la continuidad o la ruptura que se está dirimiendo en todas partes. Pero lo que Daniel Yankelovich describe en el caso de EE.UU., es válido también para Alemania:

> En la vida americana coexisten la continuidad y cambios de gran alcance. La cultura americana tiene un abanico tan amplio que un observador que pretende destacar su continuidad, lo puede hacer fácilmente; y al revés, otro observador tiene también la posibilidad de documentar el aspecto de cambio de la vida americana. La cuestión decisiva sólo consiste en si las cosas importantes han quedado igual o si han cambiado. Si las cosas importantes han cambiado..., entonces traspasarán las fronteras de la cultura y entrarán en nuestra vida económica y política. Y si adquieren el suficiente peso, romperán la continuidad de la experiencia vital de forma decisiva.[9]

La imagen es conscientemente dibujada de manera desequilibrada. En su centro se encuentra más lo nuevo que se está anunciando que lo viejo, lo conocido. También queremos dirigir la mirada más hacia los conflictos y las crisis y menos hacia lo conseguido. Ya que son precisamente las turbulencias lo que preocupa a la gente y la empuja a preguntar. Como escribe Heinrich Mann: «Una época totalmente feliz no tendría literatura».[10] Y seguramente tampoco tendría ciencias sociales.

Tal vez este libro contenga dos libros, dos versiones del mismo «objeto» (si es que lo tratado aquí puede ser descrito «objetivamente»). No hemos descartado, ni eliminado las diferencias y las visiones contradictorias que se han condensado en lo que después de muchas conversaciones y experiencias comunes cada uno ha escrito de forma independiente en los distintos capítulos. Eso conlleva que haya partes que se solapen, que algunos pensamientos giren alrededor de lo mismo, que haya repeticiones, y nos hemos hecho cargo de ello (sin querer restar atención a la crítica o querer rechazarla) también para dejar que lo provisional, lo supuesto, lo atrevido de nuestras explicaciones quede claramente al descubierto y sea criticable. Además, que dos personas pretendiesen escribir sobre el caos del amor con una mano, sería lo mismo como querer explorar, en bermudas, el idioma de los esquimales.

9. Yankelovich, citado según Zoll y otros (1989), pág. 12.
10. H. Mann, citado según Wander (1979), pág. 8.

El peligro es obvio. Ivan Illich describió en otros contextos acertadamente lo que estamos pidiendo a nuestros lectores y lectoras: «Pueden imaginarse nuestro procedimiento como seis expediciones dedicadas a escalar la misma cima o como seis vuelos sobre el palo de una escoba alrededor del Brocken. Quizás algunos de ustedes pensarán que están en un descenso al infierno; pasar siempre por el mismo agujero pero (cada vez)... por una escalera de caracol diferente».[11]

11. I. Illich (1985), pág. 18.

CAPÍTULO 1

Libertad o amor

Sobre el vivir separados, juntos o enfrentados dentro o fuera de la familia

Libertad, igualdad y amor

Se puede querer a muchos y a muchas cosas: a Andalucía, a la abuela, a Goethe, a las medias negras de malla sobre piel blanca, al pan con mantequilla y queso, al brillo provocador de unos ojos atractivos, a los panecillos recién hechos, al juego de las nubes y de las piernas, a Erna, Eva, Paul, Heinz-Dietrich, a todos a la vez o a uno después del otro, de forma desmesurada o callada, con las manos, los dientes, con palabras, miradas y preocupación. Pero el amor sexual (en la forma que sea) es de una fuerza tal que muchas veces tendemos a restringir el universo de las posibilidades de amar a esta unidad de deseo, centelleante y engañosa, de palabra, mano y beso (por mencionar sólo unos componentes).

La guerra cotidiana de los géneros, ruidosa o silenciosa, dentro, antes, después y al lado del matrimonio, quizá represente la escala más persuasiva para indicar el hambre de amor con el que las gentes se precipitan hoy día las unas sobre la otras: ¡el Paraíso ahora! es la consigna de los seres terrenales cuyo cielo e infierno, o bien no existe, o bien se encuentra en la Tierra. Eso resuena incluso en la rabia de los decepcionados y en el miedo que reivindica la libertad, tal vez incluso la colibertad, pero que sabe y ex-

perimenta siempre de nuevo que libertad más libertad no significa amor, sino más bien ponerlo en peligro o incluso acabar con él.

Las personas se casan y se divorcian por amor. La relación amorosa se practica de manera intercambiable, y no para deshacerse del peso del amor, sino porque lo pide así la ley del amor satisfactorio. Esta construcción tardía de la torre de Babel, edificada por las cuotas de divorcios, constituye un monumento al amor decepcionado e idolatrado. Muchas veces, ni el cinismo puede esconder que es una forma tardía y amargada del amor: los puentes levadizos están subidos porque parecen la mejor protección contra más vulneraciones insoportables.

Muchos hablan del amor y de la familia como en los siglos pasados hablaron de Dios. El ansia por la redención y el cariño, los enfrentamientos que este ansia causa, la realidad irreal a la manera de los textos de canciones de amor que se alberga en todos los aposentos del deseo, todo eso adquiere un perfume de religiosidad cotidiana, de esperanza en el más allá en la vida terrenal.

En la confrontación individualista, la nueva religión terrenal del amor conduce a guerras de religión encarnizadas, con la única diferencia de que éstas se llevan a cabo entre las cuatro paredes del hogar o ante el juez de familia y los asesores matrimoniales. El afán por el amor representa el fundamentalismo de la modernidad. Casi todos han recaído en él, especialmente aquellos que rechazan religiones fundamentalistas. El amor es la religión después de la religión, es el fundamentalismo después de su superación. Encaja con nuestro tiempo como la Inquisición con la central nuclear, como la margarita con el cohete espacial. No obstante, brotan los iconos del amor, de nuestros deseos más íntimos, como si fuera algo absolutamente normal.

El dios de la privacidad es el amor. Estamos viviendo en la era de las canciones de amor realmente existentes. Ha ganado el romanticismo, y los terapeutas cobran.

No hay una pérdida del centro. Al menos no en la fuerza de gravitación del día a día. Algo diferente sustituye y completa el lugar donde, según los mapas de mundos pasados, Dios, la nación, la clase, la política y la familia debían desplegar su mando. Yo y otra vez yo, y tú como colaborador para conseguirlo. Y si tú no, pues tú.

No hay que pensar nunca que el amor conlleve automáticamente la realización/satisfacción. Ésta es su cara luminosa, la atracción carnal. Hasta el erotismo juega con ello y nos pinta sensaciones con promesas exuberantes: escondidas, las deja entrever, y enciende la voluptuosidad en la ruptura con lo normal a través de lo normal-prohibido. También este erotismo es no-realiza-

ción, ni siquiera necesita la realización. Bastante a menudo la realización transforma la vista de la carne, que poco antes aún nos encantaba, en una masa blanca y extraña a la que ahora le faltan los vestidos para hacerse soportable.

¡Y con qué facilidad la realización llega incluso a helar la mirada! Donde, hace un instante, una necesidad surreal entrelazaba dos tabúes ambulantes en un nudo que desconoce el tú y el yo, ahora la mirada se transforma en mirada de médico, parecida a la de un inspector de mataderos, incluso a la de un carnicero que ya ve los embutidos cuando los puercos aún corren vivos ante él.

Pero el que confunde estos ataques a la cima del amor con vivir en su llanura, ya está perdido de entrada. El amor es placer, confianza, cariño. Eso es cierto, por lo menos como promesa. Pero todo lo demás y lo contrario no son menos ciertos: es aburrimiento, rabia, costumbre, traición, destrucción, soledad, terror, desesperación, risa. El amor pone al amado o a la amada en un pedestal, lo/la transforma en una fuente de posibilidades, donde otros sólo ven michelines, pelos de la barba e incomunicación.

Mas el amor tampoco conoce la piedad, ni juramento, ni contrato. Lo que se dice, se opina y se hace, muy pocas veces forma una unidad coherente, como el lenguaje de las palabras, las manos y otras partes del cuerpo. ¿Ante qué tribunal podría pedir justicia el/la no suficientemente o mal querido/a? ¿Existe la justicia, la verdad o como sea que se llamen los pilares de nuestro mundo también en los asuntos del amor?

Las generaciones anteriores pensaban y esperaban que primero conseguirían libertad e igualdad entre hombres y mujeres y, una vez logrado esto, el amor desplegaría todo su brillo, añoranza y placer. Amor y desigualdad se excluyen como el fuego y el agua. Pero nosotros, que por primera vez tenemos trocitos de igualdad y de libertad en las manos, nos encontramos con la contrapregunta: ¿qué posibilidad tienen dos seres humanos, que quieren ser iguales y libres, de mantener la unión del amor? Entre las ruinas de formas de vida ya no válidas, la libertad significa salida, proyecto nuevo, seguir la propia melodía que se aparta del paso acompasado.

Tal vez se encuentren dos paralelas en el infinito. Tal vez no. No lo sabremos nunca.

Sobre la situación de hombres y mujeres

Los seres humanos han necesitado dos mil años para tan sólo barruntar las consecuencias del poderoso mensaje «todos los hombres son iguales».

Y ahora, en ni siquiera un segundo histórico, es decir, en dos décadas, empiezan a vislumbrar el siguiente horror aún completamente incalculable: «¡y las mujeres también!».

Si sólo se tratara del amor y del matrimonio, no sería tan grave. Pero quien intenta explicar las relaciones entre los géneros sólo mediante lo que parecen ser, o sea, relaciones entre temas de sexualidad, cariño, matrimonio, paternidad, etc., ignora que son eso, pero al mismo tiempo mucho más: trabajo, profesión, desigualdad, política, economía. Justamente es esta mezcla desequilibrada y tan contradictoria lo que hace tan complicada la cuestión. Quien habla de la familia, tiene que hablar también de formación, profesión y movilidad, y precisamente sobre su distribución desigual, aunque actualmente existan (en gran medida) las mismas condiciones educativas para ambos géneros.

Queda la pregunta de si esta desigualdad entre hombres y mujeres, a todos los niveles, ha cambiado realmente durante las últimas décadas. Los números hablan un doble lenguaje. Por un lado, se han producido cambios memorables, sobre todo en los ámbitos de la sexualidad, el derecho y la educación. De hecho, sin embargo, son más bien cambios en la *conciencia* y sobre el *papel* (con la excepción de la sexualidad). Frente a estos cambios se observa, por el otro lado, una *constancia en el comportamiento y las situaciones* de hombres y mujeres (sobre todo en el mercado laboral, pero también en cuanto a la protección social). Eso tiene el efecto aparentemente paradójico de que el plus de igualdad nos conciencia todavía más de las desigualdades que persisten e incluso se están agudizando.

Esta mezcla de nueva conciencia y viejas situaciones, históricamente creada, es explosiva en un doble sentido: como consecuencia de la equiparación en la formación y de la toma de conciencia de su situación, las mujeres jóvenes han basado sus expectativas en más igualdad y más colaboración en el trabajo y la familia, expectativas que tropiezan, no obstante, con desarrollos *en el sentido contrario* en el mercado laboral y en el comportamiento de los hombres. Los hombres, a su vez, han adquirido una *retórica de la igualdad*, sin que sus palabras se traduzcan en actos. La capa de hielo de las ilusiones es cada vez más frágil: al tiempo que se equiparan las condiciones previas (de formación y de derecho), las situaciones de los hombres y las mujeres se tornan *más* desiguales, *más* conscientes y pierden *más* legitimidad. Las contradicciones en las expectativas de igualdad de las mujeres y la realidad de desigualdad, entre las consignas de solidaridad de los hombres y su persistencia en la adjudicación de los roles tradicionales, se van agudizando y determinarán el futuro desarrollo con la multiplicidad de

sus formas de conducta, tanto en lo privado como en lo político. Con todas estas contradicciones, posibilidades y oposiciones, nos hallamos, por tanto, sólo al *comienzo* de la liberación de las adjudicaciones «estamentales» del género. La conciencia de las mujeres se ha avanzado a la situación. Y es improbable que se puedan atrasar otra vez los relojes de su conciencia. Lo que conocemos indica el *pronóstico de un largo conflicto*: el *enfrentamiento* de los géneros determinará los años venideros. Esta tesis se elucidará primeramente a nivel empírico, mediante datos sobre la «omnidimensionalidad» de las situaciones de vida de hombres y mujeres, y posteriormente se desarrollará teóricamente.

Matrimonio y sexualidad

En todos los países industrializados de occidente hay un *elevado número de divorcios*. Aunque en Alemania, en comparación con Estados Unidos, este número parece todavía moderado, ya casi se llega también a un divorcio por cada tres matrimonios (en las grandes ciudades son casi un divorcio por cada dos matrimonios, y en las ciudades pequeñas y los pueblos uno por cada cuatro). Mientras que visto desde el promedio estadístico estos números están sufriendo un ligero retroceso desde 1984,[1] los divorcios entre los matri-

1. El nivel más alto se alcanzó en 1984 con 87 divorcios por cada 10.000 matrimonios, y a partir de entonces se puede observar una disminución: en 1985 unos 86, en 1986 unos 83; véase *Statistisches Bundesamt* (comp.), (1988), pág. 78.

Divorcios en Alemania

Año	total	por 10.000 habitantes	por 10.000 matrimonios
1900	7.928	1,4	8,1
1913	17.825	2,7	15,2
1920	36.542	5,9	32,1
1930	40.722	6,3	29,5
1938	49.487	7,2	31,1
1950	84.740	16,9	67,5
1960	48.878	8,8	35,0
1970	76.520	12,6	50,9
1980	96.222	15,6	61,3
1984	130.744	21,3	87,1
1988	128.729	21,0	-

Fuentes: Statistisches Bundesamt, 1985, págs. 57 y 137; *Statistisches Jahrbuch*, 1983-1985, tablas 3.32-3.34; *Wirtschaft und Statistik*, nº 8, 1989, pág. 508.

monios de larga duración han aumentado considerablemente.[2] Al mismo tiempo, crece la cuota de divorcios entre las parejas casadas en segundas nupcias y las parejas con hijos. En consecuencia, crece también la jungla de relaciones paternales: mis, tus, nuestros hijos con los correspondientes acuerdos, sensibilidades y zonas de conflictos para todos los implicados.

Los datos de la estadística oficial sobre divorcios y matrimonios son superados por la realidad del *aumento brusco del número de «matrimonios sin certificado de matrimonio»*. Para Alemania, las estimaciones partían de un número de entre 2,5 y 3 millones de personas en convivencia no matrimonial en el año 1989.[3] En la misma dirección iba el crecimiento del número de hijos extramatrimoniales, cuya cuota estaba en 1967 en un 4,6 %, y en 1988, sin embargo, había llegado ya a un 10 % (en Suecia incluso al 46 %).[4] Pero los divorcios de estos matrimonios sin papeles no salen en ninguna estadística. Y no solamente se ha multiplicado la proporción de este modo de convivencia en la última década. Sorprende también la normalidad con la que hoy se acepta, de manera general, este «matrimonio salvaje» tan combatido aún en los años sesenta. Esta casi-institucionalización de formas de convivencia extralegales y extramatrimoniales muestra no tanto el fenómeno en sí, como la velocidad del cambio.

En los años sesenta, la familia, el matrimonio y el trabajo, como unidad de planes y situaciones de vida, de biografías, todavía constituían un modelo a seguir poco cuestionado. Actualmente, estos puntos de referencia se han disuelto para surgir posibilidades y opciones de elegir. Ya no está claro si hay que casarse o convivir, si tener y criar un hijo dentro o fuera de la familia, con la persona con la que se convive o con la persona que se ama pero que convive con otra, si tener el hijo antes o después de la carrera o en medio. Todas las planificaciones y los acuerdos al respecto siempre pueden ser

2. Diferenciado por años de casados, el número de divorcios entre las parejas que llevaban juntos 16 y 20 años y que habían criado juntos a varios hijos, era con gran distancia el más elevado (360 por cada 10.000 matrimonios, mientras que el divorcio con 2,3 y 4 años de casados oscilaba entre 146 y 230; *ibid.* pág. 78). Se impone la sospecha de que muchos no se divorcian mientras tienen los hijos comunes en casa.

3. El Deutsches Jugendinstitut [Instituto Alemán para la Juventud] calcula unos 2,5 millones (Deutsches Jugendinstitut (comp.), 1988, pág. 156); 3 millones cuenta el Institut für Demoskopie Allensbach, citado según el diario *Süddeutsche Zeitung* el 10 y 11 de junio de 1989. A la interpretación a menudo citada de que las formas de convivencia no matrimoniales sean casi-matrimonios o una nueva forma de esponsales, se opone la composición de éstas: con y sin hijos, antes y después del divorcio, personas materialmente y psíquicamente dañadas por el divorcio o los así llamados «concubinatos de jubilados» (Bertram y otros, 1988, pág. 18).

4. G. Burkart y otros (1989), págs. 30 y 34; *Süddeutsche Zeitung*, 7 y 8 de octubre de 1989.

anulados; por tanto, necesitan legitimaciones acerca de las cargas más o menos iguales que implican. Este fenómeno puede entenderse como *desacoplamiento* y *diferenciación* de las formas de vida antes relegadas a la familia y al matrimonio. Como consecuencia, será cada vez más difícil establecer una relación entre el concepto y la realidad. La constancia de los conceptos familia, matrimonio, paternidad, madre, padre, etc., oculta una *multiplicidad creciente* de situaciones que se esconden detrás de ellos (por ejemplo, padres divorciados, padres extramatrimoniales, padres extranjeros, «amos de casa», padres viviendo en pisos compartidos, padres de fin de semana, padres con esposas que trabajan, etc.).[5]

La tendencia se muestra a través de la composición de los hogares: *hay cada vez más personas que viven solas.* En Alemania, la proporción de hogares compuestos sólo por una persona ha sobrepasado ya *el tercio* (35 %). En los centros urbanos como Francfort, Hamburgo o Munich, la proporción es de un 50 %, con tendencia al auge. En el año 1900, en el 44 % de todos los hogares privados vivían cinco o más personas. La cuota correspondiente del año 1986 se encontraba en un escaso 6 %. La convivencia en hogares de dos personas, en cambio, aumentó de un 15 % en 1900 al 30 % en 1986. En la Alemania de finales de los años ochenta había cerca de 9 millones de personas (alrededor de un 15 %) que vivían solas, con tendencia al alza. No obstante sólo la mitad de estas personas respondía al estereotipo del «single», es decir, de jóvenes, empleados solteros; los demás, eran personas mayores viudas, en su mayoría mujeres.[6]

Pero estas tendencias de desarrollo no se deberían interpretar en el sentido de una *anarquía creciente y huida de cualquier unión* entre hombres y mujeres. También existe la tendencia contraria. Frente al tercio que ha alcanzado el número de divorcios, se encuentran aún *dos tercios* de matrimonios y familias «normales» (se esconda detrás de ello lo que sea). Se puede afirmar que el comportamiento sexual ha sufrido cambios considerables en el transcurso de las dos últimas generaciones, sobre todo en lo que a las chicas se refiere. Antes, por ejemplo, únicamente se permitía a los jóvenes varones —y sólo de forma no oficial y con un guiño— tener experiencias sexuales. Hoy, más de la mitad de las chicas (61 %) asume que es importante

5. Véase Maria S. Rerrich (1989), así como más adelante el capítulo 5.

6. El grupo de los «singles» solteros, de los divorciados y de los casados que viven separados, sube aproximadamente a un 58 %, mientras que el número de las mujeres (y de los hombres) enviudadas se eleva a un total de un 41,5 %. Véase Statistisches Bundesamt (comp.) (1989), págs. 64 y sigs., calculado desde la tabla 3.16.

para las mujeres tener experiencias sexuales. Casi una de cada dos ve una cierta atracción en la idea de tener dos novios a la vez.[7] Pero eso no debiera engañarnos porque, aunque el comportamiento sexual hoy es menos rígido, sigue siendo fuertemente normalizado. Aun cuando cuestionan los modelos de matrimonio y familia, los jóvenes, en su mayoría, no aspiran a tener una *vida sin vínculos*. El ideal de una pareja estable también sigue hoy en pie, y «la fidelidad practicada les parece a muchos normal, pero sin las legitimaciones oficiales y sin las coacciones del derecho estatal o de la moral de la religión».[8] La tendencia es, por tanto, ambigua. A la tan discutida pregunta de si el matrimonio y la familia pertenecen a una época que está tocando a su fin, se puede contestar con un *claro sí* y *no*.

Formación, mercado laboral y trabajo

La igualdad de derechos de la mujer está fijada por la Constitución en Alemania. Pero las desigualdades más esenciales sólo se eliminaron en 1977 con la nueva ley sobre la familia y el matrimonio. Sobre el papel, ahora ya no existe ninguna norma que trate a hombres y mujeres de manera desigual. A las mujeres se les concede el derecho de mantener su nombre de soltera. Se suspende la ley que adjudicaba el trabajo doméstico y familiar a las mujeres y se deja la decisión en manos de los esposos. Al mismo tiempo, se les otorga a ambos el derecho a trabajar. El cuidado de los hijos recae sobre el padre y la madre, y en caso de divergencia de opiniones «tienen que intentar llegar a un acuerdo», según la letra de la ley.[9]

Aparte de esta amplia equiparación legal de hombre y mujer, el acontecimiento tal vez más destacable lo constituye la casi *revolucionaria igualación de las oportunidades en el ámbito de enseñanza*. Todavía a principios de los años sesenta, la discriminación de las chicas en la enseñanza era obvia (y sorprendentemente más extendida en las capas altas que en las demás). Pero en el año 1987, las chicas ya habían igualado a los chicos, y en el nivel del bachillerato los habían avanzado: un 53,6 %.[10] También existen procesos contrarios. Una comparación de los diplomas de formación profesional (FP) demuestra aún grandes diferencias (a principios de los ochenta, el 40 % de las mujeres trabajadoras, pero sólo un 21 % de los hombres, no tenían ningún título de formación profesional). También disminuyó la disposición a empezar una carrera universitaria entre las estudiantes de COU; en los últimos años, de un 80 % al 63 % (entre los estudiantes masculinos, de un 90 % al 73 %).[11] Y las estudiantes siguen teniendo una presencia mayoritaria en determinadas disciplinas (casi el 70 % escogen carreras de filosofía y letras, lingüística y pedagogía), y en las profesiones docentes las mujeres se examinan más para las escuelas «primarias».[12]

Sin embargo, y en comparación con la situación de partida, no parece exagerado hablar de una *feminización* de la enseñanza en los años setenta. No obstante, esta revolución en la enseñanza no fue seguida por *ninguna* revolución en el mercado de trabajo y en el sistema de empleo. Al contrario: las puertas que se han abierto en la enseñanza, se cierran de nuevo «en el mercado de trabajo y empleo».[13] El pequeño aumento de la cuota de mujeres en profesiones masculinas hay que confrontarlo con su suplantación masiva en todos los demás ámbitos. A la integración de la mujer en el trabajo, exigida (y promovida) en los años setenta, sigue de forma inquebrantable *«las leyes estamentales del género» de la jerarquía con proporción inversa*; es decir: cuanto más central se define un ámbito para la sociedad, menos representación de mujeres tiene, y al revés: cuanto menos importancia social reviste un sector de trabajo, cuantas menos posibilidades de influir tiene un grupo, tanto mayor es la probabilidad de que las mujeres hayan conquistado oportunidades de trabajo en estos campos. Eso es lo que demuestran los datos de todos los sectores, desde la política a la economía, la universidad, los medios de comunicación, etc.

En las posiciones claves de la *política*, las mujeres siguen siendo, como antes, una excepción. Por un lado, la presencia de las mujeres en los grupos de decisión política, ha crecido de forma continua desde 1970. Por otro lado, baja su proporción cuanto más se acercan a los centros de la decisión política. La regulación de las cuotas del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) apunta justo a este estado de las cosas. Y todavía es tem-

7. Gerlinde Seidenspinner y Angelika Burger (1982), pág. 30.
8. K. Allerbeck y W. Hoag (1985), pág. 105
9. Véase *Frauenhandlexikon* (1983), pág. 79
10. Bundesminister für Bildung und Wissenschaft, Grund u. Strukturdaten, 1988/1989, pág. 70. Entre los que acaban el COU, se puede apreciar un ligero descenso de la proporción de mujeres últimamente; en 1987 estaba en un 45,7 %; Statistisches Bundesamt (comp.) (1988), págs. 354 y sigs.

11. La diferencia aumenta aún más en la universidad: en el semestre de invierno 1987 y 1988 hubo un 62 % de hombres matriculados y sólo un 38 % de mujeres; véase *ibid.*, pág. 359.
12. Mirado con más detalle, hubo en el semestre de invierno 1986/1987 un 61 % de mujeres matriculadas en letras y ciencias culturales, un 38 % en derecho y ciencias económicas y sociales y un 31 % en matemáticas y ciencias naturales; véase *ibid.*, pág. 361.
13. Seidenspinner y Burger (1982), pág. 11.

prano para ver hasta qué medida lo podrá cambiar. De momento, la situación es la siguiente: la entrada masiva de las mujeres en las comisiones de los partidos es el hecho más destacable (del 14 % en el año 1970 a un promedio del 20,5 % en 1982). En los parlamentos, la proporción de mujeres aumenta de arriba abajo, es decir, que en el ámbito comunal tienen la cuota más amplia (su proporción en los parlamentos de los países federales oscila entre un 6 y un 15 %; en los parlamentos de pueblos y ciudades las mujeres ocupan ya entre un 9,2 y un 16,1 % de los escaños). En la *economía*, la cuota de las mujeres, con sólo un 2,7 % en posiciones con poder de decisión, es muy pequeña, siendo su presencia más amplia en los sectores de la empresa que menos influencia tienen (por ejemplo en los departamentos de personal). La imagen no cambia mucho en los altos cargos de la *justicia*. La proporción de mujeres es más alta (por ejemplo, en 1979 un 10 % de los fiscales eran mujeres, en 1987 un 16 %).[14] Pero en los Tribunales Supremos, «o sea, donde se dictan las decisiones de principios constitucionales, donde se deciden las bases de nuestra jurisdicción para las siguientes décadas, las mujeres (casi) no pintan nada».[15] Lo mismo pasa en las *universidades*. Encontrar ahí, en la cúspide de la pirámide de los puestos mejor pagados, es decir, las cátedras (grupo C4), a mujeres, sigue siendo una excepción (en 1986, de las 9.956 plazas, sólo 230 estaban ocupadas por mujeres), mientras su proporción aumentaba de forma continua cuanto más se bajaba de categoría (una cuota considerablemente más alta ya entre los profesores titulares C3, para luego multiplicarse en los empleos más precarios como profesores asociados y asistentes académicos, sobre todo en las «carreras marginales»).[16] Y la misma imagen también en los *medios de comunicación*: cuanto más arriba se sube, menos mujeres deciden. Las mujeres empleadas en televisión trabajan sobre todo en los sectores intermedios y en los programas «sociales y varios», pero mucho menos en las redacciones «importantes», donde se tratan los temas políticos y económicos, y casi nunca se encuentran en los Consejos de Radiotelevisión.[17]

14. Statistisches Bundesamt (1988), pág. 330.
15. B. Wiegmann (1979), pág. 130.
16. Bundesminister für Bildung und Wissenschaft, Grund u. Strukturdaten 1988/89, págs. 206-208, así como Statistisches Bundesamt (1989), pág. 367; en total, la proporción de las mujeres llega en 1987 a un 15 %, ocupando las mujeres un 5 % de las plazas de catedráticos/profesores titulares, un 13 % de las plazas de profesores asociados y un 19 % de las plazas de ayudantes.
17. Bundesminister für Jugend, Familie und Gesundheit, (1980), pág. 31.

El trabajo *profesional calificado* de las mujeres jóvenes no sufre estas discriminaciones. Estas mujeres tienen una buena formación y, al contrario que sus madres (y en parte también de sus padres) han logrado un *ascenso notable*. Sin embargo, la calma también engaña aquí. En muchos sectores laborales, *las mujeres han conquistado «un barco en peligro de hundimiento»*. A menudo, son justo los trabajos calificados de típicos para las mujeres los que tienen un futuro más inseguro: secretarias, vendedoras, profesoras, trabajadoras en la industria. Precisamente, en los sectores donde trabajan mayoritariamente mujeres, hay una tendencia pronunciada a la automatización o —como se dice en la jerga de los sociólogos— existen «reservas considerables para la racionalización». Eso concierne sobre todo al trabajo industrial. Gran parte de los puestos de trabajo «femeninos» en la industria electrónica y de productos alimenticios y textiles, se caracteriza por el hecho de ser islas de falta de mecanización dentro de sistemas de producción altamente mecanizados o parcialmente automatizados. Estos puestos se eliminarán seguramente con las próximas ondas de automatización microelectrónicas. Esta expulsión de las mujeres de las relaciones de trabajo se refleja ya en el desarrollo del *paro*. La proporción de mujeres paradas se encontraba en los últimos años siempre por encima de la media de los hombres, y con tendencia al alza. En el año 1950, la cuota de paro entre las mujeres era de un 5,1 % (hombres 2,6 %); en 1989 había aumentado ya a un 9,6 % (hombres 6,9 %). De los aproximadamente dos millones de parados que se produjeron a partir de 1983 en la República Federal de Alemania, en 1988 más de la mitad eran mujeres, aunque sólo constituían un tercio menos de la población activa.[18] Entre los hombres con títulos académicos, el número de desocupados aumentó de 1980 a 1988 un 14 %; entre las mujeres, sin embargo, hasta un 39 %. Estas cifras no incluyen a las mujeres que más o menos voluntariamente se dan de baja de la vida laboral para ser amas de casa. De este modo, el número de personas que, después de acabárseles el carnet de paro, se retiran a «otros trabajos sin ingresos», en su mayoría al trabajo doméstico, se ha multiplicado en los últimos años (en 1970, 6.000, pero en 1984 ya 121.000). Dicho con otras palabras, todo crece: la proporción de mujeres que trabajan, su desocupación y su desocupación *sumergida*.

Este cuadro de la discriminación de la mujer se completa —en general— con unos *ingresos más bajos*. Las trabajadoras industriales ganaban en 1987 un 73 % de los hombres.[19] Un estudio comparativo demuestra que las

18. Véase Statistisches Bundesamt (1987), pág. 106; Statistisches Bundesamt (1988), pág. 97.
19. Statistisches Bundesamt (1988), pág. 480.

diferencias en los sueldos brutos por hora, entre hombres y mujeres, han disminuido relativamente desde 1960. No obstante, sigue el hecho de que hombres con la misma formación y la misma edad, generalmente superan los ingresos de las mujeres. En 1985, entre los empleados en general, las mujeres sólo llegaban al 64 % de los ingresos brutos de los hombres; en los grupos de trabajadores calificados, las mujeres no superaban tampoco un promedio del 73 % del sueldo de sus colegas masculinos.[20]

Este desarrollo del mercado de trabajo contradice claramente las expectativas alimentadas por la nueva generación de mujeres. Uno de los resultados más esenciales del estudio *Mädchen '82* era «el hecho de que para las jóvenes de entre 15 y 19 años, *la posibilidad de poder trabajar en la profesión deseada figuraba en primer lugar*», por delante del matrimonio y la maternidad.[21] Esta elevada motivación para la formación y trabajo choca con las tendencias contrarias en el mercado de trabajo, y habrá que ver cómo van a soportar, en el ámbito privado y político, este «shock de la realidad» a corto y largo plazo.

La liberación de las adjudicaciones «estamentales» de roles de género no toca nunca sólo a una parte, es decir, a la mujer. Únicamente puede producirse en la medida que los hombres cambien su autoentendimiento y comportamiento. Eso se nota en las nuevas barreras levantadas para el acceso al sistema laboral, y también a lo largo del eje tradicional del «trabajo femenino»: el trabajo cotidiano, el trabajo con los hijos y el trabajo para la familia.

La emancipación de la mujer y el trabajo para la familia desde la perspectiva de los hombres

El estudio empírico y representativo *Der Mann*, publicado en 1985 por Sigrid Metz-Göckel y Ursula Müller, dibuja una imagen ambivalente, pero bastante clara dentro de su ambivalencia. La visión armónica de los hombres acerca de los papeles de cada género y que Helge Pross aún podía relatar en los años setenta —«el hombre es más fuerte, quiere un puesto de trabajo y quiere ser el sustentador de la familia; la mujer es más débil, le gusta su actual papel dentro de la familia y sólo quiere trabajar temporalmente y en trabajos subordinados, y quiere poder admirar al

20. Statistisches Bundesamt (1987), pág. 79. Véase aquí también los datos sobre los diferentes grupos de rendimiento que en parte no son tan diferentes; véase además *Quintessenzen aus der Arbeitsmarkt- und Berufsforschung* (1984), págs. 33 y sigs.
21. Seidenspinner y Burger (1982), pág. 9.

hombre»[22]—, ha dado lugar a una *apertura verbal manteniendo al mismo tiempo una gran rigidez en el comportamiento*. «Los hombres están divididos en sus reacciones. Lo que defienden con la cabeza, no lo practican. Detrás de los eslóganes de las igualdades esconden, de hecho, la desigualdad.»[23] Sobre todo en lo que se refiere a las viejas responsabilidades en el hogar y con los hijos, poco o nada ha cambiado. «Los padres no cocinan, no lavan, no friegan. No colaboran casi nada en el trabajo doméstico. Se contentan con desembolsar una participación en dinero para el mantenimiento del hogar y la educación de los hijos.»[24] En correspondencia con eso, continúa válida «la aceptación mayoritaria del papel de "amo de casa", pero sólo para los *demás* hombres».[25]

Con cierta habilidad y sirviéndose de un discurso flexible, se empeñan en mantener las viejas adjudicaciones. A los hombres no les representa contradicción alguna defender su propia «exención del trabajo doméstico» *y al mismo tiempo* aceptar la igualdad de derechos de la mujer. Se han instalado cómodamente en su argumentación: hace unos años, la mayoría de los hombres explicaba la discriminación de la mujer en la vida laboral por la falta de cualificación. Ya que estos argumentos no se aguantan después de la expansión educativa, se esconden detrás de otras barreras de defensa: *el rol de la madre*. «El 61 % de los hombres considera las tareas familiares como el obstáculo determinante para la carrera profesional... A la pregunta de cómo podría repartirse de la mejor manera el trabajo profesional, las labores domésticas y la educación de los hijos en una familia con hijos (de menos de diez años), la gran mayoría de los hombres alemanes se pronunciaba: la mujer se queda en casa y el hombre trabaja (un 80 %)... En la visión de los hombres, todo eso no constituye ninguna discriminación de la mujer, sino una ley impuesta por los hechos... Convertir la cuestión de la mujer en la cuestión de la educación de los hijos es el baluarte más estable contra la igualdad de la mujer.»[26] La ironía de la Historia, sin embargo, hace que una parte pequeña, pero creciente, de los hombres —los padres solteros y los que se cargan con el trabajo doméstico— empiece a socavar, también, estas posiciones de retirada.

Las autoras describen con una ironía ambigua las contradicciones de la nueva imagen femenina de los hombres. «El "hogar, dulce hogar" ya no

22. Helge Pross (1978), pág. 173.
23. Metz-Göckel y Müller (1985), pág. 18.
24. *Ibid.*, pág. 21.
25. *Ibid.*, pág. 63.
26. *Ibid.*, págs. 26 y sigs.

está de moda. Valoran mucho la autonomía de decisión de las mujeres. Se quiere una mujer independiente, que sabe lo que quiere. Esta nueva mujer independiente arregla los asuntos propios (y los de los demás miembros de la familia) de manera libre y responsable, y así contribuye a aligerar la vida al hombre... Los hombres le sacan muchos lados positivos a este modelo de emancipación. Los problemas de la liberación se dan para el hombre cuando la "independencia" de la mujer amenaza con contra ellos, cuando les molesta con exigencias y les impone sus intereses contra su voluntad.»[27]

Unas primeras encuestas realizadas entre la minoría exigua de los hombres que han hecho el cambio de rol y se han convertido en *los nuevos padres y los nuevos «amos de casa»*, completan la imagen.[28] Según sus propias declaraciones, esta decisión sólo ha sido parcialmente voluntaria. Han obedecido «al deseo o a las exigencias de sus *compañeras* que no querían dejar su profesión. En algunos casos incluso era la condición para el embarazo».[29] Es significativo que la vieja ideología masculina acerca de los espacios libres que otorga el trabajo doméstico ya no es compartida por los hombres que la han puesto en práctica. «La experiencia más destacada de los hombres que se ocupan de estas tareas es la de soledad y vacío en el y por el trabajo doméstico, al que perciben como una rutina monótona.»[30] Los *amos de casa* padecen el síndrome del *ama de casa*: la invisibilidad del trabajo, la ausencia de reconocimiento y la falta de autoestima. Uno de ellos dice: «... lo peor es la limpieza, es lo más desagradable, sí, realmente es asqueroso... Sólo se sabe lo que es si lo haces cada día, cuando, por ejemplo, has limpiado el viernes algún rincón y a la semana siguiente te encuentras con la misma suciedad en el mismo lugar. Es quizá lo denigrante o por lo menos lo que te pone muy nervioso en este trabajo... Casi se podría decir que es como querer secar el océano».[31] Frente a esta experiencia, incluso los hombres que voluntariamente han cambiado «el trabajo profesional alienado» por el trabajo doméstico, revisan ahora su opinión sobre el trabajo y reconocen la importancia del empleo para la autoafirmación y reconocimiento por los otros, y ahora aspiran, por lo menos, a un trabajo a tiempo parcial.[32] La poca aceptación social que encuentra este intercambio de roles se percibe a través del elogio que los hombres reciben por parte de su entorno,

27. *Ibid.*, págs. 22 y sigs.
28. B. Strümpel y otros (1988), así como A. Hoff y J. Scholz (1985).
29. *Ibid.*, pág. 6.
30. *Ibid.*, pág. 17.
31. *Ibid.*, págs. 17 y sigs.
32. *Ibid.*, págs. 8 y 43.

mientras las esposas viven los lados oscuros. Se ven expuestas al reproche de ser una «mala madre».[33]

Resumamos: detrás de las fachadas del ideal de la pareja de iguales, imagen cuidada por los dos lados, se amontonan las *contradicciones*. Según dónde se mire, pueden verse progresos y derrotas. Hablemos primero de las mujeres. Sin duda alguna, se han abierto *nuevos espacios libres* en dimensiones centrales de la vida de las mujeres jóvenes en comparación con sus madres en los ámbitos del derecho, la enseñanza y la sexualidad, pero también en cuanto a la posición profesional.[34] Una mirada sobre el desarrollo actual y futuro que ya se está vislumbrando, demuestra, sin embargo, que se trata de espacios libres *socialmente precarios*. Las tendencias del desarrollo del empleo y la unidad del mundo masculino en la política, economía, etc., fomentan una sospecha: todos los enfrentamientos vividos hasta hoy pueden considerarse como armónicos en comparación con la fase de conflictos que tenemos por delante.

No obstante, la situación de partida y las perspectivas están envueltas en múltiples ambivalencias. Si se parte de la comparación de generaciones, en general las mujeres no están en mala posición (tienen una mejor formación y, por tanto, también en principio mejores oportunidades de trabajo). Al mismo tiempo, han sido adelantadas en el ámbito profesional por sus maridos, que poseen una formación más o menos similar y, como siempre, siguen estando condenadas al «trabajo doméstico perpetuo». Al interés de las mujeres por una seguridad económica independiente, se le opone, hoy como antes, el interés por una vida en pareja y por la maternidad. Y esta contradicción la viven, también y sobre todo, aquellas mujeres que saben lo que significan sus posibilidades profesionales y la dependencia económica del marido. El tira y afloja entre una «vida propia» y el «estar para otros», con una conciencia cambiada, demuestra la indecisión en el proceso de individualización femenina. A pesar de ello, ya no es posible encerrar otra vez el fantasma de la igualdad en la botella. Mirado desde la perspectiva de los hombres, aguzar la vista a las mujeres mediante la enseñanza y pensar que no descubrirían las «justificaciones» masculinas del orden estamental de géneros en la familia, el trabajo y la política, ha sido una estrategia extremadamente ingenua por su parte.

Pero también en el bando de los hombres se han puesto muchas cosas en movimiento en los últimos años. El viejo cliché del «hombre duro» ya no

33. *Ibid.*, pág. 16.
34. E. Beck-Gernsheim (1983).

es real. Mayoritariamente, los hombres quieren mostrar sus sentimientos y sus debilidades.[35] Empiezan a desarrollar una nueva relación con la sexualidad. Ésta «ya no surge como un impulso aislado, sino como una parte normal de su personalidad. La compañera es tomada en consideración».[36] Pero los hombres se encuentran en otra posición. La palabra igualdad tiene otro sentido para ellos. No significa —como para las mujeres— más formación, más posibilidades en el trabajo, menos trabajo doméstico, sino al contrario: más competencia, renuncia a la carrera profesional, más trabajo doméstico. La mayoría de los hombres aún sigue con la ilusión que se puede comer el pastel dos veces. Consideran compatibles la igualdad de hombre y mujer y el mantenimiento de la vieja división del trabajo (especialmente en su propio caso). Siguiendo la norma probada, donde hay amenaza de igualdad hay que argumentar con la naturaleza; ellos se engañan acerca de las contradicciones entre sus palabras y sus hechos, con argumentos biológicos sobre las desigualdades reinantes. De la capacidad de parir de la mujer, deducen su responsabilidad para con los hijos, el trabajo doméstico y la familia, y de ello —otra vez— la renuncia a ejercer una profesión y la subordinación en el trabajo.

Pero estos conflictos que se están produciendo tocan precisamente, y de forma muy dolorosa, a los hombres. Según el estereotipo de los roles adjudicado al género masculino, el «éxito» del hombre está esencialmente vinculado al éxito profesional y económico. Sólo unos ingresos seguros le posibilitan cumplir con el ideal masculino del «buen sustentador» y del «marido y padre de familia protector». En este sentido, la satisfacción duradera de las necesidades sexuales también está ligada al éxito económico medible. Al revés, eso significa a la vez que, para cumplir con estas exigencias, el hombre tiene que dar «lo mejor de sí» en el trabajo, tiene que internalizar las presiones de hacer carrera, debe entregarse al máximo, incluso autoexplotarse. La estructura de esta «capacidad masculina de trabajo» constituye, por un lado, la condición para que funcionen las estrategias empresariales de disciplina mediante recompensa y sanción. Quien tiene que alimentar a una esposa y a dos hijos hace lo que le mandan. Por el otro lado, el agotamiento de la fuerza de trabajo masculina necesita un «hogar armónico», representado por la mujer. Por tanto, la personificación del «ser humano para el trabajo» hace que los hombres, en gran medida, no desarrollen una emotividad independiente. Ellos mismos se subordinan a una

35. Metz-Göckel y Müller (1985), pág. 139, así como el capítulo 5 de este libro.
36. Metz-Göckel y Müller (1985), pág. 139.

división del trabajo donde han delegado en la mujer partes esenciales de sí mismos y de sus capacidades de experimentar. Paralelamente, crece la presión a favor de una armonización en todos los aspectos de las relaciones entre los géneros. Los hombres desarrollan unas capacidades considerables para no darse cuenta de los conflictos que están en el aire. En la misma medida, se vuelven vulnerables frente a la privación dosificada o definitiva del intercambio emocional. Y les toca doblemente cuando la relación con la mujer ya no es tan armónica, sino conflictiva: a la privación emocional se unen la sensación de estar perdido y la de incomprensión.

Tesis

Los conflictos entre hombres y mujeres, sin embargo, no son únicamente lo que parecen ser, es decir, conflictos entre hombres y mujeres. Con ellos se desmorona también una estructura social de lo privado. Lo que aparece como conflicto de las relaciones amorosas tiene un lado general, teórico-social, que queremos desarrollar a partir de tres tesis:

(1) Los roles de género preestablecidos son la *base* de la sociedad industrializada y no sólo un vestigio tradicional al que se podría renunciar fácilmente. Sin la división en roles de hombre y mujer no habría la tradicional familia nuclear. Sin la familia nuclear no es pensable la sociedad industrial con su esquema de trabajo y vida. La idea de la sociedad industrial burguesa se basa en una mercantilización incompleta, mejor dicho a medias, de la capacidad humana de trabajo. La industrialización y mercantilización completas, y la familia en sus formas y adjudicaciones tradicionales, se excluyen. Por un lado, el trabajo pagado presupone el trabajo doméstico, y la producción para el mercado presupone la familia nuclear. En este sentido, la sociedad industrial depende de la situación desigual de hombres y mujeres. Por otro lado, eso está en contradicción con los principios de la modernidad y hará desvelar su potencial conflictivo en el transcurso de los procesos de modernización. Pero con la *verdadera* equiparación de hombres y mujeres se cuestionan los fundamentos de la familia (matrimonio, sexualidad, paternidad, etc.). Eso significa que en la fase de modernización después de la Segunda Guerra Mundial coinciden la imposición y la superación de la sociedad industrial del mercado. El universalismo del mercado no conoce sus zonas de tabú, fijadas por él mismo, y agujerea la subordinación de las mujeres en su «destino estamental» de cumplir

con las tareas domésticas y el cuidado del matrimonio. La consecuencia es que los acuerdos biográficos sobre trabajo y vida, así como las normas en la familia, se tornan frágiles, y se ven más claramente las lagunas en la seguridad social de las mujeres, etc. En los conflictos que hoy día surgen entre hombres y mujeres, ellos tienen que enfrentarse también a las contradicciones relegadas al ámbito personal de la sociedad industrial, que disuelve al mismo tiempo los fundamentos modernos y estamentales de su propia convivencia.

(2) La dinámica individualizadora que ha desprendido a la gente de las culturas de clase tampoco se detiene ante las puertas de la familia. Con una fuerza que no llegan a entender y cuya más profunda encarnación representan ellos mismos, a pesar de toda su extrañeza, los seres humanos se sacuden los marcos de género con sus atributos estamentales y sus presupuestos, o están siendo sacudidos hasta el fondo de su ser. La ley que les sobreviene es: *Yo soy yo*, y luego: yo soy mujer. Yo soy yo, y luego: y soy hombre. Entre este Yo y la mujer *exigida*, el Yo y el hombre *exigido*, se abren abismos. El proceso de individualización causa hechos contradictorios: por un lado, los hombres y las mujeres que van en búsqueda de una «vida propia» son *liberados* de sus adjudicaciones tradicionales del género. Por otro lado, las personas son *empujadas* de las relaciones sociales cada vez más pobres a la vida en pareja, a la búsqueda de la felicidad amorosa. La necesidad de compartir la intimidad como expresión actual del modelo ideal del matrimonio, entendido como comunidad de sentimientos, no es una necesidad primaria. Este modelo *crece* con las pérdidas que regala la individualización como contrapartida de sus posibilidades. Consecuentemente, el camino directo para salir del matrimonio y la familia conduce, generalmente más temprano que tarde, otra vez hacia ella. Y al revés. El más allá de la frustración y del placer de los géneros es siempre la repetición de la frustración y placer de los géneros, su confrontación, su estar uno encima de otro, debajo del otro, al lado del otro, sin el otro, para el otro, o todo a la vez.

(3) En *todas* las formas de convivencia de mujeres y hombres (antes, durante, aparte y después del matrimonio) aparecen los *conflictos que han marcado al siglo veinte.* En la convivencia muestran su cara privada. La familia, no obstante, *solamente* es el lugar y *no la causa* de lo que pasa. Se pueden cambiar las escenas, pero la obra que se representa es la misma. El ensamblaje de los géneros con todo su polifacetismo, desde el trabajo a la paternidad, amor, trabajo, política, incluso a la autorrealización a través y contra el otro, ha empezado a tambalearse. En el seno de las relaciones matrimoniales (y extramatrimoniales) se encienden los conflictos por las *posibilidades de elección* que se están dando (por ejemplo, por la movilidad profesional dispar de los esposos, por el reparto de los trabajos domésticos y el cuidado de los hijos, por la forma de la contracepción, por la sexualidad). Con las decisiones se evidencian las diferentes consecuencias y riesgos para hombres y mujeres y, por tanto, también las *contradicciones de sus situaciones.* Con la responsabilidad en la educación de los hijos se decide, por ejemplo, la carrera profesional de los esposos y, por consiguiente, su dependencia o independencia económica actual y futura. Estas decisiones tienen una cara personal y una cara institucional: la falta de soluciones institucionales (por ejemplo, pocas plazas de guarderías, falta de un horario flexible, protección social insuficiente) potencia los conflictos en las relaciones privadas, y al revés: unas medidas institucionales adecuadas ayudan a descargar las tensiones entre los géneros. En este sentido, hay que ver en su contexto las estrategias de solución privadas y políticas.

En lo que sigue, queremos desarrollar, una tras otra, estas tres tesis fundamentales: el «carácter estamental» de la sociedad industrial, las tendencias a la individualización en los contextos de vida, tanto por parte de las mujeres como de los hombres, así como las situaciones de conflicto que se obvian a causa de las oportunidades y obligaciones de elegir.

La sociedad industrial es una sociedad moderna de estamentos

Las particularidades de las contradicciones en las situaciones de la vida de hombres y mujeres pueden determinarse teóricamente separándolas de su situación de clase. Las contradicciones de clase se encendieron en el siglo XIX por la pobreza material de amplias partes del proletariado. Estas contradicciones se vivieron públicamente. Las actuales entre los géneros, causadas por la destradicionalización de la familia, estallan principalmente en el seno de la pareja, y tienen sus campos de batalla en la cocina, la cama y la habitación de los hijos. Sus síntomas son las eternas discusiones sobre la relación de pareja o la guerra tácita en el matrimonio; la huida a la soledad o de la soledad; la pérdida de seguridad que daba el otro al que, de repente, ya no se entiende; el dolor del divorcio; la idolatría de los hijos; la lucha por un trozo de vida propia que se quiere ganar al otro y al mismo

tiempo compartir con él; el descubrimiento de la represión en las cosas ridículas de la vida cotidiana, y de la represión que uno/a mismo/a *ejerce*. A eso se le puede llamar como se quiera: «la guerra de trincheras de los géneros», «la retirada en lo subjetivo», «la era del narcisismo». Es justamente la manera como una *forma social* —la configuración estamental de la sociedad industrial— se quebranta hacia lo privado.

De las contradicciones de clase que se produjeron con la sociedad industrial se podría decir que son «inmanentemente modernas», o sea, que se basan en el mismo modo de producción industrial. Las contradicciones entre los géneros, *ni* se sujetan al esquema de las modernas contradicciones de clase, *ni* son un mero vestigio tradicional. Son una tercera cosa. Al igual que las contradicciones entre capital y trabajo, son *producto y fundamento* de la sociedad industrial en el sentido que el trabajo asalariado *presupone* el trabajo doméstico y que las esferas de la producción y la familia *se separan y se crean* en el siglo XIX. Entonces se producen unas situaciones entre hombres y mujeres basadas, al mismo tiempo, en *adjudicaciones* vinculadas por haber nacido de uno u otro género. Por este motivo, constituyen un extraño híbrido de *«estamentos modernos»*. Con ellos se establece en la modernidad la jerarquía estamental de la *sociedad industrial*. Reciben su conflictividad de la *contradicción* entre modernidad y contramodernidad *dentro* de la sociedad industrial. Análogamente, las contradicciones estamentales de los géneros no surgen, como las contradicciones de clase, en la temprana modernización industrial, sino en la tardía, es decir, cuando las clases sociales ya han quedado destradicionalizadas y cuando la modernidad ya no se detiene ante las formas de la familia, matrimonio, paternidad y trabajo doméstico.

Durante el siglo XIX, y con la imposición de la sociedad industrial, se configuraron las formas de la familia nuclear que actualmente se está destradicionalizando de nuevo. El trabajo familiar y la producción se someten a principios contradictorios de organización.[37] Si la última se rige por las reglas y el poder del *mercado*, el primero exige, como si fuera lo más normal, la ejecución gratuita del trabajo cotidiano. A la forma *contractual* de las relaciones se opone la forma *comunitaria* colectiva del matrimonio y la familia. La competencia y movilidad individual requeridas por el sector de la producción tropiezan en la familia justamente con la contraexigencia: el sacrificio del uno por el otro, la entrega al proyecto común que es la familia. En el croquis de la sociedad industrial se han fundido, por tanto, mediante

37. Véase Maria S. Rerrich (1988).

las formas del sustento familiar y la producción destinada al mercado, dos épocas con principios de organización y sistemas de valores contradictorios: la modernidad y la contramodernidad moderna, que se complementan, se causan y se contradicen.

A ese modelo corresponden las diferentes situaciones de vida creadas, en el curso del siglo XIX, con la separación de familia y producción. Por consiguiente, no sólo existe un sistema de desigualdades basado en la producción, es decir, diferencias en el sueldo, las profesiones, la posición frente a los medios de producción, etc. También hay un sistema de desigualdades que *cruza transversalmente* todo esto y que abarca las diferencias de época entre la «situación familiar» con su igualdad relativa, por un lado, y la diversidad de las situaciones de producción, por el otro. Los trabajos de la producción se facilitan a través del mercado laboral y se ejecutan a cambio de dinero. Su aceptación convierte a las personas, a pesar de todo lo que pueda significar el trabajo dependiente, en autosustentadoras. Se transforman en los actores de procesos de movilidad, de las correspondientes planificaciones, etc. El trabajo familiar no pagado se asigna, según el croquis de la vieja sociedad industrial, como la dote natural que se aporta al matrimonio. Quien lo acepta, y sabemos quién es, maneja dinero de «segunda mano» y depende siempre del matrimonio como lazo de unión con el autosustento. Y la base feudal de la sociedad industrial se encuentra en el hecho de que el reparto de estos trabajos queda sustraído a la decisión. Se adjudican a través del origen y el género. En principio, *la fatalidad yace también en la cuna de la sociedad industrial*: o trabajo doméstico de por vida, o una existencia dirigida por la forma del mercado laboral. Estos «destinos de género» estamentales son mitigados, superados, agudizados y encubiertos por la promesa del amor. El amor es ciego. Pero como el amor, con todo su peligro, aparece también como salida del peligro que él mismo crea, en principio no puede existir la desigualdad que existe. Sin embargo, existe y hace que el amor se vuelva insípido y frío.

Las quejas sobre la «tiranía de la intimidad» (Sennett) son, por tanto, contempladas desde la teoría y la historia social, las contradicciones de una modernidad a medias resultado del plano de la sociedad industrial, que ya ha dividido desde siempre los principios indivisibles de la modernidad, la libertad individual y la igualdad más allá de las condiciones de nacimiento, reteniendo a unos por haber nacido de un género y asignándolos al otro. La sociedad industrial nunca ha sido, ni es posible, exclusivamente como sociedad industrial. Desde siempre, ha sido mitad sociedad industrial, mitad sociedad estamental; este lado estamental no es ningún vestigio tradicional,

sino un producto y fundamento de la sociedad industrial, incorporado en el esquema de trabajo y vida.

No obstante, durante la modernización del Estado de Bienestar, después de la Segunda Guerra Mundial, ocurren dos cosas: por un lado, las exigencias de la biografía normal y dependiente del mercado se extienden también al contexto de vida de las mujeres. Con eso no se produce nada nuevo, sólo se aplican los principios de la sociedad desarrollada del mercado traspasando la barrera de los géneros. Por otro lado, sin embargo, se crean unas situaciones totalmente nuevas en el seno de las familias y entre hombres y mujeres, hasta el punto de disolver los fundamentos estamentales de vida de la sociedad industrial. Con la *imposición* de la sociedad industrial del mercado más allá de la división por géneros, se está persiguiendo, ya desde el principio, la *superación/disolución* de su moral de familia, destinos de género y tabúes como el matrimonio, la paternidad y la sexualidad. Incluso se está iniciando la reunificación del trabajo doméstico con el trabajo asalariado.

El edificio de la jerarquía estamental de la sociedad industrial está compuesto de muchos elementos: la división de las esferas de trabajo de la familia y de la producción, con su organización diferente; la adjudicación de las correspondientes situaciones de vida por haber nacido de un determinado género; el encubrimiento de la situación general mediante las promesas de cariño y no-soledad por parte del amor, matrimonio y paternidad. Si se mira atrás, se ve que la construcción de este edificio también ha tropezado con resistencias. Hasta ahora, quizá se haya analizado la modernidad demasiado desde un punto de vista. Tiene una doble cara. Paralelamente a la creación de la sociedad industrial, en el siglo XIX, se instauró el moderno orden estamental de géneros. En este sentido, en el siglo XIX la modernización va acompañada de la contramodernización. Se establecen las contradicciones entre producción y familia, de esa época, y se justifican y se declaran como valores eternos. Como remate final, una unión entre una filosofía inspirada por el hombre, la religión y la ciencia, anuda todo eso con el «carácter» de la mujer y el «carácter» del hombre.

La modernización, por tanto, no sólo disuelve las relaciones feudales de la sociedad agraria, sino que también produce nuevas relaciones feudales que hoy empieza, otra vez, a disolver. Lo mismo —la modernización— conlleva consecuencias contrarias bajo las distintas condiciones globales del siglo XIX y de finales del siglo XX: en aquel entonces, la división entre trabajo doméstico y trabajo asalariado; hoy, la lucha por nuevas formas de reunificarlos otra vez; entonces, el destino de la mujer como sustento del matrimonio; hoy, su intento de entrar en el mercado laboral; en el siglo pasado, la imposición de los estereotipos del rol de mujer y de hombre; actualmente, la liberación de las personas de sus modelos estamentales de género.

Pero eso no hace más que indicar la dirección del desarrollo. El punto clave de estas reflexiones se encuentra en lo siguiente: los problemas de la sociedad del mercado impuesta no se pueden resolver manteniendo las formas de vida y las estructuras institucionales de una sociedad del mercado a medias. Donde hombres y mujeres tienen que llevar una existencia económica independiente no pueden hacerlo, ni con las tradicionales adjudicaciones de roles de la familia nuclear, ni dentro de las estructuras institucionales del trabajo profesional, derecho social, planificación urbanística, escuelas, etc., ya que presuponen precisamente el modelo tradicional de familia nuclear con sus fundamentos estamentales de género.

Los «conflictos del siglo» que se descargan en acusaciones y decepciones personales, también tienen su origen en el intento de probar la liberación de los estereotipos de género sólo a través de los enfrentamientos privados de hombres y mujeres, manteniendo las mismas estructuras institucionales. Es igual al intento de cambiar la sociedad conservando las mismas estructuras sociales dentro de la familia. Lo que entonces queda es un intercambio de las desigualdades. Se quiere conseguir la liberación de la mujer del trabajo doméstico y del sustento del matrimonio a cambio del regreso del hombre a esta «existencia feudal moderna», que ya no quieren aceptar las mujeres para sí mismas. Históricamente visto, eso sería comparable al intento de convertir a la nobleza en los esclavos de los campesinos. Pero al igual que las mujeres, los hombres tampoco obedecerán a la llamada de «volver a la cocina» (¡y las mujeres debieran ser las primeras en entenderlo!). Esto, sin embargo, sólo es un subpunto. La idea central es la siguiente: la igualdad de hombres y mujeres no se puede conseguir en estructuras institucionales que presupongan la desigualdad de hombres y mujeres. No podemos meter a los nuevos seres humanos «redondos» en los viejos cajones «cuadrados» del mercado laboral, el sistema profesional, el urbanismo, el sistema de protección social, etc. Si se intentara, nadie debiera extrañarse que la relación privada de los géneros se convierta en el campo de batalla de unas confrontaciones que solamente de forma deficitaria pueden ser «resueltas» mediante los ensayos problemáticos del «cambio de roles» o de las «formas mixtas de roles».

¿Liberación de los roles de la mujer y del hombre?

La perspectiva aquí esbozada contrasta de modo extraño con los datos anteriormente expuestos, ya que éstos también documentan de forma impresionante la tendencia contraria de la renovación de la jerarquía estamental de género. Además, ¿en qué sentido puede hablarse de «liberación»? ¿Tienen hombres y mujeres las mismas oportunidades de liberarse de las prefiguraciones de su «destino estamental de género»? ¿Qué condiciones causan esta liberación y cuáles la impiden? En las décadas pasadas, ha habido importantes movimientos que pretendían liberar a las mujeres de sus tradicionales adjudicaciones femeninas. En este proceso hay que destacar cinco condiciones determinantes que no tienen en absoluto una relación causal entre ellas:

Primero: a causa del aumento de la esperanza de vida, se ha desplazado el ensamblaje biográfico, la secuencia de las fases de vida. Como demuestra especialmente Arthur E. Imhof en sus estudios sociohistóricos, eso ha conducido a una «liberación demográfica de las mujeres». Si en décadas anteriores el margen de vida de una mujer era esquemáticamente hablando justo lo suficientemente largo para parir y educar el número socialmente «deseado» de hijos que sobrevivían, estos deberes maternales terminan hoy, aproximadamente, a los 45 años. El «estar-para-los-hijos» se ha convertido en un período transitorio de la vida de la mujer. A este período le sigue aún un promedio de tres décadas del «nido vacío», más allá del tradicional centro de la vida de las mujeres. «Sólo en la República Federal de Alemania existen hoy más de cinco millones de mujeres en sus "mejores años" que viven en una relación posmaternal..., a menudo... sin actividad concreta que les llene la vida.»[38]

Segundo: los procesos de modernización también han reestructurado el trabajo doméstico, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, el aislamiento social por el trabajo doméstico no es en absoluto un atributo estructural inmanente a dicho trabajo, sino el resultado de desarrollos históricos, o sea, de la destradicionalización del mundo de la vida. En el curso de los procesos de individualización se agudizan las delimitaciones de la familia nuclear y se crea una existencia insular que se independiza frente a los restantes vínculos (culturas de clase, vecindades, conocidos). Sólo a partir de estos hechos se produce, con la existencia del ama

38. A. Imhof (1981), pág. 181.

de casa, la existencia del trabajo aislado por excelencia. Por otro lado, el trabajo doméstico está siendo invadido por procesos de automatización técnica. Diversos aparatos, máquinas y ofertas de consumo facilitan y vacían el trabajo en la familia. Se convierte en un sempiterno trabajo restante e invisible entre la producción industrial, los servicios pagados y el equipamiento técnicamente perfeccionado de las casas privadas. El aislamiento y la automatización, juntos, provocan una «descalificación del trabajo doméstico» (Claus Offe) que remite, a las mujeres que buscan una vida llena, al trabajo profesional fuera de casa.

Tercero: si es cierto que la maternidad sigue siendo la atadura más fuerte al tradicional rol de la mujer, entonces seguramente no puede sobrevalorarse la importancia de los métodos anticonceptivos, así como las posibilidades legales de interrumpir el embarazo para la desvinculación de las mujeres de sus papeles tradicionales. Los hijos son, en principio, hijos deseados y la maternidad es una maternidad deseada. Pero los datos demuestran que una maternidad sin dependencia económica del marido y sin responsabilidad de la familia aún sigue siendo una utopía para muchas. La nueva generación de mujeres tiene, no obstante, la posibilidad —a diferencia de sus madres— de (co)determinar si quieren tener hijos, cuándo los quieren y cuántos. Al mismo tiempo, se libera la sexualidad femenina del fatalismo de la maternidad y puede ser descubierta también en contra de las normas masculinas de forma más autodeterminada.

Cuarto: el número creciente de divorcios remite a la fragilidad del sustento matrimonial y familiar. Muchas veces, las mujeres sólo se salvan de la pobreza por la «ayuda de un hombre». Casi el 70 % de las madres solteras/divorciadas tienen que sobrevivir con sus hijos con muy poco dinero. Ellas y las jubiladas constituyen la mayoría de los solicitantes de ayuda social. En este sentido, las mujeres han sido «puestas en libertad», es decir, que se les ha cortado la garantía de una seguridad económica de por vida a través del hombre. La entrada masiva de las mujeres en el mercado laboral, documentada por las estadísticas, demuestra también que muchas mujeres han comprendido esta lección histórica y que sacan sus consecuencias de ella.

Quinto: los efectos de la igualdad en la enseñanza van en la misma dirección y expresan también la fuerte motivación profesional de las mujeres jóvenes (véase arriba).

A través de todo eso —liberación demográfica, descalificación del trabajo doméstico, anticoncepción, derecho al divorcio, participación en la enseñanza y profesión—, se expresa, en resumen, una liberación de las mujeres de las predeterminaciones de su moderno destino estamental femeni-

no, una liberación irreversible. Por este motivo, la espiral de la individualización, basada en el mercado laboral, enseñanza, movilidad y planificación de una carrera, afecta ahora a la familia a una velocidad doble o triple.

Pero a estas condiciones que llevan a la individualización se oponen otras que pretenden atar de nuevo a la mujer a sus asignaciones tradicionales. Una sociedad del mercado laboral realmente *realizada* que posibilitara a todas las mujeres y todos los hombres una existencia económicamente segura e independiente haría disparar el número de parados. Eso significa que, bajo las condiciones del paro masivo y de la expulsión del mercado de trabajo, las mujeres están liberadas *del* sustento matrimonial, pero no están libres *para* asegurarse la vida de forma independiente mediante un empleo. Esto, sin embargo, significa también que una gran parte de ellas sigue *dependiendo* de la protección económica del hombre que ya no existe como tal. Esta situación intermedia entre «libertad de», pero no «libertad para» un comportamiento real de trabajadora asalariada aún encuentra una agravación con el deseo de volver a vincular a la mujer a la *maternidad.* Mientras las mujeres tengan hijos, los amamanten, se sientan sus responsables y vean una parte esencial de su vida en ellos, los hijos seguirán siendo unos «obstáculos» deseados en la lucha por competir por un puesto de trabajo y seguirán siendo una seducción para poder decidirse conscientemente *contra* la independencia y la carrera económica.

Así, las mujeres están divididas por la contradicción entre liberación y revinculación a las viejas adjudicaciones. Eso se refleja también en su consciencia y comportamiento. Huyen del trabajo doméstico a la profesión, y al revés, e intentan, en diferentes épocas vitales de su biografía, conciliar de «alguna manera» las condiciones irreconciliables de su vida mediante decisiones contradictorias. Las contradicciones de su entorno refuerzan las suyas: ante el juez de familia, las mujeres tienen que aceptar la pregunta de por qué han descuidado su carrera profesional. En la política familiar tienen que aguantar la pregunta de por qué no cumplen con sus deberes maternales. Y con sus propias ambiciones profesionales le dificultan al marido su vida profesional ya en sí muy pesada. El derecho al divorcio y la realidad del divorcio, la falta de seguridades sociales, las puertas cerradas del mercado laboral y la carga casi exclusivamente en la mujer del trabajo familiar caracterizan algunas de las contradicciones que el proceso de individualización ha introducido en el contexto de la vida femenina.

La situación de los *hombres* es totalmente diferente. Mientras las mujeres —por razones encaminadas a asegurarse una existencia económica— tienen que desligarse de las viejas adjudicaciones del «estar para otros» y buscarse una nueva identidad social, en los hombres *coincide* la aspiración a la existencia económica segura e *independiente* y la *vieja* identidad del rol. El estereotipo del rol de género masculino del «hombre profesional» reúne en sí la individualización económica y el comportamiento tradicional masculino. Ser mantenidos por el cónyuge (la esposa) es algo históricamente desconocido para los hombres, y la «libertad para» el trabajo asalariado en combinación con una existencia familiar les parece lo más normal. El correspondiente trabajo sumergido queda tradicionalmente para la mujer. Los placeres y obligaciones de la paternidad se han vivido, ya desde siempre, como una suerte de diversión de ocio dosificada. La paternidad no ha constituido nunca un verdadero obstáculo para el ejercicio de su profesión, todo lo contrario: les ha obligado a ejercerla. Con otras palabras: todos los elementos que *sacan* a las mujeres del tradicional rol de la mujer *no se dan* en el caso de los hombres. Paternidad y empleo, independencia económica y existencia familiar no representan contradicciones en el contexto de vida de los hombres, que debieran mantenerse unidos en contra de las condiciones de la familia y la sociedad. Todo lo contrario: su compatibilidad está prefijada y asegurada en el tradicional rol del hombre. Pero eso significa que la individualización (en el sentido de llevar una vida dirigida por el mercado) no hace más que *reforzar* las actitudes basadas en el rol masculino.

Por tanto, si los hombres se rebelan contra las predeterminaciones de su rol, es por otros motivos. Y es que también en la fijación al trabajo del rol masculino se encuentran contradicciones: por ejemplo, el sacrificio por el trabajo, por algo que no puedes disfrutar, ya que no tienes tiempo de hacerlo, e incluso te quita el deseo y las capacidades para disfrutar. Este asegurarse su terreno para nada; el agotamiento frente a las metas profesionales y empresariales con las que no se pueden identificar, pero a las que están obligados; la «indiferencia» que resulta de ello, pero que nunca llega a ser una indiferencia total, etc. A pesar de todo, hay importantes impulsos para la liberación del rol masculino que seguramente no son inmanentes, sino *inducidos desde fuera* a consecuencia de los cambios que viven las mujeres, y eso en un doble sentido. Con la creciente participación de las mujeres en el trabajo asalariado, los hombres se ven liberados del yugo de ser el único sustentador de la familia. De esta manera, se afloja el contexto forzado de tener que someterse (para la mujer y los hijos) en el trabajo a una voluntad y unos fines ajenos. Como consecuencia, se le posibilita otro compromiso con el trabajo y la familia. La «armonía familiar», por el otro lado, se torna más frágil. Aquel lado masculino de la existencia, que hasta ahora ha sido

determinado por la mujer, sale fuera del equilibrio. Al mismo tiempo, los hombres empiezan a vislumbrar su independencia en cosas cotidianas y su dependencia emocional. Estos últimos factores son también factores esenciales para disolver la identificación con las prefijaciones del rol masculino y para probar nuevas formas de vida.

Los conflictos hacen que las contradicciones entre hombres y mujeres se vean con más claridad. En el centro se encuentran dos «temas catalizadores». Los *hijos* y la *seguridad económica.* Mientras dure el matrimonio, ambos problemas pueden ser mantenidos latentes, pero, en caso de divorcio, surgen de forma manifiesta. Es significativo que el reparto de las cargas y oportunidades cambie durante la transición del modelo tradicional de matrimonio al modelo de matrimonio con dos sueldos.

En el caso del sustento matrimonial tradicional por parte del hombre, la mujer se queda después del divorcio —y hablando esquemáticamente— *con* hijos y *sin* ingresos; el hombre, en cambio, se queda *con* ingresos y *sin* hijos. En el segundo caso, poco cambia a primera vista. La mujer dispone de unos ingresos y tiene los hijos (según la legislación vigente). Pero ahora la desigualdad se está invirtiendo en un aspecto muy importante. En la medida en que la desigualdad económica entre hombres y mujeres va disminuyendo —ya sea por la actividad profesional de la mujer, o por las regulaciones de manutención fijadas por la ley del divorcio y la jubilación—, se está cobrando consciencia de la *discriminación del padre.* Por su capacidad de parir, la mujer tiene el título de posesión sobre el hijo, tanto biológica como legalmente. Se están diferenciando las relaciones de propiedad entre semen y óvulo. La parte del padre en el hijo siempre queda sujeta a la madre y a su antojo. También, y sobre todo, tiene validez en todas las cuestiones de la interrupción del embarazo. En la medida que avanza el distanciamiento entre el rol del hombre y el de la mujer, aumenta el peligro que el péndulo se incline hacia el otro lado. Los hombres que se están deshaciendo de su orientación hacia la carrera profesional y que quieren acercarse a sus hijos se encuentran con un nido vacío. El hecho de que se multipliquen (especialmente en Estados Unidos) los casos de padres que *secuestran* a sus hijos después que el juez los haya atribuido a la madre lo expresa claramente.

Pero la individualización que divide las situaciones de hombres y mujeres, por el otro lado, también los conduce a la vida en pareja. Con *la pérdida de las tradiciones crecen las promesas de las relaciones amorosas.* Todo lo que se va perdiendo, se busca en el otro. Primero se retiró Dios (o nosotros lo apartamos). La palabra «creer», que en otros tiempos significaba haber experimentado algo, ha adquirido el matiz ligeramente deslucido de «contra su propia convicción». Con Dios desaparece el cura y sin él crece la culpa que ya no se puede descargar y que, con la nivelación de correcto y falso, no disminuye, sino que se torna más indeterminable para el preguntar lúcido. Las clases que por lo menos supieron interpretar la miseria que les caía encima se han desvanecido de nuestra vida hacia los discursos y los números. Las vecindades que solían crecer con el intercambio y los recuerdos van desapareciendo a causa de la movilidad. Se pueden entablar contactos amistosos, pero giran alrededor de su propio centro. Existe también la posibilidad de hacerse socio de un club. Parece que el abanico de los contactos está aumentando, ampliándose, cogiendo más diversidad. Pero su gran número los convierte en más efímeros, más superficiales. De esta manera, pueden intercambiarse rápidamente intimidades, casi como si de un apretón de manos se tratara. Tal vez todo eso pueda mantener un movimiento y abrir posibilidades. La multiplicidad de las relaciones, no obstante, no puede sustituir la fuerte capacidad de crear identificaciones de una relación fija. Como demuestran las investigaciones, *ambas* son necesarias: la diversidad de relaciones y una intimidad duradera. Amas de casa, felices con su matrimonio, sufren por la falta de contactos y el aislamiento social. Hombres divorciados no son capaces de superar la soledad que les amenaza, aunque se reúnan en grupos con iguales.

En las idealizaciones del moderno matrimonio por amor se refleja otra vez el camino hacia la modernidad. La idolatría del matrimonio es la contrapartida de las pérdidas que produce la modernidad. Si no hay Dios, ni cura, ni clase, ni vecino, entonces queda por lo menos el Tú. Y la magnitud del tú es el vacío invertido que reina en todo lo demás.

Eso significa también que lo que mantiene unido al matrimonio y a la familia no es tanto el fundamento económico y el amor, sino el miedo a la soledad. Todo lo que se augura y se teme *más allá* del matrimonio, o sea la soledad, quizá constituya la base más estable de esta relación.

Lo dicho anteriormente nos conduce, por de pronto, a una relativización esencial de la controversia acerca de la familia nuclear. La familia nuclear burguesa ha sido bendecida y condenada; se ha visto cómo la familia iba de crisis en crisis o cómo resucitaba del ambiente de crisis adjudicado. Todo eso queda vinculado al veredicto de la *alternativa falsa.* Quien carga todo el mal o el bien en la familia queda corto en su argumentación. La familia sólo es la superficie que hace traslucir las situaciones de conflicto históricas entre hombres y mujeres. Sea dentro o fuera de la familia, los géneros siempre se encuentran, con las contradicciones que se han ido acumulando entre ellos.

¿En qué sentido, pues, puede hablarse de una liberación en relación con la *familia*? Con la extensión a la familia de la dinámica individualizadora, las formas de convivencia comienzan a cambiar de modo *general*. La relación entre familia y biografía individual se afloja. La familia única para toda la vida empieza a ser la excepción, y la regla será un ir y venir entre diferentes familias temporales o bien entre formas de convivencia *no* familiares según las fases de vida. Con el cambio entre las fases de vida, el vínculo familiar de la biografía se permeabiliza y *de esta manera está siendo superado*. A partir de las relaciones familiares, convertidas en intercambiables, surge dentro y fuera de la familia la *biografía singular* independiente del hombre y de la mujer. Cada uno/a atraviesa —debido a las diferentes fases vitales— varias familias parciales o formas de vida sin familia, y justamente *por eso* también vive más y más su propia vida. Es, por tanto, a través del corte longitudinal de la biografía —y no por el momento preciso o la toma instantánea de la estadística familiar— que se revela la individualización de la familia, es decir, la inversión de la prioridad de la familia y de la biografía singular. Empíricamente, por consiguiente, se deduce el grado de liberación de la familia de la *visión conjunta histórico-vital* de los datos sobre divorcios y nuevos casamientos, de formas de convivencia antes, durante y fuera del matrimonio; datos que —mirados de forma aislada y sólo relacionados con el pro y contra de la familia— parecerían contradictorios. Situados entre los dos extremos de familia o no familia, un número cada vez más elevado de personas empieza a «decidirse» por una tercera vía: un *currículum global plural y provisional*. Este pluralismo biográfico de las formas de vida, o sea, la alternancia entre familias mezcladas con interrumpidas por otras formas de convivencia o vida solitaria, se está convirtiendo en la «norma» (paradójica) del convivir y de la confrontación de hombres y mujeres bajo las condiciones de la individualización. Mirando el transcurso de una vida, hay que constatar, por tanto, que la mayoría de la gente *ha entrado (con todo el sufrimiento* y *miedo que necesariamente conlleva) en una fase de ensayo de formas de convivencia, prescrita por los cambios históricos*, cuyo fin y resultado actualmente no se puede prever. Pero todas las «equivocaciones» sufridas no pueden evitar el paso a un nuevo «experimento».

CUANDO LAS DESIGUALDADES SE HACEN CONSCIENTES: POSIBILIDADES Y OBLIGACIONES DE ELEGIR

El hecho de que haya diferencias y contradicciones en las situaciones de hombres y mujeres no es una novedad de nuestros tiempos. No obstante,

hasta los años sesenta han sido aceptadas por la gran mayoría de las mujeres como algo «normal». Desde hace unas décadas, se están fijando más en este hecho, y existen esfuerzos políticos dirigidos a conseguir la igualdad de las mujeres con los hombres. Después de los primeros éxitos se *agudiza* la toma de consciencia de las desigualdades. Por tanto, hay que distinguir las desigualdades *reales*, sus condiciones y las causas de la concienciación acerca de ellas. Las contradicciones entre hombres y mujeres tienen dos lados que pueden variar de modo independiente: la objetividad de las situaciones y el hecho de deslegitimarlas o tomar conciencia de ellas. El que compara el largo tiempo de la aceptación de las desigualdades con el corto período de su problematización, y el que ve (al mismo tiempo) que ha sido precisamente la reducción de las desigualdades la que las ha puesto en evidencia, no infravalorará la importancia particular de esta concienciación. Ahora queremos indagar en las condiciones de esta toma de consciencia.

Con el avance de la modernización, se multiplican las decisiones y las obligaciones de decidir en todos los ámbitos de acción social. Exagerando un poco, se podría decir: *«Cualquier cosa vale»*. Ya no está claro quién friega los platos y cuándo, quién cambia los pañales de los bebés cuando lloran, quién va de compras y quién pasa el aspirador; ni tampoco quién gana el dinero, ni quién determina la movilidad, ni por qué se puede gozar de los bonitos aspectos nocturnos en la cama sólo con la persona prevista para ello por el registro civil, es decir, con el cónyuge que tienes delante cada día. El matrimonio es separable de la sexualidad, ésta a su vez de la paternidad/maternidad, la cual puede multiplicarse mediante el divorcio, y todo esto puede dividirse por el hecho de vivir juntos o separados y potenciarse por tener una casa en diferentes lugares o por la siempre presente posibilidad de revisarlo todo. De esta operación matemática resulta a la derecha del signo de la ecuación un número aún por determinar que transmite una vaga impresión sobre el simulacro de existencias entrelazadas directamente y de forma múltiple que hoy en día se esconden cada vez más detrás de las palabras tan fieles e invariables de matrimonio y familia.

En todas las dimensiones de la biografía irrumpen *posibilidades* de elegir y *obligaciones* a elegir. Las planificaciones y acuerdos necesarios para ello pueden ser revocados en cualquier momento y tienen que ser legitimados por las cargas desiguales que contienen. A través de conversaciones y acuerdos, errores y conflictos relacionados con dichas cargas, se desvela cada vez con más claridad la diferencia en los riesgos y en las consecuencias para hombres y mujeres. La transformación de las predeterminaciones en decisiones significa, pensando sistemáticamente, dos cosas: en primer

lugar, que la *posibilidad de no decidir se torna tendencialmente imposible.* La posibilidad de decidir despliega un tener que decidir casi imposible de revocar. Ahora tiene que pasar por la presión de la relación, de los cuestionamientos y con ello por las ponderaciones sobre las diferentes consecuencias. En segundo lugar, que las decisiones que se tienen que pensar *se están convirtiendo en los concienciadores de las desigualdades que surgen y de los conflictos y esfuerzos por resolverlos que conllevan.* Eso empieza ya con la convencional decisión sobre la movilidad profesional. El mercado laboral exige movilidad, por un lado, sin considerar las circunstancias personales. El matrimonio y la familia exigen justo lo contrario. El modelo de mercado de la modernidad, pensado hasta el final, presupone una sociedad *sin* familia y matrimonio. Cada uno debiera ser independiente, libre para las exigencias del mercado y asegurarse su existencia económica. El sujeto del mercado es, en última consecuencia, el individuo soltero, no «entorpecido» por relaciones amorosas, matrimoniales o familiares. La sociedad del mercado llevada hasta el final es, por consiguiente, también una sociedad *sin niños*, a no ser que los hijos crezcan con madres y padres solteros y móviles.

Esta contradicción entre las exigencias de la relación de pareja y las exigencias del mercado laboral ha podido quedar escondida mientras quedaba claro que el matrimonio significaba para la mujer prohibición de trabajar, cuidar la familia y «movilidad con» respecto a las aspiraciones profesionales del marido. Pero dicha contradicción surge a la luz cuando *ambos* cónyuges deben o quieren ser libres para asegurarse la existencia trabajando por un sueldo. Para esta contradicción entre familia y mercado laboral, se podrían pensar muy bien unas soluciones o suavizaciones *institucionales* (por ejemplo, unos ingresos mínimos para todos los ciudadanos o una protección social no vinculada al trabajo; la supresión de todos los obstáculos que dificultan el trabajo de ambos cónyuges; unos «criterios de exigencia» correspondientes, etc.). Pero éstos no existen, ni están previstos. Por consiguiente, las parejas tienen que buscar soluciones *privadas* que con las actuales posibilidades, no obstante, sólo pueden acabar en un reparto interno de *riesgos*. La pregunta es: ¿quién renuncia a la independencia y a la seguridad económica, por tanto, a lo que en nuestra sociedad representa la condición primera para sobrevivir? Quien se traslada con el otro tiene que aceptar (en la mayoría de los casos) unos perjuicios considerables con referencia al trabajo, ya que *ella* puede quedar totalmente expulsada de su camino profesional. Análogamente, sube el nivel de conflictividad. El matrimonio, la familia, la pareja, se han convertido en un lugar donde las contradicciones de la sociedad de mercado modernizada, llevadas al ámbito personal, ya no pueden ser compensadas.

A la cuestión problemática de la movilidad profesional se añaden aún más preguntas no menos conflictivas: cuándo tener hijos y cuántos y quién los cuida; el reparto nunca igual de los trabajos cotidianos; la «unilateralidad» de los métodos de anticoncepción; las pesadillas que surgen con la cuestión del aborto; las diferencias sobre la forma y frecuencia de la sexualidad; sin olvidar la actitud pesada que aún percibe sexismo en la propaganda de la margarina. En todos estos temas claves y conflictivos se evidencia la *disociación de las situaciones* entre hombres y mujeres: El *momento oportuno* para la paternidad se encuentra con condiciones y obstáculos muy diferentes en el contexto de vida masculino y femenino. Y si el matrimonio se lleva, ya de entrada, de manera «revisable» —o sea, ya «ajustado al divorcio»—, entonces se anticipa la separación que tendría que ser evitada, y de todas las decisiones y regulaciones surgen las consecuencias desiguales, de forma cada vez más obvia. Lo que se está precipitando sobre la familia, en cuanto a pérdidas de tabúes y nuevas posibilidades técnicas, divide las situaciones que hasta entonces quería mantener unidas: mujer contra hombre, madre contra hijo, hijo contra padre. En este juego entran también las pretendidas posibilidades de desarrollo del hijo, propagadas por la psicología y la pedagogía; las posibilidades que abre la cirugía de intervenir en el cuerpo de la madre, para no hablar de la realidad de ciencia ficción de la genética humana (véase capítulo 5, apartado 6). Las decisiones que se exigen a la unidad tradicional de la familia hacen que ésta se rompa. Las gentes, aunque lo crean y se lo reprochen, no introducen en la familia muchos de estos problemas. Casi todos los temas conflictivos tienen un lado institucional (el tema de los hijos se basa, por ejemplo y principalmente, en la imposibilidad institucionalmente asegurada de poder combinar el cuidado de los niños con un compromiso profesional). ¡Pero el solo hecho de conocer la situación no cuida a los niños! Todo lo que sobreviene de fuera a la familia desde el mercado laboral y sistema de empleo, hasta el derecho, etc., se invierte y se reduce a algo personal con una cierta inevitabilidad. En la familia (y en todas sus alternativas) se crea así la paranoia, provocada por el sistema, de pensar que tiene en sus manos los hilos y palancas para cambiar el fatal destino de la desigualdad entre los géneros, que ha salido a la luz en el curso de este último siglo.

También el núcleo de la familia, la reliquia llamada paternidad/maternidad, empieza a desmoronarse en sus distintos componentes, en las situaciones de maternidad y paternidad. En Alemania, uno de cada 10 niños vive

en una familia «soltera», o sea, crece bajo la protección de un padre o de una madre. El número de familias «solteras» va en aumento, mientras el número de familias con padre y madre está disminuyendo. Y la madre soltera ya no lo es, exclusivamente, porque su pareja la haya «dejado plantada», sino que es una posibilidad de elegir que escoge y que ante los conflictos con el padre (al que la mujer en principio aún sólo necesita para *una cosa* y nada más) vaga como un fantasma con muchas cabezas, como la salida hacia el hijo más deseado que nunca.

Conjuntamente con el proceso de individualización dentro de la familia, también cambia —como demuestran Elisabeth Beck-Gernsheim[39] y Maria S. Rerrich—[40] la relación social y la calidad de la relación con el hijo. El hijo se convierte, por un lado, en un *obstáculo* en el proceso de individualización. Cuesta trabajo y dinero, es veleidoso, te liga a una planificación escrupulosa de los días y de la vida que, al mismo tiempo, siempre puede cambiar. Con su aparición, desarrolla su «dictadura de las necesidades», y con la fuerza de sus cuerdas vocales y el brillo de su sonrisa impone a los padres su ritmo vital de criatura. Es eso, justamente, lo que le vuelve, por otro lado, tan insustituible. El hijo se convierte en la *última relación primaria irrevocable y no intercambiable que queda.* Las parejas vienen y se van. El hijo se queda. Todo lo que se añora de una relación amorosa que, sin embargo, ya no se vive, se le transmite a él. Con la fragilidad de las relaciones entre los géneros, el hijo cobra un carácter de monopolio para una duradera vida a dos, para la posibilidad de vivir plenamente los sentimientos controvertidos que suponen su estado de criatura, una posibilidad cada vez menos experimentable y cada vez más cuestionable en otras relaciones. Con él se cultiva y se celebra una vivencia social anacrónica que, con el proceso de individualización, se torna improbable y al mismo tiempo ansiada. El mimo de los hijos, la «escenificación de la niñez», que se les dedica a estos pobres seres tan exageradamente amados y la lucha encarnizada por ellos durante y después del divorcio son algunas pruebas de lo descrito. El hijo se convierte en la *última contra-soledad* que la gente puede crear frente a las posibilidades de amar que se les escapan. Es *la forma privada del «reencanto»* que cobra importancia con el desencanto producido por ella misma. El número de nacimientos disminuye. La importancia que se da al hijo, sin embargo, crece. Pero al final, casi nunca se llega a tener más de uno. Ya no llegan las fuerzas para más. Pero quien cree que los gastos (económicos) im-

39. E. Beck-Gernsheim (1989), así como el capítulo 5 de este libro.
40. Maria S. Rerrich (1988).

piden que la gente traiga niños al mundo tropieza con sus propias delimitaciones impuestas por el pensar en costes-beneficios.

El trozo de la Edad Media no sólo conservado, sino producido por la sociedad industrial, se está derritiendo. Los seres humanos son liberados de sus cáscaras estamentales del género, vistas hasta entonces como naturales. Es importante reconocer este hecho en sus dimensiones históricas, ya que este cambio sociohistórico se lleva a término como un conflicto privado, personal. La psicología (y la psicoterapia) que reconduce el sufrimiento, con el que se encuentran ahora de forma masiva las condiciones de la socialización familiar, se cortocircuita. Cuando los conflictos de la gente provienen de las formas de vida impuestas, cuando su convivencia ya no tiene modelos, su sufrimiento tampoco puede ser reducido exclusivamente a errores y asignaciones de la primera infancia. Bajo las condiciones de la liberación de los modernos destinos estamentales de los géneros, la sexualidad, el matrimonio, el erotismo y la paternidad/maternidad tienen mucho que ver con la desigualdad, el trabajo, el mercado laboral, la política, la familia y las formas de vida sin futuro a las que están expuestas. Esta historización y revisión histórico-social de sus categorías es una labor que aún le queda por hacer a la psicología.

¿El fin del individuo o el renacimiento de una inmensa subjetividad?

¿Qué significa esta liberación del contexto estamental de los géneros de la sociedad industrial para la discusión sobre el fin del individuo? ¿Se abre de esta manera el interior de los seres humanos a las industrias florecientes de la aventura, los movimientos religiosos y las doctrinas políticas? ¿Se disolverán las últimas competencias del Yo y serán sometidas a las modas de las cambiantes estandarizaciones interiores?

Sólo a primera vista puede parecer que el movimiento social de los años setenta se haya sumergido en un «subjetivismo de mirarse el ombligo». «Hasta donde llega la mirada, actualmente se está haciendo un gran esfuerzo en el día a día de las relaciones y los vínculos dentro y fuera del matrimonio y la familia, bajo el peso de unas formas de vida sin futuro. Sumando estos esfuerzos, se consiguen cambios que ya no se debieran considerar fenómenos privados, como se acostumbra a hacer. Las prácticas sensibles que se están acumulando en convivencias de todos los colores, los intentos de renovación en las relaciones entre los géneros, acostumbrados a reveses,

la solidaridad reavivada a causa de represiones compartidas y admitidas, todo eso quizá sacude más las raíces de la sociedad que cualquier estrategia de cambio del sistema que ha quedado suspendido en las alturas de su teoría.»[41]

Al individuo —también llamado aunque involuntariamente de forma criminalista «sujeto»— se le ha declarado muerto y se le ha enterrado ya muchas veces. Después de doscientos años de crítica cultural e ideológica, ya sólo vaga por los libros y las cabezas, normalmente, como el fantasma del «factor subjetivo». A este resultado llega también Theodor W. Adorno. Bajo el título «Payaso Augusto», apunta: «En medio de las unidades humanas estandarizadas y administradas, el individuo continúa existiendo. Incluso está bajo protección y adquiere el valor de un bien de monopolio. Pero la verdad es que no tiene otra función que la de su propia singularidad, no es más que una pieza de exposición, como los fetos que antaño suscitaban el asombro o la risa de los niños. Como ya no lleva una existencia económicamente independiente, su carácter entra en contradicción con su papel social objetivo. Precisamente por mantener esta contradicción vive protegido en un parque natural disfrutando de una ociosa contemplación».[42]

Esto es contradicho por la experiencia de los años setenta y ochenta: *el renacimiento de una subjetividad inimaginada y muy influyente.*[43] Los grupúsculos y círculos difusos que se crearon en torno a todo lo pensable e impensable y que no han podido mantenerse en pie por su floja organización han sabido introducir en el orden del día los temas de un mundo amenazado. Y lo han conseguido *contra* la resistencia de las ciencias y partidos establecidos y *contra* la fuerza enorme de las inversiones millonarias de la industria. No parece exagerado afirmar que los grupos cívicos han tomado la iniciativa *temática.* La progresión del reconocimiento político transcurre de la siguiente manera: primero persecución, ridiculización y marginación; luego viene el «eso ya lo venimos diciendo desde siempre», se introduce en

41. G. Muschg (1976), pág. 31.
42. T. W. Adorno (1978), págs. 134 y sigs.
43. Eso se refleja también en la rápida carrera pública y científica del concepto de individualización. Véase al respecto entre otros para el sector de la Sociología de la Juventud: W. Fuchs (1983), W. Hornstein (1985), W. Rosenmayr (1985), M. Baethge (1985), W. Michal (1988), págs. 143 y sigs., Heitmeyer, W. y Möller, K. (1988); para el sector Proletariado y Movimiento de los trabajadores: Mooser (1983), K. Dörre (1987), D. Brock (1988); para el sector Investigación de la Mujer: E. Beck-Gernsheim (1983), H. Bilden (1989); sobre el sector Desigualdad social: P. A. Berger y S. Hradil (1990), S. Neckel (1989) K. U. Mayer (1989); sobre el sector Sociología de la Familia: H. Bertram y R. Borrmann-Müller (1988), H.-J. Hoffmann-Nowotny (1988), G. Burkart y otros (1989), I. Herlyn y U. Vogel (1988).

el programa del partido y, al final, en la declaración del gobierno. Eso ha pasado con las cuestiones de la mujer, del medio ambiente y de la paz. Cierto: de momento sólo son palabras, intenciones, discursos domingueros. Pero al nivel de las palabras la victoria es, casi ya, demasiado perfecta.

Quizá todo esto es simple decoración, oportunismo programático; pero quizá también un cambio en el pensar verdaderamente intencionado. Las acciones, los lugares que hacen los hechos, en gran medida aún no se han vistos afectados. Queda, no obstante, lo siguiente: los temas del futuro, que ahora están en boca de todos, no han salido de la capacidad de previsión de los gobernantes o de las luchas en el parlamento, y menos aún de las catedrales del poder económico y científico. Al contrario. Han sido llevados al orden del día político por grupos y grupúsculos, divididos, inseguros, moralizantes, que se peleaban por el camino correcto y que estaban llenos de dudas. La subversión democrática ha conseguido una victoria temática que parecía absolutamente improbable. Y eso, en Alemania, significa que lo han conseguido rompiendo con una cultura cotidiana que tiene una fe ciega en la autoridad, que desde siempre ha facilitado cualquier disparate y locura venida desde arriba por su obediencia anticipada.

¿Pero eso no representa ideología y bálsamo para los pequeños burgueses de una izquierda tardía y derrotada? ¿No es la libre transformación de una retirada en una salida? Pues no. Nadie afirma que todo será mejor, que se ve la luz al final del túnel. Que habrá un «nuevo hombre» que hace poesías por la mañana, produce agujas por la tarde y que va a pescar por la noche. Quien interprete el cambio de temas, los cambios sociales y de consciencia que se han producido en las últimas décadas en Alemania, sólo desde la perspectiva de unas prácticas de lucha de clase más bien parecidas a excursiones de *boy-scouts*, quedará encerrado en la inmovilidad de sus premisas.

Adorno basaba la despedida del individuo en la despedida de su forma de existencia económica. Justo aquí está el error: *en el contexto del Estado del Bienestar, el individualismo recobra una base económica históricamente nueva.* Eso no ocurre en la empresa, sino en el *mercado laboral*, mejor dicho, en un mercado del trabajo organizado, amortiguado por una legislación social y por convenios laborales, un mercado con sus exigencias de formación y movilidad. Este tipo social de singularización masiva, de estandarización autoimpuesta que se está produciendo, no representa ciertamente la resurrección del individuo burgués después de su defunción. Pero tampoco se trata de la falsa conciencia del proletariado que se autoengaña sobre su situación de clase, que se ha rendido definitivamente ante el canto

ideológico de las sirenas del capital. Para decirlo de forma breve, posiblemente demasiado breve: este ser social es el escenificador de su biografía condenado a la libertad de elegir.

En la sociedad individualizada, cada persona tiene que aprender a considerarse a sí misma —so pena de un perjuicio permanente— como el centro de acción, como el despacho de planificación de las posibilidades y obligaciones de su currículum. Bajo las condiciones de un currículum a construir, *hay que* comprender la «sociedad» como una «variable» que puede ser manejada individualmente. La escasez de oportunidades de formación representa ciertamente un problema que afecta a todos. ¿Pero cómo puedo aún entrar en la carrera de medicina si sólo tengo un promedio de notas de 6,5? Las determinaciones sociales que influyen en la propia vida tienen que ser reducidas a un nivel de «variables del entorno» y ser suavizadas o transformadas mediante «medidas de la imaginación».

Se requiere un modelo activo de acción de la vida cotidiana que tenga el Yo como centro, que le adjudique oportunidades de acción y que permita de este modo controlar convenientemente las obligaciones de configuración y las posibilidades de decisión que surgen en relación con el propio currículum. Eso significa que para la propia supervivencia se desarrolla una visión del mundo centrada en el Yo, que gira la relación entre el Yo y la sociedad, y la concibe y hace manejable para los fines de la configuración del currículum individual.

La diferenciación de «situaciones individuales», sin embargo, va a la par con una elevada *estandarización*. Mejor dicho, justamente los medios que producen la individualización causan también la estandarización. Eso es válido, aunque en cada caso se presente de forma diferente para el mercado, dinero, derecho, movilidad, enseñanza, etc. Las situaciones individuales que se crean dependen totalmente del mercado (laboral). Son realmente el perfeccionamiento de la dependencia del mercado en todas las fibras de la existencia (o el deseo de proporcionar seguridad a la existencia). Dichas situaciones individuales se producen en la sociedad del mercado que se ha *impuesto*, en una sociedad que sólo conoce las tradicionales posibilidades de sustento (por ejemplo a través del matrimonio) en casos extremos.

Esta simultaneidad de individualización y estandarización, sin embargo, no explica del todo las situaciones de mercado laboral individualizantes. Éstas revisten un corte novedoso: afectan a los dos ámbitos separados, privado y público. El aparente más allá de las instituciones se convierte en el aquí de la biografía elegida que se quiere construir. De esta manera, la existencia privada individualizada depende cada vez más de circunstancias

y decisiones que se sustraen totalmente a su influencia. Se producen situaciones problemáticas, conflictivas y de riesgo cerradas a cualquier intento privado de solución. Estas situaciones abarcan casi todo lo que se discute y cuestiona políticamente: desde las así llamadas «mallas de la red social», pasando por la negociación de sueldos y condiciones de trabajo, hasta la defensa contra abusos burocráticos, la puesta a disposición de ofertas de enseñanza, regulación de problemas de tráfico, impedimento de destrucciones del medio ambiente, etc.

Dicho de otra manera: la biografía individual adquiere, cada vez más, la doble cara de *una situación individual con dependencia de las instituciones*. Por un lado, cada día hay más decisiones y elecciones individuales, acciones u omisiones de una persona hacia determinadas líneas de vida o hacia un lugar correspondiente en la estructura social (por ejemplo, la elección de un determinado tipo de escuela, aprobar o no aprobar un examen, la decisión a favor de tal o cual profesión). Pero el punto clave es que muchas conductas, que a primera vista parecen totalmente privadas, están vinculadas de múltiples maneras a desarrollos políticos y prefijaciones institucionales. Así influye hasta en los destinos más personales, por ejemplo, la fijación de los objetivos en la política de enseñanza: en un momento dado descubre los grupos menos privilegiados y les concede becas, para luego cortar tales subvenciones y aspirar en su lugar a la promoción de las élites; o las regulaciones en la legislación sobre familia y divorcio, en las leyes sobre los impuestos o sobre la protección de personas huérfanas y viudas. Regulaciones que pueden promover o bloquear la disposición a contraer matrimonio, según el estado social impositivo en el que se encuentra una persona: si es soltera, casada, viuda o divorciada.

Con esta dependencia de las instituciones crece también la *propensión de la biografía a entrar en crisis*. La clave para asegurar la vida está en el mercado laboral, y la aptitud para éste requiere formación. La persona que no tiene acceso a ella se encuentra económicamente ante la nada. La existencia de puestos de aprendizaje adquiere, por consiguiente, la dimensión de entrada en la sociedad. Análogamente, es posible que generaciones enteras pasen a la marginación existencial a causa de altos y bajos coyunturales o demográficos. Eso significa que las situaciones individuales dependientes de instituciones implican discriminaciones o ventajas generacionales, las así llamadas *situaciones de cohortes*, precisamente por cuestiones demográficas y coyunturas económicas o del mercado laboral. Éstas aparecerán también como falta de protecciones sociales por parte de las instituciones estatales, que de este modo se ven presionadas a evitar o compensar, a través de re-

gulaciones legislativas y cambios en el reparto socioestatal, la falta de oportunidades preprogramadas de generaciones enteras.

Las instituciones, por otro lado, actúan en el marco de categorías de «biografías normales» fijadas por la ley y que corresponden cada vez menos a la realidad. La Seguridad Social se basa, por ejemplo, en estándares que muchos ya no pueden cumplir por el alto nivel de paro, y que ya no tienen nada que ver con el desarrollo de las condiciones de vida en la familia y entre hombres y mujeres. El concepto del «sustentador de la familia» ha sido desplazado por la familia con roles repartidos y cambiantes, sobre las tareas de ingresar dinero y sostener a la familia, cuidar y educar a los hijos. En el lugar de las familias «completas» han entrado las variantes de las familias «incompletas». El grupo creciente de padres «solteros» se considera discriminado por una ley del divorcio que está fijada en el monopolio de la madre.

A una sociedad que está dejando atrás la forma de vida de la sociedad industrial —capas sociales, familia nuclear, roles de géneros— se opone un sistema de instituciones de protección, administración y política, que adquieren ahora, cada vez más, el carácter de *administrador de la época industrial en fase de extinción.* Influyen de forma normativa en la vida «discordante» de los estándares de la normalidad burocrática, y se alzan así en los defensores de seguridades que ya sólo tienen validez para una parte, cada día más reducida, de la población. De este modo, se agudizan las *contradicciones entre la «normalidad» proyectada por las instituciones y la «normalidad» de la sociedad tal como se da de hecho.* Y el edificio de la sociedad industrial amenaza con deslizarse a lo jurídico-normativo.

El resultado es un nuevo tipo de subjetividad e individualidad social donde se mezclan, cruzan y fomentan lo privado y lo político. Eso significa también que individualización no es lo mismo que individuación; más bien se trata de un híbrido compuesto de conciencia de consumo y de autoconciencia. Una autoconciencia que surge de su búsqueda, de su incertidumbre, quizás incluso de su ausencia asumida, que ha aceptado (como su licor vital) las incompatibilidades y el cinismo de su aplicación. En cierta manera, se están produciendo pequeños Kafkas globales como las figuras del mismo Kafka: figuras banales de novelas realistas que saben moverse entre las paradojas como los peces en el acuario.

No obstante, no es exagerado decir que en el caos de relaciones entre los géneros, en las luchas contra las destrucciones del medio ambiente y contra las amenazas de la paz, también se descubrió una forma de Ilustración fuera de la conservación de los monumentos de la gran filosofía, sin grandes teorías y de forma personal; por decirlo así, para el uso doméstico

biográfico. Alguien, tal vez, lo considere una gran palabra para tan poca cosa. Pero si es cierto que la Ilustración tiene algo que ver con la posibilidad de arrancar un poco de vida propia a la prepotencia de las circunstancias, esta plantita de autoliberación que se cuida hoy en el jardín de la propia biografía representa un tipo de sub o preespecie a modo de todoterreno de la «orquídea de la Ilustración» criada selectivamente por los filósofos, y de la que se habla hoy día en relación con el prefijo «pos». No queremos minimizar que la gente está representando una manera de «baile alrededor del Yo de oro», que se están perdiendo totalmente en la jungla industrial de los sectores terapéuticos con crecimiento seguro. Pero quien sólo ve eso, ignora lo novedoso que también se está mostrando, de forma vacilante y plagada de errores, y que lucha por comunicarse a través de los clichés de un lenguaje muy trillado.

Eso son experiencias que, según las teorías predominantes, no podrían existir, o dicho con más dureza, que no *pueden* existir, pero que están ahí e incluso de forma muy concreta e incisiva. Experiencias que han cambiado profundamente la vida de la gente y de la sociedad desde «dentro». Nos las tenemos que ver con algo que para uno significa lo primero y lo más concreto, mientras que para otro es algo sin sentido. Hablar de esta forma significa encontrarse en el límite con dos conceptos de experiencia; cosas que para uno son absolutamente superfluas y para el otro no tienen ningún sentido. Para el primero, una tal explicación no añade nada nuevo a la propia autoexperiencia, quedaría risiblemente abstracta. Para el segundo, se está hablando de algo no existente o, por lo menos, de algo de lo que no se puede hablar con sentido. Precisamente aquí está el dilema: bajo la superficie se está extendiendo una experiencia, una posibilidad de actividad de tratar consigo mismo y con el mundo; hablar de ello, para unos no es necesario y para los otros no es posible.

En este sentido, hay algo de cierto en el discurso de la «era del narcisismo» (Lasch), pero también queda corto y crea confusión. Reconoce la envergadura y los efectos profundos del desarrollo en marcha. Los mundos de la vida individualizados han entrado en gran medida involuntariamente en una *fase de búsqueda y de ensayos históricamente prescritos.* Se trata de «vivir» (en el sentido más activo de la palabra) en contra del dominio de roles predeterminados, nuevas formas irreales de lo social (hombre, mujer, familia, carrera). Se trata de la libertad de expresar y seguir impulsos y deseos que hasta ahora han sido reprimidos. La gente se toma la libertad de gozar de la vida ahora y no en un futuro remoto, de desarrollar conscientemente una cultura del placer; pero se toma también la libertad de transformar ne-

cesidades propias en derechos y de aplicarlos, si hace falta, contra las normas institucionales. Se está configurando una consciencia de la libertad acerca de cómo defender la vida propia contra intrusiones extrañas y de cómo luchar a nivel social y político cuando este espacio libre esté amenazado. Y esta lucha, posiblemente, no tendrá lugar en las formas y foros previstos por la organización política de intereses.

A partir de estas experiencias, se crea una *nueva ética* basada en el principio de los «deberes con uno mismo», comprendido no como un malentendido solipsista, sino como expresión del esfuerzo de sintonizar nuevamente lo individual y lo social en relación con identidades fluidas, proyectivas y sociales. El descubrimiento de predeterminaciones por normas se convierte en un proceso duradero, por tanto, en un proceso de aprendizaje. Las imágenes fijas del ser humano hasta ahora predominantes son sustituidas por una idea *variable* del ser humano, también en dependencia con la autotransformación de la persona. La autoimagen del hombre, introducida en el pensar y en la vida por los roles sociales prefijados, representa en este sentido sólo una hipótesis (e hipoteca) histórica todavía no superada.

Los caminos trillados por los que se avanza aquí individual y colectivamente no son sino una inversión de la secuencia de pasos con que hasta ahora se ha interpretado la Ilustración. Ya no se pretende la secuencia: conocimiento de la naturaleza, desarrollo de las tecnologías, desarrollo de las fuerzas productivas, acumulación de riquezas materiales, transformación de las condiciones económicas, sociales y políticas, y *entonces*: la liberación del ser humano. Ahora más bien se quiere anticipar poco humildemente el final: desarrollo del Yo en sus bloqueos y prefiguraciones sociales, así como de la posibilidad de disolverlos y abrirlos, y a partir de ahí —y a través del matrimonio, la familia y la relación entre los géneros— intentar influir en el trabajo, la política y las instituciones, y en el trato con la naturaleza y la tecnología. Siempre en relación con el problema central, es decir, el desarrollo del propio Yo en lo social y la definición de lo social que posibilite de forma correlativa la autoliberación y el autoencuentro.

CAPÍTULO 2

Del amor a la relación

Los cambios en la relación entre hombre y mujer en la sociedad individualizada

Los textos de los superventas siguen cantando la canción del amor eterno. En las encuestas se sigue optando por la vida en pareja como el país de las esperanzas, como aquel lugar donde se encuentra proximidad, calor y cariño, como un contramundo a los desiertos fríos de hormigón que nos rodean.

Pero la imagen del mundo idílico de la familia ha quedado al mismo tiempo profundamente agrietada. En la pantalla y en el escenario, en las novelas y en el balbuceo perdido de los informes de experiencias, dondequiera que se mire, se nos aparece un inmenso campo de batalla. La lucha de los géneros es el drama central de nuestro tiempo. El negocio de los asesores matrimoniales florece, los jueces de familia se encuentran ante una coyuntura en auge, los números de divorcios son altos. Hasta en la vida cotidiana de las familias absolutamente normales sale tímidamente la pregunta: ¿por qué, ¡ay!, por qué la convivencia es tan difícil?

La consigna para llegar a una respuesta puede resumirse en una frase de N. Elias: «Lo que está ocurriendo hoy día, muy a menudo ya no es comprensible si no se sabe lo que pasó ayer».[1] Por esta razón queremos, antes

1. Elias (1985), pág. 8.

que nada, analizar el pasado. Esta mirada nos debería mostrar cómo en situaciones donde los seres humanos son despedidos de sus vínculos, predeterminaciones y controles de la sociedad premoderna empiezan a brotar las nuevas esperanzas del amor, pero al mismo tiempo también sus nuevos conflictos. En la interacción de ambos se produce esta mezcla explosiva que experimentamos como el *amor de hoy*.

El amor se vuelve más importante que nunca

La disolución de los vínculos tradicionales

Al comparar la sociedad moderna con la premoderna, se destaca una y otra vez que, en épocas anteriores, la vida de los seres humanos era determinada por un gran número de vínculos tradicionales, desde la economía familiar y la comunidad local, desde la patria y la religión hasta el estamento y pertenencia a un género. Tales vínculos siempre tienen una doble cara.[2] Por un lado, delimitan, de manera rigurosa, las posibilidades de elección del individuo. Por el otro, ofrecen, familiaridad y protección, una base de estabilidad e identidad interior. Donde existe esta situación, la persona nunca se encuentra sola, sino siempre integrada en un gran todo.[3] Es el caso de la religión, por ejemplo:

> La incorporación de nuestros antepasados al ideario de la fe cristiana... significaba siempre la incorporación de su pequeño mundo, de su microcosmos, a un mundo global, el macrocosmos... De dicha incorporación del microcosmos en el macrocosmos, de la acogida de centenares y miles de mundos pequeños en el gran mundo unificador que a su vez se percibía, según el pensamiento cristiano, abrazado por un Dios omnipresente, resultaba que ni siquiera la persona más insignificante se encontraba sola, dependiendo exclusivamente de sí misma. Esa visión del mundo debe haber contribuido también, en aquel entonces, a una estabilidad psíquica tal que ni las peores devastaciones por la peste, el hambre y la guerra han sido capaces de socavarla.[4]

Sin embargo, con la transición hacia la sociedad moderna surgen, a muchos niveles, unas tendencias que introducen una individualización de gran

2. Véase capítulo 3.
3. Ejemplar a este respecto Imhof (1984).
4. *Ibid.*, pág. 23.

envergadura, un desprendimiento de las personas respecto de sus vínculos históricamente desarrollados, de sus credos religiosos y relaciones sociales. Ligadas a estos procesos, se van produciendo nuevas formas de currículum, nuevas posibilidades y nuevas exigencias a nivel socioestructural, y nuevos modos de pensar y actuar a nivel subjetivo. Como ha explicado Max Weber en su *Ética Protestante*, dicho proceso empieza ya con las doctrinas de la Reforma que anulan la certidumbre de redención de las épocas anteriores y empujan al ser humano a una profunda soledad interior.[5] Este proceso se perpetúa, a muchos niveles, en el curso de los siglos posteriores, desde la formación de un sistema económico complejo y una amplia infraestructura social, hasta el aumento de la secularización, la urbanización, la movilidad, etc.

Dicho proceso va abarcando a más grupos y ámbitos de la vida, y actualmente alcanza una dimensión históricamente única. El resultado de todos estos desarrollos es el comienzo paulatino de unas *exigencias* y *obligaciones de una vida propia* (más allá de la comunidad y del grupo).

Esta ruptura de las vinculaciones tradicionales conlleva para el individuo la liberación de anteriores controles y obligaciones. Pero, a la vez, se anulan también aquellas condiciones que dieron amparo y seguridad a la sociedad premoderna. Desde las exigencias del mercado de trabajo, pasando por la movilidad social y geográfica, hasta la obligación de consumir y los medios de comunicación: todo eso conlleva un gran desgaste de forma directa o indirecta, con nuevos empujes y su correspondiente nueva fuerza de muchos de los vínculos y relaciones sociales tradicionales que unen al individuo con su entorno, procedencia e historia. En el transcurso de la secularización, pluralización de los mundos de la vida, competencia de valores y sistemas religiosos, se han disuelto muchos referentes que daban al individuo una visión del mundo, un contexto productor de sentido, un arraigo de la propia existencia dentro de un cosmos más global. La consecuencia es, como ya se ha descrito de múltiples maneras desde la filosofía e historia hasta la sociología y psicología, una pérdida profunda de estabilidad interior. Con el «desencantamiento del mundo» (Weber) empieza una situación de «pérdida de patria interior»,[6] el aislamiento dentro del cosmos. Como ejemplo de los cambios en las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, explica C. G. Jung:

5. Weber (1984).
6. Berger y otros (1975).

> En la misma medida que nuestra comprensión científica ha crecido, nuestro mundo se ha vuelto inhumano. El ser humano se siente aislado en el cosmos porque ya no está unido a la naturaleza y porque ha perdido su «identidad inconsciente» emocional con los fenómenos naturales. Éstos han perdido paulatinamente su contenido simbólico. El trueno ya no representa la voz de un dios furioso y el relámpago ya no es el proyectil de su castigo... De las piedras, plantas y animales, ya no hablan voces a los hombres, y el hombre mismo ya no habla con ellos con la creencia que le puedan entender. Ha perdido el contacto con la naturaleza y, por consiguiente, también la fuerte energía emocional que le proporcionaba esta relación simbólica.[7]

Se puede decir que eso representa una primera etapa del proceso de individualización: durante siglos, los tradicionales modelos de interpretación y los sistemas religiosos se van gastando progresivamente, o dicho de un modo más breve, se gastan las *respuestas* socialmente predeterminadas. Empieza otra etapa cuando el individuo se ve confrontado con más *preguntas nuevas*. Eso se ha hecho notar, sobre todo, en la segunda mitad del siglo XX y —no en última instancia— en el proceso de ampliación de las posibilidades de vida y enseñanza. En los años cincuenta y sesenta, el nivel de vida, especialmente de las capas bajas de la población, mejoró de tal manera que ha sido calificado de «espectacular, general y sociohistóricamente revolucionario».[8] Cuando generaciones anteriores, muchas veces, no conocían otra cosa que la lucha diaria por la supervivencia, que un círculo monótono de pobreza y hambre, hoy amplios grupos sociales han alcanzado un nivel material que les permite abrir otros espacios y posibilidades de configuración de su forma de vida.[9] A eso hay que añadir la expansión en la enseñanza de los años sesenta que liberó a cada vez más adolescentes de la obligación de ganar dinero ya de muy jóvenes, con el consiguiente desgaste físico y psíquico. Han ganado el acceso a la juventud en el sentido psicológico, es decir, como tiempo de carencia y de espera.[10] Y lo que es más importante, han logrado el acceso a los contenidos de la enseñanza/formación que ya no quedan reducidos a conocimientos elementales, sino que introducen también nuevas formas de pensar, tradiciones diferentes y otros ámbitos de experiencia.

La consecuencia de tales transformaciones socioestructurales es que, por primera vez, grupos amplios se ven confrontados con preguntas que traspasan la pura lucha por la existencia. Justo cuando la vida ya no está sometida exclusivamente a asegurarse las necesidades primarias, las preguntas por el sentido de la existencia, por el sentido de lo que uno hace, pueden desplegar una fuerza nueva e impetuosa. Son los viejos temas filosóficos que ahora entran en el mundo de la vida privada: *¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?* Conllevan nuevos desafíos, pero también nuevas dificultades, incluso excesivas dificultades. Los viejos modelos de interpretación se han tornado frágiles, se imponen nuevas dudas. Pero el individuo se encuentra ahora solo ante ellas. Y no todo el mundo es capaz de encontrar respuestas propias. Lo que queda son miedos e incertidumbres que ya no se refieren a las cuestiones materiales, sino a lo que va más allá, es decir, al sentido. Según el psicoterapeuta Viktor E. Frankl, el «sufrimiento por una vida sin sentido» se ha convertido en el primordial problema psíquico del presente: hoy día ya no estamos «confrontados, como en los tiempos de Freud, con una frustración sexual, sino con una existencial. Y el paciente típico de hoy ya no sufre tanto como en los tiempos de Adler de sentimientos de inferioridad, sino de una sensación abismal de falta de sentido que va asociada a una sensación de vacío... de un vacío existencial».[11]

7. C. G. Jung, citado según Imhof (1984), págs. 174 y sigs.
8. Mooser (1983), pág. 286.
9. *Ibid.*
10. Hornstein (1985).

La formación de una estabilidad referida a la persona

La forma de vida predominante hasta el siglo XVIII no era la familia en el sentido que tiene hoy día, sino la convivencia de la «familia extensa» como comunidad económica. Su deber supremo era asegurar la existencia y mantener la sucesión de las generaciones. Bajo estas condiciones, poco espacio quedaba para preferencias, sentimientos o motivos personales. La elección de la pareja y el matrimonio se decidían más bien por razones económicas. Poco interesaba la compatibilidad individual (o incompatibilidad) de los futuros esposos.

> La «felicidad personal»... del campesino estaba en casarse con una mujer que trabajara con él, que le pariera hijos sanos y que le protegiera de deudas mediante la dote. No se puede cuestionar que eso también era una forma de felicidad. Un amor relacionado exclusivamente con la persona de la pareja en sí, independiente de este fundamento, tenía, sin embargo, pocas posibilidades de prosperar.[12]

11. Frankl (1984), pág. 11.
12. Rosenbaum (1982), págs. 76 y sigs.

En la transición hacia la sociedad moderna empezó, como demuestra la investigación sociohistórica, un cambio profundo referente a la familia y matrimonio: la anterior comunidad de trabajo iba adquiriendo cada vez más el carácter de una comunidad de sentimientos. Con la formación de la familia burguesa se va produciendo un «aumento sentimental del ámbito intrafamiliar»,[13] la formación de aquella privacidad e intimidad que caracteriza nuestra imagen moderna de la familia.

Seguramente, no es ninguna casualidad que eso se produzca justo cuando los vínculos tradicionales empiezan a volverse frágiles. El espacio interior de la familia en el que se concentran ahora los sentimientos asume claramente una función compensatoria: crea una sustitución para los modelos de interpretación y las relaciones sociales que se han disuelto con la transición a la modernidad. Es el comienzo del aislamiento y la pérdida de sentido que hace crecer la añoranza por la familia: la familia como patria, para hacer soportable la «pérdida de patria interior», como «puerto» en un mundo que se ha vuelto extraño e inhóspito.[14] Aquí se está produciendo una nueva forma de identidad que quizá se debiera denominar más bien como *estabilidad referida a la persona.* Cuanto menos significado tienen los vínculos tradicionales, tanto más importantes para la conciencia y la autoconciencia se vuelven las personas más próximas, importantes por su lugar interior en el mundo, e incluso para su bienestar físico y psíquico.

Para ilustrar eso empíricamente, ofrecemos el resultado de un estudio que investiga la relación entre apoyo social y enfermedad crónica. Se ha demostrado que una estrecha relación de confianza con otra persona proporciona una protección psíquica importante y facilita considerablemente la adaptación a los cambios necesarios en la vida: «Aunque... las posibilidades de contactos sociales de una persona se reduzcan considerablemente, por ejemplo... por la retirada del mundo de trabajo, eso no necesariamente tiene que conducir a una propensión más elevada a enfermar de depresión. Lo que cuenta es que se conserve un "confidente". La calidad de esta relación específica con una persona en la que se puede confiar plenamente, que siempre te comprende y a la que uno se puede dirigir con sus problemas personales cuando quiera, parece constituir un factor de protección especialmente efectivo...».[15]

13. Weber-Kellermann (1984), pág. 107.
14. Véase Lasch (1977).
15. Badura (1981), pág. 23.

Amor y matrimonio como ancla de la identidad interior

De esta manera, el «corazón» de la estabilidad referida a la persona, va configurando una nueva comprensión del amor. Se trata del modelo de amor duradero y romántico a la vez, que se produce por la estrecha relación sentimental entre dos personas y que da contenido y sentido a su vida. Ahora, el otro se convierte en la persona que significa todo para mí: el mundo, el Sol, la Luna y todas las estrellas. Tomemos como ejemplo un clásico poema de amor de Friedrich Rückert: *Du bist mein Mond* [«Tú eres mi luna»].[16]

> [«tú eres mi luna, y yo soy tu tierra;
> tú dices que giras alrededor de mí.
> Yo no lo sé, sólo sé que en mis noches
> me ilumino a través de ti. (...)
>
> Eres mi alma, mi corazón,
> eres mi alegría, ay, y mi dolor,
> eres mi mundo, en el que vivo,
> mi cielo en el que estoy flotando,
> ¡ay, y mi tumba a la que entregué
> todas mis penas para siempre!
>
> Eres el sosiego, eres la paz,
> eres el cielo que me envió el destino.
> que tú me ames, hace que yo me quiera,
> tu mirada me ha transfigurado ante mí,
> tu amor me trasciende más allá de mí.
> ¡Tú, mi buen espíritu, mi Yo mejor!»]

Ésta es la forma ejemplar de una estabilidad, referida a la persona, que se basa en el amor romántico. Su núcleo puede describirse de la siguiente manera: *Cuanto más referentes se pierden para la estabilidad, más dirigimos hacia la relación con la pareja la necesidad que sentimos de dar sentido y arraigo a nuestra vida.* Cada vez más enfocamos nuestra esperanza hacia la otra persona, hacia este hombre, esta mujer: él o ella deben otorgarnos estabilidad en un mundo que gira a una velocidad tan vertiginosa. Pfeil lo resumió perfectamente en una frase: «En este entorno, el "amor romántico de los esposos" incluso se convierte en necesario».[17] De forma más ilustrativa está expuesto en el libro de Benard y Schlaffer:

16. Rückert, citado según Behrens (1982), pág. 205.
17. Pfeil, citado según Preuss (1985), pág. 37.

Antes tal vez todo era más fácil. Se creía en la Iglesia, en el Estado, se creía que se iría al Cielo siendo una buena esposa y madre. Pero ahora, después de que Dios quizá no haya muerto pero sí que se ha ido de viaje, sólo quedan los seres humanos como fuentes de sentido existencial. Para muchos, el puesto de trabajo ya no es realmente... el lugar que produce satisfacción y sentido. Queda la familia, la relación con las personas a cuyo bienestar uno quiere entregarse. La comprensión, comunicación y protección se han limitado al círculo más estrecho de las relaciones inmediatas. Quien no tiene relaciones, se ve reducido a las interacciones frías de los días administrados. El tiempo pasa y ¿para qué?. La pregunta por el sentido se torna más soportable cuando se tiene una persona o personas como punto de huida y de orientación... En un cosmos vacío es posible construirse una pequeña isla de civilización...[18]

Ante este trasfondo, también el matrimonio está cobrando un nuevo significado, es decir, aquel que hoy nos es familiar. Estudios sociológicos y psicológicos han analizado sus modelos básicos. El matrimonio, por ejemplo, se convierte en la instancia central para la «construcción de la realidad» social:[19] en la convivencia de hombre y mujer se construye un universo común de interpretaciones, valoraciones y expectativas que abarca desde los incidentes triviales diarios hasta los grandes acontecimientos de la política mundial. Dicho universo se desarrolla a través del diálogo verbal o no verbal, mediante costumbres y experiencias compartidas, en un intercambio continuo entre el «alter» y el «ego». La imagen del mundo está siendo negociada, corregida y desplazada, cuestionada y reafirmada permanentemente.

No sólo la construcción social de la realidad, sino también la *identidad* se ha convertido en un tema básico del matrimonio. Este lado lo destacan, sobre todo, los estudios psicológicos: *en el intercambio con la pareja nos buscamos también a nosotros mismos.* Buscamos la historia de nuestra vida, queremos reconciliarnos con las decepciones y heridas, queremos proyectar nuestras esperanzas y metas para nuestra vida. Nos reflejamos en el otro, y la imagen del Tú es esencialmente también la imagen deseada del Yo: «Tú eres la imagen de mi vida oculta»[20], «mi Yo mejor».[21] El matrimonio se transforma en una institución «especializada en el desarrollo y estabilidad de la persona».[22] El amor y la identidad se entrelazan directamente.

18. Benard y Schlaffer (1981), pág. 279.
19. Berger y Kellner (1965).
20. Schellenbaum (1985), págs. 142 y sigs.
21. Véase Rückert.
22. Ryder (1979), pág. 365.

Eso ocurre en la primera etapa del enamoramiento: «El enamoramiento es la búsqueda de la propia definición... una búsqueda del propio Yo hasta lo más profundo. Se alcanza a través de la otra persona, en el diálogo con ella, en el encuentro mediante el cual cada uno busca el reconocimiento del otro, en la aceptación, comprensión, afirmación y liberación de lo que había antes y de lo que existe».[23]

Ocurre también en la conversación de una pareja que ya lleva años junta: «Lo pasado, con sus preguntas y sus sufrimientos irresueltos, se libera. No, la persona del pasado y la persona del presente que está en cada ser humano busca respuestas a la pregunta de: ¿quién soy yo? y ¿para qué vivo? Y primeramente busca a otro dispuesto a escuchar esta pregunta; como si uno se pudiese entender sólo cuando otro le escucha, como si la historia propia sólo se completara cuando el otro la oye... Así se construye y se afirma, se corrige y se transforma mediante la comunicación la imagen que tienen los dos esposos de sí mismos y del mundo... pero siempre se negocia la identidad personal, la pregunta: ¿quién soy yo y quién eres tú?».[24]

Pero las experiencias en los despachos de los asesores matrimoniales, y más aún el número de divorcios, ponen de manifiesto que este diálogo —al principio tan apasionadamente buscado— luego fracasa a menudo. Empieza a atascarse; está siendo delimitado por zonas de tabúes del silencio; es interrumpido o definitivamente roto.

¿Por qué es así? Éste será el tema de los apartados siguientes, que deberán demostrar que los dos desarrollos, la añoranza creciente y el frecuente fracaso, tienen una misma raíz. Resumido en una frase: no sólo las esperanzas del amor sino, sobre todo, sus decepciones, remiten a la individualización creciente que empezó con la modernidad.

El amor se vuelve más difícil que nunca

Posibilidades y obligaciones de una vida propia

Los vínculos tradicionales de la sociedad premoderna contenían reglas de comportamiento y normas muy estrictas. Cuanto más se disuelven éstas, más se facilita una ampliación del radio vital, un aumento de márgenes de

23. Alberoni (1983), págs. 67 y 132.
24. Wachinger (1986), págs. 70 y sigs.

acción y posibilidades de elección. El currículum vitae se abre en muchos puntos y se torna configurable.[25]

La consecuencia inmediata de esta configurabilidad es que el individuo se ve cada vez más confrontado con decisiones a todos los niveles, desde las preguntas triviales de la vida cotidiana (¿adónde ir de vacaciones?, ¿qué marca de coche?) hasta las preguntas que conciernen a la planificación de la vida a largo plazo (¿qué formación escolar/profesional?, ¿cuántos hijos?). Se le exige ser un ciudadano emancipado y un consumidor crítico, comparar los precios y tener conciencia ecológica, estar al tanto respecto a la energía nuclear y a la utilización de medicamentos. Esta «vida con un exceso de posibilidades de elección»[26] muchas veces se percibe como una sobrecarga para el individuo, como afirman algunas teorías de la modernización. Pero lo que hasta el momento se ha visto muy poco es el hecho de que también se producen nuevas cargas, cuando el individuo ya no vive como individuo, sino en pareja. Con todas las preguntas que afectan directa o indirectamente a la pareja, desde el programa de televisión hasta el lugar de vacaciones, desde los muebles hasta la educación de los hijos, hay que introducir ahora las ideas y deseos, costumbres y normas de dos personas en el proceso de decisión. Las consecuencias son previsibles: *cuanto más aumenta la complejidad en el campo de la decisión, tanto más crece el potencial de conflictos en el matrimonio.*

Dicho potencial de conflictos aumenta aún más con las nuevas exigencias y obligaciones que surgen de la otra cara de la nueva configurabilidad. Por un lado, las planificaciones y decisiones, en cierta medida, son libres, pero, al mismo tiempo, son determinadas estructuralmente por la lógica de la individualización que interviene ahora en el currículum de la vida. Con la disolución de la familia como comunidad económica se producen nuevas formas de asegurarse la existencia, *mediatizadas por el mercado del trabajo y relacionadas con la persona individual.* Eso conlleva que el comportamiento de los que trabajan sea sometido a las leyes del mercado —por ejemplo, a la movilidad y flexibilidad, competencia y carrera profesional—, unas leyes que no toman en consideración los vínculos privados. Pero quien no sigue estas leyes, se arriesga a perder su puesto de trabajo, ingresos y categoría social.

Esta lógica provoca una serie de desarrollos socioestructurales (que en Alemania se pusieron de manifiesto especialmente en el tiempo de la

25. Ejemplar al respecto: Berger y otros (1975).
26. Riesman (1981), pág. 123.

posguerra): la movilidad en sus múltiples formas —movilidad local, social y cotidiana en el cambio entre familia y trabajo; entre trabajo y ocio; entre formación profesional, trabajo y jubilación de nuevo— saca a la gente de sus relaciones dadas (vecinos, compañeros de trabajo, culturas regionales, etc.). El aumento de la cultura intelectual a través de la mejor enseñanza crea también cierta distancia con el entorno de procedencia. Los diplomas de formación recibidos por un «rendimiento» individual abren camino a nuevas carreras individuales respecto al mercado laboral que —a pesar de transcurrir de forma tipificada para grupos enteros de determinadas profesiones— obligan, no obstante, al individuo a convertirse en el punto de referencia de preparaciones y decisiones, éxitos y omisiones. La participación en el mercado laboral requiere movilidad y presupone formación, de manera que los distintos componentes se complementan y refuerzan.

Sin embargo, esta descripción exterior sólo abarca una parte de las transformaciones que aquí queremos tratar, ya que la lógica de la individualización, que dirige la supuesta configurabilidad de la biografía en dirección hacia *determinadas* decisiones y acciones, también tiene consecuencias «interiores» para las personas implicadas. Conduce a la lucha del «espacio propio», en el sentido literal y figurado, a la búsqueda del Yo y la autorrealización. Que estos conceptos tengan hoy día tanto protagonismo en entrevistas, terapias y literatura no se debe al estallido de un egoísmo colectivo. Estos temas, antes bien, son expresión de aquellos desarrollos socioestructurales enmarcados en el triángulo de formación, mercado de trabajo y movilidad. En cierta manera, son su prolongación hacia el interior de la persona y aparecen ahora masivamente en las biografías personales como un supuesto problema individual. Cuando la vida se convierte en una «biografía autoplanificada»,[27] la autorrealización «no sólo representa una nueva estrella en el cielo de los valores, sino también la respuesta cultural a las exigencias de una nueva situación vital»[28] o, por decirlo con más agudeza, representa una obligación socialmente predeterminada.

La pregunta es evidente: *¿cuánto espacio queda en la biografía autoplanificada y con todas sus obligaciones para una pareja con obligaciones y planes de vida propios?* ¿No se convierte el otro necesariamente en exigencia ajena, incluso en obstáculo? ¿Hasta qué punto existe la posibilidad de convivencia en un marco de formas de vida donde la autorrealización se convier-

27. Berger y otros (1975).
28. *Zukunftsperspektiven gesellschaftlicher Entwicklungen,* 1983, pág. 32.

te en una obligación predeterminada? ¿Cuántas veces tienen que producirse situaciones en las que —a pesar de la buena voluntad de ambos— sólo queda, al fin y al cabo, la negociación de dos nómadas que no están construyendo un universo común, sino que defienden sus dos universos separados, a veces de modo civilizado, a veces encarnizadamente y sin piedad?

Desde este ángulo, es interesante mirar desde los nuevos modelos de amor, matrimonio y pareja, que hoy predican muchos libros de asesoramiento. En diversas variantes, a veces de forma suave, a veces formulada de modo contundente, se muestra una tendencia que convierte la autoafirmación en ley, y no sólo en el mundo exterior del trabajo y la vida pública, sino ahora también en el espacio interior de lo privado. La fórmula mágica se llama autenticidad. Las frases, tantas veces citadas, de la terapia de la forma, reproducidas en innumerables tarjetones, carteles y tazones de café, son la mejor expresión de este mensaje:

> Yo hago lo que hago;
> y tú haces lo que haces.
> No estoy en este mundo
> para vivir según tus expectativas.
> Y tú no estás en este mundo
> para vivir según las mías.
> Y si por casualidad nos encontramos, pues, maravilloso.
> Si no, tampoco se puede hacer nada.[29]

¡Qué contraste con las poesías de amor a lo Rückert! Hay que admitir también que la mayoría de los libros de asesoramiento no llegan hasta tal extremo. Sin embargo, todos apuntan en una dirección similar. Ya no se apela a la adaptación, sino a la delimitación consciente. Se ensaya la confrontación constructiva, el «no en el amor».[30] La terapia debe ayudar a reconocer «que dos personas que se quieren, no debieran aspirar a ser un corazón y un alma».[31] Y como recomendación se receta «regular el máximo número de aspectos de convivencia en un contrato matrimonial», desde el derecho y la obligación a la «libertad personal» hasta las «disposiciones en caso de separación».[32] En tales fórmulas se refleja el patrón base de la individualización aplicado a la vida en pareja. Se intenta encontrar formas de

29. Citado según Bach y Molter (1970), pág. 141.
30. Schellenbaum (1985).
31. Preuss (1985), pág. 169; destacado ya en el original.
32. Partner (1984).

convivencia para individuos independientes con caminos de vida y derechos propios, para el difícil número de equilibrio entre una vida propia y una vida de a dos. Pero se impone una sospecha: ¿no trata este dilema fundamental de la sociedad individualizada, a veces, con recetas que, lejos de resolver el problema, lo complican aún más? Si el acento se pone ahora en «el pelearse une»,[33] ¿cuántas veces se consigue así la tensión creativa deseada?, y ¿cuántas veces al final se encuentra el divorcio creativo, también glorificado en un libro?[34]

> Aunque estas negociaciones fracasen, según otro libro, pueden dar lugar a un «divorcio exitoso» que no debe ser considerado un fracaso sino que «ha sido preconsiderado en términos de una superior movilidad, que subraya no tanto lo que ha ido mal y lo que tal vez se ha perdido, como lo que se tiene por delante y que puede ser incorporado a una nueva y mejor imagen». Después de un divorcio exitoso, dice este libro sobre la modificación de la conducta, «pequeñas aventuras» pueden ser útiles...

> La persona con una «autoimagen positiva» no tiene que preocuparse de la promiscuidad. Todas esas aventuras estarán «llenas de sentido» porque contribuirán a la «propia acumulación de experiencias»[35]

Cuando el amor fracasa otra vez, cuando esta esperanza se apaga cada vez más, hay que inventarse una nueva. La consigna entonces es «cómo llegar a ser tu mejor amigo».[36] ¿Es ésta la única esperanza que queda? ¿Es realmente así como la individualización, que al principio produjo la añoranza romántica, conduce necesaria y consecuentemente a una fase nueva, al mundo posromántico?

> En el mundo posromántico, en el que las viejas ataduras ya no obligan, el centro eres tú: tú puedes ser lo que tú quieras; tú escoges tu vida, tu entorno, incluso tu apariencia y tus emociones...

> Las antiguas jerarquías de protección y dependencia ya no existen, sólo hay contratos libres, que acaban libremente. El mercado, que hace mucho tiempo se expandió para incluir las relaciones de producción, ahora se ha expandido para incluir todas las relaciones.[37]

33. Bach y Wyden (1975).
34. Krantzler (1977).
35. Ehrendreich y English (1979), pág. 276.
36. Citado según *ibid.*
37. Págs. 273 y 278.

De hecho, no sólo la vida de cada individuo se vuelve más abierta y configurable, sino (especialmente) la forma de vida en pareja. En la sociedad preindustrial existió un modelo claro, arraigado en las exigencias de asegurar la vida. Dicho modelo fue el matrimonio como comunidad de trabajo, con el hombre y la mujer dedicados a sus propios sectores de trabajo y con los hijos como fuerza de trabajo importante y como herederos. En cambio, ¿qué queda hoy? Una serie de preguntas sin fin: ¿la mujer debe trabajar, sí o no, a tiempo parcial o completo? ¿El hombre debe montarse sin miramientos su carrera profesional, compartir por igual las tareas profesionales y domésticas, o incluso aceptar la posición de «amo de casa»? ¿Se quieren tener hijos, sí o no, y cuándo y cuántos? Si es que sí, ¿quién se ocupa de la educación?; si es que no, ¿quién tiene que hacerse cargo de la anticoncepción? La probabilidad que los dos lleguen —en un punto u otro, más temprano o más tarde— a respuestas diferentes, va en aumento. Y eso, no principalmente por motivos personales, o porque les falte la predisposición a llegar a compromisos o la buena voluntad, sino porque en sus dos biografías propias, especialmente en sus biografías profesionales, hay ya incorporados unos límites de configurabilidad (en caso contrario les aguardarían considerables desventajas).

Y además del gran número de preguntas por el contenido, la cosa se complica aún más por la apertura en el eje temporal: cada decisión puede ser revocada en el transcurso del matrimonio. Incluso *tiene que ser* revocable según las obligaciones biográficas que están incorporadas en el currículum individualizado y que requieren, de cada uno, una permanente actualización y optimización de sus decisiones. Estas decisiones, a su vez, son retomadas y reforzadas por los nuevos modelos psicológicos que invitan a más apertura, más capacidad de aprender y más crecimiento. Tales postulados ayudan sin duda a afrontar el silencio y la indiferencia de una vida diaria matrimonial estancada. Pero también albergan peligros. ¿Qué pasa si uno de los dos quiere mantener la vieja forma, pero el otro ya no? ¿O si los dos quieren un cambio pero en direcciones diferentes? Estos casos no son poco frecuentes.

Hay parejas que se pusieron de acuerdo, al principio, en que la mujer se dedicara completamente a la familia. Pero después de algunos años, la mujer empezó a sufrir por la estrechez y el aislamiento de lo privado y deseó incorporarse otra vez al mundo del trabajo; mientras, el marido vive el modelo acostumbrado como satisfactorio, insiste en los derechos adquiridos y se siente amenazado por el cambio. Existe también el ejemplo de parejas que pasaron por el registro civil durante los años sesenta, con sus ideas convencionales sobre la fidelidad, para leer unos años después en todas las publicaciones artículos sobre el «matrimonio abierto» como receta ideal. ¿Qué pasa entonces si uno quiere agarrarse a la seguridad de lo acostumbrado, y el otro, sin embargo, quiere probar las promesas de lo nuevo? ¿Quién tiene razón?

A veces ninguno de los dos. Justo e injusto se tornan categorías borrosas cuando ya no existe una regla común, sino las reglas de *dos* biografías con sus distintas condiciones y obligaciones, a las que hay que añadir además el cambio rápido de los ejemplos a seguir. Eso da más espacio a la interpretación subjetiva en la que influyen los propios deseos de las dos partes, sólo con matices característicos. Y cada vez más a menudo ocurre que por lo menos uno de los dos se siente malentendido, herido y traicionado.

Hombre contra mujer

En los textos clásicos del movimiento feminista se expresa a menudo la esperanza que con el final de la era de la represión de la mujer comenzará una mejor relación entre los géneros. En pocas palabras: *El verdadero amor sólo es posible entre libres e iguales.* Tomemos como ejemplo la famosa *Declaración de los derechos de la mujer* escrita por Mary Wollstonecraft en el año 1792:

> Es vano esperar virtud de las mujeres mientras no sean en algún grado independientes de los hombres; es vano esperar esta fuerza de un afecto natural que les haga buenas esposas y madres. Mientras sean absolutamente dependientes de sus maridos serán astutas, mezquinas y egoístas, y los hombres a los que satisface el afecto de un perro faldero no tienen mucha delicadeza; el amor no se puede comprar... Si los hombres generosamente cortaran nuestras cadenas y se alegraran con nuestra compañía racional en vez de una obediencia esclava, entonces encontrarían en nosotras unas hijas más observantes, unas hermanas más afectuosas, unas esposas más fieles... Les amaremos con un afecto verdadero porque habremos aprendido a respetarnos a nosotras mismas.[38]

Seguramente nadie querrá afirmar que las esperanzas orgullosas de entonces se han cumplido hoy. ¿Pero por qué razón el desarrollo ha tomado otra dirección? Analicemos más concienzudamente el proceso de moderni-

38. Wollstonecraft, en Rossi (1974), págs. 64 y 71.

zación, y sobre todo especialmente a los hombres y las mujeres. La afirmación clásica del debate sobre la modernización es que con la transición a la modernidad el individuo fue liberado de sus referencias tradicionales. Esta afirmación es tan cierta como falsa si se la compara con los resultados de las investigaciones sociohistóricas sobre la familia y la mujer. Mejor dicho: sólo es una media verdad, pues lo que deja aparte es la «otra» mitad de la humanidad. Al principio de la modernización, la individualización quedó limitada exclusivamente a los hombres. Un ejemplo claro al respecto es un párrafo del Derecho Natural de Fichte, donde expone la relación de la mujer frente al hombre de la siguiente manera: «La que entrega su personalidad manteniendo su dignidad humana, necesariamente entrega todo lo que tiene al hombre amado... Lo mínimo que resulta de eso es que ella le cede todos sus bienes y derechos, y va a vivir con él. Sólo unida con él, bajo su mirada y en sus negocios, le queda vida y actividad. Ella ha dejado de llevar la vida de un individuo; su vida se ha convertido en una parte de la vida de él, (esto se comprueba de forma bien acertada por el hecho de que ella tome el apellido del hombre)».[39] El historiador americano Degler escribe resumiendo: «La idea del individualismo en Occidente tiene una larga historia... John Locke y Adam Smith ensalzaron los principios de los derechos y acciones individuales, pero los individuos que tenían en la mente eran los hombres. En general, las mujeres no eran consideradas entonces más que como unos ayudantes de apoyo necesarios, desde luego, pero no individuos por derecho propio. El individuo, en la concepción del pensamiento occidental, ha asumido siempre que detrás de cada hombre —esto es de cada individuo— estaba la familia. Pero los miembros de esta familia no eran individuos, excepto el hombre, que por ley y costumbre era su cabeza».[40]

Lo característico de los procesos de modernización es precisamente que las biografías normales de hombres y mujeres toman al principio rumbos bien diferentes. El contexto de vida de la mujer no se amplía en el siglo XIX, sino bien al contrario: se delimita más estrechamente al espacio interior de lo privado. Además del cuidado físico de los miembros de la familia, se le exige, como nueva tarea especial femenina, su cuidado psíquico: la comprensión del hombre y de sus preocupaciones, buscar el equilibrio en situaciones de tensión familiar; en pocas palabras, se le pide a la mujer todo lo que en la discusión actual se llama «trabajo sentimental» o «trabajo relacional». En la medida que el hombre tiene que enfrentarse cada vez más con el

39. Fichte, citado según Gerhard 1978, pág. 146.
40. Degler (1980), pág. 189.

mundo exterior hostil, la mujer tiene que mantenerse «llena, pura y hermosa», para conservar «en la existencia tranquila y pacificada, la intimidad reconciliada de la vida sentimental».[41] En medio de un mundo cada vez más racionalizado, ella debe crear para el hombre un equilibrio, un oasis de paz.

> «El querido mundo femenino» debe ser «un oasis tranquilo y feliz», «una fuente de poesía vital, un vestigio del paraíso». Y no admitimos que eso nos lo quite ningún «problema de la mujer», ninguna sabihonda desgraciada o ningún economista político que ha estudiado demasiado. Lo queremos conservar, con la ayuda de Dios, tanto como sea posible también para el pobre y el más pobre «trabajador» (Nathusius 1871).[42]

> Lo que nos atrae en las mujeres es justamente el calor de sus sentimientos, la ingenuidad y su frescor que les da ventaja frente a los hombres gastados demasiado pronto por el trabajo y madurados prematuramente. Y la atracción que ejercen sobre los hombres a través de estas características, la perderían irrevocablemente, si se anulara esta gracia mediante la educación (Appelius, vicepresidente del parlamento regional de Weimar, en el pleno de dicho parlamento en 1891).[43]

> La degradación de la mujer está en la independencia y en el comportamiento masculino; su mayor honor se encuentra en la feminidad ingenua y eso significa someterse sin preocupaciones, conformarse, no querer nada diferente, ni nada más que lo que debe querer... El hombre ha sido creado antes que la mujer y para la independencia; la mujer le ha sido dada en compañía y para su deleite (Löhe, siglo XIX).[44]

A través de estas declaraciones que se encuentran con innumerables variantes en la política y la filosofía, la religión, la ciencia y el arte de los siglos XVIII y XIX, se evidencia el verdadero núcleo de las «virtudes contrastadas» (Habermas) que se están produciendo. Cuanto más se le exige al hombre la autoafirmación fuera de casa, más se le pide a la mujer que dentro de casa se autoconforme. Eso se demuestra, sin lugar a dudas, mediante una serie de regulaciones jurídicas que fijaron claramente la dependencia de la esposa respecto al marido.[45] Así, la mujer estaba obligada a llevar el apellido del hombre, a compartir con él la nacionalidad, a convivir con él, a regular sus

41. Riehl (1861), pág. 60.
42. Nathusius, citado según Lange y Bäumer (1901), pág. 69.
43. Appelius, citado según *ibid.*, pág. 94.
44. Löhe, citado según Ostner y Krutwa-Schott (1981), pág. 25.
45. Langer-El Sayed (1980), pág. 56.

contactos sociales según sus disposiciones. Él tenía derecho a vigilar su correspondencia, a determinar los gastos y las líneas directrices de cómo llevar la casa y, en muchos casos, incluso se le había otorgado el derecho a disponer de los propios bienes de la mujer.

El precio que se paga por tales normativas es muy alto, y va claramente a cargo de la mujer. Pero su función es igualmente evidente. Como, por definición, no existen deseos opuestos entre hombre y mujer —no pueden existir—, se consigue una cierta forma de estabilidad, por más que eso duela a una parte. Bajo estas condiciones, incluso el aumento paulatino de las posibilidades de elección no perturba la armonía familiar, pues es por voluntad del hombre, y su voluntad decide. El camino de la mujer pasa por la adaptación al hombre.

> Hay que acostumbrarla ya de joven... a que vea en el género masculino al predeterminado para el poder, y a buscar su estima mediante la mansedumbre, la paciencia y la transigencia (Basedow, 1770).[46]

Agatha Christie escribe en las memorias de sus años de juventud:

> Había un punto en el que el hombre era intocable: él era el dueño de la casa. Cuando una mujer se casaba, aceptaba su forma de vida y la posición que él tenía en el mundo. Eso me parece un fundamento saludable para un futuro feliz. Si tú no quieres adaptarte a la vida de tu futuro esposo, no aceptes el puesto; en otras palabras: no te cases. Aquí tenemos, por ejemplo, un mayorista textil; es católico, prefiere vivir en las afueras de la ciudad, juega al golf y le gusta pasar las vacaciones junto al mar. Eso es con lo que te casas. Decídete a hallarle gusto a todo eso. Tampoco será tan difícil.[47]

Desde entonces se han producido cambios muy rápidos. La liberación de las relaciones tradicionales, limitada a los hombres en los principios de la modernidad, empieza a hacerse notar desde el final del siglo XIX y, sobre todo, a partir de los años sesenta del siglo XX también para las mujeres. Por ejemplo, en el sector de la enseñanza: aunque ya hacia finales del siglo XIX, las puertas de la enseñanza comenzaron a abrirse tímidamente para las chicas, no fue hasta medio siglo más tarde que se dio el gran giro en la educación de las chicas, más precisamente con la expansión de la enseñanza de los años sesenta del siglo XX. Se hicieron grandes esfuerzos para contrarrestar la discriminación de las chicas en el ámbito de la enseñanza durante largo tiempo aceptada como algo normal y el éxito de estos esfuerzos superó todas las expectativas. En tan sólo dos décadas, la marcada diferencia de oportunidades entre los géneros llegó a una casi igualación de la presencia de chicas y chicos en las escuelas de educación general, y además a todos los niveles, incluidas las universidades.[48] En cuanto a la actividad profesional, hay que constatar lo siguiente: a pesar de que el auge de la familia burguesa produjera la imagen ideal de ama de casa y de madre, las mujeres de las capas bajas siempre han tenido que ganar dinero, porque el sueldo del hombre no alcanzaba para asegurar el sustento de la familia. Pero también en la burguesía, donde el trabajo en el seno de la familia iba perdiendo paulatinamente su función productiva, se produjo un cambio, puesto que a finales del siglo XIX esta misma burguesía ya fue cada vez menos capaz de ofrecer a sus mujeres actividades y manutención. El número de mujeres sin patrimonio y que tenían que ganarse la vida creció. Pero en la burguesía el tiempo de la actividad profesional de la mujer tenía un plazo limitado. Se terminaba con el día de la boda: el sitio de la mujer casada seguía siendo el hogar. Cambios de más envergadura ya no se producirán hasta llegar los años cincuenta del siglo XX. A partir de entonces, se registra tanto en Alemania como en los demás países industrializados un aumento muy fuerte de la actividad profesional de las mujeres casadas:[49] ahora un número creciente de las mujeres no sólo trabaja hasta el momento de casarse, sino hasta tener el primer hijo y algunas vuelven al trabajo cuando los hijos ya han alcanzado la mayoría de edad. En una segunda etapa se notan de nuevo, tanto en Alemania como en los otros países industrializados, cambios evidentes en

46. Basedow, citado según Kern y Kern (1988), pág. 51.
47. Christie (1978), pág. 130.

48. Proporción porcentual de las chicas/mujeres en:

	Institutos (preuniversitario)	Estudiantes universidad (principiantes)	Estudiantes universidad
1960	36,5 %	27,0 %	23,9 %
1970	41,4 %	28,8 %	25,6 %
1980	49,4 %	40,1 %	36,7 %
1987	49, 8 %	40,2 %	38,0 %

Fuente: *Bundesminister für Bildung und Wissenschaft, Grund u. Strukturdaten* 1989/90, págs. 46 y 154.

49. En Alemania, en 1907, trabajaban el 26 % de las mujeres casadas de más de 15 años. En la República Federal de Alemania esta cuota era en el año 1965 del 33,7 %, y en abril del 1988 era del 44,5 % (Statistisches Bundesamt 1983 pág. 63; Statistisches Bundesamt 1989, citado según el *Süddeutsche Zeitung*, 24 y 25 de junio de 1989).

la relación entre maternidad y actividad profesional que encuentran su expresión especialmente en el aumento de la actividad profesional de las madres.[50] Y eso es así porque la actividad profesional representa hoy día mucho más que una simple fase provisional: «El tiempo de no trabajar se convierte para las mujeres en una situación excepcional y cada vez más claramente limitado a la fase de educación de los hijos pequeños».[51]

A eso se añaden los cambios demográficos: la esperanza de vida ha aumentado desde el comienzo de la modernidad para alcanzar actualmente una dimensión históricamente única. El número de hijos, por el contrario, ha bajado de manera drástica, empezando en Europa mayoritariamente con el primer descenso de la natalidad hacia finales del siglo XIX. Esta tendencia continúa de forma más acentuada a partir de los años sesenta del siglo XX. Por la interacción de estas dos tendencias, los contornos de la biografía normal femenina empiezan a sufrir transformaciones decisivas. Justamente aquella tarea que con la disolución de la «gran familia» preindustrial y el auge de la familia burguesa se había introducido cada vez más en el centro de la vida de la mujer —es decir, la educación de los hijos— ocupa, respecto al tiempo, un espacio más reducido en la vida de la mujer. Se ha creado una etapa vital históricamente nueva: la fase del «nido vacío», cuando la mujer ya no se ocupa de los hijos.[52]

A causa de estos cambios en la formación, el trabajo, el ciclo familiar, la legislación, etc., las mujeres se desprenden, por lo menos parcialmente, de su vinculación a la familia; cada vez pueden contar menos con el sustento del hombre y, por tanto, se ven obligadas (aunque muchas veces de forma contradictoria) a la independencia y al autosustento. La correlación subjetiva de tales procesos es que las mujeres desarrollan hoy, es más, tienen que desarrollar en creciente medida, expectativas, deseos y planes de vida, no sólo referidos a la familia, sino también a su propia persona. Tienen que planificar, en primer lugar en el sentido económico, la manera de asegurar su existencia, incluso sin el hombre. Ya no pueden verse sólo como «apéndice» de la familia, sino que tienen que entenderse más y más como personas individuales con los correspondientes intereses propios y derechos, planes para el futuro y posibilidades de elección.

50. La cuota de empleo de mujeres casadas con hijos de menos de 18 años aumentó del 33,2 % en el año 1961 al 44 % en el año 1982 (Bundesminister für Jugend, Familie und Gesundheit, 1984, pág. 21).
51. Willms (1983), pág. 111.
52. Imhof (1981), págs. 180 y sigs.

Léanse las frases clásicas de *Casa de muñecas* de Ibsen:

HELMER: ¿Así que te sustraes a tus deberes más sagrados... para con tu esposo y tus hijos?
NORA: Tengo otros deberes que son igual de sagrados.
HELMER: No los tienes. ¿Qué deberes podrían ser?
NORA: Los deberes para conmigo misma.
HELMER: Ante todo, eres esposa y madre.
NORA: Eso ya no lo creo. Creo que ante todo soy una persona, al igual que tú... o, sea como sea, quiero intentar serlo.[53]

Aquí interesa sobre todo la pregunta de qué efecto tienen tales cambios sobre la relación entre hombres y mujeres. No cabe duda de que, por un lado, se abren nuevas oportunidades y posibilidades: una relación entre hombre y mujer que ya no se basa —como en la sociedad preindustrial— sobre todo en la necesidad de asegurarse la existencia; ni tampoco —como en el modelo ideal del siglo XIX— en la complementariedad de los caracteres de género definidos como opuestos. En su lugar, la unión se basa ahora en unas afinidades espirituales, o, para decirlo más cautelosamente, en una relación de dos personas de igual posición que se sienten próximas por su carácter y por sus ideas acerca de la vida. Es aquella unión que esbozaron los textos clásicos del movimiento feminista como visión. Es aquello «más maravilloso» que trasluce como esperanza al final de la *Casa de muñecas* de Ibsen:

HELMER: Nora, ¿nunca más podré ser para ti otra cosa que un extraño?
NORA: Ay, Torvald, para eso debería pasar con nosotros lo más maravilloso... Entonces debería tener lugar con ambos, contigo y conmigo, una transformación tal que... ay, Torvald, ya no creo en milagros.
HELMER: Pero yo sí que quiero creer en milagros. Dilo todo. ¿Una transformación tal, qué?
NORA: Que nuestra convivencia se pudiera convertir en un matrimonio.[54]

Aquí, por supuesto, no interesan las formas ideales, ni los posibles milagros, sino el otro lado. Es decir, el frecuente fracaso actual de las relaciones. Bajo ese aspecto no se puede negar que el cambio de la biografía normal femenina conlleva también nuevos riesgos y dificultades para la relación entre hombres y mujeres. En este punto, las reflexiones del párrafo

53. Ibsen (1973), pág. 826.
54. *Ibid.*, pág. 830.

anterior que tematizan las oportunidades y las obligaciones de la vida propia quedan demasiado borrosas, puesto que ya suponían una situación donde el hombre y la mujer actúan como iguales respecto a las decisiones. Pero esta situación no se ha dado, en absoluto, desde el principio. Por consiguiente, tenemos que añadir: lo absolutamente novedoso en el campo del amor y del matrimonio no es —tal como dicen los trabajos de las teorías sociológicas— la individualización del currículum, o sea, del currículum masculino que comienza con la transición hacia la modernidad. Lo absolutamente novedoso, antes bien, es la individualización del currículum *femenino*, el desprendimiento de la mujer de su vinculación a la familia, un proceso que sólo se inicia paulatinamente hacia finales del siglo XIX y que gana en velocidad a partir de los años sesenta del siglo XX. O para decirlo aún con más claridad: mientras sólo el currículum del hombre se sometía al modelo básico de la individualización, mientras la mujer estaba obligada a complementar la vida de otros, la unión de la familia quedaba asegurada; eso sí, con el precio de la desigualdad de la mujer. Pero ahora, que esta «división de la modernidad en dos mitades»[55] ya no se puede mantener por más tiempo, empieza una nueva época en la historia de la mujer. Sólo ahora se da esta situación que consiste en que, en el momento de surgir el amor, deben encontrarse dos personas, *ambas* expuestas a las posibilidades y las obligaciones de una biografía diseñada por cada una de ellas.

Eso se pone de manifiesto en las expectativas que los hombres y las mujeres tienen respecto a la vida en pareja. Como ha dicho Jessie Bernard, cada matrimonio consiste en dos matrimonios: el del hombre y el de la mujer.[56] Esta fórmula dirige la mirada a un estado de cosas que se ha ignorado durante mucho tiempo y que en el transcurso del movimiento feminista, sin embargo, ha penetrado cada vez con más claridad en la conciencia. Desde entonces, se hace cada vez más perceptible que las expectativas y las esperanzas que hombres y mujeres asocian con la palabra amor ya no coinciden en puntos importantes. Como lo expresa Lilian B. Rubin de modo provocativo: en la esfera íntima de su encuentro, hombres y mujeres son «Intimate Strangers»,[57] o sea, íntimos extraños. Eso concierne tanto a los deseos, a la sexualidad[58] y al erotismo,[59] como a la división del trabajo[60] o a los temas de

55. Véase capítulo 1.
56. Bernard (1976).
57. Rubin (1983).
58. Ehrendreich y otros (1986).
59. Alberoni (1987).
60. Metz-Göckel y Müller (1987).

conversación,[61] es decir, a las prioridades y las formas de la comunicación entre los dos. A tales diferencias típicas entre los géneros responde sobre todo que los hombres destaquen más el lado instrumental del amor y del matrimonio, o sea, el sustento en la vida cotidiana, «que todo funcione bien». Las mujeres, no obstante, ponen más énfasis en los sentimientos y la cercanía interior, es decir, en que «tiene que haber una comprensión mutua».[62]

Esta diferencia en las expectativas seguramente no es nueva. Lo nuevo, sin embargo, está en su gestión. En la medida en que las mujeres se ven a sí mismas también como personas con sus propios deseos, ya no aceptarán tácitamente que éstos no puedan ser realizados. Al contrario, expresarán sus deseos antes, los reivindicarán con insistencia y si todo eso no sirve, irán hasta la última consecuencia, el divorcio. Nuevas investigaciones sobre las causas de divorcio muestran que las mujeres ponen más esperanzas en una buena convivencia llena emocionalmente, por lo que también se sienten insatisfechas con el matrimonio antes que los hombres.[63] Es lo que le ocurre también a Nora de Ibsen, que abandona un hogar que a su esposo le parece feliz; y sólo está dispuesta a regresar si esta convivencia se convierte en «un matrimonio», es decir, un matrimonio según su entender. La tendencia que aquí se manifiesta quizá pueda ser resumida en la siguiente fórmula: en anteriores épocas, las mujeres abandonaron sus esperanzas en caso de decepción. Hoy, sin embargo, mantienen las esperanzas y renuncian al matrimonio.

En un estudio reciente se preguntó a mujeres por qué habían salido de un matrimonio que según todo los criterios exteriores parecía funcionar «de maravilla». La autora resume el resultado de la siguiente forma: «Ellas abandonan porque quieren más de lo que son capaces de conseguir de sus matrimonios. Lo que podía ser considerado un matrimonio aceptable para nuestras madres, e incluso para nosotras cuando nos casamos, ya no lo es. Estas mujeres quieren algo más que un techo sobre sus cabezas, un marido a quien apoyar y unos hijos que cuidar. Quieren intimidad emocional, igualdad y compañerismo, y quieren ejercer el control sobre sus propias vidas».[64]

De este modo, crece el potencial de conflictos, y al mismo tiempo disminuyen las posibilidades de reducirlos. Pues, cuantas más mujeres aprenden a imponerse de manera independiente —y de hecho *tienen que* aprenderlo

61. Ehrendreich (1984); Fishman (1982).
62. Cancian (1985), (1986); Wagnerova (1982).
63. Höhn y otros (1981); Wagnerova (1982).
64. Brenda Rabkin, en *New Woman*, septiembre de 1985, pág. 59.

en el curso de la tendencia actual hacia la individualización—, menos aceptarán aquella forma de solución que practicaban las generaciones anteriores: adaptación al hombre al precio de renunciar a sus propios derechos y deseos. Ahora desaparece el medio de unión que antes la garantizaba: justamente el antiguo rol femenino, la autorrenuncia a favor de los demás, la disposición a asumir los esfuerzos tan interminables como invisibles para crear un equilibrio en el clima emocional. ¿Quién hará a partir de ahora este trabajo relacional? Muchas mujeres están cansadas de los esfuerzos interminables, muchos hombres aún no tienen la suficiente práctica en eso, y a los dos géneros se les pide demasiado cuando —por la tarde— después de la presión competitiva en el trabajo profesional, se les exige además este montón de trabajo emocional.

La situación se agudiza aún más por la velocidad y la envergadura de los cambios que hoy observamos y que difícilmente pueden producirse sin que se creen dificultades. Dichos cambios casi inevitablemente tienen que generar fricciones. Tanto los hombres como las mujeres están atrapados entre los viejos patrones de comportamiento y las nuevas formas de vida, y confrontados con exigencias distintas según los grupos y los ámbitos de vida y no en última instancia con las expectativas contradictorias en su propio interior: la situación entre el «ya no» y el «todavía no» es una mezcla contradictoria. Las consecuencias se hacen perceptibles a muchos niveles, tanto para las mujeres como para los hombres.

En primer lugar, nos encontramos ante el problema que se puede llamar la pobreza de la mujer que vive sola. Hablamos de mujeres con escasa formación profesional que tienen que vivir sin las protecciones tradicionales del contexto de vida femenino, pero que tampoco están preparadas suficientemente para las obligaciones de una biografía autoplanificada. A dichas mujeres sólo «les falta un hombre para el bienestar»,[65] y si este hombre falta —como es el caso en el grupo creciente de solteras y divorciadas—, el resultado, ya descrito muchas veces, se llama «feminización de la pobreza» (Diana Pearce). En el otro extremo de la jerarquía social se halla un problema, hasta ahora aún poco conocido, pero que se va manifestando. Afecta a aquellas mujeres que se construyen una carrera profesional independiente, pero que en su vida privada a menudo tienen que pagar un precio muy alto: la «soledad de la mujer con éxito profesional».[66]

65. Nila Bevan, en *Ms.*, julio de 1984, pág. 37.
66. Bock-Rosenthal y otros (1978); Hennig y Jardim (1978).

Así lo describe, por ejemplo, la psicóloga Jean Baker Miller. Según sus experiencias, los problemas que llevan a las mujeres a someterse a una terapia han cambiado de forma llamativa en los últimos años. A principios de los años setenta, eran sobre todo mujeres de mediana edad que se habían casado jóvenes, que luego educaron a los hijos y que al final vieron a cuántas necesidades propias habían tenido que renunciar por ello. En cambio, las que hoy buscan una ayuda terapéutica son muchas veces aquellas mujeres de la generación más joven con éxito profesional que trabajan duramente, solteras o divorciadas, en cuyas vidas el deseo de relaciones personales ha quedado insatisfecho. Difícilmente se encuentra para la mujer que dedica su vida al trabajo un «amo de casa» que cuide y mantenga las esferas emocionales mal atendidas. Las consecuencias son previsibles: «O bien, los dos están totalmente ocupados en seguir las definiciones tradicionales del éxito, con lo cual ninguno de los dos tiene el tiempo para cuidar la relación, o bien, la mujer con éxito constata que no tiene ninguna pareja».[67]

En este contexto encaja también Isidora, la protagonista de una novela de Erica Jong.[68] Isidora, autora celebrada y divorciada en tres ocasiones, piensa melancólicamente: «Las mujeres con éxito... creen —equivocadamente— que lo que atrae en los hombres sirve también para las mujeres, que el éxito lleva consigo fama, fortuna y amantes guapos... Pero, ay, con frecuencia nosotras conseguimos lo contrario. Toda la satisfacción que compramos en la tienda del amor son hombres atemorizados, gallitos tontos, abandono. Y nosotras nos devanamos los sesos preguntándonos por qué hemos trabajado tanto para la gloria profesional, cuando la felicidad personal es el precio que tenemos que pagar».

En algunos grupos se ven, al mismo tiempo, comienzos de un nuevo tipo de mujeres que, para salir de las viejas dependencias, defienden sin más miramientos la consigna: la mujer se las arregla ella misma, con o sin hombre. La búsqueda de una identidad propia conduce aquí a una delimitación general frente a los hombres. La mirada se limita —siguiendo una reacción lógica— unilateralmente a los derechos propios. Los síntomas se encuentran sobre todo en el mercado de la literatura de mujeres, donde la relación entre los géneros a veces se reduce a la pura confrontación. Los títulos, conscientemente provocadores, van más allá de su significado simbólico. «Pero ahora yo misma»,[69] así se puede resumir la consigna de las

67. Suzanne Gordon, entrevista con Jean Baker Miller, en *Ms.*, julio de 1985, pág. 42.
68. Jong (1985), pág. 113.
69. Wiggershaus (1985).

nuevas tendencias. En vez de «nosotros», ahora un «Él o Yo»,[70] y en caso de conflicto: «Yo soy yo».[71] Después de la subordinación, ha llegado el tiempo del «ajuste de cuentas».[72] Cuando en la sexualidad rápida sólo se juntan los cuerpos, pero las correspondientes personas se sienten tan extrañas como antes, el otro es tildado de «enemigo de las mujeres»,[73] y públicamente se proclama: ha llegado «la muerte del príncipe azul».[74] El final se llama entonces: «Mejor sola».[75]

Los desarrollos que se producen para el hombre a causa del desmoronamiento del tradicional rol femenino están poco documentados. En parte quizás porque los hombres siguen teniendo más poder y, por tanto, tienen más posibilidades de escaparse; pero en parte seguramente también porque les cuesta mucho más expresar sus sentimientos y sufrimientos. La diagnosis varía según el punto de vista y también según el género del observador. Unos ven al «hombre que ha perdido su seguridad».[76] Otros constatan, sin embargo, represión, falta de disposición para comprender, aferramiento a sus privilegios. Su juicio acerca de los hombres en esta fase de cambios es: «Mucho vivido y nada comprendido»,[77] los viejos patriarcas con ropajes nuevos. Lo cierto es que a los hombres las nuevas señales les resultan irritantes y contradictorias, no encajan con las expectativas de su propia socialización y contienen, de forma abierta o encubierta, un ataque a su propia imagen de hombre. Hombres de las más diversas procedencias se ven de repente unidos en la pregunta: «¿Qué quieren las mujeres?».[78] Muchos están dispuestos a reconocer que las reivindicaciones son justas; pero se vuelven reacios y resistentes en cuanto se trata de consecuencias incómodas para su propia vida, cuando se trata ¡ay! de las cuestiones pesadas de fregar los platos y cuidar a los hijos. Y se crea un nuevo ideal femenino: la mujer que según los intereses de los hombres es independiente y a la vez tiene la suficiente capacidad de adaptación.

70. Zschocke (1983).
71. Jannberg (1982).
72. Schenk (1979).
73. Véase portada de Merian (1982).
74. Merian (1982).
75. Meller (1983).
76. Goldberg (1979).
77. Benard y Schlaffer (1985).
78. Eichenbaum y Orbach (1983).

> Como formuló un hombre en una encuesta: «Lo que tú quieres es casarte con una mujer lo suficientemente intelectual como para conversar contigo, alguien en quien confiar para ayudarte en tus negocios o ayudarte en tus decisiones durante la vida, pero que también esté predispuesta al cuidado de la familia y de la casa. Si encuentras una mujer como ésta, sabes que has ganado».[79]

Ante tales experiencias, dolorosas para todos los implicados, en el movimiento feminista está surgiendo, desde hace unos cuantos años, un nuevo tema: el equilibrio nada fácil entre liberación y vinculación. Sin embargo, no se aspira a un regreso a las formas antiguas con todas sus dependencias y obligaciones. Al contrario, las esperanzas que giraban alrededor de una relación de pareja entre iguales persisten todavía. Pero hoy cada vez con más frecuencia surge una pregunta, que también es expresión de muchas decepciones: *¿es posible el amor entre iguales? ¿Existe un amor después de la emancipación? ¿O acaso es verdad que la liberación y el amor constituyen dos opuestos irreconciliables?*

Por un lado, está la experiencia de que el amor quita la autonomía: «... ya que tú me conviertes en tu Sancho Panza con su escuálido pollino, y tú me robaste mi personalidad y mi vida. ¡Ay de mí, si acepté tu amor y si yo te respondí con amor!».[80] Por el otro lado, está la experiencia que mucha autonomía hace perder el amor. «Nosotras sabíamos, cuando perdimos nuestra inocencia, que corríamos el riesgo de perder el amor. Pero nuestra certeza de que el conocimiento vale siempre la pena fue un pobre consuelo cuando descubrimos, con demasiada frecuencia, que no podíamos aplicar lo que habíamos aprendido a nuestras vidas privadas sin destruir el amor.»[81]

> Todo apunta, pues, a un dilema. La vieja forma de las relaciones entre los géneros tenía sus dificultades plasmadas en la represión de la mujer, que al mismo tiempo servía para mantenerlas. Las dificultades de la nueva forma consisten ahora en que los dos géneros tienen su propia biografía, o por lo menos tienen el derecho a exigirla. Los conflictos resultantes tal vez sólo son el producto de una fase intermedia en el curso de la historia de la humanidad y de los géneros, tal como escribe Erica Jong en uno de sus libros: «Se siguen queriendo, pero no pueden vivir juntos, por lo menos no en este momento».[82]

79. White (1984), pág. 435.
80. Fallaci (1982), pág. 173.
81. O'Reilly (1980), pág. 219.
82. Jong (1985), pág. 12.

En la situación actual, quizás haya pocas posibilidades para una individualización exitosa, sino más bien una forma de vida en un proceso de prueba-y-error. Y las conclusiones de un estudio sociológico dicen: «En los tiempos que corren, las mujeres necesitan cada vez más tales construcciones auxiliares. Y seguramente no sólo las mujeres».[83]

¿Pero qué hacer, y eso queda como pregunta incómoda, si las dificultades actuales fueran mucho más que una mera fase? ¿Si fueran el resultado inevitable de la tendencia a la individualización que primero sólo afectaba a los hombres, pero que en los últimos años afecta cada vez más también a las mujeres? ¿Existe todavía alguna posibilidad de unir dos biografías autoplanificadas? ¿O se echa con eso tanta arena en el motor que su mal funcionamiento y su bloqueo están de antemano preprogramados?

La crisis de la mediana edad

Las estadísticas registran unos datos que llaman la atención. Precisamente entre los matrimonios duraderos, aparentemente estables, que llevan juntos de 18 a 20 años, la cuota de divorcios aumenta de forma vertiginosa.[84] Explicaciones para este fenómeno se encuentran en la literatura de asesoramiento psicológico.[85] En ella se habla mucho de la crisis de la mediana edad (del matrimonio) caracterizada por el hecho de que después de años de construcción conjunta suele empezar una fase de busca de distancia, incluso de exclusión. Los dos miembros de la pareja se fijan ahora con más intensidad en sus propios deseos, a la vez que se ven demasiado atados a muchos niveles, y eso justamente es lo que se reprochan mutuamente. «¡Libertad para mí!» es la consigna de esta fase. A menudo va acompañada de largas luchas de poder que pueden adquirir diversas formas: desde el rechazo, pasando por la caída en la enfermedad o intentos de escaparse con una tercera persona, hasta la violencia abierta. Pero girando siempre alrededor de la pregunta: «¿Quién tiene el derecho a sobrevivir como persona independiente?».[86] En cierta manera son *intentos de sobrevivir dentro de*

83. Brose y Wohlrab-Sahr (1985), pág. 18.
84. Wingen (1985), pág. 348; Statistisches Jahrbuch für die Bundesrepublik Deutschland (1988), pág. 78.
85. Jaeggi (1982); Jaeggi y Hollstein (1985); Wachinger (1986).
86. Jaeggi (1982), pág. 25.

una vida en común que ahora determinan la esfera matrimonial. Al respecto, presentamos dos descripciones desde perspectivas opuestas.

En primer lugar, una visión desde dentro de lo que está ocurriendo, sacada de una novela de Erica Jong: «¿Y qué pasa con esos anhelos que el matrimonio ha sofocado? Esos anhelos de seguir una senda sin obstáculos de cuando en cuando, de descubrir si puedes aún vivir sola dentro de tu propia cabeza, de descubrir si puedes apañártelas para sobrevivir en una cabaña en el bosque sin volverte loca; de descubrir, en pocas palabras, si todavía estás entera después de tantos años de ser la mitad de algo... Cinco años de matrimonio me han hecho ansiosa de soledad».[87]

Y ahora la visión desde fuera, la descripción de un asesor matrimonial: «La mayoría de matrimonios empieza con una suerte de pasión por estar juntos y compartirlo todo; lo individual queda casi anulado, todo es sometido a la vida común. Los años de construcción de la pareja requieren una gran cohesión, estar el uno para el otro, los hijos, la casa que se edifica, la posición profesional que se quiere alcanzar... Pero después de los largos años de convivencia..., cuando ya se ha perdido mucho del entusiasmo juvenil y mucho brillo, cuando ya se han conseguido las posiciones profesionales y se ven pocas metas nuevas, entonces vuelve otra vez, con más fuerza y de forma distinta la vieja pregunta: "Quién soy?". Y entra en el primer plano otra pasión, la pasión por la autonomía, por la autoafirmación, por la vida propia... La pregunta "¿Quién soy?" se convierte necesariamente en la siguiente pregunta a la pareja: "¿Y tú realmente sabes quién soy?"... La ruptura, la disolución del matrimonio parece menos amenazante que renunciar a sí mismo, a sus propios deseos».[88]

Para explicar tales procesos, se puede remitir a leyes psicológicas de la evolución según las cuales la maduración personal siempre se realiza a través de delimitaciones. Lo que en la edad de la porfía infantil y en la crisis de la adolescencia sería la desvinculación de los padres, es ahora, en la crisis de la mediana edad, la salida de la simbiosis matrimonial. «Este conflicto se parece... mucho a las confrontaciones del adolescente con sus padres, además persigue los mismos objetivos: recuperar la identidad propia, liberarse de las profundidades de la unidad simbiótica, volver a saber que el otro no podrá nunca compartir del todo mi soledad.»[89]

87. Jong (1974), pág. 18.
88. Wachinger (1986), págs. 80-83.
89. Jaeggi y Hollstein (1985, pág. 219.

Lo que desde la perspectiva psicológica se presenta como un tipo de fenómeno de la naturaleza, como un resultado fatal del matrimonio, cobra desde la perspectiva sociológica su carácter especialmente sociohistórico. Resumido en una fórmula: la crisis de la mediana edad no es un fenómeno natural, sino un acontecimiento *social*. En primer lugar, es un producto de los procesos de individualización. Y más especificado, es el producto de una fase avanzada de este desarrollo en el que los procesos de individualización empiezan a afectar también al contexto de vida femenino. Y, finalmente, también es el producto de un desarrollo demográfico, es decir, del aumento enorme de la esperanza de vida, causa por la cual muchas parejas alcanzan ahora la mediana edad en el matrimonio.

En el transcurso de un siglo se ha producido «casi una duplicación de la duración media del matrimonio (sin divorcio): una pareja que contrajo matrimonio en 1870, convivía un promedio de 23,4 años; alrededor de 1900 ya eran 28,2 años; en 1930 unos 36,0 años; mientras que las personas que se casaron en 1970 podían contar con que la ruptura de su matrimonio se produciría después de 43 años, por la muerte de uno de los esposos...»[90]

Sólo cuando coinciden estas tres evoluciones —la individualización general, la individualización para las mujeres y el aumento de la esperanza de vida— se produce la aparición frecuente de la crisis de la mediana edad. Se trata, pues, históricamente, de un descubrimiento nuevo que sólo a partir de la segunda mitad del siglo XX se trasmite a amplias capas de la población. Las diferentes etapas de este desarrollo pueden describirse de la siguiente manera: en la sociedad preindustrial hubo poco espacio para la individualidad, ni en la vida del individuo, ni en la relación matrimonial que estaba concebida como una comunidad de trabajo. Por consiguiente, puede suponerse que la necesidad de recuperar una identidad propia entonces no tenía gran importancia. Eso cambiaba en la medida que el individuo empezaba a ocupar un lugar en el primer plano. Y más aún a medida que estas transformaciones comenzaban a penetrar en el contexto de vida femenino. Finalmente, cambia también porque el individuo de hoy sabe perfectamente que después de la fase de la carrera profesional y de la construcción del nido aún le quedan muchos años por delante. Por ello se impone con más insistencia que nunca la pregunta: ¿y eso era todo? Dicho con otras palabras, es la crisis de la mediana edad que atrapa al individuo. Ve las decepciones y las omisiones de su vida pasada y en su horizonte interno se abre

90. Lutz (1985), pág. 3. (Los números se refieren a Austria, pero el desarrollo en Alemania es similar.)

camino la visión de una vida nueva, diferente, que compense todo lo que no había en la anterior.

Es el punto donde a menudo surge la pregunta de lo que se había dejado de hacer por el otro. Uno recuerda los grandes planes de la juventud y ve los compromisos de la vida en común. Más o menos conscientemente, se reconoce que hay cosas que uno ya no es capaz de hacer, y otras que ya no se atreve a hacer (para la carrera de una estrella pianística ha pasado la edad, y para realizar el sueño de emigrar a América Latina falta valor). Pero si es imposible empezar de cero otra vez, entonces por lo menos hay que actuar donde se puede, es decir, en el campo inmediato de la relación de pareja. Por lo menos aquí se quiere conquistar un espacio libre. Y cuantas más resistencias presenta el otro, más crece la voluntad de seguir adelante. La pareja se convierte de esta manera en el enemigo: el matrimonio se transforma en el campo de batalla (en la válvula de escape, en el pararrayos, en el sustituto) para la autoafirmación y la autoconservación.

Si se observa el curso típico que toman estas luchas de poder, no pocas veces se muestra la paradoja que se podría denominar bloqueo del «ni contigo, ni sin ti». Son los casos muchas veces descritos en la literatura psicológica, donde los dos esposos mantienen esta lucha de poder durante años, relacionándose una y otra vez de nuevo para seguir luchando con otras variaciones y escalas. Pero al mismo tiempo no son capaces de separarse. Se separan y se unen nuevamente, una vez viven juntos pero separados, otra separados pero juntos, y se sienten atrapados en una situación sin salida. Los amigos que observan estos procesos a lo largo de muchos años reaccionan al final solamente con un escueto «ningún comentario». A cualquier no implicado todo eso le debe parecer incomprensible, incluso irracional. Otra vez ilustramos eso mediante dos descripciones desde distintas perspectivas:

Para la visión desde dentro presentamos un extracto de la novela *Un hombre* de Oriana Fallaci: «Volví... para dejarte una carta en la que había escrito que ya no estaba dispuesta a seguir con una relación como ésta... Ahora la correa estaba rota, pero ¡ay, pobre de mí! si intentara anudarla de nuevo con un nudo en la garganta; ¡ay! si mi equilibrio, mi distancia ganada se tambaleara otra vez. Sólo existía una posibilidad que eso ocurriera, era el riesgo de oír tu voz... Una llamada hubiera sido suficiente. Pero este miedo sólo duró una semana, en la segunda ya no creía en eso. Fue un grave error. A los diecisiete días después de mi huida sonó el teléfono: "¡Hola! Soy yo. ¡Yo!" ... Y pocas horas después había tomado ya el avión: ¡Voy, Don Quijote, voy; Sancho Panza sigue siendo tu Sancho Panza, siempre lo

será, siempre podrás contar conmigo, aquí estoy!... En otras palabras: mi problema no tenía solución, mis posibilidades de sobrevivir eran nulas y huir no sirve para nada».[91] La visión desde fuera viene de un caso de terapia: «Naturalmente se estaban peleando sin cesar, vacaciones por separado, pocas cosas en común. A pesar de hablar constantemente de la posibilidad de separarse, ninguno de ellos daba el más mínimo paso en esta dirección, aunque cada uno de los dos hubiera podido vivir solo, por lo menos aparentemente. Cuando hablaba a solas con Karin sobre esta posibilidad, ella expresaba unas fantasías absurdas en el sentido que se quedaría "absolutamente sola" después de la separación, que nadie "se preocuparía" por ella. (¡Gracias a su trabajo, tenía más conocidos y amigos que Dieter!). Y recuerdo cómo Dieter gritó histéricamente en una de sus frecuentes discusiones que "se colgaría en el desván" si Karin no deshacía enseguida las maletas ya hechas. Cualquier espectador no implicado tendría la impresión de tenérselas que ver con unos locos. No obstante, en su vida extramatrimonial eran unas personas normales, con éxito y apreciadas. En ellos sólo se mostraba de forma muy violenta que no eran capaces de "dejarse", y que ninguno de los dos quería ser abandonado por el otro. En conversaciones más tranquilas podía oírse de cada uno que "en principio" ya estaba dispuesto a separarse desde hacía tiempo».[92] Tales procesos presentan claramente unos fenómenos que en psicología se llaman enlazamiento simbiótico; una constelación que genera unas consecuencias sin salida y al mismo tiempo absurdas. Los psicólogos ven en ello la eterna lucha entre autonomía y dependencia, entre «cercanía y distancia»,[93] entre «fusión y resistencia».[94] Pero *¿por qué* se producen dichos enlazamientos y por qué no se pueden desenlazar? Según la perspectiva sociológica aquí desarrollada, no se han producido por casualidad y tampoco (o sólo a un nivel muy general) forman parte de la naturaleza de los seres humanos desde Adán y Eva. Antes bien *son expresión y reflejo de aquellas contradicciones que se generan en el curso de los procesos de individualización* que, por lo demás, muchas veces transcurren paralelamente, pero que aquí coinciden de forma muy condensada. Detrás están las exigencias, añoranzas, y obligaciones contradictorias que hoy determinan el espacio privado como lo hemos descrito: el amor se vuelve más importante y más difícil que nunca. Sobre el papel, es fácil analizar las dos líneas de evolución por separado, pero en el cuerpo de cada uno están indisolublemente fundidas y conducen a nuevos enlazamientos y contradicciones, llámense como se llamen: estabilidad individual contra autoafirmación, intimidad contra individualidad, simbiosis contra vida propia.

91. Fallaci (1982), págs. 278, 415, 419 y 409.
92. Jaeggi (1982), pág. 26.
93. Jaeggi y Hollstein (1985), págs. 217 y sigs.
94. Schellenbaum (1985), págs. 35 y sigs.

Este dilema, aquí expresado mediante categorías teórico-abstractas, es el tema de muchas novelas modernas, y especialmente de la nueva literatura de mujeres. Presentamos nuevamente dos ejemplos:

En primer lugar, otra vez Isidora, la protagonista de Erica Jong, que expresa a través de un monólogo interior sus deseos irreconciliables.

YO: ¿Por qué es tan terrible estar sola?
YO: Porque si nadie me ama, no tengo identidad.
YO: [Pero] sabes que odias tener un hombre que te posea totalmente y no te deje espacio para respirar.
YO: Lo sé, pero lo deseo desesperadamente.
YO: Pero si lo tienes, te sentirás atrapada.
YO: Lo sé.
YO: Tú quieres cosas contradictorias.
YO: Lo sé.
YO: Quieres libertad y también quieres cercanía.
YO: Lo sé.[95]

Y otra vez Fallaci:

Mientras el ser querido te tiene atrapado con sus exigencias y sus lazos, te sientes robada a ti misma, y te parece falso tener que renunciar por él a un trabajo, un viaje o una aventura; abierta o escondidamente le guardas miles de rencores, sueñas con la libertad, añoras la vida sin vínculo donde te puedes mover como la gaviota en su vuelo a través del cielo dorado. Qué castigo más cruel son estas cadenas con las que te ata el ser querido y que te impiden levantar el vuelo... Pero cuando ya no está y cuando este espacio libre se abre bruscamente ante ti, cuando puedes volar según tu gusto por el cielo dorado, gaviota sin amor y sin lazos, entonces sientes el vacío terrible. Y el trabajo, el viaje y la aventura a los que se ha renunciado por él, se muestran en todo su sinsentido. Ya no sabes qué hacer con la libertad ganada, eres como un perro sin amo, como una oveja sin rebaño, yerras por ahí, lloras por la esclavitud perdida y darías tu propia alma para poder volver y poder obedecer de nuevo a las exigencias de tu carcelero.[96]

95. Jong (1974), pág. 251.
96. Fallaci (1982), pág. 435.

Se ve que el dilema fundamental ya está trazado por las contradicciones de la sociedad individualizada. Penetra en todas las relaciones de pareja, pero puede agudizarse masivamente en matrimonios de larga duración, pues los dos lados se manifiestan de forma más clara y casi con toda su fuerza. Todas estas costumbres y obligaciones, rituales y compromisos del día a día, aguantados durante tantos años: ¿quién limita las necesidades de una persona tan directamente, tan de cerca y tan implacablemente sino mi marido/mi mujer? Todas estas experiencias y recuerdos, las alegrías y dolores compartidos, entretejidos con las capas más profundas de mi persona: ¿quién forma una parte de mi vida sino mi marido/mi mujer? La vieja palabra de la Biblia «Y se hicieron una sola carne» recobra bajo estas condiciones un nuevo significado. Dicha palabra se vive hoy de forma ambivalente: por un lado, como una amenaza y una maldición; por otro, como consuelo y promesa, y a menudo como todo a la vez. Eso explica por qué se duda frecuentemente durante muchos años, por qué cuesta tanto salir de una relación, ya que siempre existe también el otro lado.

El observador de fuera ve luchas sin vencedor, luchas que siguen y siguen. ¿Pero por qué? ¿Por qué? La solución de este enigma se encuentra si se comprende que la añoranza del amor de la modernidad coincide con la aspiración a la autonomía de la mediana edad, y que ambas despliegan sus propias lógicas extremadamente complejas. Bajo estas condiciones, las confrontaciones se sufren al mismo tiempo que se buscan con todos los medios. Cada uno pierde el sentido de la seguridad en el otro. Pero cada uno también puede ganar algo, la confianza que extrae de las luchas.

> Ahora sé por qué yo quería que mi mujer volviera.
> Porque me había convertido en lo que soy (...)
> Cuando pensé que me había abandonado, me desmoroné.
> Dejé de existir. ¡Es lo que ha conseguido hacer de mí!
> No puedo vivir con ella, me es insoportable,
> no puedo vivir sin ella, porque me ha hecho incapaz
> de tener alguna existencia propia.
> ¡Eso es lo que ha hecho de mí en cinco años de matrimonio!
> Ha convertido el mundo en un lugar, donde yo no puedo vivir,
> si no es bajo sus condiciones. Tengo que estar solo,
> Pero no en este mismo mundo. Por eso quiero que me ingresen
> en su sanatorio. ¿Allá podré estar solo?
>
> (T. S. Eliot, *The Cocktail Party*, Acto II).

¿El hijo como sustituto de la pareja?

En las contradicciones de la sociedad individualizada, la relación con el otro género se convierte muchas veces en motivo de dolores y heridas. No es desacertado suponer que para cuidar la economía del presupuesto psíquico los hombres y las mujeres empiecen a desarrollar estrategias para disminuir el riesgo, o sea, formas de comportamiento que incorporan intentos de autoprotección. Señales evidentes de ello se van observando en las últimas tendencias en el ámbito del matrimonio y la familia. Hay un amplio repertorio de posibilidades: desde la «premarital therapy», una terapia especial para el período previo al matrimonio,[97] pasando por la firma de contratos matrimoniales para regular de forma obligatoria el modo de convivencia,[98] hasta el convivir sin papeles oficiales para facilitar la posibilidad de separación en caso de conflicto.[99] Parece que en algunos grupos está creciendo el miedo a comprometerse, una desconfianza frente a cualquier forma de vincularse, pues quien de entrada no quiere concebir grandes esperanzas no sufrirá grandes decepciones. Para ilustrarlo otra vez con títulos de libros: en la situación «Más allá de los sueños»[100] crece el «Miedo a la cercanía».[101] Y añadimos nuevamente un extracto de una novela de Erica Jong:

> «Eres mi sueño, mi amor», dijo él. «Ahora que te he encontrado, nunca te dejaré marchar.» «Querido», dijo Isidora luchando contra la sensación de que tal vez podía haber algo de cierto en esa palabra. Después de esta noche nunca más le volveré a ver, pensó ella. Es un espejismo, un sueño... Una pasión como ésta no puede continuar, no puede durar, no puede seguir. Un hombre tan encantador como éste puede enamorarte hasta el fondo del corazón, y después te deja destrozada. Ella no estaba preparada para ello tras su reciente ruptura con Josh. No estaba dispuesta a que volviera a sucederle lo mismo.[102]

Pero con esta actitud necesariamente tiene que surgir un nuevo dilema. Si se reprime la esperanza de una relación amorosa duradera, ¿qué hacer en-

97. *New Woman*, julio de 1985, págs. 44 y sigs.
98. Ejemplar al respecto: Partner (1984).
99. Schumacher (1981).
100. Fischer (1983).
101. Schmidbauer (1985).
102. Jong (1985), pág. 332.

tonces con aquella añoranza que caracterizaba la era de la estabilidad referida a la persona individual?, ¿qué hacer con la necesidad de cercanía y calor humano? Ocurre que entonces se ofrece la posibilidad de transmitir esta añoranza a otra persona. En vez del amor por el hombre o por la mujer, tenemos ahora el amor al hijo. Analicemos esta posibilidad más detalladamente:

La primera etapa del proceso de individualización aflojaba muchos vínculos que aseguraban al ser humano un lugar en el mundo y una estabilidad interior. Era el momento histórico para el desarrollo del nuevo modelo de la estabilidad referida a la persona, un modelo que ponía en el centro el amor entre hombre y mujer. Ahora hemos llegado a la siguiente etapa del proceso de individualización. Los vínculos tradicionales se han disuelto aún más. El amor entre hombre y mujer ha quedado seriamente afectado, condenado más que nunca al fracaso. Lo que queda es el hijo. Promete una unión tan elemental, tan global y tan indisoluble como ninguna otra en esta sociedad. Cuanto más intercambiables y revocables se vuelven las otras relaciones, tanto más el hijo puede convertirse en el punto de referencia de nuevas esperanzas: el hijo como último garante de la duración, como arraigo de la propia vida.

Mirados desde esta perspectiva, diversos procesos, actualmente aún minoritarios, pero que están ganando terreno a gran velocidad, se hacen más comprensibles. Por un lado, aumentan los nacimientos extramatrimoniales.[103] Hay diversas causas que confluyen en este fenómeno, pero es lícito suponer que también se está formando un nuevo tipo de madre soltera. Es la mujer que quiere tener un niño sin hombre y sin el marco tradicional de la relación en pareja.[104] Como programa se puede formular de la siguiente manera: «La pareja que tratamos últimamente se llama mujer e hijo... Una pareja que busca el placer. Una pareja que hace el amor».[105] O como Ursula Krechel lo llama irónicamente: «La nueva unión política se llama madre-e-hijo».[106] En una novela de la nueva literatura femenina, eso se formula así:

103. La proporción de los recién nacidos no matrimoniales aumentó del 4,6 % en 1967, la cuota más baja de las últimas décadas, al 10,2 % en el último trimestre del 1987 (Permien, 1988, pág. 90; Burkart y otros, 1989, pág. 30).

104. «Un hijo extramatrimonial se da cada vez menos por el embarazo no deseado de los adolescentes de años anteriores, sino que se trata cada vez más a menudo de embarazos planificados de mujeres de más de 25 años. La fertilidad extramatrimonial es, pues, cada vez menos la "desdicha" de mujeres jóvenes, sino una decisión claramente planificada o por los menos conscientemente asumida por mujeres ya más mayores» (Burkart y otros [1989], pág. 34).

105. Sichtermann, citado según Wetterer (1983).

106. Krechel (1983), pág. 149.

Quiero tener un hijo cuando tenga treinta y ocho años... y lo quiero tener toda sola. A través del banco de semen o de un amante casual, sin ni siquiera encender la luz, sin que lo vea. Sólo quiero que me folle para que yo luego sienta que estoy embarazada.[107]

Con las nuevas tecnologías de la reproducción, estos deseos pueden conseguir más impulso. Noticias de Estados Unidos y Australia informan de mujeres que se habían sometido durante el matrimonio a un tratamiento *in vitro* y que ahora, a pesar de haber fracasado su matrimonio, quieren una implantación del embrión congelado; mientras tanto, los hombres se presentan ante los tribunales porque rechazan una eventual paternidad después de la disolución del matrimonio. En un primer caso, el tribunal ya ha fallado a favor de la mujer y le ha cedido el derecho de guarda provisional de los embriones.[108] Como escenario para el futuro se augura que donde el amor por el hombre se desvanece, la mujer quiere asegurarse, por lo menos, los embriones.

Ahora bien, estas tendencias seguramente no son representativas de la mayoría de las mujeres. Pero llama la atención que entre las mujeres jóvenes se esté notando un cambio de opinión dramático respecto a la maternidad soltera. Mientras que, a principios de los años sesenta, a casi todas les parecía importante que una mujer con hijo estuviera casada, a principios de los años ochenta, ni siquiera la mitad de las chicas lo consideraban imprescindible.[109] También es sintomático que libros y revistas populares para mujeres den ya consejos acerca del tema: tener sola un hijo, ¿cómo conseguirlo?[110] Y ya se declara con cierto orgullo rebelde la fórmula: «Madre soltera: más feliz sin pareja».[111] Aquí se anuncia ya un motivo que se encuentra también en la nueva literatura femenina. Desde esta perspectiva, el amor por el hijo sustituye el amor por el hombre. Así lo relata el informe sobre las experiencias de una mujer que por decisión propia educa a su hijo sola:

107. Ravera (1986), pág. 138.

108. *Süddeutsche Zeitung*, 22 de septiembre de 1989 y 31 de octubre de 1989.

109. En 1962 y en 1983 se hizo una encuesta preguntando si era importante para la mujer estar casada en el momento de tener un hijo. En 1962, el 89,4 % de las chicas lo consideraba importante; en 1983, ya sólo era un 40 % (Allerbeck y Hoag, 1985, págs. 97 y sigs.).

110. Merrit y Steiner (1984); Fabe y Wikler (1979), págs. 122 y sigs.; *Für Sie*, nº 11, 1985: «Madres solteras con el hijo deseado-¿Realmente va bien sin hombre?»; *Ms.*, noviembre de 1984: «When Baby makes Two-Choosing Single Motherhood»; *New Women*, mayo de 1985: «Having Babies Without Husbands».

111. Heiliger (1985).

Yo, entretanto, ya sé qué condiciones de vida y de amor me tengo que montar para sentirme bien con Harpo [el hijo]. Y si viene alguien y me lo quiere estropear o me mete en grandes dificultades, me largo o le envío a paseo... En eso también he cambiado, gracias a Harpo. Los hombres han perdido la importancia que tenían antes en mi vida. Lo que construyo para mí en el trabajo, en mi vida privada, materialmente, en mi vida con Harpo, eso no depende de ningún hombre; ningún novio se mete en eso, ni me manda nada. [112]

Más claras aún son las frases que escribe Oriana Fallaci en su *Carta a un niño que nunca nació*:

Y respecto a tu padre, pues, mira: cuanto más pienso en él, más convencida estoy de que nunca lo he querido. Lo he admirado, lo he añorado, pero nunca lo he querido. Ni tampoco a los demás hombres que había tenido antes; fantasmas decepcionantes de una búsqueda siempre fracasada... quizá sea cierto lo que siempre ha afirmado mi madre que el amor es lo que siente una madre por su hijo cuando lo toma en sus brazos y nota lo solo, indefenso y desprotegido que está. Mientras esté indefenso y desprotegido, por lo menos no te insulta y no te decepciona.[113]

Y como tema constante se encuentra en Erica Jong:

... nuestros hijos nos dan alegría con menos desilusiones que cualquier amor romántico. Desde que se había separado de Josh, había deseado otro hijo... Pero ¿quién sería el padre de ese hijo fantástico?... Bueno, ¿por qué no tener sólo el hijo y no preocuparse del padre? Lo más probable era que ella acabara criándolo sola. Es la nueva familia, madre e hijos y amante (o nuevo marido). De todos modos, sólo la madre y los hijos están realmente unidos. Los hombres vienen y van.[114]

Pero en eso Erica Jong se equivoca: la «nueva familia» no está constituida siempre de madre e hijo. Aumentan los casos en los que los hombres no quieren ceder después del divorcio el hijo a la madre, sino que quieren quedárselo ellos mismos. «Los hombres luchan por su derecho»[115] y «el sufrimiento del padre divorciado»[116] es grande. Como cuenta un asesor:

112. Informe en Häsing (1983), pág. 83.
113. Fallaci (1979), págs. 19-21.
114. Jong (1985), págs. 68, 107 y 296.
115. Wiener, enero de 1984, págs. 32 y sigs.
116. *Esquire*, marzo de 1985, editorial.

Ya he visto llorar a padres por miedo a perder a sus hijos, igual que antes lloraban las mujeres por sus hijos. Precisamente los padres más jóvenes lo sienten como una pérdida dramática cuando no consiguen el derecho a la patria potestad. Éstos son nuestros casos más difíciles.[117]

Como ya hemos mencionado antes, crece el número de casos de una nueva forma de secuestro de niños. Cada vez más, padres que no han conseguido el derecho a la patria potestad se quedan el hijo recurriendo a la fuerza. Pero también en los casos con un desenlace menos dramático puede descubrirse entre los hombres una determinada tendencia, un motivo, que es bastante similar a lo que ocurre en el caso de las mujeres. Cuando se experimenta un rechazo en la relación con la pareja adulta y cuando se extienden la indiferencia y la frialdad, el hijo empieza a ocupar el centro de los sentimientos. Ejemplar para esta situación es la *Historia de niños,* de Peter Handke:

Fue una época sin amigos; su propia mujer se había convertido en una desagradable extraña. Y, por lo mismo, tanto más real era la niña... Durante todo aquel tiempo, el trato entre él y la mujer siguió siendo, a lo sumo, neutral y, con frecuencia, mentalmente el uno para el otro no era sino «ése» y «ésa»... Ahora, con el bebé, casi no se la encontraba más que en la estrechez de la vida doméstica, donde su imagen se le hizo indiferente, llegando incluso a desagradarle con el tiempo, de la misma manera, sin duda, que, para ella, él que, a diferencia de antaño, apenas se le aparecía ya como «su héroe» en su peculiar trabajo dejó de ser algo especial... También fue un acto de negligencia por su parte el que transfiriese a la hija sin escrúpulos ni reparos los más amables, íntimos y secretos gestos mudos y pequeñas palabras de ánimo que a lo largo de los años se habían hecho de uso permanente en el trato con la mujer... Era casi como si la niña fuese lo que de verdad le convenía, como si ya no necesitase para nada a una mujer.[118]

En este contexto hay que destacar también un fenómeno que no sale nunca en las estadísticas. Sólo se puede descubrir cuando se leen los numerosos informes de experiencias vividas por las «nuevas» mujeres y madres. Lo que llama la atención en dichos informes es su tono especial. Se repite una y otra vez la narración de mujeres que se sienten sorprendidas, vencidas, incluso sacudidas por la intensidad de sus sentimientos por el hijo.[119] Experimentan, según dicen, una unión y un amor hasta ahora desconocidos

117. *Eltern*, octubre de 1985, pág. 37.
118. Handke (1986), págs. 21 y 29 y sigs.
119. Para más información, véase Beck-Gernsheim (1989), págs. 31 y sigs.

para ellas, tan total y tan profundo, o sea, precisamente «el gran amor romántico».[120] «Me pregunto si se puede tener un infarto de corazón por la intensidad emocional que se siente como madre», escribe Jean Lazarre.[121]

«Mi unión con el bebé era... una ansia ciega, intensa y corporal, parecida más bien al enamoramiento. A su lado, todas mis otras relaciones perdían en intensidad.»[122]

> Por primera vez en mi vida aprendo verdaderamente lo que significa amor... [hijo], tú me obligas a esbozar nuevamente la idea que tenía de la intimidad. ¿Me siento cerca de los amigos en cuya presencia mejor puedo ser yo misma, pero sólo después de haber quedado con ellos? ¿Me siento cerca de personas extrañas cuya integridad, sabiduría y sentido del humor me entusiasman, pero con los que no convivo? No me siento de nadie tan cerca como de ti.[123]

Mi hija es «el gran amor romántico de mi vida. Como estoy bastante en contra del amor romántico, eso no me hace feliz, pero sé que lo que siento por ella se parece mucho más a las descripciones del amor en las revistas femeninas, en los poetas medievales, en los místicos religiosos, que a todos los demás sentimientos que jamás he experimentado... En el nivel emocional, psíquico, político y social, mi hija me ha obligado a cambios incómodos. Intelectualmente, emocionalmente y en la práctica me siento tan oprimida como me había jurado que nunca más me pasaría con un hombre. Y esta opresión me la he encargado voluntariamente y ni siquiera lo siento, al contrario, la acepto con amor y alegría.»[124] Expresiones como éstas no sorprenderán a aquella persona que ve en el amor maternal el núcleo más profundo de la mujer y su naturaleza. Pero remitirse a la naturaleza es muy cuestionable desde que las recientes investigaciones han demostrado que los lazos entre la mujer y el hijo habían sido antes mucho menos determinados por los sentimientos que hoy. Por eso sería más creíble otra explicación que no se remitiera a la naturaleza, sino a las formas de vida de la sociedad individualizada. Desde esta perspectiva, la relación con el hijo gana precisamente en atracción, ya que, por su calidad, es fundamentalmente di-

120. Informe en Dowrick y Grundberg (1982), pág. 74.
121. Lazarre (1977), pág. 96.
122. Informe en Dowrick y Grundberg (1982), pág. 31.
123. Chesler (1980), págs. 145 y sigs.
124. Informe en Dowrick y Grundberg (1982), págs. 74 y sigs.

ferente de la que se tiene con la pareja. ¿Y su atractivo no se basa tal vez, también, en el hecho de que dicha relación es innata y no adquirida a través de los azares de la vida? ¿O porque en cierto sentido no está sometida a la lógica de la sociedad de cambio, ya que es indisoluble, total y duradera? ¿O porque, por lo menos durante los primeros años, permite una forma de dedicación estable y segura ante posibles decepciones, a la que una se puede entregar sin miedo a ser herida y abandonada?

La utopía de la esperanza

Hemos mostrado que se pueden detectar tres épocas en la relación de hombre y mujer desde la sociedad premoderna hasta la sociedad moderna. En la primera, donde predominaba la familia como comunidad económica, para ambas partes de la pareja no existía una biografía independiente. En la segunda época, y cuando la «familia extensa» empezaba a disolverse, el currículum del hombre se abría hacia procesos de individualización. Se mantenía la unión de la familia, aunque al precio de una represión rigurosa de los derechos de la mujer. Y luego, a partir de los años sesenta del siglo xx, comienza claramente una nueva época en la que los dos géneros (aunque en grados diferentes) pueden experimentar los beneficios y las cargas de la vida propia.

En esta fase se producen nuevas oportunidades que apuntan hacia una verdadera pareja entre iguales, si bien obviamente surgen también muchos conflictos con la correspondiente confrontación y aislamiento de los géneros. Así pues, la relación entre hombres y mujeres padece ahora un dilema central: por un lado, existe el deseo y la obligación de ser un individuo independiente; por otro lado, se da la necesidad de una convivencia duradera con otras personas que, sin embargo, a su vez están sujetas a las prefiguraciones y expectativas de su propia vida. Este dilema genera infinitas contradicciones, luchas y complicaciones en la conciencia y la acción de las personas implicadas. La pregunta decisiva es si estos problemas continuarán y se agudizarán aún más hasta que al final sólo queden los terapeutas como acompañantes de nuestra soledad. (O también existe la posibilidad de entregar el alma a un animal doméstico, como explica Elisabeth Plessen en una novela: «Su hijo había caído en Rusia... Su mujer le había abandonado... Para el alma tenía un gato».)[125] A ello se opone la esperanza de que

125. Plessen (1976), pág. 15.

también podría ser de otro modo: de que se podrán encontrar formas de comportamiento y regulaciones para conseguir reunir dos biografías autoplanificadas.

¿Pero cómo? Quizá sea cierta la opinión de los asesores matrimoniales cuando afirman que «las relaciones humanas perturbadas necesitan sobre todo y urgentemente la comunicación»,[126] pero este análisis se queda corto. Ante todo, también en el ámbito social urge que se cambien algunas prioridades que se están configurando de manera cada vez más manifiesta y que ponen el acento unilateralmente en el individuo y sólo tienen en cuenta las relaciones privadas si pueden ser manipuladas con fines económicos (por ejemplo, las reglas de la movilidad y la flexibilidad, de la competencia y de la carrera). Eso requiere que la política y los partidos, las organizaciones y las instituciones tomen conciencia de que la modernidad, en su curso histórico, ha llegado a un límite crítico que hace imposible continuar con las reglas actuales, o sea, al precio de un aumento explosivo de los conflictos en la relación de los géneros (con las correspondientes consecuencias para la acción política y estatal). Y en el ámbito privado requiere, a su vez, que hombres y mujeres aprendan a tener comprensión, paciencia y disposición para llegar a compromisos, y, sobre todo, el valor de negociar permanentemente nuevos acuerdos. ¿Una utopía? Sólo su puesta en práctica nos lo enseñará. Para citar a Beatrice Webb: «Estamos al final de una civilización; la pregunta es: ¿estamos al comienzo de una nueva?».[127]

126. Preuss (1985), pág. 12.
127. Webb, citado según Mackenzie y Mackenzie (1984), pág. 291.

CAPÍTULO 3

Amor libre, divorcio libre

La doble cara de los procesos de liberación

«Tuyo para siempre.» Un ideal central de nuestra sociedad es el amor romántico, una estrecha unión sentimental que lleva al altar y dura toda la vida. Como dice la fórmula clásica: «... hasta que la muerte os separe». No obstante, las estadísticas muestran otra imagen. Cada vez más personas viven solas; muchas viven juntas sin haber pasado por el registro civil; muchas se divorcian. Cada vez más hombres y mujeres vacilan entre viejos ideales o nuevas experiencias, entre vivir en pareja o separados. Eso no sólo tiene consecuencias privadas, sino también sociales:

> Hasta ahora nadie ha pensado, ni ha calculado lo que en el ámbito de economía nacional se ha gastado y se sigue consumiendo en fuerzas, recursos y dinero por culpa de las crisis de la pareja, de las angustias del amor y de los esfuerzos para superar el dolor. Pero, a pesar de la falta de datos y de números concretos, se puede concluir que, para la economía nacional, la separación se ha convertido en un problema que absorbe una parte considerable del producto interior bruto.[1]

1. Jaeggi y Hollstein (1985), pág. 36.

Los procesos de individualización tienen siempre —como aquí queda bien demostrado— una doble cara. Por un lado, albergan la oportunidad de más libertad, entendida como ampliación del radio de vida, como ganancia de espacios de acción y posibilidades de elección. Por otro lado, conllevan nuevos riesgos, conflictos y rupturas en el currículum. Esta doble cara de los procesos de liberación, la dialéctica entre las promesas y los reveses de la libertad se muestra sobre todo en el campo de las relaciones entre los géneros. Cuando el matrimonio ha eliminado las limitaciones, los controles y las obligaciones de la sociedad premoderna, se generan al mismo tiempo nuevas irritaciones, luchas y conflictos en el espacio interior de la relación de pareja. O dicho de otra manera: *cuando el amor finalmente vence, tiene que encajar muchas derrotas.*

Justamente ésta es la paradoja alrededor de la cual girarán las siguientes reflexiones. Primero quieren exponer brevemente la historia de la génesis de dicha paradoja, y luego, sobre todo su núcleo sistemático, descodificar su lógica interna, aquella dinámica que empuja a los géneros a un círculo de esperanzas, decepciones y nuevos intentos. Todo eso no es nada casual, sino trazado dentro de la estructura de acción típica de la modernidad y en la doble cara de los procesos de liberación. Reducido a la idea básica: el principio regulador de la «libre elección» crea nuevos espacios de acción, pero —en cierta manera, como su revés— también nuevas dificultades e inseguridades.

Los viejos tiempos: obligaciones y seguridades

Como demuestran casi todos los estudios sociohistóricos, el matrimonio en la sociedad preindustrial no era tanto una unión entre dos personas, sino una unión de dos familias o de dos estirpes.[2] Por consiguiente, tampoco existía la elección de la pareja en el sentido actual, siguiendo los sentimientos de amor personal. El abanico de posibilidades para casarse estaba, de entrada, estrechamente limitado por criterios de procedencia desde el rango y el patrimonio hasta la pertenencia a una determinada etnia o religión, y en realidad, el casamiento se organizaba a través de la red de familias, parentescos y comunidades locales. La gente casi nunca se casaba por amor, sino primeramente por fines que servían a la familia como comunidad económica y de rango social: con la intención de ganar para la empresa familiar una fuerza de trabajo y de tener herederos, de asegurar el patrimonio existente y de ampliar los bienes y el prestigio. Sirva como ejemplo la situación de la nobleza del siglo XVI y XVII:

2. Véanse, por ejemplo, Rosenbaum (1978), (1982); Schröter (1985); Stone (1978), (1979).

> La presión más fuerte por parte de los padres la sufrían necesariamente las hijas, que eran las más dependientes y los miembros más protegidos de la familia; además pertenecían al género inferior y no tenían casi ninguna alternativa a la obediencia, puesto que la soltería aún era menos atractiva que un marido no deseado... A principios del siglo XVI, era absolutamente usual en todas las clases y en todos los sectores hacer testamentos y contratos matrimoniales mediante los cuales se vendía ya a niños pequeños como si fueran animales... Para los hijos, la libertad de elección estaba casi tan limitada como para las hijas. El deseo de no perder el control de la familia sobre el casamiento por razones de la patria potestad y la importancia económica del contrato matrimonial inducía al padre —en vida— a casar a su hijo y heredero con una mujer que él había elegido para éste. El hijo estaba normalmente bajo el poder del padre, ya que dependía de él económicamente...[3]

Es evidente que tales reglas contienen muchos elementos de opresión. Los claros «perdedores» en este sistema tradicional de casamientos son, en primer lugar, los grupos económicamente desprivilegiados por su posición en la jerarquía de hermanos, por su género y por su rango. Éstos no pueden cumplir las reglas económicas establecidas por el sistema —normas de herencia, exigencias de dote, prohibición de matrimonio para los pobres dictada por la ley— y, por tanto, quedan de entrada excluidos de las posibilidades de casarse. A los «afectados» en el sentido negativo pertenecen también aquellos hombres y mujeres obligados a contraer matrimonio con una persona que por decisión de la familia parece ventajosa. Y finalmente hay que añadir las parejas que quieren casarse, pero les es prohibido, puesto que no concuerdan por criterios de procedencia: la tragedia de «intriga y amor» tantas veces descrita en la literatura mundial.

> Dos familias, semejantes en dignidad, inician una nueva discordia por un antiguo agravio... De las fatídicas entrañas de estos dos enemigos nace una pareja de amantes de mala estrella, cuyas desventuradas y lamentables catástrofes sepultan en su muerte la discordia de sus padres.
>
> (William Shakespeare, Prólogo de *Romeo y Julieta*)

3. Stone (1978), págs. 445-447.

No cabe duda, por tanto, de que las reglas tradicionales dejaron poco espacio libre para deseos personales y en caso de conflicto procedieron a reprimirlos rigurosamente. Pero tampoco cabe duda de que estas mismas reglas *al mismo tiempo* procuraron un mínimo de seguridad, estabilidad y apoyo al matrimonio. Donde se organizaba el matrimonio a través de la comunidad familiar y lo público local, estas personas también tenían un interés en su mantenimiento y podían influir en ello mediante diversas formas de control social. Donde regían los criterios de elección según procedencia y rango, también estaba garantizado que, en los aspectos más importantes, hombre y mujer habían aprendido costumbres y normas, expectativas y reglas de vida más o menos similares. Donde el hombre y la mujer trabajaban conjuntamente para la economía familiar, para la granja o el taller artesanal, ahí «se fundían» en un sentido literal a través de los esfuerzos, los peligros y los golpes del destino vividos juntos —por ejemplo, en la lucha contra la naturaleza y su fuerza—, a través de las cosechas recogidas conjuntamente, y a través de los tiempos de hambre experimentados juntos. Imhof lo describe para la familia campesina:

> Lo importante no era el propietario en sí mismo y su bienestar individual..., sino el bien y el prestigio de la granja misma; no importaba tanto la familia que en un momento determinado vivía allí, sino la sucesión de la familia, la estirpe. Generación tras generación, giraba alrededor de este centro; propietario tras propietario, pero no como individuo, sino como portador de un rol. En el centro se encontraba una idea, un valor, no un Ego.[4]

Tania Blixen describe de forma parecida a la familia noble:

> La relación entre los esposos no era una relación personal, y bien mirado no podían ni hacerse felices, ni decepcionarse en el ámbito personal, sino que se atribuían mutuamente el uno al otro el máximo de significado a través de las relaciones que ocupaban, y la importancia que tenían para ambos en las tareas comunes de su vida. Al duque de Rohan no se le ocurría pensar en hacer una verdadera comparación entre su esposa y otras mujeres: éstas podían ser más bellas, más hábiles y más deseables, pero aquélla seguía siendo la única mujer que podía traer al mundo un duque de Rohan. Las fiestas a las que ella invitaba, eran las fiestas de los De Rohan; los pobres a los que ella ayudaba, eran los campesinos y los pobres de los De Rohan.[5]

4. Imhof (1984), pág. 20.
5. Blixen (1987), pág. 49.

La modernidad: más libertad, más inseguridad

Estudios sociohistóricos demuestran que se va imponiendo, paso a paso, una nueva forma de relación matrimonial en la transición hacia la modernidad. El poder del clan familiar se va arrinconando paulatinamente. El derecho de los implicados a participar en las decisiones que conciernen a su relación de por vida se está reforzando. «Ya no son las familias que se unen y se alían, sino las personas que se eligen.»[6] Estas elecciones, sin embargo, no se producen de forma totalmente arbitraria, sino sobre todo al comienzo de la modernidad dentro de los límites del entorno social, de la procedencia, del patrimonio y de la religión.[7] Incluso el amor romántico sigue ligado por detrás a las normas de la sociedad. No obstante, desde la perspectiva de los afectados, el fiel de la balanza se traslada en el curso de los siglos desde la determinación por extraños y las obligaciones, hacia la elección propia.

> Durante los últimos mil años, las ideas sobre el método correcto de la institución del matrimonio han pasado por cuatro etapas sucesivas. En la primera fase, los padres organizaban el casamiento sin tomar casi en consideración los deseos de los hijos. En la segunda, los padres aún seguían preparando el matrimonio, pero los hijos ya tenían el derecho a oponer su veto. En la tercera, los hijos tomaban la decisión, pero los padres se guardaban el derecho de veto. Y en la cuarta fase, finalmente, los hijos eligen su pareja de matrimonio solos y se preocupan poco de lo que puedan opinar los padres.[8]

Con la salida hacia la modernidad se crea una nueva esperanza: la posibilidad de la felicidad personal, una vez liberado el amor de sus cadenas exteriores. Ya no existe la unión entre hombre y mujer, organizada por otros. En su lugar, ahora se da la relación íntima, basada en el vínculo sentimental entre dos seres humanos, que traspasa los límites de clase y rango y que reconoce como legítima exclusivamente una regla: la voz del corazón. El final tiene que ser como dicen los cuentos de hadas: «Y vivieron felices para siempre».

> ¡Oh Dios, qué sol se me levanta!
> ¡Si fuera posible, si los padres quisieran

6. Rosenmayr (1983), pág. 113.
7. Por ejemplo, Borscheid (1986); Mayer (1985).
8. Stone (1978), pág. 475.

entenderse tan gustosos, tan fácilmente como nosotros!...
Una vez los padres reconciliados, podría
saludarte públicamente como mi prometida...
¡Ay Agnes! ¡Agnes!
¡Qué futuro está abriendo sus puertas!
Tú serás mi esposa, ¡mi esposa! ¿Pero sabes tú
de la inmensidad de esta suerte?

(Kleist, *Die Familie Schroffenstein*)

¿Pero qué se ha hecho de estas grandes esperanzas? Muchas se han visto defraudadas. La realidad es muy distinta de lo que prometen los cuentos. Los psicólogos constatan: «Para el ser humano de nuestra época, el gran problema de la existencia privada es la vida en pareja».[9] Los demógrafos deducen de las estadísticas: «El movimiento de divorcios va en aumento».[10] Los asesores y terapeutas matrimoniales viven una coyuntura única. Los libros sobre el tema de las relaciones consiguen tiradas masivas. Ante estas tendencias, surgen nuevas palabras de moda: desde la «relación», pasando por «el rollo de la relación» hasta la «relación de usar y tirar». Los científicos prefieren expresarse de un modo más distinguido y hablan del «matrimonio continuo» y de la «monogamia a plazos».

Con todo eso se ha creado una situación paradójica. Los hombres y las mujeres ya no tienen que obedecer los deseos de la familia, sino que ellos mismos pueden decidir más que nunca con quién quieren casarse. Y sería de suponer que la convivencia con la pareja ofreciera ahora las correspondientes posibilidades de satisfacción. La realidad, no obstante, es diferente: cada vez más hombres y mujeres abandonan su matrimonio.

En busca de un mundo en común

Una de las características de la modernidad es que el mundo de la vida de cada uno se ha vuelto más abierto, pero también más complejo y más contradictorio. A este cambio estructural han contribuido varias condiciones que se han ido reforzando hasta el presente: un rápido cambio social y la diferenciación en diversos subsectores, donde rigen distintas normas y expectativas. A eso hay que añadir la erosión de los vínculos y entornos vi-

9. Jaeggi y Hollstein (1985), texto de la contraportada.
10. Schmid (1989), pág. 10.

tales tradicionales, nuevas formas de movilidad social y geográfica (por ejemplo, quien nació en Rosenheim se traslada por estudios o trabajo a Hamburgo, pasa las vacaciones en el lago de Garda y la tercera edad quizá en Mallorca).

Una de las consecuencias es que cada individuo tiene que aportar más esfuerzos propios que antes para poder moverse en el sistema de coordenadas del mundo que le rodea y para construirse una identidad mínimamente estable. Ante este trasfondo, la relación matrimonial recobra una nueva importancia, como demuestran estudios sociológicos y psicológicos. Se convierte, como ya hemos descrito en el capítulo anterior, en una instancia central para la construcción social de la realidad y en un lugar importante de la identidad interior.

Pero esta nueva importancia del matrimonio crea, al mismo tiempo, nuevas dificultades. Lo que representa la gran oportunidad de la vida en común, personalmente elegida —es decir, la creación de un mundo propio más allá de las predeterminaciones de la familia, del parentesco y del clan— requiere de los implicados unos esfuerzos propios enormes. En el nuevo sistema matrimonial, las dos partes de la pareja no sólo pueden, sino que *deben* planificar su comunidad. Berger y Keller revelan las líneas básicas de esta constelación:

> Antes, el matrimonio y la familia estaban bien arraigados en una red de relaciones que los unía con una comunidad más amplia... Había pocas barreras entre el mundo del individuo y el de la comunidad más amplia... La vida social que palpitaba en casa, en la calle y en la comunidad era la misma. Expresado en conceptos actuales, la familia, y con ella la relación matrimonial, estaba integrada en un sector discursivo considerablemente más amplio. En nuestra sociedad actual, sin embargo, la familia constituye su propio submundo segregado, con sus propios controles y su propio discurso cerrado.

Este hecho requiere de los esposos un compromiso mayor. A diferencia de anteriores tiempos, cuando la institución de un nuevo matrimonio sólo significaba un aumento adicional de diferenciación y complejidad en un mundo social ya existente, los esposos de hoy se encuentran ante la tarea, a menudo difícil, de crearse el mundo privado propio en el que quieren vivir... El carácter monogámico del matrimonio potencia aún más el planteamiento dramático e inseguro de esta empresa. El éxito o el fracaso del matrimonio depende de las idiosincrasias actuales de dos personas y del desarrollo futuro, difícilmente predecible, de dichas idiosincrasias... según Simmel, la menos estable de todas las relaciones sociales posibles... En una relación, creada exclusivamente por dos personas y dependiente sólo de sus esfuerzos, el

permanente proceso de creación de este mundo tiene que reforzar su intensidad a causa de la pobreza numérica de tales relaciones. Y eso acentúa de nuevo el dramatismo y la inseguridad.[11]

Además, los mismos procesos de diferenciación dentro de la estructura social que convierten al matrimonio en una instancia importante en la planificación del mundo y del Yo biográficos dificultan al mismo tiempo el desarrollo y mantenimiento de un proyecto común. Puesto que los dos que se unen hoy ante el juez (o sin éste) son mucho más que antes unos extraños, es decir, que vienen de distintos entornos de vida y de otros mundos. Y eso es igualmente válido cuando continúan, siguiendo criterios convencionales (de clase, religión, nacionalidad, raza), las reglas de la endogamia. Pero en la medida que son en este sentido «extraños», en su historia vital antes de conocerse han aprendido otras prioridades y expectativas, otras reglas implícitas, por ejemplo, acerca de la configuración de la vida, de la comunicación y del proceso de llegar a una decisión. Cada vez son necesarios más esfuerzos para que la comunicación sobre un proyecto común tenga éxito. Citamos nuevamente a Berger y Kellner:

> En nuestra sociedad, el matrimonio es un proceso dramático, en el que se encuentran dos extraños y se definen nuevamente... El concepto del extraño naturalmente [no quiere decir] que los pretendientes provengan de capas sociales muy diferentes. Y, en realidad, los datos demuestran que éste no es el caso. La extrañeza se basa más bien en el hecho de que provengan, a diferencia de los aspirantes al matrimonio de anteriores formaciones sociales, de diferentes sectores de «face-to-face»... No tienen un pasado común, a pesar de que el pasado de ambos tenga una estructuración similar... En nuestra sociedad móvil, el «discurso» significativo que cada uno de los dos llevaba antes de su matrimonio tiene lugar en sectores sociales distintos que no coinciden.[12]

Bajo las condiciones de movilidad social y geográfica, el principio de la libre elección de la pareja, que a principios de la modernidad se dirigía ante todo contra la influencia de la familia y de los padres, va ganando además una significación actualizada. Aunque la mayoría de las parejas sigue todavía las reglas de la endogamia, crece el número de los que se salen totalmente de los tradicionales límites del entorno social y de los círculos normales de casamiento y eligen una pareja de procedencia claramente diferente, de otra capa social, de otra formación, religión o nacionalidad[13] (en 1988, uno de cada doce matrimonios que se contraían en la República Federal de Alemania era con una pareja de otra nacionalidad).[14] Aquí puede afirmarse aún con más razón que se unen dos «extraños». Y para ellos la siguiente pregunta es todavía más apremiante: ¿cómo pueden ayudarse en el proceso de autoencontrarse que forma parte de la definición moderna del amor y que siempre conduce inevitablemente también a una confrontación con el propio pasado, con los propios trasfondos y raíces? En estas circunstancias, el principio de la libre elección de la pareja no sólo significa que uno se puede unir con alguien de otra procedencia, sino que *tiene que asumir* los miedos y las esperanzas, los patrones de percepción y los horizontes de valor de una cultura ajena, todos ellos arraigados en la biografía del otro. Un estudio estadounidense sobre matrimonios entre judíos y no judíos llega al siguiente resultado:

11. Berger y Kellner (1965), pág. 225.
12. *Ibid.*, pág. 223.

> Cuando la mujer y el hombre comparten un fondo común de grupo, una herencia cultural común, un sentido general de semejanza social, la confrontación con el pasado puede quedarse fácilmente en un asunto puramente personal. Lo que uno revela al otro son los secretos personales y familiares, por así decirlo. Sin embargo, cuando el hombre y la mujer no comparten un conjunto común de supuestos básicos sobre sus memorias colectivas, los más mínimos aspectos de autoexpresión se convierten en amplias declaraciones sobre la propia historia cultural, se quiera o no.[15]

Justamente aquellos matrimonios que no quedan dentro del radio normal de círculos de casamiento evidencian de forma especialmente condensada lo característico de la moderna y libre elección de pareja. Estos matrimonios se han hecho posibles porque la elección de la pareja ya no está sujeta a influencias y poderes ajenos, sino que depende únicamente del acuerdo de las dos personas de cuya unión se trata. Una investigación alemana sobre matrimonios biculturales constata, por ejemplo, que estas uniones «contempladas desde el punto de vista de sus condiciones representan matrimonios muy modernos, puesto que corresponden al ideal del amor romántico y son individualistas». Y prosigue: «"La base romántica" de esta

13. Por ejemplo, Mayer (1985); Schneider (1985).
14. Elschenbroich (1988), pág. 364.
15. Mayer (1985), pág. 70.

relación constituye a la vez su oportunidad y su problema».[16] Las oportunidades pueden resumirse de la siguiente manera:

> Si todo va bien, es posible que se mantenga algo de la valentía inicial, del optimismo experimental, y entonces los matrimonios biculturales resultan especialmente vivos e interesantes. Si los problemas de la comunicación intercultural pueden ser integrados en la familia, eso puede promover la solidaridad y abrir un horizonte familiar más amplio.[17]

No obstante, existen también los reveses típicos. Un factor, que forma parte del «potencial de riesgo» de tales matrimonios, es que su conservación ya no encuentra ningún apoyo por instancias exteriores que tengan el estatus de obligatoriedad para los dos. En su lugar, el mantenimiento de la relación tiene que ser construido individualmente y cada vez de nuevo por sólo dos personas. Y eso será tanto más difícil cuanto más lejanos son los mundos de donde provienen. Como en el primer momento del enamoramiento las diferencias se quedan en un segundo plano y sólo cuenta lo que se tiene en común, en el transcurso de la relación matrimonial se ponen de manifiesto cada vez más las diferencias arraigadas en la historia vital de cada uno. Eso, sin embargo, significa que las líneas de separación al parecer superadas en el primer acto de la elección de la pareja vuelven a mostrar su fuerza divisoria y tienen que ser tratadas, negociadas y equilibradas nuevamente sin ayuda alguna. El estudio estadounidense sobre matrimonios entre judíos y no judíos esboza una imagen teórica de esta constelación problemática:

> Mientras los momentos iniciales del enamoramiento evocan el sentimiento de un intenso y duradero presente, en el que el pasado y el futuro son irrelevantes, el mantenimiento del amor parece tener exigencias opuestas. Parece tender a sondear el pasado y a trazar el futuro. También produce en su discurso la expresión personal de los amantes, lo que inevitablemente implica su herencia cultural. No es simplemente que ninguno de los dos está relacionado de la misma manera con un antepasado, una red familiar y una historia. La conversación intermatrimonial es, inevitablemente, una conversación sobre la cultura, la historia y el sentimiento personal con respecto a la tradición.[18]

16. Elschenbroich (1988), pág. 366.
17. *Ibid.*
18. Mayer (1985), pág. 72.

La investigación alemana sobre matrimonios biculturales muestra el patrón de los procesos mediante datos empíricos:

> Parejas biculturales describieron en... entrevistas las fases típicas de sus relaciones. Durante el tiempo del primer enamoramiento reina principalmente un optimismo desbordante, una sensación feliz de no tener límites y... un cierto orgullo de su propio inconformismo. Después de las experiencias de dificultades interiores y exteriores sigue a menudo una fase de retirada y de reidentificación con su propia procedencia... Uno descubre que está más profundamente arraigado en su propio sistema de valores de lo que pensaba, incluso puede que alguien lo experimente en cierta manera por primera vez. Sin esta confrontación, el propio sistema de valores queda normalmente disimulado, inconsciente, y precisamente por este motivo parece como «normal».[19]

En busca de la causa común

En la sociedad moderna, el matrimonio está liberado de las obligaciones y exigencias de la antigua economía familiar, y también de los correspondientes vínculos. En cierta manera, se ha quedado «flotando libremente en el aire», un espacio protegido de la «vida privada», destinado a ser principalmente una comunidad de sentimientos y de ocio. Con eso se ha creado un nuevo espacio libre, pero formulado al revés, eso significa también que cada vez existe menos un marco exterior de protección y apoyo. La «causa común», prefigurada por la unión del clan familiar y la sucesión de las generaciones, ha desaparecido.[20] En su lugar, las personas implicadas tienen que negociar ahora individualmente lo que quieren producir como «causa común»: «Hace falta llenar aún la "forma vacía de la privacidad" con contenidos...».[21] Sin duda alguna, puede generarse así una nueva cercanía. Pero tampoco hay que perder de vista que también crecen las posibles zonas de conflictos.

19. Elschenbroich (1988), págs. 366-368; destacado en el original.
20. Ostner y Pieper (1980).
21. *Ibid.*, pág. 120.

¿Pero qué significa eso del amor?

¿En qué puede basarse la nueva comunidad? A primera vista, la respuesta parece fácil. Según la definición moderna de la relación matrimonial, ésta está determinada en primer lugar como una comunidad emocional: su base debería ser el «amor». Eso, sin embargo, es una determinación muy amplia y muy vaga, pues los contenidos de lo que es y debería ser el amor han cambiado con frecuencia en el curso de la historia, en los últimos siglos y especialmente también en las últimas décadas. En el presente coexisten varias versiones simultáneamente —tradicionales, modernas, posmodernas— y todas juntas presentan una mezcla muy variopinta. Este «anacronismo dentro del sincronismo» tiene como consecuencia que se asocien con la palabra «amor» unas ideas, expectativas y esperanzas muy diferentes, y no en última instancia también diferentes reglas y normas de comportamiento (véanse, por ejemplo, las eternas discusiones sobre la «monogamia y la heterogamia»). La construcción de la exigencia normativa llamada «amor», requiere, por tanto, unos procesos de negociación y mediación muy complejos. Y no se necesita ser profeta para augurar que aquí ya se halla la base para posibles conflictos. Cedamos al respecto la palabra nuevamente a la investigación sobre matrimonios biculturales:

> La comunidad de un matrimonio occidental moderno, la «identidad compartida de los dos», se crea por lo general siempre nuevamente en la conversación. La expectativa respecto a la verbalización es, sin embargo, culturalmente diferente. El trato occidental-burgués acerca de los conflictos —hablar, explicar— no es en absoluto una necesidad universal. Si la parte alemana de la pareja insiste en ello, es posible que se encuentre con una pared en su pareja extranjera. El concepto de la cercanía en la relación en muchas otras culturas no se considera como criterio importante para un «buen matrimonio». En estas culturas se valora más el apoyo mutuo, la responsabilidad y la preocupación por la familia, la división del trabajo entre los géneros y un funcionamiento práctico y duradero.[22]

Existe otro factor que complica aún más la situación: también en la historia individual de cada pareja va cambiando bajo mano lo que significa «amor». Eso tiene validez sobre todo en las que rige el ideal del «amor romántico», dado que su fase inicial está dominada por un desbordamiento de sentimientos que se alimenta en gran parte de la fascinación por el

22. Elschenbroich (1988), pág. 368.

«otro», el desconocido. Pero con el transcurso de los años inevitablemente se conocen cada vez más. Entra la vida de cada día. De ahí puede crecer una nueva forma de sentirse unidos de arraigo, confianza y seguridad como resultado de una historia común. No obstante, no son pocas las parejas que fracasan a raíz de esta dinámica. Y esto no es ni casualidad, ni destino, sino que ya está preprogramado en el ideal. Es la «trampa del amor romántico». El enamoramiento del principio es prolongado como esperanza hacia lo eterno, pero no puede ser cumplido de esta manera. Lo que queda luego es la decepción.

El autor estadounidense Jeffrey Ullmann ha recopilado en su libro *Singles' Almanac* las exaltaciones apasionadas de coetáneos famosos, y lo que al final quedó de ello.[23]

> Richard Burton sobre Elizabeth Taylor: «Su cuerpo es un milagro del arte de la construcción». Después: «Es demasiado gorda y tiene las piernas cortas». Elizabeth Taylor sobre su primer marido, Conrad Hilton Jr: «Me entiende como mujer y como actriz». Después: «Una vez casada con él, caí de mi nube rosa, perdí peso y ya sólo podía comer alimentos para bebés». Brigitte Bardot sobre su segundo marido, Jacques Charrier: «Lo quiero tanto. Su dolor también es mi dolor». Después: «Él era un problema para mí». Rita Hayworth sobre su tercer marido, el Príncipe Ali Khan: «Mi príncipe de todos los príncipes». Después: «Ali puede hacer lo que quiera, yo he acabado con él». Y sobre su cuarto marido, Dick Haymes: «Voy a ir con él a donde quiera». Después: «No sé dónde se habrá metido, y tampoco me interesa lo más mínimo».

Y lo que tal vez dificulte más la búsqueda de comunidad es que hombres y mujeres tienen expectativas diferentes acerca de la vida en pareja. Como ya hemos descrito en el capítulo anterior, una de las diferencias típicas entre los géneros se encuentra en el hecho de que los hombres destaquen más el lado instrumental del amor y del matrimonio, el cuidado de la vida cotidiana, el «que todo funcione bien». Las mujeres, sin embargo, ponen mucho más énfasis en los sentimientos y la cercanía interior, en el «entenderse». Un claro ejemplo lo presenta la siguiente conversación en el marco de una entrevista con marido y mujer:[24]

23. Citado según *Abendzeitung*, 23 de octubre de 1987.
24. Este extracto de una entrevista proviene del amplio material no publicado de una encuesta que se llevó a cabo en el marco del proyecto «Erziehungsalhag in der Unterschicht» del Deutsches Jugendinstitut, Munich. Véase al respecto: Wahl y otros (1980).

Sra. O: A menudo desearía más tiempo con mi marido.
Sr. O: Sí, pero en la práctica , ¿para qué quieres tener más tiempo con tu marido?
Sra. O: Bueno, para hacer algo juntos.
Sr. O: ¿Quieres más en la cama, o qué?
Sra. O: Más en general, quizás hablar más —sabemos que tienes problemas— o sentarse para, bueno sí, para hablar o charlar.
Sr. O: ¿Pero de qué? ¿De qué, pues?... del diario *Bildzeitung*, del trabajo, de qué quieres hablar conmigo, si todo es una mierda, para qué hablar de eso...
Sra. O: Pero tenemos que hablar más, sobre planes, pero después vienes y, nada, si se habla más, se conversa más, después...
Sr. O: Sí, pero de qué, planes, ¡bah! Todo es una mierda, habladurías de mujeres...
Sra. O: Muchas veces, pienso para mí, podrías quizá, podrías quizá llamar por teléfono, etc., etc.
Sr. O: Estos tiempos han pasado, porque sólo tenemos un teléfono, que no funciona... y, además, es un rollo, de qué sirve, para oír un bla, bla, bla, y eso y lo otro y qué tal el tiempo...
Sra. O: Pero sí, pero bueno, pero, es que hay algo, de alguna manera, una unión o algo...

Esta diferencia entre las expectativas tal vez no es nada nuevo. Pero el potencial de conflictos que contiene sólo estalla de manera explosiva en el presente. Ya que, a medida que las mujeres se sienten como personas independientes y con deseos propios, aceptan cada vez menos aquella forma de solución que practicaban las anteriores generaciones: la adaptación al hombre al precio de renunciar a las expectativas y los deseos propios. Ahora, muchas mujeres quieren recibir también lo que antes, en su viejo rol de mujer, sobre todo tenían que dar: sentimientos, cariño, calor humano. Hoy, cada vez más mujeres están hartas de desempeñar en la familia el papel de una agencia para la armonía y la paz. En los *best-sellers* de la literatura femenina se refleja claramente esta tendencia. En ellos se proclama programáticamente una negativa al amor, o mejor dicho, a aquella forma del amor que consume permanentemente las fuerzas propias de la mujer. La diagnosis se llama: «cuando las mujeres aman demasiado».[25] Por ello, se reclama un «nuevo contrato sentimental» entre los géneros.[26] ¿Y si no se cumple? Pues, entonces se hace un balance desapasionado y se concluye: «Ningún hombre a cualquier precio».[27]

25. Norwood (1986).
26. Hite y Colleran (1989), págs. 44 y sigs.
27. Hite y Colleran (1989).

La complejidad: la tortura de la elección

En la sociedad preindustrial, la relación matrimonial había estado atada por el lazo de hierro de la «causa común», la economía familiar y sus exigencias. Eso conllevaba una tarea claramente definida, y, de entrada, tampoco existían dudas respecto a lo que se esperaba de la pareja matrimonial. Con la disolución de la familia como comunidad económica, estas exigencias perdieron su fundamento. En su lugar, comenzó en una etapa posterior el auge de la familia burguesa, caracterizada por la polarización de los roles de los géneros: el hombre como sustentador, la mujer como el «corazón» de la familia. En la actualidad, estas prefiguraciones y predeterminaciones según roles se han vuelto cada vez más frágiles. Lo que se abre a partir de ahí como espacios de decisión, se demuestra ya con una mirada al Código Civil.

Versión original del Código Civil de 1896, en vigor desde 1-1-1900		Ley de reforma del matrimonio de 1976, en vigor desde 1-7-1977
Art. 1.354	Al hombre le corresponde la decisión en todos los asuntos referente a la vida común matrimonial; decide especialmente respecto al lugar de domicilio y la vivienda.	Suprimido.
Art. 1.355	La mujer recibe el apellido del marido.	Los esposos pueden escoger como apellido común el nombre de soltero del marido o de la mujer.
Art. 1.356	La mujer tiene el derecho y el deber de llevar la casa común.	Los esposos se ponen de mutuo acuerdo sobre la dirección de la casa.

La libertad de elección, concedida aquí, contrarresta, sin duda alguna, viejas obligaciones que ordenaron en puntos decisivos la subordinación incondicional de la mujer. Ahora, las dos partes de la pareja tienen el mismo derecho de decisión y, por consiguiente, la oportunidad de hacer valer también sus propios derechos e intereses. Pero lo que se ve de tan fácil aplica-

ción si sólo se miran las leyes, levanta en la vida cotidiana muchas ampollas. Puesto que en un número creciente de situaciones, dos personas con sus propias esperanzas, deseos y preferencias tienen que encontrar ahora un camino común. Y en eso no ayuda ninguna ley de la «armonía matrimonial preestablecida» que garantice que ambos lleguen al mismo tiempo a las mismas decisiones o, por lo menos, a decisiones parecidas.

En resumidas cuentas: la ampliación de los espacios de acción significa liberación de viejas delimitaciones y obligaciones. Pero en el marco de la relación de pareja significa también, por lo menos potencialmente, más posibilidad de desacuerdo, de diferencias de opinión y de más confrontación. La consecuencia es que aquel «mutuo acuerdo» que el legislador prevé para el hombre y la mujer, desgraciadamente no se alcanza siempre.

Antes de pasar por el registro civil, la elección del apellido ya se ha convertido en un tema «caliente» para no pocas parejas. (A pesar de que normalmente los hombres se quedan con su apellido, como demuestran las estadísticas, eso no explica nada acerca de las discusiones anteriores entre muchas parejas, o sobre el número de parejas que no se casan justamente por este motivo.) Bajo la presión de la movilidad profesional y geográfica, la fijación del domicilio tampoco resulta un problema de fácil solución. Y la regulación de la vida cotidiana común —si es que aún existe— proporciona un campo minado de desacuerdos y frustraciones. Y no siempre se trata de cuestiones «superficiales». Con frecuencia, se llega también a un nivel más profundo donde están en juego el propio rol y el de la pareja, la forma de convivencia y la identidad de cada uno.

> La ordenación burguesa del matrimonio y de la familia [tenía] un contexto de referencia y sentido elemental y normal, culturalmente establecido, que unía de forma razonable «bajo un techo» el amor, el matrimonio, la convivencia, la dirección de la casa común, la sexualidad y la formación de la familia... La actual desinstitucionalización del matrimonio/familia... consiste esencialmente en el hecho de que dicho contexto de referencia y sentido, tan claramente definido, se ha vuelto más borroso y ha perdido su carácter obligatorio para la acción: de A ya no resulta B, del amor ya no resulta (ni obligatoriamente, ni por motivación) necesariamente el casamiento/matrimonio; del estar casados ya no siempre el vivir juntos (por ejemplo, hay matrimonios sin hijos que no viven juntos, o los «matrimonios de fin de semana»); del estar casados tampoco ya no resulta necesariamente un privilegio sexual o el deseo de tener hijos. El amor sobrevive muy bien sin matrimonio, y el matrimonio sin hijos. En general, ya no hay una relación directa entre matrimonio y paternidad/maternidad. El matrimonio «puro» (sin hijos) se está convirtiendo en una opción al igual que la maternidad «pura» sin marido. La convivencia sin casarse existe (como en la mayoría de los casos) sin hijos, pero también con hijos. Por consiguiente, tampoco se puede deducir fácilmente el matrimonio de la convivencia, ni de la madre el típico padre «coexistente», y menos aún de la sexualidad el estar casados, etc. Ya se ve: «el paquete» de las viejas instituciones se ha abierto y sus diferentes elementos pueden ser «aislados» y son accesibles por separado, pero también pueden ser combinados en distintas variantes. Además, existe la posibilidad de elegirlos sucesivamente uno tras otro, según las circunstancias y sin tener que seguir una sucesión lógica u obligatoria.[28]

Hombres y mujeres están expuestos a «todo un caleidoscopio de ofertas de interpretación respecto a lo que (aún o nuevamente) pueden o deberían significar los conceptos de "amor", "maternidad" o "paternidad"».[29] La relación entre los géneros se ha convertido en un juego de enredos entre los viejos ideales y las nuevas formas de vida. La «nueva complejidad» alcanza hasta lo más íntimo. «Queremos querernos, pero no sabemos cómo»: esta frase, un *graffiti* en una pared, caracteriza perfectamente la situación.

El trabajo relacional a través del discurso permanente

¿Qué hacer, pues? Cuando las prefiguraciones exteriores ya no tienen validez, entonces hay que fijar prefiguraciones interiores. «La sociedad nueva está condenada... a generar y convertir en obligatorias las nuevas reglas del juego sobre cuya base parezcan posibles la convivencia y la supervivencia.»[30] Eso recuerda una nueva versión del viejo Münchhausen que quería sacarse del pantano tirando de sus propios cabellos, con la única diferencia que ahora son dos los que tienen que hacer este esfuerzo. En todo caso harán falta unos procesos de concertación; empieza una «gestión relacional mediante negociación».[31] Sus actores se mueven (a veces hacia delante, a veces en forma circular) «para acabar discutiendo qué es lo que sucede»:[32] Las relaciones se inician, se mantienen, no funcionan bien y se abandonan, pero sobre todo se discuten. El resultado llena tomos y tomos, sobre todo de la literatura contemporánea. La literatura es «ya no el dis-

28. Tyrell (1988), págs. 154 y sigs.
29. Wehrspaun (1988), pág. 165.
30. Weymann (1989), pág. 6.
31. Swaan (1981).
32. Schlodder (1984).

curso sobre el amor, sino, en el mejor de los casos, el discurso sobre el discurso del amor».[33] Para ilustrar esto, proponemos el monólogo de un hombre «claramente afectado»:

> Seguramente cada uno tiene el amor que se merece. Yo tengo a Anna, y los dos estamos metidos en un rollo de relación desde hace cinco años. Otros se habrían buscado ya un piso común o, por lo menos, habrían tenido un hijo. Nosotros no. Cada uno de nosotros vive su propia historia, cada uno con lo suyo: su cama, su factura de teléfono, su coche, su lavadora, ya que las modalidades de nuestra relación todavía no están nada claras.
>
> ¿Quién se ocupa de qué? ¿Quién desempeña qué papel? ¿Es la convivencia compatible con la independencia? Aún tenemos que hablar mucho. Aunque muchos nos consideren una verdadera pareja, no lo somos. Pero incesantemente nos estamos rompiendo la cabeza sobre si no deberíamos convertirnos en una pareja.
>
> Lo único a que hemos llegado durante estos años es a muchos argumentos buenos, y vivimos con ellos. Cuando yo critico a Anna porque le gusta pasarse las noches en los bares, entonces ella me reprocha que soy posesivo. Cuando ella quiere irse sola de vacaciones y considera mi deseo de pasar el verano juntos en la Toscana como un ataque pseudorromántico, a mí me asola el problema del miedo a perderla... Frecuentemente, tengo la sensación de que nuestro amor sólo consiste en acuerdos: cláusulas sentimentales de un contrato de follar con mucha letra pequeña... Siempre me digo: «No te preocupes, si otra vez no quiere pasar la noche contigo». Suele decir entonces: «Simplemente necesito tiempo para mí. En todo caso no disfrutarías conmigo, cuando estoy tan pensativa». Pero a mí sólo me interesa su presencia. Pero ella no lo entiende. «A mí me molesta tanta estrechez», dice...
>
> Y por qué no os casáis simplemente, me preguntó recientemente un amigo. Si es una tontería, cargar durante años con el mantenimiento de dos pisos. Puede que tenga razón. Pero he leído en algún sitio que la mayoría de las parejas con veinte años de casados sólo hablan justamente unos ocho minutos al día.
>
> Eso sí que no nos podría pasar nunca.[34]

Las eternas discusiones sobre la relación de pareja que hoy día se dan, pueden parecer ridículas a un tercero. Sin embargo, no son expresión de

33. Hage (1987).
34. Praschl (1988).

una confusión personal o de un egoísmo epidémico que ataca como un bacilo cada vez más a hombres y mujeres. Una tal interpretación podría tener su lógica a primera vista, pero sólo percibe la superficie, y por ello se queda corta. Puesto que lo que está ocurriendo en lo privado y puede aparecer ahí como confusión personal, es también una consecuencia de la modernidad y de la dinámica de libertad que ésta desencadena.

Mientras existían órdenes y prohibiciones que regulaban el transcurso de la vida cotidiana y la vida matrimonial, la mayoría de las preguntas tenían respuestas unívocas frente a lo que debía ser el comportamiento «correcto», mandado por Dios y natural. ¿De qué habrían servido entonces las grandes palabras, las largas preguntas y explicaciones? Todo eso era superfluo. Cada parte de la pareja conocía las reglas y también sabía que el otro las conocía. (También aquel que no quería atenerse a las órdenes sabía perfectamente lo que estaba haciendo, es decir, que estaba faltando a la moral y a las costumbres, que estaba practicando un acto de rebeldía.) En este punto, se ha producido un cambio trascendental en las últimas décadas y especialmente en los últimos años. Cuantas menos expectativas prefiguradas existen, más posibilidades y obligaciones hay para hombres y mujeres de autodefinir su relación. Y eso está en la base de las preguntas: ¿qué es correcto y qué es falso? ¿Qué quieres tú y qué quiero yo? ¿Qué debemos hacer?

«Definición de una pareja moderna: no se quieren, se hablan.»[35] Ahora se necesita un diálogo permanente para construir y mantener la causa común, o sea, para llenar el espacio libre de la privacidad con definiciones concordantes respecto al amor, al matrimonio y a la relación. Eso cuesta esfuerzos infinitos, mucho tiempo, nervios y paciencia; en una palabra, lo que en la discusión actual se conoce con el concepto del «trabajo relaciona». Es un trabajo duro, a menudo parecido al trabajo de Sísifo: no se llega nunca a un final, después de cada acuerdo se necesitan otra vez nuevas intermediaciones. «Lo que tenía que haber significado la libertad, o sea, la apertura fundamental de la privacidad, se ha convertido en una carga.»[36]

> Si el individuo no quiere fracasar, tiene que hacer algo para su felicidad. Los esfuerzos que exige la familia van en aumento. Ser una «buena pareja», significa esfuerzos, atención, reflexión. Hay que reconocer los conflictos con tiempo, mientras se trata sólo de pequeñas fisuras. Desactivar estos conflictos requiere una gran sensibilidad para con las necesidades de la pareja...[37]

35. Hage (1987).
36. Ostner y Pieper (1980), pág. 128.
37. Vollmer (1986), pág. 217.

Cuando las prefiguraciones exteriores se desvanecen, se hace cada vez más importante que el entendimiento entre la pareja funcione. En estas circunstancias, seguramente no es casual que el psicoanálisis, la psicología y la psicoterapia estén registrando un éxito enorme desde los años sesenta y que se estén dedicando cada vez más a la dinámica de las relaciones de pareja. Las recetas que dan con frecuencia se llaman «franqueza» y «sinceridad». Cada uno debe admitir sus sentimientos, mostrar su propia persona, no esconderse detrás de miedos, tabúes y convenciones. He aquí un extracto de un libro de consulta, publicado en primera edición en 1970:

> Tenemos la firme convicción de que... los problemas decisivos de un amor acendrado únicamente pueden tener solución en relaciones abiertas, libres, críticas y auténticas, es decir, en relaciones que den a los dos implicados la posibilidad de partir de sí mismos, de entregarse a la pareja sin la necesidad de disimular o de adaptarse al otro.[38]

La insistencia en la sinceridad, que se produce a partir de las condiciones de vida de la modernidad destradicionalizada, se convierte en pocos años en la señal, el factor característico de una nueva cultura o subcultura. Sin embargo, en el proceso de su divulgación pseudocientífica a menudo es trivializada, simplificada y diluida por los medios de comunicación. En las cafeterías de la subcultura alternativa (y también en otros lugares) se extiende el bacilo de las «conversaciones sobre las relaciones»: hombres y mujeres proceden a permanentes revelaciones para iniciar y alcanzar un contacto más íntimo, o bien para rechazar tales exigencias. Cada sentimiento, cada sensación es sacada a la luz, analizada, definida y catalogada: mi miedo a la pérdida, tu dependencia, su problema con el padre. «Las parejas parten de la opinión que tienen que "comprometerse", que no pueden fingir, que deben convivir aguantando una sinceridad sin límites.»[39]

Con el trabajo relacional mediante el diálogo permanente nos encontramos ante la amenaza de una tiranía de la autenticidad. Se olvida que el alma humana tiene muchos recovecos, serpentinas y confusiones y que quizá no todos pueden ser tratados de manera funcional. Se olvida la pregunta por el «equilibrio»: ¿cuánta verdad, cuánta sinceridad, cuánta desnudez del alma puede exigirse al otro? Las consecuencias no siempre contribuyen a un buen funcionamiento de la relación. No sólo la mentira, también la

38. Bach y Deutsch (1979), pág. 26.
39. Hahn (1988), pág. 179.

autenticidad permanentemente reivindicada puede revelarse como carga explosiva. La autotematización no es solamente una liberación de los pecados de nuestros padres (y madres), sino también un arma peligrosa. «Entre nosotros debe reinar la verdad», dice Thoas a Ifigenia en el drama de Goethe, pero sólo después de haberse separado para siempre. El éxito relativo de las instituciones clásicas de autotematización, como, por ejemplo, la confesión o el psicoanálisis, se basaba, sin embargo, en gran medida en el hecho de que el receptor de las revelaciones normalmente no era al mismo tiempo su objeto.[40]

La moral de cambio y la ley de optimización

Como se ha descrito hasta ahora, la emancipación frente a las reglas tradicionales de vida forma parte de las señas esenciales de la modernidad. Lo decisivo ahora está en el hecho de que este proceso —en principio— ya no tiene límites, por lo que desencadena un «impulso hacia la expansión», incluso una «moral de cambio»[41] permanente, puesto que las delimitaciones que sufrió la acción humana en tiempos anteriores —como las leyes de Dios y de la naturaleza, de la procedencia y del estamento— se están disolviendo cada vez más. La consecuencia es que ya no quedan obstáculos, ni reglas que indiquen cuándo hay que parar. Ahora es la ley de la optimización lo que, en su lugar, se está convirtiendo en norma para la acción: ¡Más rápido! ¡Más grande! ¡Más hermoso!

Esta mentalidad de la mejora tiene efectos no sólo cuando se trata de marcas de coches o del puesto de trabajo. Ahora ya no queda excluido el ámbito de las relaciones de pareja. No es suficiente entenderse más o menos bien. Se aspira a más, a la felicidad y a la satisfacción, por tanto, al sueño americano, «The Pursuit of Happiness» en el propio hogar. Es evidente que tales aspiraciones tienen que generar a su vez la posibilidad de decepciones. Cuantas más esperanzas pones en el matrimonio, tanto antes —en comparación con estas elevadas expectativas— se percibe el matrimonio como insuficiente. Este sueño, además, produce su propia trampa, porque despierta con su carácter absoluto unas esperanzas que no se pueden cumplir. En cada convivencia estrecha y duradera de personas hay, aparte de la experiencia de felicidad, también momentos de decepción, de rechazo, de

40. *Ibid.*
41. Véase Berger (1986), págs. 90 y sigs.; Wehrspaun (1988).

rabia, de culpa y de herida. Todo eso se halla bien resumido en la redacción de un escolar: «Familia significa guerra y paz».[42] Las esperanzas de felicidad, entendidas pura y literalmente como tales, chocan, por tanto, con la realidad de las relaciones, con los conflictos, los compromisos y las crisis que surgen en cualquier convivencia. Como muestra la experiencia de un terapeuta con muchos años de práctica:

> El gran número de libros sobre el matrimonio que predican las reglas del crecer y madurar como una promesa se ocupan poco o nada de aquel otro lado que también forma parte del crecimiento personal, es decir, de los abismos de peligro y de fuerza destructora y de su superación. No [veo] a la familia como un lugar de amparo, un lugar donde sólo reina el placer y la alegría que también lo puede ser... sino como un lugar donde el ser humano, la criatura más bárbara de todas, puede aprender a compartir con otros el tiempo y el espacio de forma pacífica y no destructora... Descubrirse totalmente a la persona con la que se convive y conocer al mismo tiempo aquellos aspectos de sus experiencias, sus comportamientos, sus esperanzas y sus miedos que rompen en mil pedazos la imagen que uno se había hecho del otro es una experiencia tremendamente dolorosa y persistente... [En este sentido], el matrimonio y toda la vida familiar son lugares maravillosos para conocer el pozo negro de la vida en todas sus dimensiones...
>
> Desde esta perspectiva, he llegado a la conclusión después de veintiséis años y medio de casado que la felicidad no es el objeto del matrimonio. El matrimonio tiene muchos lados hermosos; es un lugar donde se puede aprender a convivir con otros que se distinguen de la propia persona por la edad, el género, los valores y las perspectivas. Es un lugar donde se puede aprender a odiar y a superar el odio, donde se puede aprender la risa, el amor y la comunicación.[43]

¿Pero qué hacer si la realidad no corresponde al ideal? Según el antiguo modelo del matrimonio, la unión de la pareja era indisoluble por más incompatibles que fueran sus temperamentos y sus caracteres. La nueva mentalidad de la mejora apunta ahora justamente en la dirección contraria: más vale poner término al matrimonio que conformarse con sus defectos y renunciar a las esperanzas de felicidad. O dicho en otras palabras: cuanto menos límites exteriores conoce el ideal del amor, más grande es análogamente la presión a no resignarse con un matrimonio de «calidad inferior». El aumento de los divorcios tiene, por tanto, aquí una de sus raíces: «La gente se divorcia con tanta frecuencia... porque sus expectativas acerca del matrimonio son muy altas y no quieren conformarse con aproximaciones insatisfactorias.[44]

42. Citado según Lüscher (1987), pág. 23.
43. Jourard (1982), págs. 177-179.

> ... como el tercer marido pierde el entusiasmo después de seis semanas, parece ya fatigado y casero, está ya harto de lo fisiológico y piensa otra vez en la vida social, en su trabajo y que debería invitar a los van Vries, y habla de su ascenso y de su reuma, ella comprende de repente, con gran altura moral y dignidad, que se había equivocado. No falla nunca esta sensación del haberse equivocado. Por lo tanto, decide, muy noble, hablar con él, y para hacerlo más solemne se pone un gran turbante. «Mi querido tercer hombre araña», dice la araña y junta las pequeñas patas peludas, «hagámonos dignos el uno del otro y separémonos sin inculpaciones baratas. No ensuciemos el recuerdo de la felicidad pasada con insultos inútiles. Yo te debo la verdad, y la verdad, querido, es que ya no te quiero... me he equivocado. Yo había creído con toda mi alma que tú serías el hombre araña para siempre. Lo siento mucho. Entérate que ha entrado un cuarto hombre araña en mi vida que lo significa todo para mí (Albert Cohen, [*Bella del Señor*]).[45]

Esta tendencia demuestra también un impulso hacia la expansión que se refuerza y se acelera casi inmanentemente: la ampliación de los espacios de libertad es un proceso que se autoalimenta.[46] Eso quiere decir en concreto que las nuevas opciones de separación y divorcio tienen un efecto disimulado también donde estadísticamente aún se utilizan poco. Su mera aparición pública (que los medios de comunicación promueven con mucho empeño) ya afecta de alguna manera a las tradicionales formas de vida y de matrimonio. Quien ahora mantiene el matrimonio, lo hace siempre sabiendo que hay salidas: también podría ser diferente. El mantenimiento del matrimonio se percibe hoy —ya que existen alternativas— como expresión de una decisión conscientemente elegida y, por consiguiente, obliga a dar explicaciones respecto a esta decisión. Una caricatura de Chlodwig Ploth ilustra este contexto de forma plástica:[47]

> Dos viejos amigos se encuentran en un bar.
> A: Hombre, qué bien estar otra vez aquí. ¿Cómo os va a todos? ¿Qué hacen, por ejemplo, los Krögers?
> B: Ya hace mucho que se separaron. Él vive ahora con otra mujer en Sachsenhausen, y de ella no sé nada, no sé dónde está.

44. Berger y Berger, citado según Jaeggi y Hollstein (1985), pág. 36.
45. Cohen (1983), págs. 330 y sigs.
46. Nunner-Winkler (1989).
47. Citado según *ibid.*

A: Ah, sí, ¿y los Zierfelds?
B: Se pelearon hace poco. Él se marchó de casa y vive ahora en un piso compartido. Ella vive en Bornheim con Volker, un profesor. No sé si lo conoces. Y vosotros, ¿qué tal?
A: Bueno, ya no funcionaba. Susi vive ahora en otro lugar con un tipo muy simpático, y yo vivo en el piso de antes con Karin. Ella es psicóloga. ¿Y vosotros? ¿Cómo os va?
B: Nosotros, pues, aún vivimos juntos, pero ya nos lo hemos pensado muchas veces, de verdad. Pero ahí está el chaval, y además, comprendes, es muy curioso, no sé si lo puedes entender, pero nos funciona muy bien. Es raro, pero es así, ¿entiendes?
A: No tienes por qué disculparte, hombre, ya te entiendo, no te preocupes por eso.

Sólo el aumento de la necesidad de justificarse también por las formas tradicionales de vida hace girar la espiral de los cambios aún más. Para el mantenimiento de tradiciones establecidas basta con la ausencia de anomalías graves. La justificación de comportamientos de elección requiere, sin embargo, argumentaciones positivas. Formulado de otra manera: una situación matrimonial dada se acepta mientras no se vuelva insoportable. Pero una situación de matrimonio elegido libremente tiene que probarse en el horizonte de las posibilidades alternativas como la «mejor posible». La pura obligación de justificación, por tanto, ya pone cada vez más alto el listón por el que se mide la felicidad.

El trabajo que crea líneas de separación

Hasta ahora, siempre se ha dicho que la relación que en el presente une a los esposos se basa en las esperanzas del amor, cosa que, como hemos visto, genera algunas dificultades. Pero a estos problemas internos, intrínsecos al ideal del amor, se añade todavía otro factor: la construcción de esta nueva comunidad no se produce en un espacio fuera de la sociedad, sino que está sometida a muchas influencias exteriores, a nuevos controles y obligaciones, que socavan dicha comunidad. De central importancia es aquí la forma de trabajo hoy predominante. Un trabajo que ya no crea un lazo unificador a través de la economía familiar como en la sociedad preindustrial, sino todo lo contrario: un trabajo que crea líneas de separación entre hombre y mujer. Por un lado, hay los así llamados matrimonios tradicionales que siguen el patrón: «el hombre como sustentador y la mujer como responsable del hogar y la familia». El problema conocido de esta constelación es que el hombre y la mujer viven en mundos diferentes: él siguiendo las reglas y exigencias de la profesión, ella sufriendo la monotonía y el aislamiento de la existencia como ama de casa. La comunicación entre estos dos mundos es difícil; y donde ya no se consigue queda al final el mutismo y la distancia.

> Ella no nota que te has quedado sin aliento; no se figura que tu brazo ya no tiene fuerza; es normal que se esfuerce; es normal que mantenga el hogar, que satisfaga todos los deseos, que corra con todos los gastos; sus conflictos son normales y su mal humor; pues ella también tiene sus conflictos, su mal humor; ella tampoco le dice nada de sus preocupaciones. Pero llega el día que uno se pregunta: ¿cómo puede seguir todo eso? Ya no hay ningún entusiasmo; ningún despertar de los ánimos; ningún seguir o acompañar; ninguna búsqueda de un camino común; sólo normalidad y división pacífica del trabajo. Tú, fuera en el mundo, yo dentro de casa... Así se crea la felicidad tranquila de dieciséis años de matrimonio, y la vida se convierte en algo parecido a una olla con leche cortada, agria y cuajada, donde te ahogas como una mosca, simplemente así (Jakob Wassermann, *Laudin und die Seinen*).[48]

Por el otro lado, existen los matrimonios predominantes en la generación más joven, donde los dos trabajan, y, por consiguiente, experimentan nuevas dificultades y conflictos. Pues el trabajo profesional de hoy día es, según su estructura interna, normalmente un «trabajo para una persona y media», y eso quiere decir que «está organizado por sus exigencias cuantitativas y cualitativas de tal manera que casi no toma en consideración las exigencias del trabajo cotidiano privado. Presupone, por tanto, tácitamente que el que ejerce una profesión tiene a su disposición una tercera persona que asume todos los trabajos complementarios y servicios auxiliares. En la mayoría de los casos, esta tercera persona es la esposa... El trabajo cotidiano que hace la mujer crea la base diaria de la alimentación, la vestimenta y el bienestar del hombre y del crecimiento de la próxima generación. Libera al hombre de las preocupaciones y dificultades cotidianas para que sea capaz de cumplir sin estorbos con las exigencias del trabajo profesional».[49]

¿Qué significa, frente a estas condiciones, que cada vez más mujeres empiecen también a trabajar profesionalmente? Las consecuencias se ven por simple aritmética: ahora les falta a los dos la tercera persona que cargue con el trabajo de fondo y que proporcione «las unidades necesarias de cari-

48. Wassermann (1987), pág. 93.
49. Beck-Gernsheim (1980), págs. 68 y sigs.

ño». Por eso se produce, después de los sudores del día, la lucha del trabajo en lo privado, donde se repiten una y otra vez los mismos reproches, las eternas preguntas por quién friega los platos, por la compra y por el cuidado de los hijos. Eso ya es conocido por la experiencia cotidiana y se ha confirmado en numerosas investigaciones. Pero, al mismo tiempo, sólo constituye una parte del problema, puesto que tanto en la vida cotidiana como en la teoría se suele olvidar a menudo otra cosa: más allá del trabajo doméstico, en el sentido estricto de la palabra, hace falta también el trabajo sentimental. El ser humano, y más aún el que trabaja, no vive sólo de pan. También necesita alimentación psíquica, dado que las reglas del mercado, perceptibles de múltiples maneras en el trabajo diario, ¡velocidad y disciplina!, ¡competencia y carrera!, se traducen en tensión e irritación interiores. (No por nada se creó en el siglo XIX aquella construcción de la polaridad de los caracteres de género que remitía a la mujer a ser un «oasis de la paz» para el hombre profesionalmente activo.) De ahí surgen las numerosas irritaciones en el clima interior, de ahí las quejas sobre la falta de comprensión por parte del otro, ya que cada uno está metido en su atolladero y espera que el otro lo entienda. Y no se trata de egoísmo o de fracaso personal. Al contrario, es un acontecimiento colectivo, el mismo drama en innumerables cocinas y salas de estar: es la consecuencia directa del «trabajo para una persona y media» que consume a todos.

Mi asunto, tu asunto: la mentalidad contractual

Así crece la sensación de estar perdidos y la demanda de asesoramiento. Libros con recetas para el amor, el matrimonio, la relación amorosa están haciendo su agosto. Se ofrece un surtido inmenso de un amplio y variado abanico, una suerte de supermercado de filosofías para la vida y el amor. Desde nuestra perspectiva, es interesante analizarlas en función de la siguiente pregunta: ¿qué reglas formulan para conservar la comunidad de la relación personal? Pero rápidamente se ve que la pregunta está mal formulada, por lo menos en parte. Sin duda alguna, hay muchos libros que persiguen la intención de derrumbar las paredes levantadas por la decepción, el mutismo y la resignación, para posibilitar nuevamente un entendimiento respecto a lo que hay en común, o sea, la comunidad. Pero tampoco cabe duda de que existe un creciente número de libros de asesoramiento, en los que se margina el tema de la comunidad, si es que se llega a tematizar. En el centro de esta literatura se encuentra antes bien otra ley, con muchas variantes, a veces formulada suavemente, a veces muy brutalmente, una ley que destaca tendencialmente el lado opuesto: en lugar de conservar el «nosotros» hay que poner el acento en el «yo». Se recomienda cada vez más, por ejemplo, «regular el máximo de aspectos posibles de la convivencia cotidiana mediante un contrato matrimonial».[50] Aquí no se trata en primer lugar de configurar la construcción de la comunidad, de la cercanía interior, a través del diálogo. El objetivo más bien está en asegurar mediante reglas jurídicas la «causa propia» de cada uno. Y cada vez hay más personas que siguen este consejo. Tanto en Alemania[51] como en Estados Unidos[52] crece el número de parejas que firman un contrato matrimonial antes de casarse.

> La prometida del hombre era delgada. Así le gustaba. Quería que eso también quedara así. Y estaba resuelto a hacer todo lo que estaba en su poder para asegurarse su futura delgadez... Antes de casarse, el novio consiguió que la novia aceptara un acuerdo según el cual ella tenía que pagar una multa en caso de aumentar de peso; multa que sería restituida en caso de adelgazar otra vez. No se trataba de una pura promesa. La pareja aseguraba el convenio firmando un contrato matrimonial ante un abogado de Nueva York.

> Bienvenidos al matrimonio al estilo contractual, aproximadamente en el año 1986, cuando, en una medida creciente, los acuerdos legales lo fijan todo, desde la distribución del armario después de la boda hasta la pregunta de quién se va a quedar el piso de protección oficial después del divorcio. No son nada raros los contratos matrimoniales que determinan que las dos partes de la pareja se alternen en la elección del lugar de vacaciones, que participen del mismo modo en la imposición de disciplina sobre los hijos o que se tengan que haber revelado mutuamente la forma de sus anteriores experiencias sexuales... Los abogados cuentan que se ven ante una demanda creciente de todo tipo de contratos matrimoniales, desde aquellos que se limitan exclusivamente a las cuestiones financieras, hasta los que contienen normas respecto al estilo de vida.[53]

¿Y qué pasa si con el paso del tiempo se producen, a pesar de todo, diferencias? También para eso existen contratos. Donde ya no hay una causa común, la nueva filosofía asesora propone formas de comportamiento civilizadas que redescubren el antiguo principio del «do ut des», que significa,

50. Partner (1984), págs. 85 y sigs.
51. *Süddeutsche Zeitung*, 13 de junio de 1985.
52. *International Herald Tribune*, 24 de septiembre de 1986.
53. *Ibid.*

traducido al lenguaje normal, lo que no te gusta en mí y lo que no me gusta en ti, se anula mediante el procedimiento del cambio. Ya se han publicado libros de asesoramiento que recomiendan «contratos para el cambio mutuo del comportamiento». He aquí algunas indicaciones:

> Cada parte de la pareja recibe algo que él/ella quiere del otro. Ella promete, por ejemplo, «ponerse por la mañana un vestido bonito en vez del gastado». Él promete «llegar puntualmente a casa para cenar en vez de ir a tomar una copa más con los colegas». Empiezan con patrones de comportamiento fáciles y luego se atreven paulatinamente con otros más complicados. («Ella tiene que tomar más la iniciativa en la sexualidad»... «Él tiene que besarme más a menudo.»)[54]

La libre elección de la pareja, alejada de las obligaciones sociales preconfiguradas, produce, por tanto, un resultado paradójico, o sea, nuevas formas del control privado mutuo. Pero este resultado tiene del todo su propia lógica. Donde todo está abierto, todo tiene que ser negociado. Donde ya no existe una causa común, hay que proteger el interés propio de cada uno en el campo interior de la relación. Los libros de asesoramiento de este tipo reflejan esta tendencia y a la vez la refuerzan. La pregunta de qué pasa con la comunidad en la pareja está otra vez mal planteada, ya que no se trata de eso, por lo menos no primordialmente. Siguiendo esta lógica, una recomendación para los contratos matrimoniales dice que a la hora de casarse se debieran formular de entrada «las reglas para el caso de divorcio»,[55] lo que se condensa en la tesis: «Ambas partes reconocen explícitamente que los matrimonios no tienen que durar para siempre».[56] Resumiendo todo eso, se nos presenta la siguiente imagen: en el matrimonio moderno, la comunidad se construye a través del amor y de los sentimientos. Correspondientemente, se produce una nueva regla de decisión que dice: cuando se acaben los sentimientos, debiera acabarse el matrimonio. En la fuerte base sentimental del matrimonio, en el ideal del «amor romántico» ya está la raíz del cambio de significado: «de una relación que naturalmente dura toda una vida a una relación que se mantiene sólo bajo determinadas condiciones».[57]

54. Jean Baer, *How to be an assertive (not aggressive) woman*, Nueva York, 1976. Citado según Ehrendreich y English (1979), pág. 275.
55. Partner (1984), págs. 128 y sigs.
56. *Ibid.*, pág. 128.
57. Furstenberg (1987), pág. 30.

Los esfuerzos de la constancia

> «Los esfuerzos de subir la montaña ya han quedado atrás / Ante nosotros quedan los esfuerzos de atravesar la llanura» (Bertolt Brecht).

Lo que hoy día une no es la causa común, sino las esperanzas personales de felicidad: la «verdadera» pareja, una mezcla del hombre/de la mujer de ensueño y del/de la «mejor amigo/a». Pero los sueños cambian, y los amigos son menos excitantes de lo esperado. Y la felicidad se ha convertido así en una figura efímera. O formulado de otra manera: En el espacio libre, que se crea a principios de la modernidad, siempre se incorpora un momento de «peligro» para la relación matrimonial.

> La familia como espacio libre significa... que la familia, por principio, está abierta a cualquier determinación, mientras sea «privada», eso quiere decir una determinación que no sirva directamente al sustento de la vida. Pero con eso, la familia está abierta también a ninguna determinación (por lo menos a ninguna duradera).[58]

La esperanza de los tiempos antiguos se dirigía hacia la liberación de las delimitaciones exteriores. La promesa era clara: una vez superado el obstáculo, fuese cual fuere —desde la resistencia de la familia, pasando por el respeto al rango, hasta la falta de dinero— se habría conseguido la victoria del verdadero amor. Y no cabía duda que este amor sería eterno.

> Llevo casada diez años y sé bien lo que es vivir con quien se ama más que a nada en el mundo... Jamás me canso de estar con Eduardo ni él de estar conmigo... Hablamos mucho todos los días y el hablar no es para nosotros más que una manifestación externa de lo que sentimos... Nuestros caracteres son análogos y una concordia absoluta es la consecuencia (Charlotte Brontë, *Jane Eyre*).[59]

La experiencia del presente es: cuando el matrimonio se transforma, cuando la comunidad de trabajo se convierte en una comunidad sentimental, los sentimientos se tornan trabajo. El amor, tal como se presenta bajo las condiciones modernas, no es un acontecimiento impuesto una vez por to-

58. Ostner y Pieper (1980), pág. 123. Destacado en el original.
59. Brontë (1954), págs. 354 y sigs.

das, sino que hay que conquistarlo cada día de nuevo. Y eso no sólo en los días buenos y los malos, sino también a través de los espacios libres y las consiguientes incertidumbres y obligaciones de decidir de la sociedad moderna. Eso requiere una mezcla de paciencia angelical y tolerancia ante la frustración. Significa un duro trabajo de negociación, no pocas veces acompañado de turbulencias, un tipo de encuentro cumbre en miniatura y duradero, que se dificulta todavía más por el hecho de que los implicados conocen por su larga experiencia perfectamente las debilidades, las sensibilidades y los puntos críticos de la otra parte. Donde el amor ha sido liberado de las viejas obligaciones, ahora está puesto de nuevo a prueba: tiene que hacerse cargo de los nuevos esfuerzos de la constancia.

Si caminan, están sentados o tumbados,
lo hacen en pareja.
Se han confesado. Se han callado.
Ha llegado el momento...

Se habla a través del silencio.
Se calla con palabras.
La boca cada vez más vacía.
El silencio posee diecinueve formas
(si no más).

De tanto ver sus almas y sus corbatas
se pusieron maliciosos.
Son como gramófonos con tres discos.
Eso les pone nerviosos.

(Erich Kästner, *Gewisse Ehepaare*)[60]

¿El amor como idilio cariñoso? Estaría bien. Los espacios libres que abre la modernidad, son «oportunidades arriesgadas»[61] también en esta esfera. Con la intensidad de los sentimientos crecen también los errores, los extravíos y las complicaciones; dicho en pocas palabras: los posibles sufrimientos. (Donde se pueden subir cimas, también se puede caer en abismos. El amor rima con dolor, y no sólo en los versos de los álbumes de poesías.) Los conflictos que se generan hoy en la relación entre hombre y mujer no son meramente personales, como variaciones del egoísmo innato, sino que están también arraigados en la definición moderna del amor y el matrimo-

60. Erich Kästner, en Groffy y Groffy (1986), págs. 283 y sigs.
61. Keupp (1988).

nio. Se supone que los sentimientos tienen que ser el fundamento, pero ya se sabe que éstos oscilan bastante. Como se dice en una película de Woody Allen: «El corazón es un músculo extremadamente dilatable».[62] El tema de la literatura amorosa clásica era: «No podían unirse nunca»; en la literatura moderna eso se transforma en otro tema: «No pueden vivir juntos». O como escribe Dieter Wellershoff: «Antes, los amantes chocaban con las paredes de las instituciones, hoy caminan por las tierras pantanosas de la ideología de la felicidad».[63]

Mirado así, la conclusión podría ser que lo que aparece como ganancia en espacios de libertad se escurre otra vez entre las manos. «Parece que las obligaciones del pasado se hayan sustituido por las obligaciones del presente.»[64] Sin embargo, aunque las formas de vida y de amor de la sociedad moderna contengan muchas decepciones y conflictos, las épocas anteriores, con sus delimitaciones rigurosas de la libertad personal, seguramente no fueron mejores, en todo caso no según las reglas de hoy. La meta, por tanto, no puede ser un regreso a las viejas formas con sus numerosos controles y obligaciones. La meta debiera ser, más bien, la de inventar nuevas formas de convivencia que creen espacios libres y sean duraderas.

Un paso importante en esta dirección podría ser reconocer la «doble cara» de los procesos de liberación, la dialéctica permanente entre las promesas y sus reveses. Entonces quizás habría la posibilidad de buscar la promesa de la felicidad *también* en el otro lado: en los esfuerzos por la constancia. Como se dice en una versión moderna de *Romeo y Julieta*: «¿El gran amor? Creo que eso es cuando dos personas consiguen aguantarse toda una vida».[65] En las heladas de la libertad, el amor se define como algo que antes era una carga y que hoy día se echa de menos como duradero. Con el cambio de época y sus problemas, el amor queda como utopía, como proyecto de un mundo mejor.

> Estos matrimonios que empiezan por amor, es una mala señal. Me pregunto si estos grandes amantes de las historias que se leen seguirían queriendo a su adorada si estuviera enferma, siempre en la cama, si él, el hombre, tuviese que cuidarla, como se cuida a un bebé, ya entiendes, todo lo desagradable que quiero decir con eso. Pues, yo creo que ya no la amarían. El verdadero amor, eso te lo digo yo, está en la costumbre, en envejecer juntos.[66]

62. *Hanna y sus hermanas*, escena final.
63. Wellershoff, citado según Hage (1987).
64. Mayer (1985), pág. 87.
65. Capek (1985).
66. Cohen (1984), pág. 18.

CAPÍTULO

4

Todo por amor al hijo

El deseo de tener un hijo hoy día

«Love, marriage, baby carriage» [amor, boda, cochecito]: el amor lleva al altar, y poco después llega el primer hijo... Así de simple parecía el mundo en los años cincuenta. Desde entonces, ha cambiado mucho. Que dos que se quieren se casen ya no está tan claro. Y para aquellos que deciden casarse, el deseo de tener hijos ya no es la cosa más natural del mundo.

¿Estamos viviendo en una «sociedad hostil a los niños»? En todo caso, es un hecho incontestable que los países altamente industrializados registran desde los años sesenta un claro descenso de la natalidad. Comparada a escala internacional, Alemania ha sido durante mucho tiempo el país más afectado. Eso también ha cambiado: en Italia, el clásico país de los «bambini», ahora nacen menos hijos que allí.

El amor al hijo en el siglo XIX —tema de canciones y poesías— aparece frecuentemente también vinculado con la «esencia» de la mujer, venerado y envuelto con un mito romántico. Actualmente, se ha convertido en un tema, sobre todo, de revistas para padres y de asesores educativos; en una materia de consejos pedagógicos y normas de comportamientos; en una palabra clave que obliga a los padres a seguir múltiples programas, todos girando

55	Kenia
50	Tanzania
47,6	Irán
45	Iraq
40,1	Argelia
37,5	Egipto
33,7	India
32,7	México
29,1	Turquía
23,1	Israel
19,9	URSS
19,3	Brasil
19	China
16,1	Polonia
15,8	Rumania
15,5	EE.UU.
13,8	Francia
13,6	Gran Bretaña
13,6	Alemania Oriental
13,0	Noruega
12,7	Países Bajos
11,8	Bélgica
11,7	Suiza
11,3	Austria
11,2	España
11,1	Japón
11,0	Dinamarca
10,6	Grecia
10,5	Alemania Occidental
9,6	Italia

Índice de nacimientos a escala internacional por cada 1.000 habitantes: Italia ocupaba el último lugar. Los datos proceden de la ONU y se publicaron en *Die Zeit* el 23 de diciembre de 1988.

alrededor de la promoción óptima de los retoños. El afecto hacia ellos está siendo dirigido por expertos para que se produzca bien dosificado, y también en este campo se abren trampas: ya se está avisando de un «terror de los afectos».[1]

El amor al hijo, ¿un lazo natural, eterno, predeterminado por la historia humana, quizás incluso de herencia genética? Parece que es algo más complicado. Tenemos que analizar más detenidamente la relación entre padres e hijos. ¿En qué consisten las esperanzas y los deseos inherentes a esta relación? ¿Cuáles son las presiones y deberes que también contiene? ¿Cómo era antes, y cómo se presenta hoy día, y qué imagen del futuro se bosqueja? En los siglos anteriores, matrimonio y paternidad estuvieron directamente vinculados. Eso no quería decir necesariamente que los hombres y las mujeres fueran más amantes de los niños que los de hoy. En la sociedad preindustrial se necesitaba a los hijos primeramente por razones económicas: como fuerza de trabajo en casa y en la granja, como seguro de vejez para los padres, como herederos de los bienes y del nombre.[2] Para las capas acomodadas, los hijos tenían un significado claramente económico, predeterminado por la sucesión intestada y las normas sobre las dotes. Así no es de extrañar que normalmente fueran bienvenidos, y a veces incluso ansiosamente deseados, sobre todo cuando se trataba de primogénitos y de hijos varones. Por el otro lado, había muchas situaciones en las que los hijos eran —económicamente— vistos como inútiles e incluso como una carga; por ejemplo, cuando ya había demasiados hijos y la familia era muy numerosa. No quedaba tiempo para grandes sentimientos hacia el hijo. Un ejemplo muy ilustrativo nos lo da un texto bávaro de la época de 1800:

> El campesino se alegra cuando su mujer le trae al mundo la primera prenda del amor, también se alegra de la segunda y la tercera, pero ya no tanto de la cuarta. Entonces empiezan las preocupaciones en vez de la alegría... A todos los hijos que nacerán después les verá como criaturas hostiles que le quitan el pan a él y a la familia ya existente. Incluso el más tierno corazón de madre se vuelve indiferente con el quinto hijo y al sexto ya le desea abiertamente la muerte.[3]

Y algo parecido escribe el etnólogo Karl von Leoprechting en 1855:

1. Gronemeyer (1989), pág. 27.
2. Por ejemplo, Rosenbaum (1982); Tilly (1978).
3. Citado según Imhof (1981), pág. 44.

Ciertamente, de este gran número de hijos sólo sobreviven pocos, máximo cuatro por cada docena, los demás ya se van tempranamente al cielo. Si mueren de pequeños, normalmente no suelen producir gran dolor: será un ángel bonito en el cielo, y quedan todavía suficientes con los demás. Pero si se muere un hijo ya mayor que podría ayudar en el trabajo, la pena es muy grande...[4]

A finales del siglo xx, el matrimonio y la paternidad ya no estaban vinculados de forma tan natural como antes. En parte tiene que ver con los cambios económicos: cuando, con la industrialización, la familia en tanto que comunidad económica empezaba a disolverse, las ventajas económicas de tener hijos también se desvanecían y, por el contrario, empezaban a ser un gasto. Desde entonces, se ha producido un cambio drástico que se podría resumir en la siguiente fórmula: «del hijo como riqueza al hijo como carga».[5] En las últimas décadas, y sobre todo en los últimos años, esta evolución ha alcanzado grandes dimensiones, puesto que el coste de un hijo ha subido vertiginosamente, mucho más que los ingresos, la inflación o el coste de la vida.

El hijo como experiencia de sentido y como autoexperiencia

Las mujeres y los hombres que hoy día deciden tener hijos, por tanto, seguramente no lo hacen porque esperan ventajas económicas. Más bien predominan otros motivos, que remiten a las necesidades emocionales de los padres: a finales del siglo xx, los hijos tenían sobre todo una «función de beneficio psicológico».[6] El resultado de estudios de las ciencias sociales apunta siempre en la misma dirección:

> Los hijos no aportan beneficios económicos, todo lo contrario. Los padres hoy ya no pueden esperar de sus hijos un apoyo práctico y ayuda en situaciones difíciles de la vida. Nuestra sociedad se orienta demasiado hacia una individualización de los estilos de vida. Como recompensa queda en principio sólo el valor emocional que tienen los hijos: la importante sensación de tener una responsabilidad, de ser competente, de ser emocionalmente necesario, y, sobre todo, de verse a uno mismo realizado en

4. Karl von Leoprechting (1855), citado según Bad-TölzWolfratshauser Neueste Nachrichten y Lokalteil der Süddeutschen Zeitung für den Landkreis, 11 de agosto de 1988, pág. 4.
5. Bolte (1980), pág. 66.
6. Fend (1988), pág. 160.

> la próxima generación así como «representado» en tanto que ser humano.[7]

¿Cómo se expresa este «beneficio psicológico»? Existe la escala de los motivos conocidos, por ejemplo, la esperanza de que el hijo salve el matrimonio o que alcance el ascenso profesional que a los padres se les negó. Además, donde se imponen las tendencias a la individualización, también se generan lógicamente nuevas expectativas. Un estudio demográfico constata: con el hecho de tener hijos se relaciona en creciente medida el deseo de un sentido y un arraigo, y al mismo tiempo una «exigencia de felicidad» que apunta al «placer de tener una relación».[8]

> ... el deseo de tener hijos es un deseo que se refiere a uno mismo, al presente: los padres, hoy quieren... recibir algo de dar a luz, de la tranquilidad de la educación, de las preocupaciones de los niños... el deseo de autorrealización a través de sus propios niños... es ampliado más... conque ser padres no es entendido, por una parte creciente de los padres, como un servicio, como una forma de dar, como obligación social, sino como una forma de vida donde sólo se persiguen sus propios intereses.[9]

Lo que aquí se manifiesta es un claro paralelismo con el modelo básico del desarrollo histórico. El cambio que experimenta la relación matrimonial en la transición hacia la modernidad se presenta de forma muy similar también en la relación entre padres e hijos. En ambas relaciones ha desaparecido la «causa común», resultado de las necesidades de la familia como comunidad económica y de trabajo. En ambos casos, la relación de las personas implicadas se libera de los intereses económicos y se abre a intereses, esperanzas y deseos «privados». Y en ambos casos, la relación se determina progresivamente por las crecientes, a veces incluso desbordantes, necesidades emocionales que se generan en el curso de los procesos de individualización (con todas las gratificaciones, pero también con los abismos, inherentes a la intensidad de los sentimientos). Como escribe el investigador de la socialización, Jürgen Zinnecker, cuanto más se disuelve en la relación generacional la base material, «tanta más importancia gana lo imaginario». Los adultos utilizan la infancia y la juventud como «pantalla donde proyectar sus deseos utópicos y no vividos».[10] Y esta tendencia no se demuestra

7. Hurrelmann (1989), págs. 11 y sigs.
8. Münz (1983), pág. 39.
9. *Ibid.*
10. Zinnecker (1988), pág. 129.

sólo en el trato real con los hijos, sino también en las expectativas que giran alrededor del deseo de tener hijos:[11]

En la sociedad altamente industrializada, la gente está entrenada constantemente para realizar un comportamiento racional según fines, para seguir las leyes de la competencia y la carrera, ser rápido, eficiente y disciplinado. El hijo, sin embargo, representa el otro lado, el «lado natural». Y eso constituye también una esperanza, una promesa. Eso se evidencia claramente en las numerosas entrevistas e informes de experiencias vividas por mujeres y en parte también por hombres de la generación más joven. En el trato con el hijo, las mujeres quieren recobrar capacidades y expresar necesidades que tan dolorosamente se echan de menos en la civilización técnico-científica: paciencia y serenidad, protección y sensibilidad, cariño, sinceridad y cercanía. A través de la maternidad buscan también un contramundo al del trabajo, donde domina unilateralmente la razón instrumental y los sentimientos más bien se perciben como un estorbo. El vínculo con el hijo se opone a todo lo que se exige diariamente, a cualquier «racionalidad» en un sentido directo. Y no en última instancia se le busca por eso, por constituir un contrapeso vital. En un informe de experiencias, eso se expresa así: «¿Dónde se puede ver tanta energía vital y tanto placer como en un niño?».[12]

En las encuestas ya surge como motivo «la naturalidad de los niños (pequeños) en un entorno que se ha convertido, por lo demás, más bien en "antinatural"».[13] Y, por lo visto, esta naturalidad gana una especial atracción en el grupo de las nuevas mujeres (y los nuevos hombres), influenciadas por las ideas de la psicología y el psicoanálisis, la pedagogía y las ciencias sociales, puesto que lo característico en ellas es una nueva «sensibilización», claro resultado de la reforma de la enseñanza y de todas las esperanzas que ha despertado. Ellas han tomado conciencia del endurecimiento y de la petrificación interiores, exigidos por el proceso de civilización, que crea como producto final la «personalidad restringida en todos los aspectos» (Helke Sanders). Con el hijo se asocia entonces la idea de «un ser humano auténtico, de auténticas relaciones».[14] Incluso se esboza una contravisión, un modelo de ser humano y de su desarrollo cuyas características consisten, y no en última instancia, en el hecho de que su mirada se

11. Véase con más detalles: Beck-Gernsheim (1988a), págs. 128 y sigs.
12. Informe en: *The Boston Women's Health Book Collective*, 1980, tomo 2, pág. 645.
13. Höpflinger (1984), pág. 104.
14. Informe en Häsing y Brandes (1983), pág. 208.

vuelve con nostalgia hacia atrás: «Los niños nacen con un alma viva; en cambio, nuestras almas se han convertido en piedras».[15] Y se alza un credo simbolizado en el título de un informe de experiencias: «El niño es el ser humano».[16] Un observador de los nuevos padres escribe:

> Las madres y los padres no dan desinteresadamente: quieren que los hijos les devuelvan mucho. La educación es un negocio de intercambio... Quieren ser educados por sus hijos. Los hijos y las hijas deben ayudar a los padres para que éstos puedan alcanzar su propio ideal del Yo de la espontaneidad, sensualidad, naturalidad y creatividad. Aquí los padres no educan a los hijos, sino que los hijos educan a sus padres. Los hijos y las hijas encarnan, en el más verdadero sentido de la palabra, el ideal del Yo de sus padres.[17]

Hay que añadir que los espacios de libertad de acción que se crean en el curso de los procesos de individualización también tienen sus reversos, como es sabido: «El ser humano de la modernidad (europea) está condenado a la libertad. Está desamparado».[18] Justamente por este hecho, la paternidad puede recobrar un significado nuevo y personal importante, y más aún cuando la modernización y la liberación han alcanzado un nivel históricamente avanzado, cuando los vínculos tradicionales, regionales y religiosos se están desvaneciendo cada vez más y cuando la civilización técnico-científica produce primordialmente leyes funcionales, obligaciones materiales y estructuras de comunicación frías e impersonales. En este contexto, el hijo, su educación y su cuidado, pueden crear nuevas referencias de sentido y de valores, incluso convertirse en el centro del sentido de la existencia privada. Donde los objetivos se tornan arbitrarios e intercambiables, donde desaparece la fe en un más allá y las esperanzas del aquí se han revelado a menudo como pasajeras, el hijo anuncia también la posibilidad de dar sentido, contenido y arraigo a la propia vida.

Esta motivación se expresa de forma muy directa en los hombres y las mujeres de clase baja. Un estudio suizo sobre planificación familiar y el deseo de tener hijos constata que la idea de los hijos como sentido y objetivo de la vida está extendida sobre todo entre gente con poca formación.[19] En

15. Informe en Häsing y Brandes (1983), pág. 191.
16. Informe en Roos y Hassauer (1982), págs. 220 y sigs.
17. Bopp (1984), págs. 66 y 70.
18. Weymann (1989), pág. 2.
19. Höpflinger (1984), págs. 146 y sigs.

dirección similar apunta una investigación alemana que se ocupa de las familias de clase baja. A la pregunta de la entrevista: «¿Qué significa para usted tener una familia e hijos?», seguían respuestas como:

> Para que la vida tenga un sentido;
> Entonces se sabe para qué se está en el mundo, se sabe para quién se trabaja;
> Quiero saber adónde pertenezco;
> La vida es mucho más bella si sabes que alguien te necesita. Si se vive sola, sin meta, entonces la vida no vale nada, entonces no se ve nada después de diez años. Con la familia sabes lo que has conseguido. Se sabe para qué has vivido.[20]

Pero el hijo no se convierte exclusivamente entre los grupos socialmente desprivilegiados en el sentido y el contexto de la vida. Si se analiza la literatura especializada de las encuestas, rápidamente se puede constatar que expresiones parecidas se encuentran también entre las «nuevas mujeres» (y los nuevos hombres). Como escribe, por ejemplo, una escritora: «Quería un hijo, una familia propia, alguien que me necesitara y que me quisiera consigo».[21] Los autores que describen el entorno de los nuevos movimientos sociales observan a veces irónica, a veces también sarcásticamente, una búsqueda del sentido en el deseo de tener hijos que se extiende casi de forma epidémica. Registran un deseo de arraigo: los nuevos padres tienen hijos porque «necesitan parientes», para tener la sensación de «pertenecer a algún lugar, puesto que el mapamundi está cambiando constantemente».[22] Hablan de los que buscan en el hijo el «sentido del mundo» y la «salvación de la [propia] miseria».[23] Hay cómics que muestran el «deseo increíble de tener hijos», un deseo que transforma al hijo en el vehículo de las propias necesidades de sentido.[24] Una mujer explica retrospectivamente la situación en la que se hallaba en la época en que decidió tener hijos:

> Tuve mi hijo... en una época en que me sentía extremadamente insegura. Estaba a punto de acabar mis estudios y me veía ya en el paro. El ambiente en mi patria política, la izquierda no dogmática, era, a finales de los años setenta, siniestro y desesperado. La convivencia en el piso compartido se estaba desmembrando, mi compañero iba detrás de una rubia, y en las calles y los bares de Francfort-Bockenheim se extendía cada vez más la sensación de «no futuro» que luego, en los años ochenta, llegó a plena floración. La pérdida creciente de vínculos y puntos de referencia me volvió alegre/ligera y mareada/miedosa al mismo tiempo. Vi que la libertad no sólo era bonita y deseable. Tenía un doble carácter irritante... Tuve mi hijo... también por miedo al vacío... que se estaba abriendo ante mí, por miedo a mi futuro incierto... Con la fundación de mi familia quería construir un contramundo. Había llegado el momento. Me había escapado de la temida libertad.[25]

20. Wahl y otros (1980), págs. 34-38.
21. Informe en Dowrick y Grundberg (1982), pág. 75.
22. Dische (1983), pág. 32.
23. Helga Maria Heinze; en Roos y Hassauer (1982), pág. 40.
24. Véase Roos y Hassauer (1982), pág. 70.

¿Sin hijos por amor al hijo?

No obstante, al deseo de tener hijos se le oponen hoy también fuertes obstáculos. Tropieza, por ejemplo, con el deseo por una «vida propia» que se genera en la sociedad individualizada y que afecta, después de la planificación de la vida de los hombres, ahora también a la de las mujeres. En esta situación se pone claramente de manifiesto que falta una persona «de fondo», naturalmente dispuesta a cuidar a los hijos. Una causa decisiva se encuentra también —y es algo que se ve aún poco tanto por parte de la ciencia como por parte de la opinión pública— en el aumento de las exigencias que se asocian con tener hijos. En la sociedad moderna, la paternidad se ha convertido cada vez más en una tarea responsable (véase también más adelante, subcapítulo 3, *La promoción óptima como norma de la modernidad*). Y justamente esta responsabilidad creciente se percibe ahora como carga y obstáculo en el proceso de decisión:[26]

Cuanto más se extiende la norma de la «promoción óptima», tanto más altos se calculan —ya en el momento de la planificación de tener un hijo— los presupuestos económicos. Esta tendencia se muestra hoy día en todas las capas, y ya no exclusivamente, como antes, en la burguesía con aspiraciones al ascenso: «El coste de los hijos y su educación adquiere precisamente también en las capas bajas una perspectiva orientada hacia los estudios y el éxito en la vida».[27] La lista de las necesidades es larga: desde el dinero para gastos particulares y el cuarto para el hijo, hasta las vacaciones, los juguetes y el deporte, y no en última instancia los gastos añadidos de una formación que cada vez dura más tiempo. Tales exigencias, transmitidas por los medios de comunicación, penetran en la conciencia de amplias capas de

25. Informe en Häsing y Brandes (1983), págs. 180 y sigs.
26. Véase con más detalles en Beck-Gernsheim (1988a), págs. 149 y sigs.
27. Fuchs (1983), pág. 348.

la población. La frase «No podemos permitirnos un hijo», por tanto, no expresa solamente las exigencias de las parejas jóvenes respecto a su nivel de vida. Expresa también el nivel de vida que quieren ofrecer a su hijo, y están casi obligados a ofrecerle, si siguen las indicaciones de los expertos. La regla es ahora: «... la gente moderna sólo tiene tantos hijos como económicamente puede permitirse. Tiene conciencia de su responsabilidad».[28]

Cabe suponer que las condiciones económicas sólo constituyen una parte, quizá la menos importante, en esta argumentación. Pues las indicaciones de los expertos abarcan mucho más, y se extienden rápidamente, primero entre las mujeres de la clase media ilustrada, pero luego también promovidas por la televisión y las revistas entre las otras mujeres. Según estas indicaciones, un niño necesita un entorno «apto para niños», desde un piso adecuado que esté bien situado, hasta un ambiente estable que ofrezca protección y amor. Y, sobre todo, la educación en sí misma es —según la literatura de asesoramiento— una «gran tarea con mucha responsabilidad».[29] Con tanta responsabilidad, las consecuencias son obvias. Como se desprende de los trabajos realizados por los observadores, los potenciales madres y padres aspiran a un «máximo de seguridad en beneficio de los hijos».[30] Llevan en la cabeza una lista de condiciones que está creciendo hasta un nivel históricamente único, desde puestos de trabajo seguros y pisos buenos hasta escuelas y jardines de infancia progresistas. También el tema de la contaminación del medio ambiente cobra gran importancia en este contexto. No pocas parejas se preguntan si todavía pueden traerse niños a este mundo con el aumento del agujero en la capa de ozono y los bosques que se están muriendo.

Entre el grupo de las mujeres ilustradas científicamente (o por la literatura de divulgación) y que saben de su responsabilidad, no pocas veces ocurre que se examina también exhaustivamente la relación con la pareja: ¿es lo suficientemente estable para ofrecer seguridad a un hijo? Y ante todo es la propia persona lo que ahora se cuestiona. Pues, si la «personalidad del hijo» requiere especiales tipos de cuidado para poder desarrollarse, hay que investigar también el desarrollo emocional, interior de la madre con respecto a la pregunta de si ya está preparada para tener un hijo. La nueva pregunta que hace referencia a la conciencia entre las mujeres (en parte también entre los hombres) psicológica y pedagógicamente instruidas, es la

28. Häussler (1983), pág. 65.
29. *The Boston Women's Health Book Collective*, 1980, tomo 2, pág. 644.
30. Informe en Roos y Hassauer (1982), pág. 189.

siguiente: ¿Estoy lo suficientemente madura para poder cumplir con las exigencias personales de la educación? ¿Poseo las cualidades interiores que requiere el niño para su desarrollo? Y si la respuesta es negativa, la decisión responsable —quiérase o no un hijo— tiene que ser: ningún hijo, por lo menos ahora, todavía no. Son interesantes los resultados de una investigación empírica sobre convivencias de parejas no matrimoniales:

> Muchos tienen la sensación de que deberían tener el hijo «más adelante»:... sólo cuando los problemas de pareja estén superados; o sólo cuando una se sienta más segura de sí misma... Una quiere sentirse suficientemente desarrollada y madura, pues, ¿si una no se entiende consigo misma, cómo se va a entender con un hijo?... Entre las mujeres se añade a menudo también el miedo al papel de madre que se percibe como una exigencia específica y con una enorme responsabilidad hacia la propia persona.[31]

Con el aumento de las exigencias que se asocian con tener hijos y su educación, vivimos también el auge de un nuevo modelo de decisión. Este modelo se resume en: «La responsabilidad prima sobre el deseo de tener hijos» (Ayck y Stolten), o sea, por amor al hijo se renuncia a él. Con eso se pone en marcha un extraño movimiento en espiral: cuantos menos hijos nacen, tanto más valioso se hace cada uno y más derechos se le conceden. Pero cuanto más importante y caro se vuelve cada hijo, más gente se asusta ante las tareas y los deberes enormes y decide no tener descendencia. En esta dirección van las palabras de la introducción al libro *Kinderlos aus Verantwortung* [«sin hijos por responsabilidad»]:

> Creemos que este libro se tenía que escribir, puesto que la decisión de tener hijos requiere cada vez más responsabilidad... Este libro no va en contra de una vida con hijos, sino en contra de los perjuicios que se les causa. Necesitan algo más que cuidado, comida y bebida. A menudo no se atienden bien sus necesidades psicológicas. La decisión consciente contra el deseo de tener hijos es un desafío. A través de esta decisión puede expresarse una nueva ética, una nueva forma de responsabilidad social.[32]

31. *Nichteheliche Lebensgemeinschaften*, 1985, pág. 77; véase también: *Einstellungen zu Ehe und Familie* 1985, pág. 177.
32. Ayck y Stolten (1978), págs. 12 y sigs., 18 y 25.

Hijos planificados

En la decisión a favor o en contra de tener hijos entran hoy día numerosos aspectos de muy diferentes niveles: desde las oportunidades y las obligaciones de la «vida propia» hasta las exigencias y las promesas que ofrece la paternidad/maternidad. Y, por consiguiente, hay argumentos que hablan a favor o en contra de dicha decisión. La consecuencia es que surgen esperanzas y miedos contradictorios: *Kinderwunsch Reden und Gegenreden* [«El deseo de tener hijos: pros y contras»] es el título de un libro de Roos y Hassauer sobre este tema. Y unos estudios constatan: «En las reflexiones pro y contra se muestran las inseguridades, las ambivalencias y las contradicciones características».[33]

Lo que se llama situación de decisión se convierte así en realidad en un proceso de decisión, a menudo largo, especialmente en el entorno de las «nuevas mujeres» (a veces también en el de los hombres), que con muchas ideas sobre psicología, pedagogía y autoexperiencias en la cabeza quieren hacerlo todo muy conscientemente. Pues bien, también eso es una señal típica de una sociedad en la cual las predeterminaciones tradicionales de clase, estamento y género ya no conducen a los caminos pretrazados. En cada vez mayor medida hace falta una construcción y un autoarreglo del currículum, una planificación a corto y largo plazo de las etapas de la vida en muchos ámbitos, desde el tipo de escuela hasta el puesto de formación profesional, desde el domicilio hasta la elección de la pareja. Como muestra la correspondiente literatura de mujeres, esta presión hacia la planificación afecta también cada vez más la relación entre la vida de las mujeres y la maternidad. En un manual para mujeres se anuncia así hoy día, de modo programático, la consigna para una mujer que quizá quiera ser madre: primeramente «hay que pensárselo todo muy detenidamente» y luego «hay que tomar una decisión realmente segura».[34] Y si se miran bien las investigaciones y los informes sobre experiencias, se ve claramente: las mujeres cumplen esta consigna. Una investigación empírica constata: «Muchas de las mujeres preguntadas se quejan de una pérdida de espontaneidad. Tienen la impresión que traer hijos al mundo era antes un proceso más natural, mientras que hoy tienen que tomar una decisión consciente».[35] A través de intentos sempiternos de la exploración de su alma, a través de diarios, conversaciones con las amigas y, sobre todo, con la pareja, muchas nuevas mujeres intentan llegar a la raíz de su deseo de tener hijos, intentan examinar sus posibilidades y sus límites. Preguntan a las que ya son madres para «ilustrarse», para «aprender», para «prevenir», para «armarse» y, dado el caso, también para «defenderse». En breves palabras: preguntan porque quieren «saberlo todo».[36] Y por este motivo y no en última instancia escriben también informes de experiencias, para buscar una salida ante las propias ambivalencias, o libros de asesoramiento, para ayudar a otras en el largo camino de encontrar una decisión.

33. Urdze y Rerrich (1981), pág. 94.
34. *The Boston Women's Health Book Collective,* 1980, tomo 2, pág. 640.
35. *Nichteheliche Lebensgemeinschaften,* 1985, pág. 78.
36. Véase Sichtermann (1982), págs. 7-11.

> Escribir este libro era una necesidad para nosotras. Lo hicimos porque ya estábamos hartas. Durante tres o cuatro años hablamos de la posibilidad de tener hijos. Las dos hemos discutido con amigos, compañeros de trabajo y gente de nuestra edad... Ahora el libro está terminado. Con él se ha acabado una etapa de nuestra biografía. La pregunta por los hijos se ha objetivado (profesora asociada).[37]
>
> [Mi compañero] siempre me decía que anotara las razones por las cuales quería tener un hijo. Y durante tres años lo he intentado, pero nunca se me ocurrió una razón principal e importante. Se han amontonado muchas cosas que no son tan significativas (diseñadora).[38]

Lo que en otros tiempos parecía la cosa más natural del mundo, para muchos grupos se ha convertido ahora en algo muy complicado. Nada funciona ya de forma espontánea, todo pasa por la cabeza: la nueva mujer «cuestiona» y «problematiza». Si hay que tener hijos, deben ser hijos deseados. Pero como hoy el deseo ya no es espontáneo, sino frenado por muchas preguntas, los hijos deseados son cada vez más hijos planificados, o, para decirlo con palabras de Günter Grass, son «partos mentales». Son sintomáticas todas las palabras claves que surgen en las entrevistas y los informes de experiencias. En relación con el deseo de tener hijos se habla de «argumentos»,[39] de «autoobservación y autodiagnosis»,[40] de «analizar la propia estrategia de crear confusiones»,[41] del «pensárselo todo hasta la perfección».[42] Y a los padres que esperan gemelos se les ocurre «naturalmente, enseguida,

37. Hassauer y Roos en Roos y Hassauer (1982), pág. 11.
38. Informe en Vogt-Hagebäumer (1977), pág. 25.
39. Braun y Wohlfahrt (1984), pág. 19.
40. Informe en Kerner (1984), pág. 153.
41. Informe en Dowrick y Grundberg (1982), pág. 94.
42. Informe en Kerner (1984), pág. 153.

que se dice que entre los gemelos existe una cuota más elevada de esquizofrenia».[43] El último ejemplo parece ya exagerado, pero, también en el diálogo matrimonial entre un trabajador especializado y una vendedora se utilizan «argumentos» que hablan en contra de tener un hijo único.[44] Y otra vendedora cuenta que en los primeros meses del embarazo «leyó casi todo» lo que podía encontrar sobre el tema del embarazo y que «se preocupaba especialmente... por los diferentes métodos de parto».[45] Se está esbozando una completa red de tesis y teorías sobre el deseo de tener hijos y sus consecuencias. Günter Grass describe esta constelación moderna así:

> Una pareja para enseñar en público. Una pareja de lo más hermoso. Una pareja como salida de una revista actual. Tienen un gato, pero todavía no tienen ningún hijo. No porque no puedan tener uno o porque no les funciona la cosa, sino porque él dice «todavía no» cuando ella «al final sí» quiere un hijo; no obstante, ella le contesta cada vez cuando él quiere tener un hijo «Me lo puedo imaginar, teóricamente», «Yo no. O ya no. Hay que objetivarlo si se quiere actuar con responsabilidad. A qué futuro quieres entregar el hijo. ¿No ves que no hay ninguna perspectiva? Además, ya hay demasiados niños. En la India, en México, en Egipto, en China. Mírate las estadísticas».[46]

La preparación de cara al hijo

¿Y cómo sigue la historia para aquellos que con frecuencia después de larguísimas planificaciones se deciden finalmente a favor de tener un hijo? ¿Pueden olvidarse en este momento de todas las ponderaciones serias y esperar simplemente con gran ilusión la llegada del hijo? Tan simple tampoco será. Pues, hoy día, la ilusión está a menudo mezclada con otros sentimientos. El «trabajo de la planificación» sigue. Ya con el primer pensamiento acerca del futuro hijo, las parejas, y en especial las mujeres, se ven confrontadas con las exigencias de los escritos de divulgación científica sobre asesoramiento educacional que han conseguido en los últimos años una enorme difusión. Contemplemos a continuación una pequeña selección del catálogo de los deberes y de las planificaciones que se exigen actualmente a los futuros padres.

43. En Häsing y Brandes (1983), pág. 152.
44. Extracto de una entrevista en Urdze y Rerrich (1981), pág. 84.
45. Informe en Reim (1984), pág. 172.
46. Grass (1980), pág. 12.

Lo que la mujer (y a veces también el hombre) debería hacer antes del embarazo

A la medicina del siglo XIX le debemos el conocimiento de la importancia que la alimentación adecuada tiene para el buen desarrollo del niño. Hoy día se sigue investigando esta idea y se la desarrolla hasta la perfección. Ahora se afirma que la alimentación correcta empieza ya mucho antes —es decir, unos dos años antes de la concepción— con la alimentación de los futuros padres, sobre todo de las futuras madres. En un manual de 1969 se dice, por ejemplo:

> Hasta ahora solamente se ha hecho hincapié en la alimentación de la madre durante el embarazo. Hoy se va más allá de eso y se aconseja a las mujeres pensar en la concepción sólo si su estado de salud es excelente.[47]

En ÖKO-TEST. *Ratgeber Kleinkinder* (Manual para bebés) (primera edición, mayo de 1988; 63.000 ejemplares hasta abril de 1989), se escribe:

> La forma de vida de la madre... es decisiva para la calidad de la leche materna... Mujeres que se habían alimentado durante años con productos vegetarianos y de cultivos biológicos tenían menos cargas tóxicas. Un cambio a corto plazo durante el embarazo no es suficiente, puesto que las materias dañinas se almacenan a lo largo de varios años en el cuerpo.[48]

Hoy día no basta, sin, embargo, con una buena alimentación, si se quieren crear las mejores condiciones para la salud del hijo. Cuanto más progresa la medicina, más cosas hay que tener en cuenta. Como dice un manual: «Es aconsejable que se someta a un exhaustivo chequeo médico antes de quedarse embarazada, para que se encuentre ya desde el principio en un óptimo estado de salud».[49] Y la tendencia sigue, como escribe otro manual: «... mejor aún sería si la consulta genética tuviese lugar ya antes de la planificación del embarazo.»[50] Se aconseja consultar a diversos expertos para prepararse óptimamente. Acerca de eso, citamos nuevamente algunos ejemplos de la literatura asesora.

47. Schönfeldt (1969), pág. 8.
48. ÖKO-TEST. *Ratgeber Kleinkinder*, págs. 25 y sigs.
49. Beck (1970), pág. 238.
50. *Junge Familie. Das Baby-Journal*, nº 5, 1988, pág. 30.

En una revista para mujeres muy leída se publica una lista con un programa detallado bajo el título «Countdown to Conception», es decir, una agenda para prepararse de cara a la concepción. La consigna es: «Proteja a su hijo no nacido», y los primeros pasos en esta dirección tienen que darse meses antes de la concepción, consultas con el dentista y el ginecólogo, incluyendo tests para mujeres que tienen gatos (por lo del peligro de la toxoplasmosis) y también para negras y asiáticas, para mujeres de procedencia judía o de países mediterráneos (por susceptibilidades genéticas especiales).[51] Un programa similar, con el título «Mejores bebés siguiendo la planificación» preconiza «la prevención preembarazo» que, en el caso ideal, empieza seis meses antes de la concepción. Ahí entra un chequeo general de la salud de las dos partes de la pareja; luego diversos análisis de sangre y la toma de la presión; la información sobre una alimentación equilibrada, la renuncia al tabaco, al alcohol y a las drogas; y evitar el estrés. El objetivo de estos esfuerzos se describe de la siguiente forma:

> ¿Por qué un bebé adocenado si puede tener uno mejor? Los bebés de mejor calidad están bien proporcionados desde la cabeza a los pies. Tienen una postura óptima, no tienen piernas en forma de X, ni pies planos, ni lordosis.
> Son despiertos, de reacción rápida y equilibrados, son perfectos en todos los aspectos. Su mandíbula está bien formada para que los dientes puedan crecer rectos. Su cráneo es armónico, con el espacio suficiente para que el cerebro pueda desarrollarse correctamente.[52]

El niño aún no nacido: un ser tierno y vulnerable

Lo que es válido para la preparación orientada al embarazo, lo es más cuando realmente se ha producido la buena nueva. Son necesarias una prevención extensa y muchas precauciones. La rápida ampliación del saber médico vuelve a desempeñar entonces un papel central, especialmente en el terreno de la investigación prenatal. Mientras que en el siglo XIX la gente tenía todavía unas ideas muy vagas de los principios de la vida humana, en el último siglo se han investigado de forma cada vez más detallada estos nueve meses entre la concepción y el nacimiento. Lo que en tiempos anteriores era un estado primitivo oscuro, actualmente está disponible en fotografías en color: la imagen del hijo todavía no nacido, desde la primera división de

51. *McCall's*, enero 1986, pág. 42.
52. *Observer*, 26 de abril de 1987.

las células. Se puede documentar cómo crece el embrión, cómo funcionan la alimentación y el metabolismo, qué factores exteriores influyen en el desarrollo en el seno de la madre. Y aquí hemos llegado al punto decisivo: para poder controlar estas influencias se formulan ahora instrucciones estrictas dirigidas a la futura madre. «¡Cuidado, peligro para embarazadas!»[53] es la consigna generalizada. Pero si se mira con más detenimiento, se ve que no se trata de peligros para la mujer, sino de peligros para el hijo que está creciendo en el seno de la madre. Muchos alimentos son definidos como peligrosos para el embrión y por eso aparecen en el índice de las cosas prohibidas para la madre:

> Debiera ser evidente que una madre renuncie durante el embarazo al alcohol, al café, al té y a la nicotina.[54]

> El consumo frecuente de carne y embutidos tiene efectos negativos.[55]

> Las embarazadas debieran evitar el consumo de camemberts, quesos semitiernos y de productos de leche fresca; debieran quitar la corteza de todos los quesos y consumir sólo quesos secos y quesos fundidos. También debieran evitar carne picada cruda y embutidos semicrudos... y también la carne no muy hecha.[56]

> Una vez nacido el hijo, las recomendaciones siguen para que la leche materna contenga todos los elementos nutritivos necesarios. Así se apela a la madre a consumir pescado: «Los derivados de los aceites de pescado contenidos en la leche materna se necesitan para el desarrollo rápido del cerebro del bebé en los primeros meses de la vida. El profesor Weber afirma: "¡La falta de 3-omega-ácidos grasos conduce a trastornos visuales y del sistema nervioso central!"».[57]

A la embarazada que no sigue estos consejos voluntariamente, se la presiona enseguida con el amor al hijo: «El bebé está completamente indefenso».[58] ¿Qué corazón de futura madre podría permanecer insensible a ese aviso? Se les enseñan con todo detalle los riesgos para el niño aún no nacido:

53. *Ratgeber aus der Apotheke*, 15 de marzo de 1989, pág. 14.
54. Bruker y Gutjahr (1986), pág. 54.
55. ÖKO-TEST. *Ratgeber Kleinkinder*, págs. 25 y sigs.
56. *Ratgeber aus der Apotheke*, 15 de marzo de 1989, págs. 14 y sigs.
57. *Eltern*, nº 4, 1988, pág. 164.
58. *Ratgeber aus de Apotheke*, 15 de marzo de 1989, pág. 14.

Las embarazadas llevan en su seno una vida especialmente sensible. Agentes patógenos que no constituyen ningún peligro para la madre podrían causar graves trastornos al feto... Si una madre contrae listerias, por regla general, sólo desarrolla síntomas de gripe... Para el bebé aún no nacido, sin embargo, unos agentes patógenos, normalmente inocuos, pueden tener consecuencias catastróficas: pueden producirse bultitos en el hígado, el bazo, las cápsulas suprarrenales, los pulmones o el estómago, así como dificultades de circulación y de respiración. Pero las listerias pueden afectar también al cerebro y conducir a convulsiones, meningitis y partos prematuros y abortos. Aproximadamente un 40 % de los bebés afectados fallecen poco después de nacer, muchos sufren para siempre una deficiencia mental... [La toxoplasmosis] transcurre en la madre también frecuentemente de forma totalmente desapercibida... puede dañar, sin embargo, al bebé. Los riesgos van desde convulsiones y retrasos en el desarrollo, en los casos ligeros, hasta graves deficiencias mentales, trastornos visuales, incluso ceguera.[59]

La futura madre ideal se adapta completamente al desarrollo del niño que lleva dentro; se le aconseja un cambio total en su forma de vida. Incluso las series populares de la televisión pueden tener, años después, efectos dañinos para el niño, así que lógicamente debe evitarlos en tanto que futura madre.

Ya en el cuerpo de la madre, los niños reciben *Dallas*... y más tarde, durante la vida, ya no pueden renunciar a tales series, porque ya antes del nacimiento han sido manipulados y programados según los esquemas de las películas, y tienden hacia ellos. Por eso es mejor que no vea ninguna serie cuando esté embarazada.[60]

Las escuelas de adultos y otras instituciones educativas, las iglesias y los grupos ecologistas, instituciones regionales y suprarregionales, expertos reconocidos y autonombrados, todos ofrecen conferencias y cursos especiales con «consejos para la futura madre» (y a veces también para el padre). Y los temas tratados han experimentado en los últimos años una ampliación enorme. Al respecto escribe una revista para padres muy conocida: «La mayoría de los cursos para embarazadas que actualmente se imparten van más allá de enseñar sólo gimnasia, técnica respiratoria y explicaciones médicas acerca del transcurso del embarazo y del parto: incluyen al aún no nacido, se desarrolla en los futuros padres y madres la sensibilidad hacia sus necesidades y sus vulnerabilidades».[61] En el siguiente informe se presentan «tres métodos absolutamente nuevos de cómo los futuros padres pueden entablar un contacto con el aún no nacido».[62] Se describe, por ejemplo, el «masaje prenatal de los pies», el «método del contacto psicotáctil», y finalmente la «universidad prenatal». Para su mejor ilustración, he aquí un extracto:

59. *Ibid.*
60. *Junge Familie. Das Baby-Journal*, n° 5, 1988, pág. 38.

Justamente el niño aún no nacido es capaz de percibir, ya desde muy al principio de su desarrollo, estímulos, sensaciones y tactos... Un contacto consciente por parte de los padres y una dedicación cariñosa obran como un motor cara a su desarrollo. Este contacto consciente y cariñoso [según el inventor de este método] no se da de forma natural en cada embarazo. En su consulta haptonómica enseña a los padres cómo pueden entrar en contacto con su hijo ya antes del nacimiento. Aconseja «jugar» con él a través de la pared abdominal, así como hablarle o cantarle algo tiernamente ya al comienzo del embarazo, o como muy tarde, cuando empieza a moverse.

Sobre todo el «cómo» y el «dónde» del parto se ha convertido hoy en un tema muy discutido. En el siglo XIX, la mayoría de los niños aún nacieron en casa. Luego, en el transcurso del siglo XX, empezó a imponerse el parto en la clínica, hasta convertirse en su forma normal. En la actualidad, ya no existe nada normal. Al contrario, hay discusiones «vehementes», llevadas a cabo entre expertos y contraexpertos en los medios de comunicación, acerca del marco y el lugar correctos del parto y sobre el mejor método. Hospitales estatales, clínicas privadas, comadronas con consultas privadas que acuden tanto a un parto en casa como en el hospital; la oferta es tan amplia como irritante, y a los padres responsables se les exige naturalmente que escojan lo mejor. Qué suerte que exista también para eso la suficiente literatura especializada. Una autora «mundialmente famosa»[63] en el sector de la preparación al parto ayuda en la «elaboración de un plan propio de parto»[64] que contenga todos los detalles y las posibles complicaciones, desde el permiso a la supervisión electrónica de los tonos cardíacos (si y cuándo) y la inyección de sintocinón (cuándo y bajo qué condiciones), hasta la posible elección entre una anestesia epidural y una total. (¿Tal vez, hoy día, sería mejor cursar estudios de medicina antes de pensar en tener

61. *Eltern*, n° 9, 1985, pág. 15.
62. *Ibid.*, págs. 14-20.
63. Kitzinger (1986), texto de la contraportada.
64. *Ibid.*, págs. 156 y sigs.

hijos?) Incluso un diario ofrece ya una «extensa lista de chequeo» para que sea posible «prepararse... óptimamente».[65] Ahí se recomienda hacerse sin falta «una idea propia del ambiente y de las capacidades de la clínica». Para ello puede acordarse «una visita individual a la clínica durante la cual es posible ver la sala de partos y el departamento de maternidad, y tener una entrevista con el médico o la comadrona». Acto seguido, se detallan las preguntas más importantes a aclarar en estas entrevistas, por ejemplo: «Qué instalaciones técnicas existen para supervisar el parto (ecografía, un aparato para registrar los tonos cardíacos y las contracciones, un electrodo del cuero cabelludo) y si se utilizan de forma habitual».

Puede que el embarazo sea algo natural. Pero en nuestra época ya no existe la naturaleza pura, siempre está administrada por los expertos. El saber de la experiencia está devaluado; no hay que hacer caso a las amigas o vecinas experimentadas. A su vez, «la futura madre tiene que ir directamente al médico para consultarlo y debiera hacer única y exclusivamente lo que éste le aconseja».[66] El mensaje no da lugar a dudas: «¡Para la futura madre, el médico es más importante que el padre y el marido!».[67]

Excurso: en el círculo del amor, de la exigencia de responsabilidad y de la inseguridad

Lo que hemos expuesto hasta ahora, no es sino una selección del repertorio de consejos y reglas que acompañan hoy la preparación cara al hijo. Naturalmente, no quiere decir que estos consejos sean realizados y seguidos. Aquí faltan los estudios correspondientes que investiguen de modo diferenciado el comportamiento real. No obstante, y tomando como base los datos disponibles hasta la fecha, no sería muy osado afirmar que los padres —sobre todo las madres— se orientan en mayor medida que anteriores generaciones por las recomendaciones pedagógicas.[68] También en entrevistas e informes de experiencias se encuentran muchos indicios de que la influencia de toda la literatura de asesoramiento junto con los correspondientes cursos y conferencias es actualmente considerable.[69] Y si se analizan, además, los informes que describen de forma irónico-sarcástica el ambiente de las «nuevas mujeres» y de los «nuevos padres», se nos impone la impresión de que los padres actuales están afectados por un bacilo denominado «paranoia de la educación».[70]

65. *Starnberger Neueste Nachrichten y Lokalteil der Süddeutschen Zeitung für den Landkreis*, 21 de febrero de 1989, pág. 4.
66. Schönfeldt (1985), pág. 31.
67. *Ibid.*, pág. 22.
68. Rolff y Zimmermann (1985); Schütze (1981); Zinnecker (1988).
69. Por ejemplo, Bullinger (1986); Reim (1984).

Los datos disponibles hasta ahora indican que el interés y la receptividad no están repartidos de modo igual entre todos los grupos. El perfil del principal grupo de tipo ideal de afectados puede dibujarse de la siguiente manera: especialmente sensibles al mensaje pedagógico son las mujeres de la clase media con una buena formación propia, que viven en una ciudad, que esperan su primer hijo y que pertenecen al grupo de las «madres tardías», es decir, que ya son de una edad avanzada. Pero eso no quiere decir que mujeres de otros entornos no estén afectadas por el mensaje pedagógico. Más bien hay que ver que los expertos a los que las mujeres consultan son diferentes según la clase social y el nivel de estudios. Van desde la pedagogía y la psicología hasta el movimiento feminista, desde el curso en la escuela de adultos y la prensa amarilla hasta el folleto de la iglesia. El público, por tanto, no queda limitado a una pequeña minoría. Y la tendencia más bien va en aumento, si se sigue el retrato aquí dibujado de las características típicas. Las estadísticas al respecto demuestran una evolución clara: la expansión de la enseñanza ha llegado entretanto a amplios grupos (más de una cuarta parte de los jóvenes se preparan hoy para la universidad); y también ha llegado —y eso es muy importante en este contexto— a la mitad femenina de la población. También hay cada vez más gente —sobre todo jóvenes— que viven en las ciudades o en los alrededores de las grandes ciudades; cada vez menos viven en pueblos pequeños y apartados. Además, cada vez hay menos familias numerosas; en su lugar predomina la tendencia al hijo único. Y, finalmente, existen muchas mujeres que aplazan el momento de tener un hijo, o sea, que forman parte del grupo de las madres tardías.

La tesis de la expansión de la «paranoia de la educación» parece tener lógica para algunos. Sin embargo, sólo tiene en consideración el comportamiento exterior. No pregunta por el fondo, las causas, los motivos, o sea, por el principio regulador interior que dirige el comportamiento de los padres. A eso responde la hipótesis que planteamos: el cambio en el comportamiento de los padres que hoy observamos tiene plenamente una lógica interna, puesto que el amor al hijo conduce, bajo las condiciones de la modernidad, inevitablemente a un dilema que lleva a la jungla de los con-

70. Por ejemplo, *Kursbuch*, n° 72, 1983: «Die neuen Kinder»; *Kursbuch*, n° 76, 1984: «Die Mütter».

sejos pedagógicos. Este «edificio de la obediencia» en el que los padres de nuestra época se ven atrapados puede describirse a partir de sus múltiples elementos de construcción:

— *La inseguridad*: las seguridades primitivas que antaño regulaban la relación entre padres e hijos y que determinaban las expectativas y las tareas correspondientes se han venido perdiendo en el camino hacia el presente. Los seres humanos están una y otra vez expulsados del «estado primitivo», una mezcla de naturaleza, tradición y espacios estrechos de acción. Los factores decisivos de este desmoronamiento rápido del saber tradicional de los padres se encuentran especialmente en la fuerza impulsora de la técnica, en la velocidad de las innovaciones generadas por ella y en la propagación de las teorías pedagógico-psicológicas. Cuando se trata de un diagnóstico prenatal o del nivel de toxinas en la leche maternal, poco puede ayudar el saber de la abuela (aunque este saber estuviera aún disponible). Tampoco ayuda el recurso al sentimiento propio, ni a la voz de la naturaleza o de la razón.

— *El principio de responsabilidad*: la misión emancipatoria, aplicada a la pedagogía, se llama iniciativa de los padres. Hay que mejorar en todo lo que se pueda antes de crear la vida del hijo. En el horizonte de este ideal, la acción de los padres se entiende en creciente medida como una mejora compensatoria del mundo. Dicho de otra manera: cuanto más malo es el mundo, más actividades tienen que desplegar los padres para proteger al hijo (cuanto más Chernóbil, más búsqueda de leche en polvo no contaminada..., etc.). Precisamente los peligros ecológicos, producidos en todo el mundo, se traducen en el espacio interior de la familia en la acumulación de obligaciones y de actividades de los padres.

— *Consejos opuestos*: la simultaneidad de inseguridades e ideales pedagógicos, de responsabilidad y realidad negativa, lleva a la gente a buscar modelos de comportamiento exteriores que parecen estar por encima de cualquier duda y que puedan ofrecer una nueva base de legitimación frente al desvanecimiento de las obligaciones de los mundos de la vida tradicionales. Éste es el punto donde la ciencia y la literatura de asesoramiento se ofrecen como promesa. Pero sus efectos, a menudo, no eliminan las inseguridades, sino que las refuerzan aún más. En la competición de expertos, de expertos autonombrados, de contraexpertos, salen siempre nuevas coyunturas con consejos diferentes (por ejemplo: amamantar según la necesidad del bebé o según un horario establecido, leche maternal sí o no). Y no se trata de un accidente de trabajo, al contrario, la causa está en el sistema. Pues ciencia significa también siempre la posibilidad de revisión de los co-

nocimientos, y eso quiere decir que conocimientos válidos hasta ahora pueden desvelarse como errores y quedar superados.

— *Intentos de escapatoria*: la escapatoria de volver a una acción autorresponsable, a la voz de la naturaleza, a la espontaneidad y a la inmediatez (también una recomendación muy querida por los libros de consulta) es un camino que fácilmente conduce otra vez, con un giro añadido, al mismo círculo. En la espiral de la incertidumbre que caracteriza la modernidad, el intento de afirmar un más allá de la cientificación es tan normal como condenado al fracaso.

— *El amor como efecto amplificador*: la acción de educar con todas sus preguntas afecta a un tema «que levanta muchas emociones». Se trata del hijo, del amor al hijo. El niño pequeño es un ser muy tierno y muy vulnerable. Por tanto, ¡quien quiere a su hijo, tiene que protegerlo! Éste es el mensaje predominante. Este mensaje toca a los padres en su punto más sensible, en las esperanzas y los deseos que se asocian con el crío tan deseado. Seguramente por eso es tan difícil hacer oídos sordos a lo que los manuales de asesoramiento exigen. Pues éstos muestran con insistencia los peligros que amenazan al hijo en todos los lugares. ¿Qué pasaría al final si... si el hijo sufriera un daño? Sólo pensarlo despierta miles de sustos y miedos, y refuerza la disposición a seguir los manuales y sus reglas.

Juntando todos estos elementos de construcción, se vislumbra, por lo menos vagamente, que la relación entre padres e hijos debe generar sus propias paradojas cuando está determinada por el amor y las añoranzas, dado que el «principio de responsabilidad» condena a los padres de la modernidad cada vez más a una creación que no deja espacio para faltas, errores o revisiones. En el amor a la pareja adulta se pueden intentar siempre nuevos caminos (en el peor de los casos queda el divorcio) y la responsabilidad es compartida entre los dos. El amor al hijo, en cambio, reviste una estructura asimétrica donde la responsabilidad queda adjudicada unilateralmente a los padres y donde cada error (así lo postulan las exigencias pedagógicas) tiene consecuencias graves, incluso irreversibles para las posibilidades de vida del hijo. Lo que a primera vista parece una «paranoia de la educación» por parte de los padres, al final no es sino el resultado de la *lógica circular de amor, exigencia de responsabilidad e inseguridad*, una dinámica que tiene sus propios altos y bajos.

El diagnóstico prenatal como deber tutelar

En la época de la civilización técnico-científica, el embarazo ya no se considera como un acontecimiento natural, sino fundamentalmente como un «estado problemático» que requiere exámenes especiales de prevención y controles médicos. Si el embarazo va acompañado además de los así llamados «factores de riesgo» —y tales factores existen en gran número, como informa la literatura de asesoramiento—, entonces se recomienda para más seguridad un diagnóstico prenatal. Así se escribe, por ejemplo, en el editorial de una conocida revista para padres, que traduce la evolución de la medicina para «uso doméstico», es decir, que la lleva, en cierta manera, a la sala de estar:

> Diagnósticos prenatales durante el embarazo: ¿Nacerá el bebé sano? ¿Qué examen? ¿Cuándo es necesario? ¿Qué riesgos hay?[71]

Si se diagnosticara en el test prenatal una malformación del feto, los padres se verían confrontados con una decisión muy seria. «En nuestro tiempo, dominado por el rendimiento, incluso los trastornos o los impedimentos leves cobran una importancia dramática para el desarrollo, la integración, la carrera y la autoafirmación.»[72] Esta frase se pronunció hace unos años en un congreso de especialistas en genética humana y medicina preventiva. La pregunta ahora es: ¿pueden atreverse, hoy día, unos padres responsables a permitir que su hijo nazca con un posible impedimento? ¿Pueden asignarle un camino de vida que empiece de entrada con oportunidades desfavorables? La respuesta podría ser: abortar. Abortar por responsabilidad, incluso por amor al hijo. Wolfgang van den Daele, miembro de la comisión «Tecnología genética» del parlamento alemán, describe la situación actual:

> Las reacciones de las mujeres afectadas (o de las parejas) ante los resultados del diagnóstico prenatal se parecen muchas veces a una «actitud del todo o nada». Por regla general, se deciden ya por el aborto, si tan sólo existe un cierto riesgo de enfermedad; la probabilidad, pues, que se mate a un feto sano, es relativamente alta , o cuando no se puede determinar, si el probable daño será grave o leve... Incluso el diagnóstico de anomalías de cromosomas (por ejemplo: XYY), clínicamente con casi total seguridad irrelevante, se toma como motivo para abortar al feto «por si acaso».[73]

71. *Eltern*, nº 6, 1989, editorial.
72. Citado según Roth (1987), págs. 100 y sigs.
73. Daele (1985), págs. 145 y sigs.

El diagnóstico prenatal conduce en línea directa hacia un nuevo pensamiento sobre la seguridad. Este pensamiento remite, sin duda, también a los intereses propios de los padres que quieren protegerse de las dificultades que significaría tener un hijo deficiente. Pero tampoco cabe duda de que a menudo también se trata de un pensamiento sobre la seguridad «en beneficio del hijo», y precisamente como producto consecuencia del progreso técnico. Cuando los factores genéticos hereditarios del feto se sustraían al saber humano (y ése era el caso, si nos acordamos, hasta hace pocos años), también se sustraían a la intervención humana. En breves palabras: se trataba de un destino predeterminado. Pero cuanto más se conocen estos factores hereditarios por la investigación genética, más se tornan decidibles y «evitables», y precisamente por los futuros padres. Cuantas más posibilidades de diagnóstico hay, más aumenta el deber tutelar de los padres. La técnica define (y dicta, subliminalmente) lo que es su responsabilidad. Presentamos aquí la experiencia de una mujer que llega a saber; después de haberse hecho una amniocentesis, que espera un hijo con síndrome de Down:

> Incluso si cambiásemos nuestra vida fundamentalmente para poder educar a un hijo con síndrome de Down, nos esperaría una realidad implacable... ¿A quién le entregaremos [nuestro hijo] cuando nos hagamos viejos? ¿Cómo podremos correr con la responsabilidad frente a nuestro hijo ya que siempre dependerá de alguien, si el Estado, si la sociedad no ofrece prácticamente ningún cuidado humano para deficientes mentales? No podemos decidirnos con buena conciencia a tener un hijo que algún día será un pupilo del Estado.[74]

«El embarazo tiene hoy día un significado muy diferente al que tenía hace sólo diez años. Cuando entonces decidíamos quedarnos embarazadas o aceptar un embarazo casual, no estábamos confrontadas con ninguna decisión más, como la de si gestamos este embrión en especial hasta el final o no.»[75] El cambio llega con el diagnóstico prenatal: se produce el «embarazo a título de ensayo» (Rothman). Con ello se crea también una distancia interior con el futuro hijo. Como al principio aún hay incertidumbre acerca de los resultados de los tests de laboratorio —los resultados de la amniocentesis se obtienen frecuentemente sólo en la vigésima semana del embarazo—, muchas mujeres, que piensan en hacerse

74. Rapp (1984), pág. 319.
75. Hubbard (1984), pág. 334.

una amnioscopia, contienen todavía sus expectativas y esperanzas. Controlan sus sentimientos «porque no se sabe qué pasará»; es decir: si siguen con el embarazo. Bajo estas condiciones, el amor por el hijo puede desplegarse únicamente a partir del momento que los tests de laboratorio señalan que no existe «ningún motivo para preocuparse». Veamos un extracto de una investigación empírica sobre las consecuencias del diagnóstico prenatal:

> Bajo las condiciones de la amniocentesis, el vínculo emocional de una mujer con el embarazo, sólo puede ser un vínculo a título de ensayo. La mujer no puede ignorar el embarazo pero tampoco puede entregarse a él de todo corazón... La mayoría de las mujeres consiguen mantener su miedo bajo control. Pero eso tiene un precio. Y este precio se muestra en el desarrollo de la relación con el hijo. Hay que mantener una distancia...
>
> ¿Cómo puede una mujer empezar a relacionarse con su bebé; cómo puede hacer planes para su hijo; cómo puede empezar a desarrollar sentimientos de madre para con él, si quizá no es ningún bebé, sino un error genético, y al final un feto abortado?[76]

Y cuanto más avanza la investigación genética, más posibilidades de intervención se ofrecen. Actualmente, hay que reflexionar sobre las posibilidades de intervención antes del parto, mañana tal vez sobre estas posibilidades antes de la concepción. Si se prolonga hacia el futuro la lógica del desarrollo tal como se ha producido hasta el presente, se vislumbra el siguiente escenario:[77] pronto quizá se puedan escoger, descartar y combinar de manera acertada las características genéticas de la descendencia, un tipo de bricolaje en la probeta que anuncia resultados de alta calidad. Pronto quizá ya no se recurrirá al viejo procedimiento de la concepción natural. En su lugar, se utilizarán exclusivamente óvulos y espermatozoides que respondan a los criterios de la «optimización genética». El horizonte de las posibilidades es amplio, y el amor intentará mucho. Como ya decía John Locke: «La negación de la naturaleza constituye el camino a la felicidad».[78] Su importancia para la paternidad/maternidad en la época de la tecnología de la reproducción ha sido descrita por Yvonne Schütze del siguiente modo: «El amor por el hijo se demostrará entonces tal vez a través de lo que los padres estén dispuestos a invertir para el ajuar genético de su hijo».[79]

76. Rothman (1988), págs. 101-103.
77. Beck-Gernsheim (1988b).
78. John Locke, citado según Rifkin (1987), pág. 30.

El deseo de tener un hijo sin poder tenerlo: el comienzo de una carrera de paciente

¿Pero qué hacer si se quiere tener un hijo y no se puede? Según investigaciones actuales, aumenta el número de los que desean ansiosamente, pero sin éxito, un hijo. Se calcula que aproximadamente entre un 10 y un 15 % de todas las parejas tienen hoy día problemas de fertilidad: no funciona.[80] Para ellos, la medicina moderna ofrece un amplio abanico de tratamientos. Van desde el tratamiento hormonal, ahora ya una rutina en la práctica ginecológica, hasta la fertilización *in vitro* o la fertilización artificial mediante ultracongelación y banco de semen. Tanto da si se elige un método convencional o uno espectacular, todos tienen el mismo objetivo: han de proporcionar el hijo tan deseado.

¿Pero al final realmente se consigue este objetivo? ¿Con qué condiciones y dificultades va unida la ayuda médica respecto a la concepción? Analicemos más detenidamente las probabilidades de éxito y las posibles consecuencias secundarias.

En primer lugar, encontramos los procedimientos que hoy ya forman parte del repertorio estándar del tratamiento de la infertilidad, o sea, la medición de temperatura y el tratamiento hormonal. En esta situación, la sexualidad ya queda sujeta en gran medida en el «caso ideal» por completo al control médico. En cierta manera, se convierte en un quehacer obligatorio y en un deporte de alta competición que se tiene que realizar siguiendo al pie de la letra las instrucciones técnicas (sobre el cuándo, cuándo no, en qué posición). De este modo se regula y se disciplina la sexualidad, reduciéndola a un mero acto biológico. Lo que se pierde en este camino son los otros momentos, los «que sobran», los de la sensualidad, la espontaneidad y el sentimiento. El placer se transforma en frustración: bajo la presión del éxito sufre la propia persona, así como la relación con la pareja.[81] Sobre este tema, he aquí dos informes de experiencias:

79. Schütze (1986), pág. 127.
80. Michelmann y Mettler (1987), pág. 44.
81. Pfeffer y Woollett (1983).

Lo peor de la infertilidad es la obligación de hacer el amor según un plan. Eso quita toda la espontaneidad. Tenía una época en la que sólo quería estar con él durante los días fértiles. Durante los demás días parecía carecer de sentido.

En un momento determinado llegó una fase en que nuestra sexualidad se iba perdiendo. Ya no contaba mucho. Se había convertido en algo pegajoso y poco excitante; en algo un poco forzado. La tenía totalmente organizada.[82]

Si se pasa a los diversos procedimientos de la alta tecnología médica, a la regulación de la sexualidad, se añaden otros factores. La aplicación de dichos procedimientos frecuentemente es larga y ocupa mucho tiempo, es costosa y relacionada con limitaciones considerables de la forma de vida, con riesgos para la salud y con estrés emocional. Respecto a eso, un informe expone las diferentes etapas de una fertilización *in vitro*:[83]

Hasta el séptimo día del ciclo siempre la misma rutina, pero que aún permite una vida cotidiana normal: por la mañana tomar las pastillas, sacar sangre para determinar el nivel de estrógeno e inyecciones de hormonas en el trasero. Por las tardes, llamar a partir de las 15 horas a la clínica para saber qué ración de hormonas tengo que inyectarme por la noche. Mi marido me pone las inyecciones, es médico de cabecera. El equipo de médicos de fertilización *in vitro* (FIV) de la clínica analiza cada tarde los valores de hormona de las pacientes que les llegan del laboratorio y decide sobre su destino: interrumpir el tratamiento o más estimulación...

Cuanto más avanza el tratamiento, más dolorosa se hace la toma de sangre. Percibo cada picadura de la aguja como una lesión. Pero con las hormonas entra también la esperanza en el cuerpo... La esperanza entra en el cuerpo, todo entra en el cuerpo. Mi marido y yo nos volvemos más susceptibles y nerviosos. A partir del décimo día, ya no podemos «tener relaciones»...

Entre el octavo y el decimotercer día del ciclo se decide mucho. En casa hablamos de diámetros de folículos y de niveles de hormonas, y calculamos el probable día de la punción, el día del trasplante de los embriones y la fecha del nacimiento del hijo deseado... Tenemos esperanza, y esta esperanza aumenta de día en día en la oscuridad de la sala de ecografías. No sabemos defendernos contra esta esperanza.

Empieza una temporada de fuerte aislamiento y tensiones, el tratamiento FIV ha cogido las riendas de nuestra vida. El miedo de que todo pueda ser inútil nos acompaña siempre. Por las mañanas, antes de tumbarme en la camilla para la ecografía, siempre temo que los folículos hayan desaparecido o hayan perdido tamaño. Cada vez siento un gran alivio, cuando los pequeños folículos aparecen en la pantalla como manchas negras... Finalmente llega la frase liberadora: «Esta noche, a las 23 horas, le daremos la inyección que produce la ovulación»... Me tranquilizo, pero mi marido se pone cada vez más nervioso. Dentro de 36 horas se sacará el óvulo. Será el día en que todo se decide. Él entonces tiene que funcionar. En la jerga de la clínica eso se llama: «La pareja realiza una nueva prueba de semen».

Durante los dos días siguientes tienen lugar la extracción del óvulo, la donación del semen y la transferencia del embrión, todo naturalmente en la clínica y bajo constante control médico. Después se envía a la paciente a casa, pero claro, no sin instrucciones: debe hacer vida normal, pero no hacer deporte, no entrar en una sauna y no levantar ningún peso, y, por favor, «nada de relaciones en los próximos 14 días».

82. *Ibid.*, pág. 28.
83. Fischer (1989), págs. 48-56; acerca de una explicación científica de las etapas de la fertilización *in vitro*, véanse Bräutigam y Mettler (1985), págs. 54-68.

La dependencia psíquica

Este informe refleja experiencias típicas. Tenga el tratamiento al final éxito o no, al principio se genera una situación de tensión y de expectación permanente. Por si se produce la ovulación, si se obtienen óvulos que pueden ser fertilizados, si los óvulos fertilizados inician la división celular, si el trasplante de los embriones tiene éxito, si el nivel de hormonas sigue elevado, si se consigue la implantación... Si, si, si. Lo que transcurre en un caso normal de forma invisible e imperceptible, escondido en el cuerpo de la mujer, mediante la tecnología se divide en etapas aisladas, se saca a la luz, se hace visible. Eso tiene un efecto emocional muy fuerte como demuestran estudios cualitativos que exponen la experiencia de las mujeres/parejas tratadas en el centro:[84] la consecuencia es una dependencia psíquica. Cuantas más etapas se pasan con éxito, más cerca ven las parejas la meta deseada: el hijo. Aquí presentamos un extracto de una entrevista:

Desde que nos han permitido, a John y a mí, observar nuestros embriones en la cubeta de vidrio, yo creo firmemente en el éxito. Sí, podemos tener hijos propios, aquí están... naturalmente no los veo realmente como un bebé, pero estas células tienen la posibilidad de convertirse en un bebé... en nuestro propio bebé... por primera vez, esta esperanza abstracta llamada «hijo» se está convirtiendo en real.[85]

84. Hölzle (1989); Klein (1987); Lorber y Greenfeld (1987); Williams (1987).
85. Klein (1987), pág. 8.

Por primera vez, esta esperanza se hace palpable. Y esta esperanza no es ningún producto del azar, ni tampoco es una reacción «irracional» de las mujeres implicadas. Al contrario: es producida sistemáticamente mediante el carácter especial del procedimiento técnico. Una vez se ha entrado en este proceso, ya no es tan fácil abandonarlo, incluso cuando el tratamiento no llega hasta el final deseado. Puesto que la gente piensa «Ahora que hemos estado ya tan cerca», las primeras etapas han ido bien, quizá la próxima vez lo consigamos. Por tanto, ¡no hay que renunciar, y ahora menos que nunca! Y empieza la siguiente ronda de tratamientos. La técnica despliega una desconocida fuerza seductora. Como se escribe en un estudio respecto al tema: «La intensidad de las emociones que forman parte del carácter interior de la fertilización *in vitro* y de su experiencia... aumenta directamente la disposición de las mujeres a seguir con nuevos intentos de tratamiento».[86] Una mujer afectada compara esta conducta de recomenzar siempre de nuevo con la ludopatía: «Cada vez estás más desesperada, y cada vez una se dice: "Sólo lo intentaré una vez más"».[87]

Aquí, ahora, la continuación del extracto de la entrevista de arriba:

> Después de la mirada a la cubeta de vidrio, que ya ha despertado esperanzas ansiosas, no pasa nada, sólo esta llamada: «Lo sentimos, señora M., hasta la próxima vez...» Y duele, y duele, pero después te inscribes otra vez. Puesto que parece que ya se había estado tan cerca, tan cerca como nunca antes... y por esta razón hay que empezar otra vez.[88]

La montaña rusa de los sentimientos

Entre esperanzas y miedos; muchas mujeres pasan por una verdadera montaña rusa de los sentimientos. Eso tampoco es una casualidad, sino que está estrechamente ligado al carácter de la técnica. Por la división del proceso en diferentes etapas, todos los pasos se viven ahora conscientemente y se hacen visibles: aquí las posibilidades de éxito, ahí los riesgos; una vez dominan las unas, otra vez los otros. Constantemente son ponderados interiormente y comparados con súplicas. Alrededor de los datos abstractos y fríos de la técnica se teje la red mágica de los sentimientos. Lo muestra el informe de experiencias de una mujer que se había sometido a un tratamiento de fertilización por implantación de cigotos (este tratamiento se parece al método utilizado en la fertilización *in vitro* y consiste en implantar cigotos, es decir, pre-embriones en estado unicelular, en las trompas uterinas):

86. Williams (1987), pág. 2.
87. De una entrevista en *Time*, nº 37, 10 de septiembre de 1984, pág. 38.
88. Klein (1987), pág. 8.

> Yo iba preñada de optimismo durante las dos semanas de tratamiento hormonal que precedían al procedimiento en sí. Y también durante las dos semanas siguientes, cuando contienes la respiración por miedo a perder un embrión que se podría haber implantado durante la noche... Hay momentos que los sentimientos crecen increíblemente. El procedimiento se parece a una historia de amor endemoniada, en la que los deseos y los martirios de la carne son irresistibles. El primer día del tratamiento me contaron que me habían sacado once óvulos de mis ovarios. Yo estaba eufórica. ¿Qué podía fallar ahora todavía? Pero cuando llegó la noche, me hundí en la desesperanza. ¿Qué pasaría si ninguno de los óvulos hubiera quedado fertilizado?, ¿si mi marido y yo fuéramos absolutamente incompatibles en este nivel fundamental?, ¿si nuestros espermatozoides y óvulos no estuviesen dispuestos a entrar en un romance extracorporal?, ¿si por la mañana ya no estuviesen los cigotos?
>
> La enfermera llamó muy temprano por la mañana para decirnos que realmente teníamos cigotos. Cuatro óvulos habían quedado fertilizados. «Pase a recogerlos», dijo, y mi corazón dio un salto al oír esta invitación. Me vestí cuidadosamente y me lavé el pelo como si estuviera a punto de encontrarme con una persona importante.
>
> ¿Sería capaz de conservar uno de ellos en mi seno? ¿Seguirían dividiéndose y creciendo en mi vientre? Como conocía las estadísticas acerca de este tratamiento, estaba llena de esperanzas. No, eso era decir poco: estaba loca de esperanza cuando me aplicaron la anestesia, cuando abrieron un poquito mi ombligo para introducir con un catéter tres de los embriones en mi trompa que aún funcionaba. (Al cuarto embrión lo congelaron para otro intento.) Estos embriones no tenían que hacer nada más que bajar a mi seno que les esperaba. ¿Qué podría ahora impedirlo aún?
>
> Algo sí que podía, algún algo. Mis embriones no se anidaron. Desaparecieron. Cuando eso se hizo evidente dos semanas después del trasplante, yo misma desaparecí un tiempo, encorvada como un feto, por mi dolor. Eso no se podía llamar una muerte, ni siquiera un aborto, sólo era un no embarazo.
>
> Pero yo lloraba por mis embriones como si los hubiera conocido de toda la vida.[89]

89. Anne Taylor Fleming, «When a Loving Nest Remains Empty», en *New York Times*, 15 de marzo de 1989.

Esto no es un caso aislado o extremo. El oscilar entre euforia y depresión más bien es una reacción muy extendida en relación con la «omnipotencia» de la técnica, frente a la cual la mujer se siente impotente, como entregada a la merced de sus deseos existenciales. Incluso los pioneros de la tecnología de la reproducción empiezan a veces a vislumbrar que esta técnica conlleva ciertos peligros: en el revés de la técnica se encuentra «la esperanza y la decepción, el dolor físico y psíquico de miles de mujeres y hombres, que creyeron haber alcanzado casi la meta de sus deseos al someterse al programa de reproducción».[90]

Y siempre nos atrae el hijo

Queda la pregunta por el éxito de tan múltiples esfuerzos. Las estadísticas son decepcionantes. A muchas de las parejas que se someten a tratamientos con las nuevas tecnologías, la terapia no les proporciona un hijo. Eso es especialmente válido para la fertilización *in vitro* que despierta tantas ilusiones desesperadas. La cuota de éxito es aquí muy baja: según estimaciones oficiales se mueve entre un 10 y un 15 %. Y sus críticos afirman que este número seguramente es bastante exagerado.[91] Incluso los pioneros de la tecnología de la reproducción escriben: con las actuales expectativas de (no-) éxito, el incremento rápido del número de laboratorios que ofrecen la fertilización *in vitro* puede «tener consecuencias fatales para matrimonios afectados por la infertilidad».[92]

Pues, aun en las parejas donde no tiene éxito, no quiere decir que no tenga consecuencias. A las mujeres y hombres que siguen infértiles —y éstos son la mayoría— la intervención médica no les quita el sufrimiento, todo lo contrario, lo aumenta todavía más. Para ellos se añade aún lo que se podría llamar «el sufrimiento yatrógeno», es decir, el estrés causado por una serie de procedimientos médicos, por la permanente definición como pacientes y enfermos. Eso afecta a menudo a la autoimagen y la autoconciencia, a la convivencia de la pareja. Los contactos con los amigos y conocidos también disminuyen, algo que no sorprende: los tratamientos médicos tan complicados dejan poco espacio para otros intereses y ámbitos de la vida.[93] Y tanto más el hijo se erige en el centro del pensar, sentir y actuar. Un hijo que no llega.

90. Bräutigam y Mettler (1985), pág. 64.
91. Resumiendo: Fuchs (1988).
92. Bräutigam y Mettler (1985), pág. 65.
93. Pfeffer y Woollett (1983).

Contra todo eso se podría oponer que cada uno es libre de salir de este círculo de tratamientos. Pero precisamente esto es mucho más difícil —si no se miran sólo los aspectos biológicos, sino también los sociales— de lo que a primera vista pueda parecer, y justamente a consecuencia del desarrollo médico. Como «efecto secundario» de esa investigación se redefine la infertilidad y se prolonga en el eje del tiempo. ¿Si existen tantos tratamientos, por qué no intentar también el próximo? Acerca de este problema, dice la socióloga Barbara Katz Rothman:

> Todo estos métodos de tratamiento han cargado también un peso nuevo sobre los afectados, el peso de que tienen que seguir esforzándose siempre todavía más. ¿Cuántos medicamentos peligrosos, en fase de experimentación, cuántos meses o años con medición forzada de la temperatura y una sexualidad deformada tienen que aguantarse, hasta que se pueda renunciar honestamente?[94]

Si antes la infertilidad era un destino predeterminado, hoy se convierte en cierta manera en una «decisión autoelegida». Pues, aquellos que renuncian sin haber probado el método más reciente (una espiral sin fin) «tienen la culpa ellos mismos». Podían haberlo probado nuevamente. Otra vez citamos a Barbara Katz Rothman:

> ¿A partir de qué momento simplemente ya no es su culpa, sino un destino inevitable, fuera de su control? ¿A partir de qué punto pueden seguir viviendo simplemente su vida? Si siempre sigue habiendo un médico con el cual se podría probar de nuevo, y otro método de tratamiento, entonces el rol social que va unido a la infertilidad siempre puede ser considerado en cierta manera como una libre elección.[95]

Lo que aquí se augura es un modelo ya familiar de la historia de la técnica. Por un lado, la técnica ofrece con cada paso de su desarrollo nuevas posibilidades de acción y soluciones de problemas. Pero, a la par con este paso, crea también nuevas obligaciones y dificultades de acción. Pues se produce una presión social y psíquica a veces como presión directa por parte de la sociedad encaminada a usar realmente estas ofertas. Ante este trasfondo se puede entender el efecto que se manifiesta en las entrevistas. Las parejas que no han conseguido ningún éxito al final del tratamiento asegu-

94. Rothman (1985), pág. 28.
95. *Ibid.*, pág. 29.

ran a veces espontáneamente que no se arrepienten de los intentos a pesar de todos los esfuerzos que conllevan. Eso puede parecer paradójico si se piensa en todas las dificultades que han tenido que soportar. Pero justamente estas dificultades tienen también un efecto de justificación y de alivio. Las parejas han utilizado las ofertas de la técnica, y eso tiene para ellos su importancia: han hecho todo lo que podían hacer. No tienen que reprocharse nada. No han traicionado el amor al hijo.

> ... pues, yo quería ensayar todas las posibilidades que existen. Para no tener que reprocharme nunca: no lo has probado todo.[96]

> Si no lo hubiera intentado todo, habría tenido la sensación de que había sido un error mío, de que aún podía probar algo más. Ahora nadie, ni siquiera yo misma, puede mirarme y decir: «Si tú realmente hubieras querido un hijo biológico, podrías haberlo tenido».[97]

Padres e hijos en el universo de las nuevas expectativas

Complicaciones como las que acabamos de describir son, sin embargo, la excepción. La mayoría de las parejas consigue, de hecho, tener descendencia, tal como lo han deseado. ¿Cómo se nos presenta, pues, la próxima etapa? ¿Qué pasa si el embarazo y el parto transcurren sin incidencias, si el deseo de tener un hijo se ha convertido en hijo?

Primeramente, el hijo constituye para muchas mujeres y hombres una fuente elemental de felicidad. El hijo abre nuevos aspectos de la vida; proporciona intensidad a los sentimientos, autoexperiencia y experiencia de sentido, arraigo emocional. Todo esto son factores que no sólo aparecen con el deseo de tener un hijo, sino que se hacen realmente palpables en la convivencia con él, como demuestran muchos estudios.[98] En este sentido, y comparado con los tiempos anteriores de la familia como comunidad económica, crece la ganancia emocional que pueda ofrecer la paternidad.

Pero eso sólo es una cara de la verdad. Las exigencias, las tareas, los deberes que hoy día forman parte de la paternidad también han aumentado enormemente. En siglos anteriores, el trabajo con los hijos era considerablemente más fácil: en la vida cotidiana de la época preindustrial no se les

96. Extracto de entrevista en *Nave-Herz* (1988), pág. 91.
97. De una entrevista en: *Ms.*, enero-febrero 1989, pág. 156.
98. Véase más detalladamente en Beck-Gernsheim (1989), págs. 29 y sigs.

dedicaba ninguna atención o cariño especial a los niños pequeños. A los niños se les consideraba como seres humanos todavía no completos y con pocas necesidades propias. La infancia, por consiguiente, sólo era una fase transitoria insignificante, no era objeto de influencia consciente y de educación especial.

Así, en la Edad Media:

> De todos los atributos por los que la Edad Media se distingue de nuestro tiempo, el que más destaca es la falta de interés por los hijos... Parece que los niños, en general, crecían en los primeros cinco o seis años sin tutela especial y a la merced de sí mismos; o morían, o sobrevivían.[99]

Así también en amplios grupos de la población todavía en los siglos XVIII y XIX:

> La cría de los hijos era una cosa «de más a más»... Por regla general, no se podía hablar de una educación basada en principios conscientes... Los padres demostraban dureza sobre todo cuando se trataba de obligar a los hijos a trabajar... Cuando los hijos habían acabado su trabajo, a los padres normalmente les faltaba tanto el tiempo como las ganas de cuidar y enseñarlos; los hijos estaban en gran medida a merced de sí mismos.[100]

En la sociedad preindustrial, se exigía mucho menos de los padres que hoy, porque sus posibilidades de acción estaban también mucho más limitadas: según la visión del mundo de entonces, el desarrollo del hijo quedaba en primer lugar en manos de Dios. Eso empezó a cambiar cuando, en los siglos XVIII y XIX los expertos descubrieron al niño como tema. Pero aún a finales del siglo XIX, la religión y la tradición poseían una gran fuerza de influencia, por lo que la educación en amplios grupos de la población seguía transcurriendo con bastante «normalidad», es decir, según las costumbres y las reglas transmitidas de generación en generación. Más adelante, sin embargo, en el curso del siglo XX, decayó cada vez más el influjo de la religión y de la tradición; la clase y el rango perdieron su importancia como ámbitos donde experimentar una situación común de la vida. El ser humano moderno tuvo que tomar el destino en sus propias manos, y también el destino de su descendencia. El precepto de los modernos asesores en educación es siempre el mismo: la mejor promoción posible de las capacidades del hijo.

99. Tuchmann (1982), págs. 56 y 58.
100. Schlumbohm (1983), págs. 67-72.

LA PROMOCIÓN ÓPTIMA COMO PRECEPTO DE LA MODERNIDAD

Diversos procesos, que se iniciaron sobre todo en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, contribuyeron a seguir impulsando aún más la exigencia de la promoción que tuvo sus orígenes en el siglo XIX. En primer lugar, hay que mencionar los progresos nuevos en la medicina, la psicología y la pedagogía que hacen que el niño se vuelva en gran medida más moldeable. Impedimentos físicos, por ejemplo, que a finales del siglo XIX aún tenían que aceptarse como un destino, ahora se empiezan a tratar y a corregir. En la psicología de los años sesenta se impone una corriente de investigación que destaca aún más que anteriores corrientes la importancia de los primeros años de la vida, que incluso compara la omisión de promoción con la pérdida de oportunidades de desarrollo. Al mismo tiempo, se registra un claro incremento de los ingresos, por lo que las posibilidades de promoción, antes reservadas a una capa reducida, se extienden ahora a amplios grupos. Y, finalmente, se inicia en el ámbito político una campaña a favor de la enseñanza que se dirige de manera muy clara a los grupos hasta entonces subprivilegiados. Como resultado de estas condiciones y otras parecidas se refuerza la presión cultural preestablecida: al hijo cada vez se le debe aceptar menos tal como es, con sus peculiaridades físicas y mentales, o sus posibles deficiencias. Se le convierte más bien en el objetivo de múltiples esfuerzos. La casi totalidad de sus deficiencias deben ser corregidas (nada de estrabismo, de tartamudeo o de eneuresis nocturna), la casi totalidad de sus capacidades tienen que ser desarrolladas (tiempo para las clases de piano, para vacaciones dedicadas a aprender idiomas, para el tenis en verano y el esquí en invierno). Se crea un nuevo mercado con programas cada vez más actualizados para la promoción del desarrollo del niño en todas sus facetas. Y estas nuevas posibilidades recobran rápidamente el carácter de nuevos deberes. Pues los padres no sólo pueden, sino que deben proveer al hijo de aparatos de ortodoncia y de plantillas ortopédicas, facilitarle cursillos de esquí y vacaciones para aprender idiomas.

Se podría decir que se trata con esto sólo de unas líneas directrices pedagógicas y no de la realidad de la educación. La pregunta, por tanto, es si los cambios en los estándares influyen directamente en el trabajo real de la educación. Los estudios disponibles al respecto no proporcionan una imagen clara. Pero los indicios que contienen muestran, sin embargo, que estas ideas directrices se están traduciendo, a muchos niveles, en una acción educativa de hecho. Para enumerar algunos detalles: por regla general, se registra un sorprendente nivel de información de los padres en relación con las indicaciones científicas y de divulgación científica, y no exclusivamente en la clase media. Una investigación sobre familias de la clase baja demuestra, por ejemplo: «Los conocimientos de los padres respecto a la educación en lo que se refiere a la limpieza, a cuestiones de alimentación o a fases del desarrollo de los niños estaba mayoritariamente al nivel de la discusión científica».[101] Precisamente a las familias de la clase baja les parece muy importante que «a sus hijos les vaya mejor que a ellos, y se esfuerzan también para conseguirlo» haciendo considerables sacrificios económicos y personales.[102] Una encuesta entre las mujeres de la clase trabajadora llega al resultado siguiente: «Todo eso —la actitud de cara al desarrollo infantil, al comportamiento de castigar, a la sensibilidad frente a los miedos y los deseos de los niños— indica que en el clima educativo de las familias trabajadoras se ha producido cambios importantes: las actitudes y las prácticas se centran ahora más en el hijo».[103]

Puede que todo eso beneficie al niño (o no, pues, ¿a partir de qué punto el beneficio se convierte en plaga?). De todas formas, una cosa es cierta: todo ello requiere una disposición de fuerzas permanente por parte de los padres, sobre todo de las madres. Tienen que realizar, en primer lugar, un gran «trabajo de información», puesto que actualmente existe un abismo entre el saber disponible y el saber culturalmente exigido acerca de los niños. Por un lado, los jóvenes adultos de hoy son unos aficionados frente al trato con niños, mucho más que las mujeres y los hombres de anteriores generaciones. La causa se encuentra sobre todo en la situación demográfica, pues en nuestra sociedad hay muchos menos niños que en siglos anteriores. Pocas veces el individuo crece en un círculo de varios hermanos y tampoco ve a muchos niños en su entorno cotidiano hasta el momento de tener él mismo hijos. Por otro lado, se exige a los padres de hoy que sean, por lo menos, miniexpertos en lo que se refiere a niños. Y puesto que como resultado de los progresos específicos en el campo de la pedagogía, de la psicología y de la medicina se dispone de un creciente saber que se difunde mediante la literatura de divulgación, se considera «buenos padres» a los que se apropian de este saber para el bien del hijo. Esta tendencia, conocida en la discusión pedagógica como «cientificación de la educación», no significa para los directamente implicados otra cosa que una cientificación

101. Wahl y otros (1980), pág. 150.
102. *Ibid.*, pág. 41.
103. Becker-Schmidt y Knapp (1985), pág. 52.

del trabajo que tienen que realizar, o sea, un aumento de exigencias y esfuerzos. Como la educación siempre es una relación bilateral, la «conquista del hijo por la ciencia»[104] siempre es una conquista de los padres, y sobre todo de las madres. Se echa una red de teorías sobre los hijos. Y con la misma red se apresa también a las madres.

> Trátese de problemas de la educación o de la escuela, de lo que el hijo debe vestir, del dónde, cuándo y con quién ir de vacaciones, de la comida, de si es demasiado pequeño o alto, si grita mucho o calla demasiado, si va demasiado encorvado o recto, de lo que sea, siempre llega el mismo consejo: mejor dirigirse a un médico. Ya no existe ninguna revista sin la correspondiente columna del médico; revistas como *Eltern* [«Padres»] o *Unser Kind* [«Nuestro hijo»] tienen millones de lectores. Las experiencias se convierten en insignificantes, las indicaciones de los propios padres y abuelos ya no corresponden al nivel del saber de los teóricos modernos; la educación de los hijos se ha transformado en una ciencia y, por tanto, se puede estudiar, aprender y, sobre todo, también enseñar.[105]

¿Pero por qué las madres no practican simplemente un «rechazo al trabajo», por qué no ceden en su búsqueda de información pedagógica? La respuesta es que existen numerosos límites y obstáculos que hacen bastante difícil poder salirse de la jungla de los consejos. Para empezar, las madres están asediadas por todas partes por el precepto de la mejor promoción posible, desde la televisión, pasando por las revistas, hasta la escuela. Y el mensaje transmitido tiene siempre el mismo estribillo: que la falta de atención a las necesidades de los hijos conduce a daños irreversibles y que una omisión de la promoción conlleva retrasos en el desarrollo, incluso al fracaso en el rendimiento. Y los padres entienden muy bien el significado de la palabra «fracaso en el rendimiento», pues, «rendimiento» es una categoría clave en la sociedad marcada por la movilidad social.

Una promoción insuficiente tiene como consecuencia el fracaso en el rendimiento. Esta fórmula, que atraviesa como un hilo conductor toda la literatura de divulgación sobre asesoramiento educativo, no deja de afectar a los padres. Puesto que significa que, en el caso de no cumplir con este trabajo, se debe contar con sanciones duras, o traducido libremente: ¡el abandono del país pedagógico está prohibido bajo pena! Y lo que endurece aún más las sanciones es que tocan a los padres en su punto más sensible, tocan

104. Gstettner (1981).
105. Sichrovsky (1984), págs. 38 y sigs.

lo que más quieren: su hijo. Ya que el trabajo por el hijo no es un trabajo cualquiera, sino uno muy especial: donde el «trabajo» no se puede separar del «amor» y donde, por este mismo motivo, el amor siempre impulsa al trabajo. «Cada alusión a que su hijo tal vez no pueda alcanzar el potencial completo de sus posibilidades emocional, físico, mental hace que se rompa el corazón de la mujer. Y por ello siempre tiene las antenas puestas para ver cómo puede mejorar su propia conducta.»[106]

Bajo estas condiciones, el rechazo al trabajo sólo lo pueden conseguir las madres «sin corazón», las que son «madres inhumanas», si se las mide con la regla de las expectativas de reciente definición. La mayoría, sin embargo, no logra sustraerse a los estándares culturalmente prescritos. Prefieren exagerar antes que hacer poco y sufren bajo los conocidos sentimientos de culpabilidad dudando de si realmente han hecho todo lo necesario. Las teorías pedagógicas provocan el miedo como resultado de los escasos esfuerzos realizados, y este mismo miedo obliga nuevamente a volver a la orientación mediante los consejos pedagógicos, y así se cierra el círculo.

Pero naturalmente no basta con tener la información. Lo importante es la aplicación de esta información. Y eso significa un «trabajo de promoción» muy variado para el hijo y su desarrollo, justamente porque, en cierta manera, el hijo se ha convertido hoy en «factible». Analicémoslo más detenidamente: ¿quién hace qué? Con mucha más frecuencia que antes se recurre a los especialistas para que prevengan o corrijan el proceso natural. Dichos expertos hacen lo que entra en sus tareas profesionales, desde la vacunación hasta dar instrucciones sobre ejercicios terapéuticos. Normalmente, no se les puede llamar para que acudan a casa, es el paciente que tiene que desplazarse. ¿Pero se puede pedir a un niño pequeño que vaya él solo a la consulta de un médico? ¿Quién, pues, hace el *trabajo de antes y de después* que es necesario? ¿Quién acompaña al hijo al dentista o a la gimnasia correctiva? ¿Quién se queda con él en la sala de espera? ¿Quién compra los medicamentos? ¿Y quién le lleva de entrenamiento en entrenamiento, asegura el éxito del aprendizaje en casa mediante palabras de advertencia, ejercicios y controles? En la mayoría de los casos, lo hace la madre.

Y hace todavía mucho más. Ya que también en aquellos campos de la vida diaria educativa, donde no se necesita la intervención directa de un especialista, reina de modo más escondido, pero no con menos consecuencias, el influjo de la pedagogía. En este marco se generan nuevas actividades que se podrían resumir en la expresión: la madre como *«ayudante del*

106. El pediatra Sanford Matthews, citado según *McCall's*, julio de 1984, pág. 126.

desarrollo» del hijo. Como se escribe en una revista femenina estadounidense: «Un tiempo sin estímulos es un tiempo perdido para el niño».[107] Para garantizarle una estimulación diversificada, las madres (y de vez en cuando, los padres) acompañan al hijo al circo y al zoo, o al curso de natación para bebés; organizan grupos de iniciativas de padres y fiestas de barrio para niños. La «infancia natural» ya no existe en muchos aspectos; ha empezado la «puesta en escena de la infancia». Rechazar este trabajo también es bastante difícil, dado que las actividades de la puesta en escena no son el resultado de un mero capricho de los padres. Antes bien, tienen su causa objetiva en el hecho de que la educación y la promoción bajo las condiciones de la sociedad móvil se han tornado una parte del *«trabajo para mantener el nivel social».*[108] Donde reina la presión para garantizarse su propio lugar en la sociedad mediante esfuerzos individuales, esta presión se transmite necesariamente ya al cuarto de los hijos: la educación de los hijos transcurre entre el deseo de ascender y el miedo a la pérdida del nivel social. El escritor John Steinbeck ha expresado de forma literaria y concisa esta tendencia:

> De repente fue totalmente inaceptable que el hijo tuviese que vivir como sus padres; tiene que ser mejor, vivir mejor, saber más, vestirse mejor e incluso cambiar el oficio de su padre por una profesión académica. Este sueño emocionante se extendió por el país. Y como se le exigía al hijo que tenía que ser mejor que los padres, debía ser disciplinado, dirigido, empujado, admirado, castigado, halagado y obligado.[109]

Resumiendo, se puede decir que, en la sociedad altamente industrializada, el sustento físico del hijo se ha hecho más fácil gracias a la tecnificación del hogar y gracias a los productos prefabricados como los pañales desechables y las papillas para bebés. Con el descubrimiento de la infancia, sin embargo, se ha descubierto también un número creciente de nuevos temas. Dicho en palabras de Ariès: «Nuestro mundo está como obsesionado por los problemas físicos, morales y sexuales de la infancia».[110] De este modo se han añadido a otro nivel numerosas tareas nuevas, como se menciona en un estudio sobre el desarrollo familiar: «La familia sufre hoy una

107. Lois Davitz en *McCall's*, julio de 1989, pág. 126.
108. Papanek (1989).
109. Steinbeck (1966).
110. Ariès (1978), pág. 560.

"presión educativa", única en la historia».[111] El hijo, antaño un regalo de Dios, y a veces también una carga no deseada, se ha convertido hoy para los padres y las madres sobre todo en «un objeto de difícil trato».[112]

Un amor que sigue los planes de estudios

El precepto de la «promoción óptima» que rodea a los padres modernos desde todos los lados cambia profundamente el trato diario con los hijos. Tanto da si se trata de bañarlos o darles de comer, si de jugar o acariciar, todo tiene que perseguir un fin situado más allá del trato inmediato. Todo se define como una actividad de aprendizaje y debe servir a la promoción, es decir, tiene que estimular la creatividad, proporcionar impulsos para el desarrollo y estímulos para el aprendizaje. El trato con los hijos está dominado, de este modo, cada vez más por una mentalidad del «con el fin de que»,[113] cargando a cada acción, por más insignificante que sea, con el peso de la finalidad. Eso ya se puede ver en un manual educativo, publicado en el año 1783:

> A la gente le gusta jugar con los recién nacidos. Pero esta gracia se podría utilizar para algo más beneficioso... ¿Por qué se dirige la atención del niño hacia todo lo que la madre le enseña y no con más orden en esta u otra dirección? ¿Por qué no se enseña al niño mediante la conducción de la mano que toque de forma ordenada una cosa después de la otra, que la aparte, la acerque, la agarre y la deje, etc.? Acompañado además todo esto con breves palabras como: ¡toca, aparta, acerca, agarra y déjalo! ¿No sería ésta una forma temprana de enseñarles alguna habilidad del cuerpo?... En breves palabras: cada juego, cada gracia con los recién nacidos o los niños de corta edad tiene que ser dirigido por la intención del conocimiento de las cosas y sus nombres, y debe servir como ejercicios previos para el aprendizaje del lenguaje y de otras partes del cuerpo (Basedow).[114]

Instrucciones como éstas se han perfeccionado mucho en las últimas décadas y, sobre todo, se han difundido también mucho más. Pues en la era de los medios de comunicación y de la cultura de masas existen muchas instancias que propagan las ideas pedagógicas entre el pueblo: las revistas, la televisión, las columnas de consejos de los periódicos llegan igual a la pe-

111. Kaufmann y otros (1982), pág. 530.
112. Hentig (1978), pág. 34.
113. Sichtermann (1981), págs. 34 y sigs.
114. Basedow (1783), citado según Ostner y Pieper (1980), pág. 112.

queña burguesía, a las familias de la clase baja y a la población que vive en el campo. A partir de estas fuentes, bastante diferentes entre sí, se crea hoy día una «tendencia duradera hacia la pedagogización de la infancia dentro de la familia» que llega a cada vez más grupos. «A las madres pequeños burguesas y trabajadoras se les recomienda imitar la cultura infantil, un entorno normal de la vida de la burguesía (ilustrada).»[115] Al respecto presentamos un extracto de una revista para padres:

> A través de las múltiples impresiones sensoriales y las experiencias cinéticas se crea inteligencia y capacidad de acción... Organice oportunidades de aprendizaje para su hijo. Si ofrece a su hijo diversas impresiones sensoriales y posibilidades de moverse, le ayudará a convertirse en una personalidad independiente y capaz de actuar.[116]

Y no solamente se someten las actividades de la vida cotidiana a la mentalidad del «con el fin de que»; también se abarcan las expresiones espontáneas del corazón: la ternura, el cariño, el amor como instrumentos del programa de desarrollo. Citamos nuevamente una revista para padres:

> Justamente el niño aún no nacido ya es muy tempranamente capaz de percibir estímulos, sensaciones y tactos... Un contacto consciente por parte de los padres y una *atención cariñosa* tienen el efecto de un *motor para su desarrollo.* Por ello se aconseja a la embarazada: «Ponga ambas manos de forma relajada sobre su vientre y abrace mentalmente a su bebé con gran *ternura*».[117]

Y otro extracto, esta vez de un manual de divulgación de asesoramiento pedagógico:

> «Un camino para promover el desarrollo mental de su hijo consiste en la afirmación: convertir *el amor y el elogio en las formas más importantes de enseñar disciplina.* Pues, estas técnicas *funcionan con mucha eficacia* no sólo cuando se trata de la promoción del crecimiento social y emocional, sino también en el desarrollo intelectual.»[118]

Incluso el amor maternal se transforma ahora en un acontecimiento de expertos. Tanto en la literatura científica como en la de divulgación se eleva este sentimiento al nivel de una necesidad pedagógica. Dicho en otras palabras, el amor se convierte en un deber obligatorio. En una guía para jóvenes padres se comenta:

115. Zinnecker (1988), pág. 124.
116. *Eltern*, julio de 1988, pág. 150.
117. *Eltern*, n.º 9, 1985, pág. 17; destacado por EBG.
118. Beck (1970), pág. 60; destacado por EBG.

> Queremos «demostrar la importancia que tiene la atención cariñosa y el estímulo como base fundamental para el desarrollo mental y psíquico del niño... El bebé necesita para su evolución positiva... la atención responsable y el amor de una persona de referencia, mejor que sea la madre.[119]

El amor maternal es, por tanto, un trabajo necesario, pero, por otro lado, no debe ser entendido como trabajo. Quien sigue las indicaciones con esfuerzo, también comete un error. El pediatra y psicoanalista para niños D.W. Winnicott se dirige así a la madre:

> Debes alegrarte, disfrutar de la sensación de ser importante. Disfruta que otra gente se preocupe por lo que pasa en el mundo, mientras que tú produces uno de sus nuevos miembros. Disfruta de estar enamorada, incluso se podría decir de ti misma, ya que el bebé casi forma parte de ti misma... Disfruta todo esto por ti misma, pues la alegría que tú puedas sacar del asunto tan deslumbrador del cuidado del hijo, es altamente importante desde el punto de vista del bebé... *El placer de la madre es necesario*, porque, si no, toda la labor es como muerta, sin sentido y mecánica.[120]

Palabras de un folleto de asesoramiento:

> *Haga el esfuerzo* de cuidar a su hijo lo más *relajada* posible.[121]

Como el amor maternal es importante, pero, por otro lado, también difícil, se le rodea de muchos consejos. Se advierte ante la posibilidad de «comportamientos perjudiciales del amor maternal», y de éstos existen muchas variantes (el «amor posesivo, el amor sacrificado, el amor hostil, dominante, sumiso, necesitado de cariño o pobre en cariño»).[122] De este modo, se esboza un «índice de ternura» que convierte el cariño maternal en algo medible y que permite controlar este potencial explosivo.[123] Así, incluso el subconsciente se convierte en objeto de la acción planificada, y de las emo-

119. *Das Baby*, 1980, págs. 3 y 23.
120. D.W. Winnicott (1969), citado según Schütze (1986), pág. 91; destacado por EBG.
121. *Ihr Baby im ersten Jahr*, 1988, pág. 21; destacado por EBG.
122. Schmidt-Rogge (1969), citado según Schütze (1986), pág. 123.
123. Grossmann y Grossmann (1980), citado según Schütze (1986), págs. 116 y sigs.

ciones del corazón se hace un amor sujeto a una finalidad. Es una empresa difícil que requiere una preparación intensa: el amor planificado tiene que ser aprendido para que se transforme en un instrumento eficaz de la promoción. La espontaneidad sentimental se convierte en un vestigio arcaico y es sustituido por un procedimiento complicado que necesita una manipulación correcta y una dosificación adecuada. El título de un libro nos resume la consigna: «Los hijos necesitan amor. Los padres necesitan asesoramiento».[124]

Barbara Sichtermann analiza esta evolución: «La atención cariñosa y el estímulo, en una palabra, el amor, son afectos que, en la mayoría de los casos, los padres prestan a sus hijos sin que nadie tenga que pedírselo especialmente. Pero cada uno puede entender el amor de forma muy diferente, y un amor tan descontrolado no es suficiente para los asesores educativos. El amor tiene que estar integrado de manera razonable en el sistema de estímulos y afectos... Este sistema, en particular, resulta bastante complicado (como se puede comprobar al hojear las guías). El aficionado... no debe creer que puede empezar a amar sin más. Si quiere promover el desarrollo mental de su hijo..., tiene que atenerse a un canon de reglas, elaboradas por especialistas a base de una investigación escrupulosa... y que la persona que ama debiera utilizar, por ejemplo, mediante el estudio de la literatura especializada como precepto regulador de su acción».[125]

Amores competitivos

Cuando la «promoción óptima» se convierte en una ley, los padres se ven expuestos a unas enormes exigencias. Sin embargo, sus recursos de dinero, nervios, tiempo y paciencia no son ilimitados, como es sabido. Si, a pesar de todo, quieren cumplir con estas elevadas expectativas, los padres tienen que poner en un segundo plano sus propias necesidades, derechos e intereses y renunciar a muchas cosas. Esta renuncia toca en primer lugar a la persona que se ocupa principalmente del hijo, en la mayoría de los casos, la madre. Como se escribe en un estudio sobre el desarrollo de la familia:

> El aumento de nuestra sensibilidad cara a lo que los niños —sobre todo en los primeros años de su vida— exigen de su entorno directo..., conduce

124. Homan (1980).
125. Sichtermann (1981), pág. 35.

> más y más a una ocupación exclusiva de por lo menos una parte de los padres para las necesidades de los hijos, por lo que las necesidades de los padres —sobre todo de la madre— se posponen a otras fases de sus vidas, si no se reprimen incluso para siempre.[126]

Las consecuencias del incremento de exigencias afectan además a la relación entre los padres. «Los hijos unen el matrimonio», «los hijos son una garantía y un signo del amor»; eso son ideas que con frecuencia se asocian con el deseo de tener hijos. ¿Pero es así en realidad? Por un lado, el ser padres/madres se ha hecho más difícil y más complicado. Y, al mismo tiempo, la relación matrimonial se ha convertido en un acto de equilibrio y de fuerza: «Ya no funciona nada sin constantes discusiones, peleas y sin la disposición a llegar a compromisos y cambios».[127] El dilema es evidente. Cuanto más se concentran en el hijo, menos tiempo queda para la relación entre la pareja. En una investigación empírica se describen las consecuencias del nuevo tipo de «familia centrada en el hijo» de la siguiente manera: «La intensa ocupación con el hijo, tanto respecto a los sentimientos como al tiempo que se le dedica, conduce a una limitación de la relación en la propia pareja».[128]

> En los casos típicos, tiene los siguientes aspectos: si ambas partes de la pareja trabajan, en el tiempo libre disponible se dedican al hijo... Eso significa para los matrimonios activos que les queda poco espacio para la comunicación entre ellos. Si uno tiene que ocuparse del hijo, el otro puede dedicarse en este tiempo a los contactos con otras personas y cosas parecidas. De esta forma quizás se satisfaga la necesidad de ejercer actividades no relacionadas con el hijo, pero lo que antes del nacimiento del hijo también constituía un motivo para la relación amorosa, o sea, el deseo de estar juntos, ahora ha quedado relegado a un segundo lugar. Si sólo trabaja una parte de la pareja —por regla general, el hombre—, la situación tampoco mejora mucho: como la mujer se pasa todo el día con los hijos, por la tarde prefiere hacer otras cosas diferentes. Pero las conversaciones de cada tarde con el marido se limitan, más o menos, siempre a informar al marido sobre lo que ha pasado con los hijos.[129]

Se pueden encontrar también —entre el número creciente de los manuales pedagógicos de divulgación— algunos que tematizan cómo los idea-

126. Kaufmann y otros, (1982), pág. 531.
127. Bullinger (1986), pág. 24.
128. Schütze (1988), pág. 108.
129. *Ibid.*, págs. 107 y sigs.

les pedagógicos tan exigentes afectan a la relación de la pareja. Y ésta es su conclusión: «Después del nacimiento del hijo, los padres a menudo están tan ocupados con su cuidado que les queda poca fuerza para el apoyo y el respaldo mutuo».[130]

> Por el bien del hijo, todas las demás expectativas tienen que ser reducidas. No pocas veces no queda ni fuerza ni tiempo para la comunicación entre la pareja. Todo tiene que ser sometido a las necesidades del hijo. Para los padres sólo queda lo que el hijo «les deja». Durante mucho tiempo, los esfuerzos exigidos por la vida cotidiana pueden predominar tanto que a los padres sólo les queda la opción de «funcionar» y de caer, por la noche, muertos de cansancio y agotamiento en la cama...

> Pero no únicamente el hombre y la mujer, sino también la relación entre ellos, se ahoga en el día a día. Y no hay momentos culminantes. Pasan pocas cosas entre los dos, por lo menos, poco que tenga interés o sea bonito. La intensidad del primer tiempo después del nacimiento ha abierto paso a una monotonía de los sentimientos. Algunas parejas ni siquiera pueden decir ya si aún se quieren o no. Están juntos, pero aparte de la preocupación común por el hijo, queda poco que les una.[131]

También en muchas entrevistas e informes de experiencias se pone de manifiesto que la relación entre la pareja queda fácilmente marginada, si se dejan dominar por los ideales exigentes de los manuales pedagógicos. El estribillo muchas veces es el siguiente: se destaca que el hijo significa un gran enriquecimiento y también una nueva sensación de sentirse unidos. No obstante, después llega el «pero...».

> Después de haber nacido Thomas, mi marido y yo nos sentíamos muy unidos, pero creo que esta sensación pocas veces es duradera. Cuando ahora nos encontramos en casa, siempre está ahí el bebé, y nos alternamos para vigilarlo. Ahora son momentos muy contados los que podemos salir juntos... Fácilmente pasa que estamos mucho tiempo juntos en casa, en el sentido de estar en casa y hacer algo con el hijo, pero sintiendo en el fondo una gran distancia con la pareja.[132]

> Los primeros meses nos llenaba una gran euforia, todo era excitante y nuevo. Aunque siempre estábamos tan cansados que casi ya no teníamos fuerzas para hablar entre nosotros. Pero pensábamos que eso cambiaría otra vez. Pero no ha cambiado, o bien poco. Nos sentimos tan ocupados por nuestro hijo, siempre tan cansados y agotados que nuestra relación ha quedado relegada a un segundo plano.[133]

130. Bullinger (1986), pág. 37.
131. *Ibid.*, págs. 39 y 56.
132. Informe en Blackie (1988), pág. 160.

En aquellas parejas que se adaptan escrupulosamente a los consejos de los expertos pedagógicos y a la consigna «todo por el hijo», la vida cambia totalmente, hasta en los más insignificantes detalles de cada día:

> ... tener un hijo significa cuestionar, cambiar u olvidar absolutamente todo lo que hasta entonces hemos vivido y experimentado, todas las costumbres y usos que habíamos adquirido juntos... Nada sigue como antes, si nos tomamos al hijo verdaderamente en serio. Nuestro horario, nuestras relaciones, el sueño, el piso, las metas de nuestros paseos, todo tiene que ser adaptado al hijo.[134]

No es de extrañar, pues, que las dificultades aumenten bajo estas condiciones, que se produzcan irritaciones que crean muchas tensiones escondidas si no queda tiempo para hablar francamente sobre el problema.

> Mientras nuestro hijo evolucionaba estupendamente, y mientras mi marido y yo ganábamos más seguridad con nuestro rol de padres, nuestra relación quedaba como anulada. Sólo cuando nuestro hijo ya tenía once meses, empezamos a pensar en voz alta y conjuntamente que debíamos poner más el acento en nuestra relación, que no sólo teníamos una responsabilidad hacia el hijo, sino también hacia nosotros mismos.[135]

«Con el cambio de significado del matrimonio y de la familia... hacia un instrumento de socialización de los hijos... los posibles conflictos en la relación de la pareja están ya preprogramados.»[136] El tiempo, las fuerzas, los nervios, la paciencia y los sentimientos no pocas veces quedan primordialmente absorbidos por el hijo. La vieja regla de que «los hijos unen», ya no tiene validez, o sólo parcialmente, bajo las nuevas condiciones.[137]

133. Informe en Reim (1984), pág. 101.
134. *Ibid.*, pág. 132.
135. *Ibid.*, pág. 19.
136. Nave-Herz (1987), pág. 26.
137. Chester (1982).

Cuando el amor ataca

Queda la pregunta: ¿qué beneficio se llevan los hijos de estas nuevas condiciones, esperanzas, exigencias y deseos que ahora se dirigen hacia ellos?

La respuesta es muy discutida. O para expresarlo de una manera más fina, este tema se está discutiendo de forma controvertida entre los científicos. La mayoría de los autores no niega en absoluto que el cambio de la sociedad premoderna hacia la moderna haya aportado a los niños nuevas oportunidades a muchos niveles, por ejemplo, la posibilidad de la promoción y del desarrollo individual, un aprendizaje fuera de los límites de rango, clase y género. También la liberación de viejas pesadillas y miedos, de represión, de desatención y de violencia sorda. (Quien lea las descripciones en famosas autobiografías sobre la infancia en las regiones más atrasadas de la Europa del siglo XX[138] —la monotonía de las condiciones exteriores de la vida, la falta de posibilidades de aprendizaje, la obligación a trabajar, el eterno agotamiento—, difícilmente entenderá los viejos tiempos como un idilio). Pero, no obstante, aumenta en los últimos años la sospecha de que la época de la pedagogización, del cuidado y de la preocupación total, también tiene sus contrapartidas. El estribillo de las expresiones críticas apunta en la siguiente dirección:

La campaña pedagógica transforma la infancia cada vez más en un programa que requiere una vigilancia escrupulosa y un control permanente de los pasos de desarrollo y de los déficits. El hijo se convierte en un ser dependiente que necesita todo el tiempo personas adultas que definen, cuidan y administran sus necesidades físicas y psíquicas, presentes y futuras. Bajo el pretexto del amor pueden esconderse también las fantasías de poder de los adultos: «Unos padres, armados con revistas y libros especializados, maltratan a sus hijos con un exceso de sentimientos que convierte el cuarto de los niños en un centro de socialización».[139] Resumiendo: la atención puede escalar hasta convertirse en «el terror de la atención».[140]

Ellen Key describió esta tendencia ya a principios del siglo XX:

> El niño siempre está obligado a no hacer una cosa o a hacer otra, a encontrar algo diferente, a querer algo diferente de lo que hace, encuentra o

138. Ledda (1978); Wimschneider (1987).
139. Gronemeyer (1989), pág. 27.
140. *Ibid.*

> quiere. Siempre se le empuja hacia una dirección distinta de la que él quiere tomar. ¡Y todo eso muchas veces por puro cariño, por atención; por el celo de dirigir, aconsejar y ayudar para esculpir y pulir el pequeño material humano de tal manera que se convierta en un ejemplar perfecto de la serie de modelos «hijos ejemplares»![141]

Nos encontramos, pues, ante una situación paradójica. Mientras que la literatura de divulgación se amplía constantemente con nuevos consejos, en el seno de la ciencia se observa esta tendencia a menudo con un creciente escepticismo. En muchos autores se está anunciando un «alejamiento de la pedagogización».[142] El dominio total de la pedagogía, antaño considerado como una fórmula para el progreso y la liberación, es ahora cuestionado, incluso ya se ha sospechado públicamente de sus fines. El «amor altruista del educador cobra hoy un aspecto implacable; tomar partido por el hijo aparece como afán de perfeccionar totalmente la vigilancia y la disciplina: como acto de domesticación».[143] Esta perspectiva crítica encuentra apoyo tanto en los resultados de la investigación empírica como en las experiencias de la terapia familiar.[144] Según estos resultados, las renuncias permanentes de los adultos —sobre todo de las madres— no benefician siempre a los hijos. Ya que las necesidades reprimidas —como la psicología ya ha explicado ampliamente— no dejan de existir por eso. Se abren camino, pero bajo formas disimuladas, y se dirigen como un rencor oculto tanto contra la pareja como contra el hijo. Fácilmente se proyectan expectativas exageradas sobre el hijo, y la promoción se transforma en exigencia excesiva. No raras veces, a los hijos «se les adjudica un rol, a través del cual tienen que contribuir a solucionar los problemas de autoestima de las madres».[145] En la familia nuclear aislada puede generarse de este modo un clima de invernadero donde no sólo crece el amor, sino también las agresiones.

La atención total que se dedica hoy al hijo, a menudo no es tan altruista, ya que muestra algo más que meras huellas de un «amor posesivo».[146] En una investigación sobre el tema de la «socialización de los niños» que se prolongó durante muchos años, esta tendencia se manifiesta claramente: «El hecho de que los padres se centren en el hijo, constituye... también una

141. Ellen Key, citado según Liegle (1987), pág. 29.
142. Honig (1988).
143. *Ibid.*, pág. 171.
144. Por ejemplo, Lempp (1986); Richter (1969).
145. Neidhardt (1975), pág. 214.
146. Ariès (1978), pág. 562.

exigencia permanente para los hijos... Si antes a los padres se les debía en primer lugar respeto y obediencia, hoy día se reclama muchas veces amor a los hijos, y el hijo con frecuencia tiene la función de dar un soporte emocional a los padres».[147] El hijo, con su futuro abierto, confronta a los padres con su propia historia de vida, y las ambiciones, los miedos y las añoranzas incluso hasta los antiguos sueños de éxito, rendimiento y ascenso que esta historia contiene. Quien dice que «quiere que el hijo tenga una vida mejor que la suya», no piensa siempre exclusivamente en el hijo, sino muchas veces también en sí mismo.

¿Y qué pasa si unas expectativas tan altas no se cumplen? Muchos padres se conformarán y seguirán queriendo a su hijo. Pero eso no se consigue siempre. Y hay algo que también forma parte del tema «la familia hoy», pero que muchas veces no se ve, se olvida o se reprime: la violencia contra los niños aumenta. Un creciente número de niños y adolescentes son maltratados física y psíquicamente, sufren abusos sexuales y son rechazados por sus padres. (Sobre la base de amplias investigaciones, se calcula que en la Alemania de finales de los ochenta existían por lo menos de 300.000 a 400.000 niños y adolescentes afectados. Eso es más del 3 % del total de 11 millones de niños y adolescentes con menos de 18 años.)[148] Seguramente, hay múltiples causas para esta tendencia, pero lo que destaca especialmente es que no pocas veces es también que las buenas intenciones de los padres se transforman en su contrario: las esperanzas decepcionadas se convierten en golpes. Eso lo muestra el resultado de investigaciones empíricas:

> Demasiado a menudo, los padres proyectan en los hijos unas ideas y planes de vida que son sus propias ideas y necesidades como adultos, aunque piensen que lo hacen por el pretendido bien de sus hijos. Los padres quieren «lo mejor para su hijo» y con frecuencia no notan que justamente por esta razón no aciertan con los verdaderos deseos y necesidades del hijo. La tendencia a la familia con sólo un hijo refuerza más este desarrollo... Una gran parte de los padres hoy presiona abiertamente o (lo que predomina) disimuladamente a los hijos para que éstos tengan éxito en la escuela y una buena preparación para una perfecta carrera profesional. En las familias donde los jóvenes no pueden cumplir con esta presión de los padres, se producen largos y duraderos conflictos acerca de la planificación de la profesión y de la vida, y el potencial de tensión y dificultades aumenta claramente... Los nervios y la irritación de los padres que temen que su hijo pueda perder, por culpa de las malas notas o una conducta no adecuada, el tren de unas perspectivas profesionales y vitales atractivas en un mercado de trabajo que se presenta como difícil, pueden conducir rápidamente a relaciones intergeneracionales psíquicas y sociales cargadas de agresiones.[149]

147. Schütze (1981), pág. 77.
148. Hurrelmann (1989), pág. 10.

En el contexto de estos estudios se remite también a las condiciones y a los contenidos especiales que el deseo de tener hijos contiene hoy en día. Recordemos: como a los hijos ya casi no se les necesita como fuerza de trabajo o herederos, la única gratificación que se puede lograr es el valor emocional que tienen los hijos. Esto es, tal como lo ven los expertos, una «forma de gratificación muy intensa, pero a la vez muy insegura y susceptible de posibles crisis»:

> En comparación con la sociedad preindustrial y la primera sociedad industrial, las relaciones emocionales entre padres e hijos se han hecho mucho más sentimentales e intensas. Al mismo tiempo, resulta para ambas partes cada vez más difícil manejar bien este bien tan valioso.[150]

No es, pues, exagerado afirmar que esta constelación puede conducir fácilmente a una «sobreemocionalización» de la familia nuclear, a un recalentamiento de los sentimientos en el clima interior entre padres e hijos. Un efecto invernadero muy parecido se percibe hoy también en muchas relaciones de pareja, en la relación entre hombres y mujeres. Pero estas relaciones tienen —si las expectativas normales y las exageradas se convierten en una olla de presión— un freno de seguridad, una válvula de escape: se puede pedir el divorcio. Con el hijo, no obstante, y aquí está la gran diferencia, se queda ligado. Aquí no existe salida legal, sólo la norma que manda categóricamente: «¡Los padres aman a su hijo!». Cuando los padres no son capaces de amar como manda la ley, cosa que tienen que esconder ante sí y ante los otros, esta dinámica tan complicada puede traducirse fácilmente en golpes.[151]

Siguiendo estas ideas, la coexistencia de amor y violencia, que a primera vista parece tan extraña, tan incongruente y tan irritante, se hace más comprensible. La relación entre ambos ya no es casual, bien al contrario, es causada sistemáticamente: la expectativa emocionalmente recalentada estalla en forma de violencia. El amor decepcionado se convierte en amor cruel.

149. *Ibid.*, pág. 12.
150. *Ibid.*
151. Por ejemplo, Büttner y Nicklas y otros (1984).

Empezamos a vislumbrar lo que nos gusta olvidar y lo que la investigación familiar muy a menudo deja aparte, pero que, implacablemente, sale a la luz en los expedientes de la policía. El amor, este logro de la modernidad, que constituye la nueva relación entre hombres y mujeres, entre padres e hijos, este amor no se puede conseguir sin los reveses que surgen (a veces en breves instantes, a veces de forma duradera): la decepción, la amargura, el rechazo, el odio. La distancia entre el cielo y el infierno no es tan grande como a veces se piensa.

CAPÍTULO 5

La manzana tardía de Eva o el futuro del amor

Descendamos otra vez a los modernos lugares de culto del fundamentalismo privado, minimizados, ocultados y adorados como amor, matrimonio y familia. ¡Qué fácil sería todo si, por el contrario, pudiéramos salir hacia culturas y continentes extraños! Pero esta huida hacia lo lejano nos está prohibida. La investigación del amor es una suerte de investigación en las regiones del propio Yo. La expedición va en búsqueda de las nieblas sagradas de la intimidad, de las cuevas de los deseos, de los sentimientos, de las habitaciones amuebladas de la ternura, de los altares del sacrificio del odio y de la desesperación. Salimos nuevamente hacia el lugar donde cada uno y cada una, de forma absolutamente individual y estandarizada, espera encontrar su centro y su punto de fuga del mundo: hacia los salones suntuosos y los tugurios del amor, decorados por el Estado social y hechos a medida del trabajo.

Esta vez nos interesa el futuro. Como anticipación, para entender mejor el presente. Pero también como mirada curiosa hacia los albores del nuevo siglo: ¿qué será de las gentes y de su amor enfrentado, buscado en la cámara de espejos del Yo?

Un diagnóstico es el siguiente: es tan posible poner una escalera para llegar al cielo e instalarse en un castillo en las nubes, como buscar la felici-

dad en el matrimonio y la familia. Pues las realidades deseadas de las que —tanto en la actualidad como en el futuro— se deben componer unas relaciones familiares practicables, se basan en lo contrario de lo que les ha reservado para su vida íntima la sociedad tecnificada, móvil y mercantilizada. Los hombres y las mujeres debieran ser o convertirse en unos *revolucionarios del altruismo* en una sociedad basada enteramente en el beneficio, el contrato, el dinero y la estrategia. Tendrían que creer colectivamente en su caso especial y referido a una persona concreta —¡y aquí, por favor, poned el nombre!— en cuentos de hadas. El cuento de los niños que vienen de París y del Papá Noel son los verdaderos garantes de la felicidad familiar tan deseada. La construcción diaria de castillos en el aire es el fundamento más «estable» de la armonía privada.

Si es cierto que el amor y la familia constituyen el lugar social del «no», no mercado, no cálculo, no racionalidad según fines, etc. Y si además es cierto que este «no» no es algo viejo, ni tampoco una decoración superflua, ni un «no» marginal, sino un «no» central, un «no» moderno, un «no» que se crea como punto central de orientación precisamente en la esfera privada destradicionalizada a partir de la desaparición de la experiencia de clase y de las utopías políticas. Si todo eso realmente es cierto, entonces la familia nuclear moderna es, desde un punto de vista histórico, una construcción extremadamente frágil. Está amenazada por lo que la ha producido y que parece darle estabilidad: la industrialización, el mercado, el dinero, la técnica, el derecho, etc. *La modernización impuesta anula los fundamentos de la familia nuclear «moderna».*[1]

Naturalmente, puede *jurarse* que la familia es algo «irrenunciable», posiblemente incluso algo «funcionalmente irrenunciable». Pero también esta alta condecoración sociológica, esta eternización de una realidad deseada masculina, no constituye para nada la condición de su realización. No se necesitan facultades telepáticas para augurar lo que pasará con esta «irrenunciabilidad frágil» en la que los deseos buscan un refugio ante un mundo tan inseguro. Sólo hay que seguir la línea y prolongarla en el futuro: ¿qué pasa —y ésta es la pregunta conductora— si no pasa nada y si por ello pasara lo inimaginable, cuando el caos del amor se desenreda y ordena según los principios normales técnicos, organizativos y legales de la modernización: la igualdad, el dinero, el contrato, la pedagogía, la psicoterapia, etc.?

Situémonos, pues, en el lugar defendido por los mejores pronósticos y supongamos —anticipándonos, por lo menos una vez, a la realidad con

1. Véase capítulo 1.

toda la fuerza posible del pensamiento— que no haya grandes diferencias entre el amor, por un lado, y, digamos, el cultivo de manzanas, el amor y la gestión de cuentas, por otro lado.

La idea teórica conductora, a partir de la cual vamos a desarrollar los siguientes escenarios del futuro, sería, por consiguiente, que la religión terrenal del amor sufrirá el mismo destino que el de las otras religiones, es decir, será desmitificada y sometida a causalidades, condiciones y balances. Y ocurrirá lo más probable: ganarán los técnicos de la ingeniería genética y las leyes. Se generará un híbrido social entre mercado e inmediatez, el ideal del «amor» (matrimonio, paternidad) calculable, seguro y optimizado a nivel médico-técnico se impondrá, cosa que ya asoma hoy por detrás de las fachadas tradicionales renovadas con estilo juvenil.

La movilización de la ilusión: el regreso a la familia nuclear

Al preguntar por el futuro de «la» familia, muchas veces se parte de condiciones falsas. La forma conocida de la familia nuclear es confrontada con alguna situación borrosa sin familia o se afirma que otro tipo de familia sustituirá a la familia nuclear. Mucho más probable es, sin embargo —si el análisis de este libro es correcto—, que un tipo de familia no marginará a otro tipo de familia, sino que se darán simultáneamente *un gran abanico* de formas de convivencia familiares y extrafamiliares. Lo característico será que muchas de ellas —vivir solo, la convivencia prematrimonial y matrimonial, los pisos compartidos, paternidades que varían pasando por uno o dos divorcios, etc.— serán integradas en *un* currículum global.

Pero no es difícil prever la tendencia: el movimiento que quiere poner el mundo a salvo, que toma el «ayer» como modelo para el «mañana», va en aumento y reclama el *regreso a la familia nuclear.* La ruptura con el matrimonio y la familia a muchos les parece como un individualismo aberrante que se debiera contrarrestar política e institucionalmente. Y como son especialmente las mujeres las que quieren conquistar una «vida propia» fuera del rol adjudicado en el trabajo doméstico y el mantenimiento del matrimonio, sus esfuerzos privados y políticos tropiezan con especiales miedos, escepticismos y rechazos. Las medidas para salvar a «la» familia se orientan sobre todo en la norma unificada de la convivencia —el marido que gana el dinero para el pan de cada día, y la esposa que le pone la mantequilla al pan, y dos o tres hijos—, una forma de convivencia que se generalizó con la sociedad industrial del siglo XIX. A pesar de todas las mencionadas tendencias

de individualización y de liberación, existen también condiciones y evoluciones que prestan apoyo social a la reivindicación del «¡Regreso a la cocina!»

En más de la mitad de las mujeres no se puede hablar de una biografía independiente y profesionalmente asegurada, a pesar de que la actividad profesional de las mujeres haya crecido continuamente. En 1988, casi una de cada dos mujeres casadas trabajaba fuera de casa (entre las no casadas ya es el 57,6 %), mientras que entre los hombres eran más de cuatro quintos los que trabajaban.[2] Mirado desde otro lado, eso significa que por lo menos la mitad de las mujeres sigue dependiendo del sustento a través del matrimonio y del marido. El paro persistente y las capacidades limitadas, con tendencia a disminuir más aún, conservan en general los roles tradicionales de hombres y mujeres. Los dos estabilizadores del rol femenino —el paro y el deseo de tener hijos— podrían tener más incidencia donde prosiguen las deficiencias en la enseñanza para mujeres jóvenes o donde se están creando nuevamente, es decir, en la formación profesional. Y eso puede conducir a una *polarización de modelos de currículum* dentro de la nueva generación de mujeres en la jerarquía de la educación y formación.

Esta confusión de presente y futuro encuentra su apoyo en la dramatización del rol de la madre, que atiza la proscripción social y los remordimientos de la «madre inhumana» que trabaja. Efectos similares tienen, por ejemplo, la falta de plazas en las guarderías o el horario de los jardines de infancia que excluyen que las madres pueden buscarse trabajo. Por ello existen en el sector de la política de la mujer temas que ocultan las verdaderas necesidades o que trasladan los campos de batalla y las estrategias. Quien canta a tiempo, con buen instinto masculino, el Cantar de los Cantares de la maternidad, no tiene que soportar después la confrontación de las carreras profesionales, ni tiene que temer o suplicar por su propia movilidad profesional.

Pero, quien ve la salvación de la familia en cerrar las puertas del mercado del trabajo, no cuenta con las mujeres y los hombres que quieren y tienen que vivir bajo estas condiciones. Primeramente queda totalmente en el aire cómo las mujeres jóvenes pueden superar la decepción de su deseo profesional y la dependencia del marido. Asimismo, queda abierto si realmente existe un correspondiente número de hombres jóvenes dispuestos a asumir el yugo del papel de sustento de por vida (si es que son capaces de hacerlo respecto a su propia situación profesional). En todo caso, se cargan

2. Statistisches Bundesamt, según un informe del *Süddeutsche Zeitung* del 24 y 25 de junio de 1989.

a la esfera privada las crecientes discrepancias entre las expectativas de igualdad de las mujeres, promovidas por la enseñanza y el derecho, y la realidad de la desigualdad en el trabajo y la familia. No es difícil prever que eso conduzca a una *intensificación de los conflictos entre las parejas.* Al final, las limitaciones del mercado de trabajo estabilizarán sólo aparentemente a la familia nuclear; en realidad, sin embargo, llenan los pasillos de los jueces de familia o las salas de espera de los asesores matrimoniales y de los psicoterapeutas.

De ese modo, se preprograma al mismo tiempo la nueva pobreza de las mujeres. Quien expulsa, mediante el número creciente de divorcios, a las mujeres del mercado de trabajo y quiere que regresen al hogar tiene que saber que, a lo sumo, *está reservando los agujeros en la red* social para una gran parte de la sociedad.

Eso remite a las deficiencias fundamentales de todos los intentos de restaurar las antiguas relaciones en la familia y el trabajo. En primer lugar, están en oposición abierta con los principios legalmente fijados de las sociedades modernas y sus constituciones democráticas, según las cuales no se pueden adjudicar posiciones desiguales por el género, sino a través de los méritos y de la participación en el trabajo, abierta a todos. En segundo lugar, los cambios en la familia y entre los géneros son reducidos a un fenómeno y problema privado y se ignora su relación con los procesos de modernización.

Todo eso se refleja, y no en última instancia, en las propuestas difundidas a menudo cuyo objeto es restablecer la armonía rota de la familia. Algunos creen que unos cursos especiales destinados a la educación familiar podrían subsanar el problema. Otros ven la terapia central de la familia en la profesionalización de la elección de la pareja. Y nuevamente otros opinan que los problemas desaparecerían si tuviéramos suficientes oficinas de asesoramiento matrimonial y servicios terapéuticos. Desde la pornografía, pasando por el aborto legalizado, hasta el feminismo, todo se responsabiliza de la «crisis de la familia», a la vez que se reclaman las correspondientes medidas en contra. La causa se debe buscar seguramente en el desconcierto y la desorientación generalizados. El desarrollo histórico y los contextos sociales que generan estos conflictos quedan totalmente fuera de la argumentación.

La modernización, sin embargo, no es un coche de alquiler —para utilizar una imagen de Max Weber— del que se puede bajar en la próxima esquina si ya no quieres seguir viajando más. Quien realmente desea recuperar la familia nuclear en la forma de los años cincuenta tiene que retrasar los

relojes de la modernización. Es decir, no sólo tiene que expulsar a las mujeres de manera disimulada del mercado laboral —por ejemplo, a través de incentivos a la maternidad o valorando más la imagen del trabajo doméstico—, sino también de la enseñanza; debiera aumentar la desigualdad en los sueldos; y finalmente tendría que revocarse también la igualdad ante la ley: tal vez sería conveniente analizar si el mal no comenzó ya con el sufragio universal; además debiera restringirse o prohibirse la movilidad, el mercado, los nuevos medios y la tecnología de la información. En resumen: los principios indivisibles de la modernidad tendrían que dividirse por la mitad, de manera que serían adjudicados a un género —naturalmente— y al otro —naturalmente— debiera negárselos, y además de una vez por todas.

La equiparación como una forma de aislamiento: la contradicción entre el mercado del trabajo y la familia

Como contrarreivindicación se pide la equiparación de las mujeres en todos los ámbitos sociales. La aplicación total de los principios de la modernidad debe ser impuesta en contra de su división patriarcal (en el trabajo doméstico, en los parlamentos y en los gobiernos, en las fábricas, en la gestión, etc.). En el movimiento feminista se une la reivindicación de la igualdad normalmente con la exigencia a cambiar «el mundo masculino del trabajo». Se lucha por la seguridad económica, la influencia y la cogestión de la mujer, pero también con el fin de poder introducir, de este modo, otras orientaciones, valores y formas de comportamiento «femeninos» en la vida social. Queda aún por interpretar qué significa la igualdad en sus detalles. Queremos proponer aquí a discusión la consecuencia —muchas veces ignorada— de una determinada interpretación. Si se pretende realizar la «igualdad» en el sentido de la imposición de la sociedad del mercado laboral para todos, al final se crea —de manera implícita— conjuntamente con la igualdad también la sociedad totalmente móvil de los «solitarios».

La figura básica de la modernidad impuesta es —si se la piensa hasta el final— la persona aislada (Lerke Gravenhorst).[3] Las exigencias del mercado de trabajo prescinden de las exigencias de la familia, del matrimonio, de la paternidad/maternidad, de la relación de pareja, etc. Quien reclama en este sentido y sin tomar en consideración las necesidades privadas, la movilidad en el mercado laboral, promueve —justamente como apóstol del mercado— la disolución de la familia. Esta contradicción entre el mercado del trabajo y la familia (o de la relación de pareja, en general) podía pasar desapercibida cuando para las mujeres el matrimonio era equivalente a responsabilizarse de la familia y a renunciar al trabajo y a la movilidad. Dicha contradicción, sin embargo, estalla hoy a medida que se transmite la decisión acerca de la división del trabajo profesional y del trabajo doméstico a la pareja (matrimonial). Con esta interpretación de la igualdad, adaptada al mercado, la espiral de la individualización afecta cada vez más a las relaciones entre hombres y mujeres. Y que eso no sólo es un juego de palabras, lo demuestra la rapidez con la que ha crecido en el ámbito internacional el número de hogares compuestos de una sola persona y de madres y padres solteros. Pero también se manifiesta a través de la forma de vivir exigida bajo estas condiciones.

3. L. Gravenhorst (1983), pág. 17.

Ante esta vida que fundamentalmente se debiera vivir, en definitiva, de forma solitaria, se deben tomar medidas para protegerla contra los peligros que conlleva. Hay que establecer círculos de contactos para los asuntos más diversos, lo que requiere una gran disposición de uno mismo a compartir las dificultades de los demás. Una intensificación de la red de amistades se hace entonces imprescindible, pero presenta, al mismo tiempo, la ventaja que ofrece la vida de los «solitarios». Precisamente las ocasiones efímeras elegidas tienen su atractivo. Todo eso presupone una posición profesional bastante segura como fuente de ingresos y como autoafirmación y experiencia social y requiere el consiguiente esfuerzo para mantenerla. Este «universo del Yo» que así se crea es configurado y equilibrado con relación al centro del Yo, sus vulnerabilidades, sus posibilidades, sus fuerzas y sus debilidades.

Pero en la medida en que se consigue vivir con éxito esta forma de existencia individualizada, crece el peligro de que se convierta en un obstáculo insuperable para la relación amorosa (matrimonio, familia) a la que aún mayoritariamente se aspira. Durante la vida como «solitario» crece el ansia por el otro (la otra) tanto como la imposibilidad de poder integrar a esta persona en el plan de construcción de su «propia vida». La vida se llena con la no presencia del otro. Ya no queda espacio para él (ella). Todo respira la defensa contra la soledad: la pluralidad de las relaciones, los derechos que se les concede, las maneras de vivir, las disposiciones del tiempo, las formas de retirarse para poder superar el dolor que acecha detrás de las fachadas. La añorada vida en pareja constituye una amenaza para este equilibrio sensible que tanto trabajo ha costado conseguir. Las construcciones de la independencia se convierten de esta manera en rejas de la soledad. El círculo de la

individualización se cierra. Hay que asegurar mejor la «vida propia», hay que levantar más los muros que sirven para contribuir a las heridas de las que tenían que proteger.

La forma de existencia de la persona que vive sola no representa un caso de desviación en el camino de la modernidad. Se ha impuesto el prototipo de la sociedad del mercado laboral. La negación de los vínculos sociales que rige en la lógica del mercado empieza a disolver, en su fase más avanzada, las condiciones para una relación de pareja duradera. De esta manera, se ha convertido en un caso de socialización paradójica, en la cual ya no aparece el carácter altamente social inherente a dicha relación.

El modo como aquí hemos expuesto esta reflexión tiene más bien un carácter de «tipo ideal». Pero, como demuestran los datos (véase más arriba), también contiene una parte creciente de realidad. Más aún, probablemente constituye la consecuencia ignorada y no deseada a la que conduce la reivindicación de la igualdad de los géneros bajo las actuales condiciones institucionales. Quien como parte del movimiento feminista pretenda proseguir, con todo su derecho, en la línea de las tradiciones con las cuales se inició la modernidad, y quiera reclamar la equiparación del hombre y de la mujer conforme al mercado, tiene que ver también que al final de este camino no se encuentra la armonía en la igualdad, sino el aislamiento en caminos y situaciones enfrentados y divergentes.

El matrimonio «posmatrimonial»: las familias numerosas y encadenadas causadas por el divorcio

El que, pongamos por caso, mire desde el siglo XXII hacia atrás, a la edad media industrial de nuestro presente, hacia el siglo XXI, quizá sonría y se diga con cierto desconcierto: en aquel entonces había una gran diversidad de instancias políticas y grupos de presión. O lo que es igual: se proponían cosas, se discutía, se votaba, se formaban coaliciones y colaboraciones. Se trataban todos los temas. En los grandes medios se analizaba y se retrataba todo una y otra vez. Con la *única excepción de aquellos cambios* a partir de los cuales surgirían las características de la nueva era. Dichos cambios se producían de forma «normal», políticamente casi ignorados, pero, a pesar de ello, de modo radical y profundo. ¿Cómo era posible, pues, que entonces todo el mundo tuviera la vista clavada en los escenarios de la política —el parlamento y el gobierno— en espera de los grandes cambios, mientras que estos cambios se estaban introduciendo, digámoslo, por las

puertas de atrás de la normalidad y habían empezado ya a transformar radicalmente las estructuras de nuestra convivencia?

La respuesta no es fácil. Se debiera ser capaz de abandonar el edificio de las normalidades en el que la sociedad industrial clásica ha encerrado nuestro pensamiento y nuestra acción. Para explicarlo con un ejemplo habría que decir: quien discute sobre cómo cambiar de lugar los asientos en un tren en marcha, no debe extrañarse de que eso no constituya una medida útil para elegir la meta del viaje.

El desarrollo industrial capitalista ha ido imponiendo este cambio con persistencia y lo ha erigido en normalidad. No hay que sorprenderse, por consiguiente, que de tanto concentrarse en lo «políticamente factible» —o sea, el cambiar los asientos de lugar— nadie se haya fijado en la dirección que el tren ha tomado. Pero sigue siendo extraño observar que con esta discusión sobre la posición de los asientos se intenta elegir el paisaje que el tren atraviesa —paisaje que al mismo tiempo es destrozado— y dónde debería parar.

¿Cuáles son, sin embargo, las puertas de atrás de esa revolución normal? Una ya la hemos presentado en el apartado anterior: la imposición del principio de igualdad en el sentido de la participación de todos en el mercado del trabajo. Otras posibilidades de cambios disimulados las conoceremos en este punto y en los siguientes. Se trata del divorcio como puerta giratoria hacia otra era en la vida privada.

Por un lado, no sucede nada fundamentalmente nuevo con el divorcio. Todo lo contrario: algo pretendidamente duradero se convierte —como todo lo que entra en el horizonte de la modernidad— en disoluble y decidible. Incluso se podría decir que la contradicción entre la génesis de la decisión y la prohibición de la decisión, tan típica del matrimonio considerado una unión de por vida y aún más allá de la vida, y que se basaba en las normas de la religión, estalla ahora y la unión matrimonial se somete a los principios de votación de los cuales deriva. ¿Y ahora qué?

Por otro lado —y es lo que queremos demostrar—, la normalización del divorcio abre las puertas a cambios dolorosos y duraderos, que transforman los modelos de la convivencia entre los géneros y las generaciones, y los organizan de forma diferente. En una primera fase, eso aún está oculto, por razones obvias. En primer lugar, porque la condición para la imposición de este nuevo principio se basa en que pueda ser considerado como algo insignificante. La construcción de la normalidad, que la modernidad utiliza como pretexto, está en la base de su génesis, y no en lo espectacular que pueda tener como posible consecuencia. En segundo lugar, hay que

mencionar que el cambio se produce como si fuera un *destino singular*, por así decirlo, acontece en las formas microscópicas de cada uno de los matrimonios o de las familias afectadas. Es decir, aparece sólo visible bajo la lupa y con los efectos de cámara lenta de cada caso singular, al tiempo que resulta difícil encontrar un lugar concreto donde descubrir los cambios estructurales y macroscópicos de la sociedad. Muchas veces, estos cambios se reconocen sólo contemplados a través de los ojos de las estadísticas, y normalmente, algunas décadas después de haber nacido de esta normalidad social utilizada para imponerse.

Forma parte de la leyenda social y de las ciencias sociales que la relación matrimonial se acaba con el divorcio (después del tiempo que se necesita para superar el divorcio y las heridas que produce). Esta visión *se basa en una igualación errónea de la separación legal (respecto a la sexualidad y la vivienda) de la pareja, y de la realidad psíquica y social del matrimonio.* La investigación familiar[4] se está despertando sólo muy lentamente de su sueño de la Bella Durmiente respecto a su «fijación en el núcleo familiar» y reconoce con sorpresa el fenómeno complejo y contradictorio del *«matrimonio posmatrimonial»,* mientras se sigue ignorando todavía mayoritariamente el caso opuesto que es *«el divorcio intramatrimonial».*[5] De manera similar a alguien que ha perdido el brazo, pero que sigue utilizándolo, los divorciados siguen manteniendo durante muchos años un matrimonio sin matrimonio; un matrimonio donde el otro está presente con toda la intensidad de la ausencia y del dolor que su pérdida provoca.

Sólo quien equipara el matrimonio con sexualidad, amor y convivencia, puede caer en el error de creer que el divorcio significa el final del matrimonio. Si se ponen en el centro los problemas económicos de la manutención, los hijos o la biografía vivida conjuntamente, se ve claramente que el matrimonio ni siquiera termina en el ámbito jurídico con el divorcio, más bien pasa a una nueva fase del «matrimonio de separación». En esta fase, los divorciados se encuentran con dimensiones de su relación no accesibles a la separación. A esta parte del matrimonio que se niega al divorcio —y que sigue causando mucho dolor a los esposos separados— pertenecen sobre todo los hijos comunes y el recuerdo de la identidad de la convivencia pasada. Estos temas y formas de la convivencia negativa pueden llegar a llenar el horizonte de los separados tanto como el mismo matrimonio.

4. Especialmente J. Wallerstein y S. Blakeslee (1989), así como E. E. Furstenberg (1987), quien habla de «matrimonios de continuación» y de «paternidad separada» y augura un «giro matrilineal» a consecuencia del elevado número de divorcios, hecho que restará importancia a la presencia del padre y a la relación con él dentro del sistema de parentesco.

5. Este dato se lo debemos a Ronald Hitzler; un indicio de ello es el vivir separados, pero con una nueva pareja de los todavía casados que quieren evitar los gastos o los esfuerzos psíquicos del divorcio, o que simplemente quieren mantener la fachada. Eso ilustra, a la vez, que el significado del matrimonio y del divorcio se ha aflojado hacia algo provisional, en su forma, a pesar de la constancia de las palabras y de los actos administrativos y a pesar de su imagen estadística. Si los números de casamientos suben otra vez, es debido también al hecho de que el matrimonio se ha quitado de encima el «glamour» de su carácter de eternidad y que se ve como un experimento siempre revisable, un experimento que no se puede echar a perder y que debe gozarse como unas vacaciones en las islas del Pacífico, la asistencia a la Fiesta de la Cerveza o el psicoanálisis.

> Cuando te vi la última vez, dejaste caer una palabra que encajaba con mi herida abierta como una tapadera de cloaca... «Espero que nuestra relación se normalice de nuevo en algún momento»... ¡¿Dios, cómo hablas conmigo?! Quiero las respuestas ahora, porque no podía reaccionar cuando estaba sentada frente ti. Estaba como paralizada. Escucha: no comparto tu esperanza. No te voy a ver más en un presente frío y apagado. Es posible que a ti te parezca deseable y cómodo que nos convirtamos en personas serenas que un día se reencuentran como dos veteranos de una gran batalla de amor, como los que se ponen mutuamente las medallas del valor y perdón en los pechos. Dos supervivientes felices, que antes se perseguían por el cielo y el infierno, y que ahora se encuentran sentados en paz en un jardín, el aspersor del césped gira siempre por el mismo punto, yo juego con tus hijos, mientras que tú platicas de tus preocupaciones profesionales y yo me avergüenzo de contribuir algo a causa de mis penas de soledad y mi pobreza. Tu mujer nos trae el té y desaparece discretamente... ¡Entérate!: esta visión me parece un asco. Detesto la idea de que el tiempo también nos vencerá a nosotros, como pasa en absolutamente todo. ¿Por qué no se resiste nadie contra el tiempo? Tampoco es tan todopoderoso como siempre se cree y por lo que nadie le planta cara y se le cede el campo sin luchar. No quiero que se olvide donde estoy, estaba y estaré. Si tuviera que seguir escribiendo como en este instante para no tener que perderte, no vacilaría ni un segundo, porque así me siento cerca de ti, así mantengo nuestro amor y hablo contigo y disfruto de mi buena vida en el pasado (Botho Strauss).[6]

Quien convierte el acto jurídico en el punto de encrucijada entre el viejo y el nuevo matrimonio, entre la familia vieja y la nueva, ignora ingenuamente que los matrimonios se solapan e interfieren más allá de las fronteras de las familias. Que los divorciados quedan unidos, a pesar de todo, por múltiples y diversos vínculos —como los hijos comunes y el recuerdo de la vida— «hasta que la muerte los separe».

6. B. Strauss, Ihr Brief zur Hochzeit, en *ibid.*, (1987).

Respecto a las cuestiones del sustento, se ve claramente que la idea de «quién gana el dinero para mantener la familia» se derrumba como muy tarde en la transición de un matrimonio a otro. Lo que podía haber sido suficiente para un matrimonio, no alcanza nunca para dos o más. Por esta razón, el divorcio conduce —aunque se mantenga el mismo nivel en el trabajo y los ingresos— a la escasez económica y a su reparto.[7]

Con referencia a la paternidad, se puede decir que es *divisible* pero no *revocable*. Después del divorcio, el padre y la madre viven separados, pero siguen siendo padres y tienen que renegociar ahora la prosecución de su papel de padres más allá de la separación. La familia se constituye, pues, de un matrimonio que puede divorciarse y de una *paternidad/maternidad posmatrimonial que se desmembra en maternidad y paternidad.* La paternidad/maternidad posmatrimonial requiere (normalmente) una regulación jurídica, puesto que las dificultades aparecen como insuperables. Si realmente se resuelven, es una pregunta que queda abierta y que es difícil de valorar desde fuera. A través del intercambio formalizado del hijo o de los hijos entre los padres separados, se experimenta la perpetuación de un fondo de «cosas en común» —o si se quiere así, de una realidad familiar permanente y oculta—, es decir, la paternidad que se resiste al divorcio. En cada caso eso significará algo muy diferente. No obstante, la realidad de esta paternidad/maternidad separada se pone claramente de manifiesto cuando las decisiones de movilidad de la madre o del padre (sin que el divorciado/la divorciada pueda influir en eso) anulan las regulaciones de la paternidad/maternidad posmatrimonial.

Si ya es cierto que no se puede equiparar la separación legal con la separación social cuando la relación entre los esposos se encuentra en el centro, esto se hace aún más evidente cuando el entramado de las relaciones con los hijos constituye el eje de la situación. Si de los padres separados todavía se puede decir que empiezan una nueva vida por lo menos respecto al espacio y la situación legal, el divorcio de los padres representa para los hijos el comienzo de una doble vida. Una doble vida, en la que los hijos tienen que practicar una especie de *división emocional* y *social* entre dos «núcleos familiares», con todo su doble fondo, sus secretos obligados y sus juegos del escondite, pero también con la posibilidad de poder aprovecharse de los celos entre los «separados» para poder realizar al máximo los deseos propios.

Se defina este vínculo plurifamiliar de los hijos de padres separados como se defina, y sean cuales sean a corto o largo plazo los efectos de esta

7. B. Caesar-Wolf y D. Eidmann (1985), D. Lucke (1990).

situación vital dividida sobre los hijos, ellos simbolizan, en todo caso, la continuidad, en cierta manera incluso la *inseparabilidad del matrimonio*, que ahora, sin embargo, ya no tiene un lugar. De todas maneras, ellos, los hijos, no pueden divorciarse de sus padres. Sólo pueden elegir con quién quieren vivir en primer lugar y, por consiguiente, con quién en segundo lugar; y pueden influir en la forma de cómo relacionar de una manera soportable las vidas opuestas pero ligadas de la vieja y la nueva familia.

El divorcio, por tanto, sólo es posible de forma selectiva y limitada. Se realiza respecto a los esposos, pero no respecto a los hijos y, por tanto, tampoco respecto a la familia en su conjunto, sino únicamente —si se lo quiere llamar así— a sus instancias ejecutivas. Mirado desde abajo, digamos desde la perspectiva de los hijos, la paternidad indisoluble se convierte en una realidad de paternidad familiar sin lugar social. Tienen que *construirla* ahora por sí mismos, (de una manera u otra) contra las condiciones de la separación y más allá de las fronteras de las nuevas familias nucleares o reducidas a sólo una parte (algo similar sucede, por cierto, también en el matrimonio donde los dos trabajan y están sometidos a una plena movilidad).

Aquí se pone de manifiesto que la equiparación del divorcio con el divorcio familiar es la visión de sólo una parte, es decir, de los padres. Una vez superada esta equiparación, destaca además que el divorcio conduce a una *división entre matrimonio y paternidad/maternidad, y entre matrimonio y familia.* Con el divorcio se disuelve la unidad de matrimonio y familia, pero no de la familia en un sentido determinado. La realidad de la familia se mantiene, por lo menos para los hijos, como una obligación de construir ahora la relación con sus padres más allá de las fronteras y de las contradicciones de las nuevas «familias nucleares».

Mientras los matrimonios pueden ser anulados y contraídos nuevamente, eso no es válido para las familias, ya que éstas prosiguen, por lo menos, en las personas de los hijos más allá de las líneas de separación de los nuevos matrimonios y de las familias nuevas. A este hecho corresponde la imagen de la familia para los hijos que siguen viviendo con uno de los padres, que se ha casado nuevamente, en una familia nuclear nueva. Esta imagen necesariamente es ambivalente, en todo caso no coincide con la familia en la cual actualmente viven. Pertenecen al mismo tiempo a varios círculos de familias, y de esta situación de familias coexistentes pueden sacar quizás —aparte de los conflictos graves que pueda haber— también ventajas económicas y sociales, por ejemplo, en cuanto a herencias o al aprovechamiento de contactos sociales frente a la competencia en el mercado del trabajo. Esta división entre las realidades matrimoniales y familiares se hace aún más evi-

dente si se contempla desde el punto de vista de los *abuelos*. En el peor de los casos, las regulaciones del divorcio pueden «robar» sus nietos a los abuelos, sin que ellos puedan influir en eso, ni tengan culpa alguna. «Robar» los nietos en el sentido de que se ven afectados en sus contactos sociales más normales. Los abuelos representan, conjuntamente con los hijos, los fragmentos de las familias restantes indisolubles que han quedado divididos por culpa del divorcio. En el caso de divorcios, múltiples y nuevos casamientos, las familias separadas se «reúnen» en cierta forma a través de su persona, de manera que —hablando ahora de un experimento mental— si los divorcios aumentan al máximo y el número de hijos queda igual, el número de los «nietos» para una misma pareja de abuelos crece de forma exponencial.

El cambio de formas que las antiguas relaciones privadas de la familia nuclear están experimentando en el curso de la normalización de los divorcios se puede elucidar, finalmente, también a través de que la paternidad *física* y la paternidad *social,* así como la paternidad *social* y la paternidad *legal* coinciden cada vez menos y de que cada vez menos también pueden ser deducidas de la convivencia real de una familia nuclear. Con el aumento de los divorcios, aumenta asimismo el número de los hijos que crecen en una familia que no es en la que nacieron. Se crían, sin embargo, cada vez con más frecuencia en constelaciones familiares donde hijos, provenientes de diferentes matrimonios, forman una «familia ya no nuclear» nueva y provisional, con «hermanos» y «hermanas» que pertenecen cada uno a otras líneas sociales y biológicas de descendencia. El divorcio disuelve, pues, de forma sistemática y a largo plazo la unidad de biología y sociedad fusionada en el arquetipo de la familia nuclear de por vida. Si se quiere, también podría decirse: al igual que la medicina de la reproducción ha dividido la paternidad social, biológica y jurídica mediante las posibilidades de la fertilización artificial, supra y extramatrimonial, y médicamente independizada, esta independización se da ahora también en el proceso del aumento de la frecuencia normalizada del divorcio.

Podría hablarse mucho sobre las situaciones de vida que abarcan a varias relaciones entre géneros y generaciones y que se ven divididas y mezcladas por múltiples divorcios: por ejemplo, que de este modo se crean redes de «grandes familias» incompletas y entrelazadas, con diferentes niveles difíciles de identificar desde fuera, que varían según el punto de vista de los implicados. Que el divorcio, en cierta manera, también *obra en contra* de la individualización en el sentido de un aislamiento. Lo que sí es seguro es que ya no se puede mantener la opinión, hasta ahora predominante, de que el divorcio sólo significa la salida de una familia nuclear con el consiguiente paso a otra familia nuclear, como si el número elevado de divorcios no afectase al carácter social de la esfera privada. Esto último sólo es posible mientras la división, los cambios y las convergencias de las realidades divergentes dentro y fuera de las «familias» son ocultados por fijaciones operacionales al así llamado «núcleo» de la así llamada «familia nuclear».

Se necesita un alto grado de pensamiento empíricamente petrificado y guiado por el deseo para ignorar la transformación de las formas estructurales de la familia y de la sociedad, una transformación iniciada e impuesta a largo plazo y paulatinamente. La investigación familiar que, hoy igual que antes, investiga categorías de la familia nuclear y que en el fondo intenta demostrar su realidad intacta con la fuerza persuasiva del gran número de datos, entrará seguramente algún día en el gabinete de curiosidades de los grandes errores científicos como una lección de empirismo ciego.

La manzana tardía de Eva: la emancipación «sufrida» de los hombres

Mientras todo el mundo habla de la emancipación de las mujeres, y no sólo eso, sino que en su forma singularizada es capaz de sacudir a modo de un seísmo, de la noche al día, la más completa armonía familiar, en cambio, de la salida de los hombres de sus roles asignados solamente se puede hablar en casos muy contados. Ciertamente, existe la prescrita «crisis de la mediana edad», existen los hombres con melena larga, los «tiernos», los grupos de padres solteros y los clubes de homosexuales. En la propaganda de los bancos destaca ya el padre que le cambia los pañales al hijo. También se ha aprendido ya que no existe ninguna relación natural entre un pene, la carrera profesional y un cohete. Entrar otra vez en esta discusión significaría reduplicar la literatura existente acerca del tema.[8] Pero la pregunta por el si y el cómo se puede salir de esta «coraza de hierro de la masculinidad» ya completamente resquebrajada, y qué aspecto podría tener el hombre autoconsciente, pero más allá de la masculinidad forzada o de su contrario blando exigido (aquella copia equivocada que se cree que corresponde al deseo de las mujeres), esta pregunta aún no tiene ninguna respuesta clara, y

8. G. Simmel (1985), B. Ehrendreich (1984), H. Goldberg (1979), V. E. Pilgrim (1986), K. Theweleit (1987), H. Brod (1987), W. Hollstein (1988).

tampoco se está intentando aclarar a través de discusiones públicas que no esquiven posibles conflictos. Tal vez eso no es ninguna casualidad. Tal vez la copia de la emancipación de las mujeres o el torpe «no» que surge de vez en cuando tímidamente contra sus exageraciones son una señal de que los hombres, cegados por el brillo de su (aparente) seguridad, todavía no se han dado cuenta de su situación.

La imagen del hombre que existe entre las mujeres y en el movimiento feminista oscila entre opresor patriarcal, máquina sexual y destructor del mundo disfrazado de científico, por un lado, y héroe doméstico, inválido sentimental, donador de semen y apéndice familiar tardoinfantil, por otro lado. Para introducir un poco más de claridad en estas negaciones de imágenes deseadas, en esta simultaneidad de contradicciones, quizá sea útil insistir en lo siguiente: la metáfora del amo y del esclavo, elaborada por Hegel, desarrollada por Marx y aplicada por la teoría feminista a la relación entre hombres y mujeres, no es cierta, y nunca ha sido cierta en su forma simplificada, ya por razones de principio.

El hombre (en el ensamblaje de los roles tradicionales de géneros) sólo es el amo libre de trabajo *doméstico*, pero tiene que ejercer de esclavo para ganarse la vida. Dicho con otras palabras, su posición de fantasma en la familia presupone que debe soportar el trabajo retribuido. La supresión de dudas y de protestas, la adaptación anticipada a la «fuerza mayor» del «jefe» era y es, en muchos casos hasta hoy día, la condición agria —aguantada silenciosamente o echando pestes— del legendario «dominio de los hombres».

La sumisión del hombre a la jerarquía en la empresa, su egoísmo profesional, su fijación en la competencia y la carrera representan también la otra cara de su preocupación por la familia. Sus «sentimientos de unión con la familia» no se expresan —dicho de forma tradicional— en un compromiso con el hogar, sino —por más paradójico que parezca— en la represión propia en el trabajo que se materializa a través del dinero que aporta para el hogar. Su «destino» es una forma de «sumisión por altruismo». Se lo traga todo, no para sacar un provecho propio, sino para poder alimentar «las bocas hambrientas» de su casa.

Las fachadas del poder y de los deseos masculinos se han construido sobre la base de la competencia y de la sumisión en el mundo del trabajo. En el ensamblaje tradicional, el camino directo hacia una sexualidad duradera estaba vetado para el hombre. Sólo en el lecho matrimonial podía disfrutar a lo que apuntaba el centro secreto de sus deseos, llamado «pene» por la medicina. Pero el camino hacia la cama matrimonial pasaba por la entrada

en la fábrica y las cargas físicas y simbólicas que el hombre tenía que asumir y soportar. La alienación de la sexualidad, la apropiación de facultades para conquistar el mundo, la integración en una maquinaria organizativa, constituyen en el tipo ideal del rol masculino el camino *directo* hacia lo infinito, para conocer su propia persona tan ajena, la ternura, el amor y la sexualidad. La cultura masculina es una cultura represora y reprimida, porque convierte la abstracción, el éxito frente a lo opuesto, en la condición para la curiosidad vital y amorosa de hombres y mujeres. Ya no existe un más allá. Un hombre es un hombre. El trabajo es el trabajo. Y con eso basta.

La inexactitud de la dialéctica amo-esclavo respecto a la relación hombre-mujer se elucida también a través del hecho de que el amo depende del esclavo. Pero con la llegada de la emancipación femenina, el hombre ya no depende de la mujer, o mejor dicho, de la esposa. En la lucha por el poder que ha estallado entre los géneros, las cartas del hombre no están tan mal repartidas para el hombre. La sexualidad y el amor ya no van ligados al matrimonio y al sustento económico de la esposa. Si el hombre así lo quiere, puede decir: amor y sexualidad sí, matrimonio no. Y con eso aún le hace un favor a la emancipación de las mujeres. Quien no quiere alimentar durante toda la vida a una «mujer en paro», tiene que apostar por la actividad profesional de la esposa, y con ello tiene la posibilidad de impulsar las dos cosas: la independencia económica y social de la mujer y *además* su propia liberación del yugo secular del vivir «para», es decir, de la sumisión profesional en beneficio del sustento de la familia.

Con eso se pone de manifiesto que la emancipación del hombre, en cierta manera, se produce de modo *pasivo*. Por ello, también silenciosamente. Consiste en el disfrute de la renuncia impuesta. No tiene que salir activamente de su rol —como la mujer de su papel de trabajo doméstico y de madre—, ni tampoco tiene que conquistar otro mundo, o sea, el del trabajo remunerado, de la ciencia o de la política. Todo eso ya lo ha conseguido, para él eso representa ya conformidad. Pero la salida de la mujer de su rol —su revolución sexual, su voluntad de conquistar el mundo profesional— ha liberado al hombre del yugo de sus obligaciones bajo los auspicios de la lucha contra él. *La consecuencia seguramente involuntaria de la emancipación de la mujer es la del hombre*: ¿se le ha echado de su papel de sustentador único de la familia? Mejor, así la mujer pierde el derecho al sustento matrimonial. ¿La mujer descubre su sexualidad? Muy bien, la guardiana del monopolio matrimonial lo abandona y lo rompe. Eso aumenta la oferta. La vida en pareja, la sexualidad, el amor, la ternura se liberan de las cadenas del matrimonio, ya en interés propio de la mujer.

Mirado así, bien podría ser que los hombres —muchas veces sin darse cuenta de su astucia objetiva— promuevan la emancipación de la mujer en lugar de su propia autoliberación. Por decirlo así, impulsan desde el asiento del espectador su «autoliberación», elogiando perplejos, pero con benevolencia, la salida de la mujer de su rol. Su emancipación —su liberación del yugo de sustentador de la familia— les cae del cielo como una manzana madura. La manzana tardía de Eva. No queremos ocultar tampoco que este uso por el hombre del asunto de la autoliberación revivifica el viejo papel del pachá. Ni tampoco queremos ocultar que la consternación estúpida de muchos hombres demuestra que no se dan cuenta de la suerte que la emancipación de la mujer significa para su propia situación.

La emancipación regalada a los hombres, que aún no son capaces de concebir la suerte de su desgracia, tiene, sin embargo, la gran desventaja de que no sólo se lleva a cabo, más o menos, sin la colaboración del hombre, sino además en contra de él. Es una emancipación hueca, impuesta; una emancipación sin emancipación. Los hombres están sentados en el centro de su mundo que ya no existe como tal. Alrededor de ellos emana y avanza el humo de la pólvora feminista. Las vigas del viejo edificio ya están crujiendo. Los monumentos de hormigón de la masculinidad se están desmoronando. No notar nada, implorar la vieja armonía, es el primer deber del hombre. Si fuera necesario, recurriendo a la fuerza. A la fuerza disimulada. El amor y el dinero contienen una fuerza disimulada. Lo importante ahora es impedir la contrarrepresión de la mujer, anticipándola, y vengarse.

No importa que su yugo —la sociedad del sustentador masculino— haya desaparecido con la salida de las mujeres de su rol. Asumen este yugo. No importa que su «deseo de eso», su «follar rápido» quite todas las ganas, incluso las suyas propias. Es así «la naturaleza masculina».

Claro, donde antes todo coincidía, la carrera profesional, el adaptarse, el seguir adelante, ¡más lejos, más alto, fuera de mi camino!, ahora sólo hay una gran y amplia nada. Se debiera descubrir, desnudar y conquistar a lo más cercano, a lo más desacostumbrado, a lo más familiar, es decir, al imbécil autoconstruido y vestido con el ropaje autotejido de su fatuidad. El hombre debiera, por ejemplo, abrir los ojos. Ver, percibir. Serían unas vacaciones de aventura transcontinentales dentro de la vida propia, en el propio cuerpo.

Pero eso conllevaría para el hombre el peligro de desbordarse, de perder el control de sí, tanto en casa como en el dichoso mecanismo-hombre del trabajo. Dar la vuelta, mirar las rutinas desde otro lado, preguntar más, insistir, no resignarse, rebelarse y presentar lo propio y lo incoherente. O bien, simplemente pudrirse, abandonarse, convertirse en el moscardón asqueroso que uno ya es. Pero el trabajo doméstico no significa necesariamente copiar la gestión paranoica de los trapos de la limpieza de las mujeres. No significa someterse además incluso en eso, ni meterse debajo de la cama para limpiar hasta el último rincón. ¿Quizás el polvo tenga algo bello? ¿Quizás el agujero en el calcetín no esté tan mal? ¿Quizá los calzoncillos olvidados en algún sitio anticipen una obra de Beuys, una vez hayan quedado petrificados y enriquecidos con papel de queso y un tenedor lleno de embutido, un Beuys nunca visto que ni el propio Beuys se hubiera atrevido a pensar o realizar? ¿Quizás «el rincón de grasa» de Beuys sólo representa un reflejo débil de los ideales de belleza masculinos y de su correspondiente gestión de la casa? Empezar, ensayar, dejar crecer el montón de ropa de cama, luchar, caerse, reír, desesperarse, perderse en el caos que acecha detrás de las paredes finas del orden. Pero vivir, simplemente empezar de una vez a vivir, y luego ya no renunciar a eso. Pero todo eso es una ilusión a la vista de la realidad masculina dominante que ni siquiera se ha enterado de que ya no existe.

Es cierto que disminuye la disposición de los así llamados «adultos masculinos jóvenes» a contraer matrimonio con una mujer sin formación profesional. Pero también es cierto que en la mayoría de ellos ha cambiado la atmósfera y la estrategia en relación con la emancipación de la mujer. El hombre se presenta como abierto y receptivo. El «grillo doméstico» ya ha pasado de moda. Sin embargo, ya se ha encontrado y ampliado una nueva posición para recoger el viejo orden: *el hijo*, las «necesidades» de la maternidad. Al haber conseguido transformar la cuestión de la mujer en una cuestión de hijos y de madre —con la participación activa de las mujeres—, muchos hombres, bien acostumbrados a la falta de reflexión sobre su situación, creen poder recostarse nuevamente en las viejas poltronas.

La venganza les alcanza como muy tarde antes, durante y después del divorcio, cuando la paternidad/maternidad se divide y la maternidad se vuelve en contra de la paternidad. Entonces recae sobre el hombre, que ahora empieza a descubrir su corazón paternal, la ausencia de la familia legalmente cimentada. Una ausencia sobre la cual había edificado tanto tiempo, como algo normal, su vida: el padre se convierte en la víctima de la desigualdad, con la que hasta ahora ha vivido tan cómodamente. En todo lo biológico y lo legal domina la madre; el padre vive de la gracia que ella le suele conceder ya sólo de forma jurídicamente minimizada.

Llegar a ser padre no es nada difícil, pero sí es difícil ser padre *divorciado*. Cuando ya es tarde, la familia se convierte a través del hijo en el lugar de

la esperanza, del esfuerzo concreto, para los que antes «aunque poniendo mucha voluntad» no existía ni atención, ni tiempo. El hombre-padre divorciado que empieza a descubrir su mundo sentimental es el caso de defunción de la emancipación forzada que se descubre cuando ya se ha perdido el objetivo.

Todo se vuelve ahora en contra suya. Uno tras otro, le hacen pagar los costes de su extraterritorialidad familiar: soledad forzada, desvalimiento aprendido, horarios de visita, regulaciones de manutención, todo eso son los barrotes detrás de los cuales se ve encerrada sin motivo la paternidad recién descubierta. La indignación, el dolor, la amargura constituyen a veces umbrales de *shock* para el comienzo de la emancipación del hombre.

Bien mirado, el viejo Adán ya no hace falta para nada. Casi ya es una reliquia que tendría el valor de una curiosidad en un museo, si no fuera tan dominante: hay que expulsar a la mujer del trabajo remunerado para que aún siga sirviendo al hombre como sostén firme de su existencia. Respecto a la producción de niños, la coalición de competidores de los donadores de semen, el médico y la probeta han apartado al marido de la carrera. A su sexualidad folladora, fijada exclusivamente en su pene se le ha escapado volando la mariposa del placer femenino recién despertado. El hombre puede seguir instalándose en todas estas ficciones. Pero su desmoronamiento, su pérdida forzada significa la pérdida de cadenas. Y el hecho de que no lo note, no ha transformado la manzana tardía de Eva en más apetitosa.

El divorcio como padrino de bodas: las coaliciones de matrimonio

Los problemas que arrollan a la familia nuclear no son exclusivamente de tipo individual, sino de carácter general. Se habla mucho de la inflación de las exigencias de parte de la población. Pero también lo contrario es cierto: las familias nucleares, expuestas ya desde su interior a pruebas de rotura, se ven confrontadas con *una inflación de exigencias estatales*. No sólo ocupan como remiendo burocrático —llamado «ciudadano emancipado»— un puesto fijo para asuntos irresolubles en todos los departamentos. Además, se les utiliza —para decirlo de modo más exagerado, pero del todo realista— como «basurero» de la nación. Podemos enumerar varios ejemplos: las horas de clase que los padres dedican a los hijos, que en el plan de la enseñanza pública y el presupuesto para plazas de profesorado constituyen una constante de gasto ahorrado. Las cargas adicionales provocadas por la contaminación del aire y del agua, los venenos en los alimentos, que para la familia —normalmente para la madre— significan una gran intensificación del trabajo. Al mismo tiempo, se le exige que quite de la mesa —a través de la planificación de las comidas— todo lo que por la complicidad legalizada entre las oficinas estatales, los expertos y la industria invade sigilosa o masivamente la esfera privada. Hay que planificar el tiempo y el número de nacimientos de la descendencia con el fin de poder coordinar la carrera profesional y el cálculo de la jubilación. La familia constituye, naturalmente, también la ayuda social para cuando se acaba el pago oficial de dicha ayuda. Y si algunos miembros de la familia quieren trabajar pero no son tan móviles como exige el mercado del trabajo, entonces serán tildados oficialmente de holgazanes y tendrán que contar con la posibilidad de perder el derecho al merecido subsidio de paro.

Para solucionar este «problemita», este «constipado» de la familia, el botiquín de la modernidad les ha reservado fundamentalmente la siguiente medicina: «racionalidad (de intercambio)», tres tomas diarias, mejor de modo preventivo, en forma de acuerdos, contratos, leyes, asesoramiento y terapia. Pero la cosa es más complicada cuando se presenta una inseguridad de tal magnitud, y además en el centro de la felicidad esperada, *se tiene que* negociar, fijar cosas, planificar. Pero esta medicina forma parte de la enfermedad que, en principio, debía curar. La espontaneidad buscada, la negación del mercado o del cálculo, la sintonía de los sentimientos que se esperaba de la liberación de los roles de los géneros y de las formas de vida tradicionales, se convierten en su contrario. La seguridad contractual desvaloriza lo que tenía que posibilitar: el amor.

El contrato matrimonial no es un invento de la modernidad. En la nobleza se negociaban ya contratos complicados entre las familias unidas por el matrimonio para el reparto de bienes y derechos. Pero, significativamente, no entre los novios como hoy, sino entre sus familias paternas. En estos casos, el padre de la novia tenía que encargarse del ajuar, mientras que el novio y su familia proporcionaban los bienes para el sustento. El sentido y el objetivo de aquellos contratos matrimoniales, sin embargo, poco tienen que ver con la finalidad que hoy persiguen. No se trataba entonces de la regulación anticipada de las consecuencias del divorcio, ni de fijar las normas que determinasen la convivencia y los intereses de la vida cotidiana.

La coyuntura favorable para los contratos matrimoniales es el reflejo, también jurídico, de la magnitud de la inseguridad que reina en el día a día familiar. Cuanto más leyes, más profundo es el abismo percibido sobre el cual se pretende tender una red de contratos. El divorcio no es la excep-

ción, sino la regla. Por lo menos en su entorno más próximo, todo el mundo se ve confrontado con él. Este acontecimiento presenta, en cierta manera, el estallido de las contradicciones y de las tensiones, que, de lo contrario, se mantienen latentes en la familia. Quien lo ha vivido, se pondrá la próxima vez —al superviviente de un barco hundido— un chaleco salvavidas. Dicho chaleco consiste en el contrato matrimonial. Significativamente, el chaleco salvavidas no tapa los agujeros del barco averiado, pero alivia las consecuencias personales provocadas por su hundimiento.

A quién le puede sorprender, pues, que los experimentados en divorcios que han pasado ellos mismos por este fuego, o que son hijos de padres divorciados que quieren probar suerte juntos comiencen sus negociaciones de matrimonio como los partidos políticos sus negociaciones de coalición. El final ya hace de padrino del comienzo. Los probables problemas hacen de testigos. Todas las fuentes de problemas en, al lado y después del matrimonio tienen que encontrar su solución ya en el umbral que conduce hacia él. En primer plano se hallan los derechos de patrimonio y de manutención; pero también se quiere anticipar ya la posible pelea por el hijo. Por un lado, se fijan los derechos a la patria potestad en caso de divorcio; por el otro, se firma una Carta Magna respecto al modelo de educación para evitar que la educación se convierta en fuente de conflictos. Se intercambian también títulos de propiedad referidos al tiempo libre, a las vacaciones y —aquí el asunto se vuelve especialmente delicado— al desarrollo personal. No pocas veces, las partes en el negocio amoroso se garantizan el mutuo apoyo para el autodesarrollo y codifican sus derechos de intercambio según el siguiente modelo: si yo te apoyo en tu carrera profesional, tú tienes que ayudarme en mis estudios.

También se llegan a acordar cosas insignificantes: los pormenores de la división del trabajo doméstico, desde la limpieza de los zapatos hasta la preparación del desayuno. Detalles respecto a la sexualidad, desde los que pueden ser reclamados como servicios personales tolerables hasta los que quedan excluidos. Ritmos de movilidad, tiempos de nacimientos. ¿Quién puede quedarse en casa y cuándo, y cuándo puede volver a trabajar? ¿Hay que confesar las aventuras con otros? Todo esto y mucho más puede ser legalizado ante un notario. Y ante el ojo espiritual del observador se producen imágenes de cómo se va a producir, en caso de pelea matrimonial, las interpretaciones de los documentos, y de cómo se acabará convirtiendo a un papel callado en juez de las dificultades cotidianas.

Pero lo más gracioso, seguramente, es cuando el amor dominado por la serenidad acaba regulando, al final, su propio fin. Se acuerda el acuerdo.

Y se asegura la comprensión y la promesa de no dramatizar el divorcio, ni ante ellos mismos, ni ante otros y menos aún ante los hijos, sino de entenderlo y vivirlo como un «acontecimiento natural de la vida».[9] Algunos incluso se prometen celebrar el divorcio con una fiesta, más sonada que la de la boda. Sólo queda la pregunta de si el caso afortunado del «divorcio en armonía» tal vez ignora la realidad del divorcio por discordia. Lo que también significa que normalmente sólo uno de los ex amantes desea divorciarse, mientras que el otro o la otra sigue soñando con el sueño que para el otro ya se ha convertido en una pesadilla. Pero también para eso se pueden encontrar las correspondientes regulaciones legales.

El matrimonio contractual —«el contrato de sentimientos»— ciertamente es una respuesta a los problemas ante los que hay que protegerse. Pero también contiene factores que aceleran su disolución. Los intereses se han convertido en una cuenta, en una relación donde, hasta ahora, la compensación no se regía por las leyes del cambio. De este modo, se han incorporado palancas para su imposición que pueden ser utilizadas y que, de hecho, se utilizan en el momento de conflictos graves. No conozco investigaciones sobre la duración y el funcionamiento de matrimonios con contratos. Pero es de suponer que dichos acuerdos facilitan el final, y justamente ahí se encuentra la aceleración de la anulación del matrimonio, contra la cual el contrato debía servir de protección. El matrimonio se convierte en un tipo de *«derecho de alquiler temporal* para la *mutua satisfacción de necesidades».* El contrato matrimonial y el divorcio se favorecen mutuamente, se fusionan para convertirse en un tipo de motor continuo para la transformación del complejo parentesco familiar, causada por el divorcio.

Las ofertas de «curación» de la familia abarcan también aquella con la cual la sociedad moderna lucha contra sus deficiencias autoproducidas: contra el «déficit de reconocimiento» del trabajo doméstico se recomienda y se reclama el brillo social del dinero, es decir, un sueldo para el trabajo doméstico. El matrimonio es uno de los pocos puestos que se pueden ocupar y ejercer sin estudios y diploma obligatorio (eso no sólo facilitaría trabajo para profesores en paro, sino que generaría nuevas formas de conflicto matrimonial científico). Pero quien, a pesar de todo, cae en los agujeros que forman la base de la familia, puede estar seguro de que los asesores y terapeutas matrimoniales le instruirán acerca de su destino.

El modelo siempre es el mismo: la familia, el «no» de la sociedad del mercado, se transforma en algo integral que puede ser evaluado, calculado

9. P. Partner (1984), pág. 128.

y dominado. Esta adaptación de una excepción a la regla no sucede en el sentido de una reforma familiar política, sino a través de miles de pasos pequeños que someten el «riesgo de seguridad», llamado matrimonio, a las reglas del cálculo asegurado por el cambio y el contrato. En eso hay una lógica. Ni el compromiso político, ni la esperanza en una utopía quitan los platos sucios de la mesa o ayudan a imponer los intereses propios por un desarrollo profesional contra las resistencias condicionadas por el matrimonio. Por tanto, la experiencia de un divorcio, el contrato y el divorcio cooperan en cierta manera. Al final, el amor se independiza en contra de las formas que quieren proporcionarle duración, se vuelve abstracto, efímero, fiel sólo a sí mismo.

El bricolaje de ser padres. La autoconfiguración genética de la naturaleza humana

Hasta ahora, la familia era —siempre y también— un símbolo de la naturaleza, de la consanguinidad que determinaba tanto la herencia social y económica como los grados de parentesco. Eso gana hoy en importancia, justamente cuando la base natural humana está entrando en el horizonte de la disponibilidad técnica facilitado por medio de la medicina de la reproducción, pero también por los trasplantes de órganos y por la conquista científica del código genético humano. Nos damos cuenta de lo que estamos perdiendo. Aunque hay que decir que, hasta el momento, casi toda la atención se está centrando en las consecuencias de la destrucción de la naturaleza exterior, de manera que la marcha triunfal de la ciencia biológica, que nos regala la naturaleza humana artificial, puede producirse tan sigilosa como consecuentemente. Pero lo que está sucediendo, ni más ni menos, es que se rompe la unidad naturaleza-cultura de la familia. Con unas consecuencias que hoy sólo podemos aludir en forma de preguntas, sin que nos sea posible valorarlas en toda su magnitud. Contemplado de forma global, se sugieren dos interpretaciones.

Una de las interpretaciones destaca que con esta disposición técnica y la independización de maternidad y de paternidad *en principio* no está ocurriendo nada nuevo. Por un lado, el dominio de la naturaleza representa la meta de siempre de la Ilustración en su vertiente técnica, que tampoco varía esencialmente por el hecho de que su imposición afecte ahora también a la producción de los seres humanos y a su centro genético. Las posibilidades que abre la técnica requieren siempre una protección contra su mal uso, pero abren también nuevas oportunidades para el desarrollo y la decisión humanos. Según sus defensores, las oportunidades se encuentran sobre todo en la lucha preembrional contra enfermedades hereditarias y en la liberación del sufrimiento causado por la infertilidad que precisamente en nuestros tiempos afecta a cada vez más parejas. Además, la división entre paternidad natural y paternidad social y legal ya se está produciendo desde hace tiempo, por lo que la probabilidad de que un niño crezca en su familia natal ha disminuido considerablemente.

El otro lado, que yo defiendo, afirma que esta huida hacia lo general, hacia el «eso ya ha existido siempre» sólo representa una forma de camuflaje para que lo nuevo pueda imponerse sin ser cuestionado. Es posible que en el laboratorio, donde todas las sustancias tienen el mismo aspecto, tanto da si provienen de un ser humano o de un animal: donde la naturaleza humana puede ser intervenida sin anestesia, sin necesidad de justificación frente a las sustancias embrionales, es posible que no se muestre lo nuevo. Pero sí se muestra en el espacio social y para una visión sociológica. La doble hélice, el análisis de genomas, la fertilización heteróloga y homóloga en la probeta, *superan mediante una explosión de posibilidades las constantes antropológicas de paternidad y maternidad, hasta ahora válidas para todas las épocas y culturas.*

La trascendencia temporal no se manifiesta tanto en la biología y la química del núcleo celular como en las consecuencias que estas nuevas técnicas puedan tener para el sistema familiar y de parentesco: la antigua unidad entre la paternidad biológica y social se desmorona, y con respecto a los procesos naturales, la paternidad se transforma en un sistema de «legos», donde los distintos elementos de construcción pueden ser aislados y combinados independientemente. La diferencia fundamental de estos procesos con respecto a la adopción de un hijo o el divorcio, que disuelven la unión entre paternidad biológica, social y legal de otra manera, está en la *manipulación técnica* y en el control de la creación humana, hasta ahora bien encerrada en las formas sociales de la paternidad matrimonial y extramatrimonial.

Desde el punto de vista de la sociología de la familia, este desarrollo apunta en dos direcciones. Se arranca, o si se quiere ver así, se libera la paternidad social de sus raíces biológicas. En relación con la naturaleza, entra en una situación de «flotar libremente en el aire». La paternidad y la reproducción se convierten en dos fenómenos independientes el uno del otro. La biología sigue las reglas que resultan de la combinación, la selección y la optimización médica de semen y óvulo, mientras que la paternidad sólo existe para sí y debiera ser fundamentada nuevamente desde sí misma. En

principio, y hablando técnicamente, sería posible, por tanto, desacoplar la reproducción técnica de la familia, y organizarla o bien clínicamente, o bien delegar la gestación a un grupo de mujeres que cumplan unos criterios aún por determinar.

Por otro lado, para el significado de la «paternidad» se abren unas posibilidades de combinación más allá de la propia naturaleza que convierten a la imaginación humana en un pálido apéndice de una realidad que está cambiando a una velocidad vertiginosa. Pronto será muy normal que se pueda predeterminar el género de un bebé, incluso quizá sus probables enfermedades, su aspecto físico y sus rasgos característicos. El trasplante de embriones, «bebés-probeta», tomar una pastilla que provoca el nacimiento de gemelos o de trillizos, o la compra de embriones ultracongelados naturalmente en una «tienda de embriones» de gran profesionalidad asegurada, controlada por el Estado, y con empleados altamente cualificados, eso nos parece aún ficticio, pero algunos de estos ejemplos ya se han hecho realidad.

Los «bebés-probeta», ¿qué características tienen según el concepto de la maternidad? ¿Qué consecuencias conllevará para la autocomprensión de la mujer que, desde que empezamos a pensar, entendía la maternidad como una parte fija de su existencia? ¿Quién o qué puede ser considerado como parte paternal/maternal en estas «circunstancias realmente diferentes»? ¿O como tío, hermano, etc.?

Hoy ya es técnicamente posible congelar embriones y gestarlos más tarde, por ejemplo, después de que la mujer haya realizado su carrera profesional. O implantarlo a la madre propia para parirlo. Ésta sería entonces a la vez abuela y madre, y la hija sería hermana de su propia «madre». ¿Y por qué no? ¿Quién quiere prohibirlo (a largo plazo), si de esta manera pueden ser reunificados mediante la reproducción técnica por llamarlo así dos bienes valiosos: la emancipación profesional de la mujer *y al mismo tiempo* el crecimiento demográfico con todas sus consecuencias para la demanda interior, el prestigio internacional y la garantía de las jubilaciones?

Éste es uno de los puntos cruciales en un proceso hacia el que se avanza rápidamente. Los médicos de la reproducción y sus asesores en genética reclaman: «¡Decisión libre, autonomía! Solamente queremos mitigar el sufrimiento. Quien no quiere aplicarlo, no tiene por qué hacerlo. No existe ninguna obligación. También esta técnica es, en sí misma, neutral. Lo único que importa es su aplicación concienzuda. Hay que excluir su mal uso. Nuestro sistema de derecho y una ciencia consciente de su responsabilidad evitarán lo peor».

Supongamos, pues, que eso sea posible, algo que nos parece de entrada absolutamente improbable. Supongamos que existan los instrumentos legales para poner límites a la avalancha técnica, límites que obviamente no existen. Pero supongamos que todo se desarrolle con el consentimiento y la mejor intención de todos los implicados y de acuerdo con el «discurso libre de dominio» que de la noche a la mañana ha entrado en vigor. Incluso este caso, imposible, que contradice cualquier sentido de la realidad, no significa otra cosa que se están enhebrando los contornos de una era posfamiliar a través del ojo de la aguja llamado «autonomía individual del paciente», bajo la dirección de una medicina que se expande irreversiblemente y con la bendición de una nueva burocracia jurídica genética. Los contornos de una era en la cual la paternidad estará desligada de sus constantes naturales y —ante una «biología» que está estallando en innumerables fragmentos— sólo puede mantenerse unida a través de la decisión y la comunidad social. Este cambio radical sucede sin que haya ninguna declaración del gobierno, sin proyecto de ley, sin debate ni votación en el parlamento. Se introduce a través de resultados apenas perceptibles del progreso médico-genético y a través del paso colectivo por las «consultas de asesoramiento» individualizadas y finalmente pagadas por la Seguridad Social. Una cosa queda bien clara: los técnicos y los científicos no tienen ninguna responsabilidad por las consecuencias. Está sólo en las manos de la sociedad si quiere hacer uso de su amplia oferta.

> Va a quererlo. Primero se aplicará a los que padecen enfermedades hereditarias, después a los que tienen enfermedades hereditarias recesivas, luego a aquellos con irregularidades genéticas, luego a los presuntamente susceptibles de cualquier irregularidad, después a los no perfectos. Al final puede estar a disposición de cualquiera. La oferta de optimización se parece en eso a todos los demás servicios y productos. Una vez haya salido al mercado, haya entrado en el horizonte de reflexión de la gente, despierta necesidades individuales. Entonces empieza la demanda y el consumo. Ante el consumo, la ética tiene que ceder. Primero viene el miedo a la propia enfermedad, a las propias deficiencias, y después quizás el miedo a la eugenesia genética. Primero viene el consumo, luego la moral.[10]

La gran opción, la modernización perfecta, se ofrece después ¡pero aquí de forma obligada! respecto a la descendencia. La responsabilidad intergeneracional ya no puede agotarse en garantizar condiciones óptimas para la

10. K. Gabert (1988), pág. 87.

socialización. El deber asistencial de los padres comienza ya en el momento en el que el óvulo fertilizado se implanta en el útero. Puesto que cada hemofílico, por ejemplo, representa una carga para la comunidad solidaria, se tiene que someter al feto a un análisis genético cuando tan sólo ha llegado a un tamaño de 32 células. En el caso de diagnosticarle una irregularidad genética, queda la opción entre abortar o una corrección, es decir: una terapia germinativa. ¿Pero por qué hay que aceptar enfermedades hereditarias graves? Con intervenciones genéticas, llevadas a cabo con tiempo, pueden transmitirse al embrión también los deseos de los padres respecto al aspecto físico del futuro hijo. ¿Será rubio o moreno, con tendencia a la obesidad o a ser bajito? Todo eso, de antemano, es corregible. En todo caso, una persona que vive sola, tampoco tiene que renunciar a los servicios técnicos si se junta por poco tiempo con otra persona para ensayar con ella la variante tradicional de la reproducción.[11]

En el paraíso genético no se habrán corregido sólo «los árboles torcidos», como llamaba Kant a los seres humanos, según los deseos que provienen de los cerebros, de las ideologías y de los miedos de la gente. Más atractivo aún será quizá que se habrá disuelto la unión entre amor y reproducción, entre paternidad y amor, en todo caso, que se habrá convertido en una decisión, posiblemente también dividida socialmente y adjudicada a instituciones especiales. Y este paraíso genético será atractivo justamente para aquellas sociedades que ya no son capaces de resolver el «problema» de la disminución de población mediante el viejo método de la lotería que constituyen el matrimonio y la paternidad.

Puntos de fuga e identidades buscadas: más allá de los roles de mujer y hombre

Supongamos que usted y yo pudiéramos desear como en los cuentos tan sólo una cosa. Que pudiésemos lo que quisiéramos. ¿Cómo podría superarse esta situación tan embarazosa?

La «desgracia no deseada», la pérdida de utopías se elucida y no en última instancia a través del hecho de que hemos olvidado lo deseable. No solamente hemos perdido las tradiciones y sus esperanzas, sino también su recuerdo, el recuerdo del camino, de lo que transcendía lo alcanzado, y que era el motivo por el que la caravana y los países se ponían en marcha. Preguntar por utopías, incluso por utopías positivas, se ha vuelto algo penoso. Primero, porque se han desvanecido, segundo, porque se han convertido en su contrario y tercero, porque una persona centroeuropea, normal, ilustrada e ilustrada acerca de la Ilustración no se hace estas preguntas. ¿Qué podemos perder cuando la pérdida que nos amenaza superará todo lo hasta ahora conocido? ¿Por qué este «demasiado tarde» y este «no tiene sentido» que paraliza hoy todos nuestros esfuerzos de pensar, no es capaz de generar *también* la contrafuerza de la imaginación? Sólo para un pensamiento que aún sigue buscando disimuladamente el beneficio, la desesperanza significa desesperanza. Para el otro pensar, el que busca, la esperanza puede liberar su opuesto. Al igual que en estados de sitio hay que contar con pillajes, en situaciones de desesperanza manifiesta se debiera contar con el estallido de la imaginación, con proyectos de otros mundos, sin ponerse límites, sin remitirse siempre a la realidad existente. Pero nada, todos se quedan con sus nimiedades cuando globalmente se está vislumbrando su ocaso.

Queremos responder por una vez con total libertad, sin pensar en su realización, a la pregunta: ¿qué debiera cambiar para posibilitar la convivencia nuevamente?

También las utopías requieren una exposición ordenada. Hay dos puntos de vista que queremos diferenciar y tratar uno tras otro: por un lado (en este subcapítulo), la pregunta por las *externalidades sociológicas* que interfieren los círculos del amor: la desigualdad, la movilidad y las obligaciones del autodesarrollo; por otro lado, las turbulencias basadas en la *lógica propia* del mismo amor en tanto que destradicionalizado (esto se tratará en el capítulo final, «La religión terrenal del amor»).

Empecemos con un punto de vista simple: la «mecánica» del enfrentamiento de las biografías individualizadas. O dicho de otra manera: la sociedad nómada moderna de los permanentemente movilizados (movilidades diarias, de vacaciones, de compra, de carrera profesional, etc.) debiera ser frenada hacia una sociedad más asentada. A los límites del crecimiento económico se debieran añadir los límites del crecimiento de la movilidad. El «descubrimiento de la lentitud» y de lo abarcable podría ser un paso decisivo en la dirección de posibilitar una vida social desde su marco de condiciones externo. Eso presupone, sin embargo (aparte de la disminución del tráfico de coches, etc.), algo muy socialdemócrata, poco revolucionario: *la desvinculación del trabajo de los ingresos*, del trabajo y de una existencia ase-

11. *Ibid.*, págs. 89 y sigs.; acerca de líneas de desarrollo documentables en torno a la mentalidad del hijo ideal de los padres, véase E. Beck-Gernsheim (1988b), así como U. Beck (1988, capítulo 1) más en general acerca de las consecuencias sociales de la medicina de la reproducción y de la genética humana.

gurada. La sociedad enriquecida podría permitirse, por lo menos, la esperanza como *utopía*: el imperativo que viene de todas las sociedades y épocas anteriores de deshacerse de las cadenas del trabajo obligatorio. Primeras indicaciones en esta dirección se encuentran en los debates sobre una renta ciudadana, sobre una protección económica básica, sobre la desvinculación de trabajo remunerado y seguridad social, sobre posibilidades de desacoplar, por lo menos en algunas fases de la vida, el trabajo y la vida por decisión propia. El resultado sería que el carrusel de la movilidad individualizada podría perder velocidad, ser detenido y puesto en marcha sólo temporalmente. La convivencia ganaría de este modo por primera vez el espacio necesario para aclarar sus propias preguntas y condiciones.

En la privacidad perdida en sí misma, se ignora que la desigualdad entre hombres y mujeres no es un fenómeno de superficie que puede ser corregido en las estructuras de la familia y del mundo del trabajo. Estas desigualdades fundamentales, al contrario, forman parte del esquema básico de la sociedad industrial. Por consiguiente, tampoco pueden ser abolidas favoreciendo la libre elección entre familia y profesión. Es imposible conseguir la igualdad entre hombres y mujeres en unas estructuras institucionales que tienen como base la desigualdad. Sólo en la medida en que el ensamblaje institucional de la sociedad industrializada avanzada puede ser analizado y cambiado en su totalidad con respecto a las condiciones de vida de la familia y de la pareja, se puede alcanzar paso a paso un nuevo tipo de igualdad más allá de los roles de hombre y mujer. A la falsa alternativa del «regreso a la familia nuclear» o de la «participación de todos en el mercado del trabajo», se debiera oponer un tercer camino: el de la delimitación y de la compensación de las relaciones de mercado, ligado directamente con la facilitación de formas de vida sociales.

El principio se puede entender como reflejo directo de la interpretación teórica[12] arriba esbozada: con la individualización de la familia se lleva a cabo la separación entre producción y sustento privado —por así decirlo— en un segundo paso histórico también *dentro* de la familia. Las contradicciones que se producen por esta razón sólo pueden ser superadas adecuadamente si se ofrecen y se facilitan posibilidades institucionales de reunificar de nuevo trabajo y vida, pero a todos los niveles de las biografías del mercado que ahora están en proceso de dividirse.

Empecemos con la movilidad condicionada por el mercado del trabajo. Por un lado, sería posible amortiguar los mismos efectos de la individuali-

12. Véase capítulo 1.

zación propios de la movilidad. Hasta ahora se ha aceptado como algo normal que la movilidad siempre es una movilidad *individual*. La familia, y con ella la mujer, se traslada con el hombre. La alternativa que eso conlleva, la renuncia de la mujer al trabajo (con todas sus consecuencias a largo plazo) o la «familia *dividida*» (como primer paso hacia el divorcio), la sociedad la considera un problema personal. En cambio, podrían ensayarse formas de *movilidad de pareja* en el mercado laboral. Siguiendo la consigna: el que quiere a uno (una), tiene que procurar empleo también al otro (a la otra). La oficina de empleo debiera organizar asesoramiento y tramitación de trabajo *para familias*. Y las empresas (el Estado) no debieran invocar sólo los «valores de la familia», sino ayudar a asegurar modelos de empleo para parejas (posiblemente en cooperación con otras empresas). Paralelamente, podría examinarse si en determinadas empresas no sería posible disminuir las presiones de movilidad (por ejemplo, en el subsector académico). En la misma dirección apunta el reconocimiento social y legal de inmovilidad por razones de familia y de pareja. En la valoración de si se le puede exigir a una persona el traslado a otro lugar, debiera introducirse también como un factor el peligro que representa para la vida familiar.

No obstante, en vista del alto nivel de paro, la reivindicación de una disminución de la movilidad total parece aún más irreal de lo que ya es. Efectos similares podrían conseguirse quizá también desde otros planteamientos, por ejemplo, desvinculando de forma más generalizada —como ya se ha pedido— *la relación entre tener asegurada la existencia y participar en el mercado de trabajo*. O bien que se aumente la ayuda social con tendencia a un ingreso mínimo para todos los ciudadanos; o bien que se desvinculen los problemas de la jubilación y del seguro médico del trabajo remunerado, etc. Este debilitamiento de la presión ejercida por el mercado del trabajo tiene ya una larga tradición (las prestaciones del Estado social, la reducción del tiempo de trabajo). De todas formas, todo eso está en el orden del día de la sociedad a causa del desarrollo contrario que se expresa a través de un alto número de parados y la entrada masiva de las mujeres en el mercado del trabajo justo cuando el volumen de trabajo disminuye por el aumento de la productividad del trabajo.

Pero, incluso una reducción de la dinámica del mercado laboral a favor de la pareja, sólo representaría la solución de una parte del problema. La otra parte consistiría en posibilitar nuevamente una vida social. Por todas partes ya no viene nada desde fuera, ya no hay nada seguro, todo tiene que ser creado desde dentro, desde la libertad de decisión del individuo; si no ocurre así, no tiene ningún futuro. Aquí sería importante, entre otras cosas,

comparar las relaciones primarias *adjudicadas* con las *deseadas y elegidas*, y empezar a descubrirlas y a ensayarlas con toda la abundancia de posibilidades que contienen, por ejemplo, en relación con los objetivos centrales y las necesidades de la individualización: el autoencontrarse y encontrar la seguridad en el otro, intercambio y búsqueda de vida sin las limitaciones y las redes de los vínculos tradicionales.

En este contexto pueden descubrirse conceptos tan aburridos como el de *la amistad*, como una relación de confianza elegida que permite una sinceridad absoluta, aunque sin los altos vuelos, ni los peligros existentes en el amor, y que justamente por ello es duradera o puede ser convertida en duradera al sobrevivir diferentes amores. «Un amigo nos dota de mil ojos, como la diosa Indra. A través de los amigos vivimos innumerables vidas», escribe, entusiasmado, Henry Miller.[13] La amistad no cae del cielo, tampoco se contrae definitivamente en la juventud, hay que mantenerla activamente contra las fuerzas centrífugas de la vida laboral (en eso se parece al doble trabajo existente en el matrimonio). Tiene que ser renovada siempre de nuevo a través del mutuo apoyo, y precisamente también en forma de una franqueza crítica que refuerza las propias intenciones contra la propia traición. En los conocidos nos encontramos con una forma menos comprometida de la amistad. Ambos, los amigos y los conocidos, forman una red que protege a las biografías que se mueven encerradas en sí mismas, contra sus delimitaciones e inseguridades. Dicho con otras palabras y de modo más general: se debiera desarrollar, desplegar y ensayar individual y socialmente una tipología de relaciones primarias que correspondiese a las características de la situación de la existencia individualizada y que fuera capaz de mitigar las caídas en los abismos y las fuentes de locura, intrínsecas a ellas. Hay que destacar especialmente un factor importante: la simultaneidad de cercanía y distancia, o la posibilidad de estar solos como uno de los presupuestos de la vida social bajo las condiciones de la individualización.

La individualización no puede ser reconducida a las viejas formas de comunidad. Antes bien, debieran ensayarse formas de *vivir juntos separadamente*, aceptadas por los implicados, pero también nuevas formas de arquitectura y de urbanismo, de precios de alquiler, de construcción de viviendas, etc., que facilitasen al mismo tiempo la posibilidad de retirarse y de vivir en comunidad. Lo que aquí se podría descubrir son fragmentos, astillas de una *Ilustración posindustrial*, de una Ilustración que se resiste a las predeterminaciones de la vida y a la autodinámica destructora en la sociedad industrial. Una Ilustración que facilite valores como el autodesarrollo, relaciones de compañeros, el amor por las personas, por los cuerpos, por las cosas, por otros seres de la naturaleza, el deseo de una comunidad vivible y su desarrollo. La esperanza de vivir la amistad como una relación social que acompaña y protege obliga a una confrontación crítica, pero todo eso no está en contradicción con la Ilustración, sino en contradicción con las formas prefijadas del matrimonio y de la familia, generadas por la sociedad industrial. Esta contradicción se manifiesta abiertamente en las dificultades que se presentan al querer unir la búsqueda del Yo, la *identidad proyectiva* y la revisabilidad del propio proyecto de vida con la estructura rígida de los roles dentro de la familia.

13. Citado según W. Schmiede, Henry Miller, Reinbek, 1987, pág. 162.

Por un lado —y a causa de las obligaciones de movilidad, pero también por el aumento de los trabajos provocados por el aislamiento y la dramatización privada—, el círculo interior de la familia se convierte en el centro de la vida y la acción privada en contra de posibles alternativas como la vecindad, los conocidos y la comuna. Por otro lado, el esquema de los roles familiares se mantiene rígido y constante en el eje del tiempo. Las ventajas que la familia proporciona a sus miembros —estabilidad y anticipación mutua de las necesidades y capacidades— se convierten en obstáculo en la confrontación, históricamente prescrita, de la identidad y la biografía *buscadas* aspirando al cambio, a probar algo nuevo y a la superación. *La familia no es un pacto de boy scouts en beneficio propio*, ni es una conspiración para el descubrimiento de los continentes desconocidos del Yo, de los diferentes Yo que conviven en una persona. La posibilidad de que las orugas se transformen en mariposas no está prevista para los miembros «adultos» de la familia. El cambio de una familia a otra y de un matrimonio a otro es, por tanto, la huida hacia la próxima trampa, mientras la estructura relacional de la familia no permita el infantilismo de los adultos; es decir, mientras la familia no se transforme en un programa de descubrimiento *para todos*. *¡Igualdad con los niños! ¡Contra la discriminación por la rigidez frente a los adultos!* son exigencias que apuntan en esta dirección. La apertura de la familia a los sueños de soledad intrafamiliares, *así como* la construcción de una red externa con amigos y conocidos que sobreviven a las crisis de identidad y el cambio matrimonial, constituyen seguramente dos variantes de desarrollo que, por un lado, eximen a los matrimonios de un exceso de expectativas, y, por otro, ayudan a aliviar las dinámicas de crisis y el pánico provocados por los divorcios.

La familia nuclear era y es un programa que todavía parece muy fácil de adoptar. Representa la respuesta global a todas las preguntas que, después,

sin embargo, se vengan por no haberse hecho, ni haberse contestado. Este caos de posibilidades se pone socialmente en movimiento a medida que son combinadas y también públicamente propagadas hacia *estilos de vida nuevos, ejemplares y vivibles*. Sería ilusorio, sin embargo, esperar que la forma familiar «burguesa» quedara de este modo superada por *una* forma de familia «posburguesa». Hay que contar con muchas «ya no familias» y «todavía aún familias» posburguesas en otro sentido. Ya que se configuran a través de lo pequeño, de las peleas entre hombres y mujeres, del impulso que se dan, y despliegan, más allá del cambio generacional, sus normalidades y ¡sus nuevas limitaciones! No obstante, parece que la fase de búsqueda no ha llevado todavía a cristalizaciones seductoras. Al contrario, se sigue impidiendo la invención de formas de vida para el futuro a través de una defensa encarnizada de la ligera modificación de lo viejo (una mínima redistribución del trabajo doméstico, algo de renuncia en la carrera profesional, o una mezcla de respaldo mutuo de ambas). Llegar a reconocer que ya nada concuerda, si se toma un poco en serio lo que tanto se ha soñado y hablado, es la condición previa pero amarga para no acabar como un mediocre en lo que respecta a la propia práctica de vida.

El amor por los pormenores cotidianos reducidos a callar por las «grandes preguntas». El revolcarse en la pereza. El guiño y flirteo con los recuerdos enmohecidos de los placeres y de las fiestas (insignificantes) pasados. El decorar, bailar y asombrarse. Gritar, discutirse y luchar por las pequeñas regiones y los miradores liberados dentro y fuera del Yo: este horizonte, este ver, esta visión cultural no se produce antes, sino *después* del esquematismo de la privacidad de la sociedad industrializada; se produce en la discusión dentro del y por el matrimonio, por la paternidad, por la familia, por la sexualidad e identidad masculinas y femeninas. Las ideologías, los caminos errados, los proyectos de un mundo diferente que surgen en este proceso, nunca representan solamente ideologías en el sentido de utopías impuestas que *deben* motivar a la gente mediante el deseo de expectativas políticas ajenas a un compromiso impulsor. Bien al contrario, los errores que se escenifican y se sufren aquí, individual y colectivamente, siempre tienen algo que ver con las *situaciones reales de la vida de la gente*, con el centro de sus necesidades, con su ansia, con sus conflictos casi ya obligatorios de los cuales, al final, no se puede escapar por ninguno de los caminos de fuga tomados. Estos caminos son correctos (y de entrada no se puede decidir nada acerca de su falsedad), por lo menos en la medida que las viejas formas de la existencia privada, a veces glorificadas por la nostalgia, dejan de funcionar.

Este tema del amor se crea en la jungla privada de lo concreto, se enciende en detalles y surge de ellos. Siempre tiene algo que ver mirado desde fuera y desde arriba con las nimiedades de la casa, de la vida cotidiana, de las costumbres en las que los hombres y las mujeres se han convertido, con la autoimagen y la imagen ajena y lo general escondido en estas imágenes: con el destino del rol convertido en Yo, con lo viejo, con lo pasado, con la historia y la política que se presentan aquí de forma nueva e individual. En este deambular por ahí, en el caminar, el probar, el irritar, en el dejarse ligar, en el despertar dentro de la cueva de serpientes de los celos siseantes y el asombro de que las llamas atravesadas no acaban quemándote, en el descubrimiento de la soledad como un estar con muchas cosas: con recuerdos, mundos de libros extraños y la superficie interior suave y brillante del lago, aparentemente fuera de mí, del lago que refleja y disuelve todos los cielos. En estas experiencias sin duda totalmente íntimas, individuales y por ello, en general, no comunicables, se crea un horizonte capaz de cambiar la percepción del mundo, que nos anima a *preguntar* ¿hasta qué punto influye o podría llegar a influir esta visión, este horizonte de sentido y duda de un amor inseguro, en las otras preguntas hechas a nuestra época: las preguntas por la destrucción de la naturaleza y por el autodominio de la técnica?

CAPÍTULO 6

La religión terrenal del amor

¿Qué viene después de la tradición? ¿Nada?

Sería demasiado atrevido querer decir algo definitivo sobre el amor. Por ello queremos terminar este libro con una idea fragmentaria que apunte a la importancia de esta cuestión para el mundo de la vida postradicional, no religioso e individualizado.

SÓLO DOS COSAS

He pasado por tantas formas,
por el yo, por el nosotros y por el tú,
pero todo quedó circunscrito
a la eterna pregunta del por qué.

...

Fueran rosas, nieve o mares
lo que floreció, se ha marchitado,
sólo hay dos cosas: el vacío
y mi yo marcado.

(Gottfried Benn)[1]

1. Benn (1962), págs. 178 y sigs.

Supongamos que la situación sea así: «sólo hay dos cosas: el vacío y el yo marcado», pero ¿qué significa entonces «vacío»? ¿No tradición en el sentido de vacío, para hoy y para todos los tiempos venideros, o sea, un vacío duradero? ¿Significa muchos «centros» y «dioses»? ¿Creencias construidas al gusto de cada uno? ¿Consumismo, es decir, paté de foie y playas de los Mares del Sur? ¿O tal vez signifique todo eso y, además, algún tipo de no tradición referido a la convivencia y al enfrentamiento de los individuos «marcados»?

Formulemos la pregunta de otra forma: supongamos, como experimento mental, que las Iglesias se quedan en un puro gesto que nadie quiere suprimir porque de alguna manera sería poco cristiano; ¿hablar del «vacío» que entonces se produciría significaría algo más en el fondo que la negación de lo viejo? ¿Acaso no se expresa a través de ella la falta de imaginación de un pensar vinculado al pasado? ¿O significa una pura nada, es decir, se acabó, final, fin? ¿Y *después*?

¿No se está creando quizá —por debajo de la nada y en las grietas del vacío— a pesar de todo, una utopía de pequeño formato, *más allá* de las grandes tradiciones de sentido, una utopía no tradicional (no codificable, no institucionalizable, no obligada a legitimarse), adaptada a la base de la existencia individualizada, una existencia que al mismo tiempo pretende superar, siguiendo su promesa? En este capítulo final se pregunta, por tanto, sin pecar de modestia y de modo provisional, por un sentido *pos*cristiano e *intra*moderno. Y nuestra respuesta es simplemente, y no sociológica: este sentido es *el amor*. Con imprudencia osamos conjeturar que el amor con todo su cosmos, sus valores más elevados y más bajos con sus cielos infernales y sus infiernos celestiales, con *toda* su humanidad animal, puede ser descifrado como una tal forma del sentido postradicional, intramoderno.

La suposición y la pregunta son las siguientes: ¿después del mundo de la experiencia de la sociedad de clases, tal vez empieza a abrirse, a través de la confrontación de mujeres y hombres, un nuevo horizonte de ansias, reglas y esperanzas? ¿Se producirán a partir de la lucha de los géneros (similar a la lucha de clases que paradójicamente generó las ideas de la igualdad y de la solidaridad) otros castillos en el aire, otras utopías, otras imprudencias de una convivencia liberada, o sea, otras realidades y otras neurosis? ¿Qué significa que el centro de la vida ya no está ocupado por la religión, por la clase, por la miseria económica, y tampoco por los modelos modernos de los roles estamentales de géneros en la familia nuclear, sino por las exigencias al autodesarrollo y por la lucha por nuevas formas de vida y de amor? ¿Se trata de un moderno Sodoma y Gomorra? ¿Influye en la ciencia, la política, el trabajo y la economía? ¿O acaba con eso la Ilustración en el no lugar de la intimidad, en la cama, en la frustración sin placer de los géneros, que ya no pueden vivir juntos pero tampoco separados?

Max Weber habló del «espíritu del capitalismo» que surgió involuntariamente de la «ascética terrenal» del protestantismo. Supongamos que *después* de la ética del deber protestante respecto al trabajo, a través del desmoronamiento de las formas de vida de la familia nuclear, se crea el horizonte del sentido del amor por el amor que ya se está convirtiendo en conflicto. ¿Cuáles serían las *consecuencias secundarias,* digamos el «espíritu» no deseado, que pudiesen surgir del conflicto de amor y de géneros cargado de ideas romántico-terapéuticas? ¿Tiene consecuencias para la economía, la política, el desarrollo técnico y la ecología?

A continuación, queremos discutir, más que aclarar, estas preguntas siguiendo tres pasos:

(1) ¿Qué es lo que eleva el amor al rango de una religión después de la religión? ¿Qué aclara y explica la comparación entre amor y religión? ¿En qué se acierta y en qué no? Estas precisiones conceptuales serán elucidadas en la discusión de los datos empíricos contradictorios que en un caso hablan a favor de la *disolución*, en otro caso a favor de la *idolatría* de la familia, del matrimonio y de la relación amorosa. La tesis es la siguiente: la arquitectura de la sociedad industrial de los roles de los géneros, de la familia y del trabajo se está desmoronando y se libera un anarquismo moderno del amor a partir de sus partes superiores, inferiores y opuestas. Esta lucha por la realización en el ahora con su cambio repentino en odio, desesperación, indiferencia y soledad deja sus huellas en los números de divorcios y de nuevos matrimonios, en las familias que se solapan y las familias que prosiguen, en la lucha por la felicidad antes, dentro y después del matrimonio.

(2) La verdadera antítesis de esto viene dada por el «eso ya ha existido siempre»: la opinión, muy arraigada de la *ahistoricidad del amor.* En contra de dicha opinión, queremos demostrar la modernidad de *este tipo* de esperanza de amor. Lo cierto es que el romanticismo del amor no es un invento de la segunda mitad del siglo XX. El amor como revelación en pareja, como forma de elevación del Yo, ha sido celebrado y expresado con sus éxtasis e histerismos a través de la confusión de realidad e imaginación durante los siglos XVIII y XIX. Lo novedoso de las últimas décadas reside en la transformación de este romanticismo poético exagerado del amor-odio en un *movimiento de masas trivializado* que se presenta con todos los atributos de la modernidad y que se inscribe en los corazones de la gente, en los libros de texto de los terapeutas, en los textos jurídicos y en las sentencias de los jue-

ces de familia. El matrimonio por amor como romanticismo normalizado no sólo debe facilitar seguridad económica, paternidad, etc., sino el autoencontrarse y autoliberarse mutuos, la cuadratura del círculo de la aventura permanente y expresiva conservando constante la relación de confianza con la pareja.

(3) El amor constituye el modelo de sentido para los mundos de la vida individualizados, para la arquitectura de su vida, de lo que consideran «social», de lo que tienen que inventar por su propia cuenta. *Para el amor destradicionalizado, todo se presenta en forma de «yo»: la verdad, el derecho, la moral, la salvación, el más allá y la autenticidad.* Este amor moderno tiene —según su esquematismo— su fundamento en sí mismo, por tanto, en los individuos que lo viven. En esta autofundamentación reside también una pretensión totalizadora: es decir, el *rechazo* de la autoridad externa, de la responsabilidad, de la compensación, de la justicia para con la sensibilidad, de la espontaneidad y de la *sinceridad.* El no amar no es una infracción de las leyes, no es un acto criminal, aunque con ello se hiera la vida de otros más profundamente que con un robo o una lesión. El amor es, por tanto, no sólo una promesa de salvación y de ternura, también es un *plan de batalla para cruzadas con las armas blancas de la confianza.* La hipótesis, aún por elaborar, es: el amor es un esquema para la esperanza y para la acción, un esquema que con su destradicionalización, con la retirada del Estado, del Derecho y de la Iglesia, despliega su *propia lógica,* su propia *lógica de conflictos y sus paradojas inmanentes.* Las turbulencias que ahora estallan no tienen su base exclusivamente en los *individuos* y su socialización en la infancia como sospecha la psicología, o en las condiciones *externas* del trabajo, de la desigualdad, etc., como sospecha la sociología, sino también fundamentalmente en la «lógica» y la «no lógica» de una forma de vida basada en la fugacidad de los sentimientos y de las exigencias de realización personal.

Decadencia e idolatría del matrimonio, de la familia y de la relación amorosa

En algunos de los capítulos de este libro, a las lectoras y a los lectores se les deja solos con una contradicción, a veces oculta, a veces abierta, cuya aclaración ya no admite más demora. A cada prueba de la pérdida de significado del matrimonio y de la familia se le puede oponer una contraprueba no menos convincente de su importancia inalterada o incluso crecida. El número creciente de divorcios se compensa con el elevado número de nuevos casamientos que son testigos de la atracción persistente del matrimonio. Quien deduce de la disminución de los nacimientos una pérdida de importancia de los hijos y de la paternidad tiene que desengañarse necesariamente por los esfuerzos que hacen muchas mujeres para poder tener hijos. ¿Y la decisión a favor del «matrimonio sin papeles» acaso no expresa un escepticismo profundo frente a las convenciones familiares? La respuesta es negativa, puesto que las uniones pre y extramatrimoniales tampoco son tan «salvajes», nos tranquilizan los investigadores «familiares». Ya que, irónicamente, se puede observar precisamente en sectas juveniles, que provocan, por sus consignas sexuales permisivas y agresivas, un control estricto de los ideales casi matrimoniales de la fidelidad y de la pareja. Ciertamente, la gente huye de sus «cámaras de tortura paradisíacas» de la comunidad a dos (legalizada) por muchos caminos —el no casarse, el divorcio, la separación sin divorcio, etc.—, pero no para deshacer por fin este yugo, sino para ser libres para una unión de corazones *diferente*, mejor, más hermosa, que cumple lo no cumplido por la anterior.

Nunca el matrimonio ha sido fundado tan etéreamente, de modo tan poco materialista como hoy:[2] las mujeres y los hombres que trabajan son económicamente independientes; su unión matrimonial ya no sirve, como en la jerarquía estamental, a la gran política y al mantenimiento de dinastías o de la propiedad de la tierra. El vínculo basado en la procedencia se ha disuelto, al igual que la comunidad, por el contexto laboral. En pocas palabras, todo lo firme y lo predeterminado se desvanece. En lugar de ello, hay que buscar y encontrar ahora en la familia, en la gran y total comunidad conspirativa con la persona amada, muchas cosas para las cuales las sociedades anteriores habían reservado incluso gremios profesionales y distritos municipales especiales: para el amor con amantes, el amor con favoritas, el amor de corazón, para la liberación de las cadenas creadas por la racionalidad de la vida profesional rutinaria, para el perdón de los pecados, la salida hacia pasados y futuros personales, para el amor por los hijos y muchos otros asuntos incompatibles, con sus caras de dragón enigmáticas.

En la comparación histórica se impone la pregunta del por qué —en una época que busca la desvinculación a través de la diferenciación— las mujeres y los hombres pretenden encontrar la cima de su felicidad privada precisamente en la homogeneidad del matrimonio por amor que tan sólo es un invento de la era industrial. Y, mientras, la realidad social habla un lenguaje justamente contrario. A través de su cambio formal, desde una unión

2. Véase también capítulo 3.

para el traspaso de los bienes y el poder mediante la descendencia hacia una cosa tan etérea como el matrimonio por amor, pasión y afán de autoencontrarse, el matrimonio ha perdido estabilidad, pero no ha perdido su atracción. Esta idealización de la familia y de la relación amorosa en contra de su realidad «mala» es válida (con distintos significados y matices en el comportamiento) incluso a pesar de las grandes diferencias sociales respecto a los ingresos, la formación y la edad, como lo demuestran, precisamente, investigaciones en el entorno de trabajadores/trabajadoras:

> Entrevistador: ¿Qué significa para usted tener una familia e hijos?
> Señor Schiller: Para que la vida tenga un sentido.
> Señora Schiller: Entonces se sabe para qué se vive, para quién se trabaja.
> Señor Xeller: La familia significa todo para mí. Renunciaría a todo lo demás.
> Señora Taler: La familia y los hijos son lo más alto, lo primero.
> No existe casi nada en la vida de los padres que ellos mismos califiquen con tanta insistencia como el centro de su acción. Tener una familia, hijos, es lo que subjetivamente da un «sentido» a la existencia...[3]

Las palabras clave destacan por su similitud: sentido, lo más alto, lo primero. Puede que la familia se fragmente por los divorcios, que acabe en procesos de negociaciones interminables, o sea, que termine por convertirse en imposible. Pero tal como están las cosas, eso no mengua, sino que aumenta, la importancia que ocupa en el saber y el querer de mucha gente (pero, como es sabido, no en la acción de los hombres respecto a las tareas cotidianas).

El resultado es tan incomprensible como paradójico: *la disolución y la idolatría de la familia y del matrimonio coinciden.* Si se pudiese deducir de esta creencia algo acerca del comportamiento, eso significaría que el paraíso y el terror están muy cerca en el ideal de la relación amorosa. ¿Quizás ambos sólo constituyen etapas diferentes dentro del mismo ideal: la habitación en lo alto de la torre y la cámara de tortura en el sótano? Lo que requiere una explicación es, en todo caso, la *simultaneidad* del gran y, a veces, exagerado deseo de tener hijos y del descenso de la natalidad; la coincidencia del número creciente de divorcios y del hambre por el idilio familiar, por el paraíso terrenal en miniatura que se busca en la relación amorosa, la paternidad y el amor. Y también necesita explicación la lucha de los géneros y la esperanza de encontrar un amor salvador, confianza, autenticidad y realización, con las que las personas miden su convivencia y la desechan.

3. K. Wahl y otros (1980), págs. 34 y sigs.

La idealización de la familia y el divorcio son las *dos caras* de la fe en el amor que se extiende en los mundos de la vida destradicionalizados. Ambos —los saltos alternativos hacia fuera y hacia dentro del matrimonio— se convierten en normales si se piensa en el aumento de las expectativas con las que tienen que luchar hoy día la convivencia y el amor. Eso tiene causas individuales, pero sobre todo socioestructurales: la destradicionalización y la desmoralización del amor, la retirada del Estado, del Derecho y de la Iglesia de su pretensión de controlar la intimidad, las obligaciones económicas, construir una biografía propia y mantenerla *en contra* de las exigencias de las personas más próximas, más queridas; en resumen, las numerosas necesidades de liberarse de los roles tradicionales de mujer y hombre. Pero, sean cuales sean las explicaciones para estas exigencias de liberación mutua, de búsqueda de sí mismo, de pasión y de éxtasis, queda que lo realmente novedoso, lo que necesita explicación son estas exigencias y no la simple afirmación colateral del matrimonio a través de un nuevo casamiento. Se está creando un horizonte de esperanzas en el amor que despliega su fuerza *contra* toda realidad y posibilidad de realización y se manifiesta mediante el divorcio y el nuevo casamiento en las expectativas, las acciones, los miedos y los modelos de relación de las gentes.

Es como si el amor requiriese una realidad propia *en contra* de la realidad de la familia y del matrimonio y *en contra* de la persona a la que debiera ayudar en la liberación de su existencia. Quien sacrifica el matrimonio, la familia, la paternidad y, al final, el bienestar de sus personas más próximas, por amor, no comete ningún pecado, sino que cumple con la ley de la realización, de la verdad de los sentimientos, del desarrollo del Yo en sí y en otros. Ni él ni ella merecen reproches, sino acogerse a un orden que no admite la certidumbre del amor.

> Mucha gente cree que las crisis vitales se parecen mucho entre sí. Sin embargo, un divorcio en una familia con hijos constituye en realidad una ruptura que no se puede comparar con ninguna otra crisis vital... ¿En qué otra crisis vital notamos un deseo tan fuerte de matar?¿En qué otra situación se utiliza a los hijos como armas contra la pareja? Al contrario de lo que ocurre en otras crisis vitales, en el divorcio surgen las pasiones humanas más elementales: el amor, el odio, los celos...
>
> En la mayoría de las situaciones de crisis —cuando se producen terremotos, inundaciones o incendios—, los padres salvan instintivamente pri-

mero a sus hijos. No obstante, en la situación de crisis por divorcio, los hijos quedan relegados a un segundo plano *tanto para* los padres *como para* las madres. Los problemas propios prevalecen. Durante el proceso de divorcio, los padres desatienden a sus hijos en casi todos los ámbitos: el orden doméstico se desmorona, y los hijos se quedan solos. Los padres que están en trámites de divorciarse pasan menos tiempo con los hijos y reaccionan con menos sensibilidad cara a sus necesidades. En el pánico de la situación de ruptura domina el puro egoísmo.[4]

El carácter religioso de la fe en el amor se clarifica precisamente en este paralelismo sorprendente con el calvinismo, por ejemplo. Los acólitos de esta religión tenían que someterse a la tierra, y también tenían que romper con las tradiciones, para agradar a Dios. La moderna fe en el amor aplica este mandamiento a la vieja forma de amor y posibilita, incluso obliga, a romper con la propia familia para no traicionar la felicidad y la verdad del autoencuentro. El abandono de los propios hijos no significa la ruptura con el amor, sino su realización. El amor ordena la ruptura con su forma falsa. Justamente aquí se evidencia el poder con el cual la religión terrenal del amor ya reina en los corazones y las acciones de la gente. Evidencia, sin embargo, también la contradicción que produce la construcción de tal ideal del amor con las situaciones reales en el matrimonio, la familia y la paternidad.

Este deseo, esperanza y saber acerca de una posibilidad mejor de sí mismo y de su amar y vivir es —al igual que la religión— una *creencia*, que se tiene que distinguir claramente del comportamiento. Ciertamente, esta creencia tiene sus efectos. El número de divorcios crece, por ejemplo, también en los matrimonios de larga duración, y precisamente cuando el «proyecto hijos» que los unía, llega a su fin, y cuando ya no hay que posponer los deseos de una «libertad tardía» (Leopold Rosenmayr). Pero este lenguaje es muy ambivalente. Los fariseos, conversos, ateos y herejes no sólo existen en las religiones cristianas, sino también en el amor. Un cínico se desvela a menudo como un adepto decepcionado y amargado de un amor idolatrado. Y justamente porque existen inversiones entre el creer y el actuar, hay que distinguir bien estos dos niveles. Estas afirmaciones apuntan fundamentalmente al nivel del saber, la *fe en el amor* y no, o poco, al comportamiento que está en contradicción con este saber o que es su resultado (por más deformado que sea).

A ello se añade un fenómeno que se podría denominar como *ley de la significación invertida entre creencia y seguridad.* Quien se siente seguro en la vida diaria de su amor y de su relación, *olvida* la importancia que esta

4. J. Wallerstein y S. Blakeslee (1989), págs. 28 sigs.

creencia tiene para él o ella. En el centro de atención se encuentra siempre lo inseguro. Sólo en el momento del derrumbe de dicha seguridad, el amor demuestra (posiblemente) su centralidad, incluso también cuando la respuesta consciente lo niega.

¿Pero cómo se expresa esta fe posreligiosa, casi religiosa, en la salvación por el amor si no se transmite claramente a través del comportamiento? Muchos dirán: para mí hay muchas prioridades, el amor es una de ellas; el amor, además, en sus múltiples matices y niveles, desde el amor maternal hasta el amor normal y el que se basa en la confianza después de diecisiete años de matrimonio, desde el homosexual hasta el heterosexual. *Una* de las reglas para medir el poder de las exigencias se encuentra, como ya hemos mencionado, en el número de divorcios que habla cada vez más obviamente el lenguaje de la disolución, incluso de relaciones muy profundas.[5] Al mismo tiempo, las numerosas encuestas registran, sin embargo, una gran constancia en la alta valoración de la familia y del matrimonio, incluso donde la armonía matrimonial ya está perturbada desde hace tiempo. A favor de esta valoración habla también el alto número de nuevos casamientos entre las personas divorciadas, por lo menos, entre los jóvenes divorciados.[6] Sobre todo los hijos de divorciados desean una gran armonía familiar, un objetivo a menudo —y eso es trágico— condenado al fracaso.[7] Todo ello no dice gran cosa acerca del comportamiento en la vida cotidiana de la familia; remite, por tanto, más bien al alto grado de abstracción de la fe frente a las llanuras de la empresa cotidiana.[8] Igual que Weber analizó los documentos de la religión calvinista para encontrar huellas de comportamientos de la «ascética terrenal», hoy se debieran cuestionar los principios terapéuticos, la literatura de asesoramiento y las actas de los divorcios con respecto a la relevancia de la creencia moderna en el amor.

El amor como posreligión

El núcleo de la religiosidad terrenal del amor se desvela a través de la comparación sistemática. La religión y el amor contienen una análoga uto-

5. Véase capítulo 1, subcapítulo 2, apartado: Matrimonio y sexualidad
6. *Statistisches Bundesamt* (1988), pág. 71, tabla 3.23.
7. J. Wallerstein y S. Blakeslee (1989), págs. 38 y sigs.
8. «Es significativo que sean precisamente las imágenes y las fantasías sobre la familia y los hijos que prometen un sentido a la vida, y mucho menos las experiencias reales de la vida familiar que se están viviendo en su cotidianidad». K. Wahl y otros (1980), pág. 35.

pía. Son *una llave para salir de la jaula de la normalidad.* Abren la normalidad hacia otro estado. La coraza semántica del mundo se revienta y las realidades se conquistan de manera diferente y nueva. En la religión, eso sucede respecto a una realidad que contiene, en tanto que suprarrealidad, lo finito de toda la vida humana y no humana. En el amor, este abrir la normalidad ocurre de forma sensual, personal y a través de la pasión sexual, pero también en la apertura de la mirada del uno al otro y al mundo. Los enamorados ven de manera diferente y por eso *son* diferentes, *cambian* y se abren mutuamente otras realidades. Se crean nuevamente, desvelándose mutuamente su historia y forjando de nuevo su futuro. El amor es «una revolución a dos» (Francesco Alberoni, 1983). La superación de las contradicciones ajenas al amor y de las normas de moral de este mundo es la verdadera prueba del amor. A través de ella, los dos amantes, inspirados el uno por el otro y por el amor, se abren a un imperio que, a la vez, es de este mundo y no lo es.

El amor «como infracción ejemplar» (Alberoni): aquí se trasluce también lo que la fe moderna en el amor promete: *autenticidad*, en un mundo de representación, de finalidad y de mentira. El amor es búsqueda de sí mismo, el deseo de un encuentro auténtico con, contra y en el otro. Eso se aspira a través del cuerpo, del diálogo, del encuentro despiadado, de la «confesión» y de la «absolución» que se oye y se da mutuamente. En la comprensión de lo que era y de lo que es. El ansia por el amor como confianza y patria crece en el entorno de la duda y de las incertidumbres que la modernidad produce. Si no hay nada seguro, si incluso el respirar ya está envenenado, la gente corre detrás de los sueños irreales del amor, hasta que éstos se conviertan en pesadillas.

Saltamos permanentemente los límites sólo aparentemente firmes de las experiencias de la realidad cotidiana. Miro las nubes y la imaginación me conduce a sus historias. Leo un libro y me encuentro en otra época, vivo la vida de otra gente, muertos ya desde hace tiempo y que nunca he conocido, oigo sus voces que no oigo, pero que están presentes en mí, porque dejo entrar en mi cuerpo las letras negras escritas en un papel blanco. El amor es un tipo especial entre todas las experiencias límite normales. A diferencia de la enfermedad y la muerte, es algo que deseamos, que no reprimimos, por los menos, no en nuestra época y cultura; no se puede perseguir, ni puede ser conseguido por la fuerza de la voluntad; donde se le espera, esta esperanza se dirige hacia la liberación en el ahora y en el tú. Su «más allá» es terrenal, muy terrenal, tiene una voz, un cuerpo y una voluntad propios. En la religión rige la frase: existe una vida *después* de la muerte; en el amor rige la frase: existe una vida *antes* de la muerte.

Casi ningún autor se ha ocupado con tanta intensidad de esta *experiencia límite del amor* como Robert Musil: «La sexualidad interrumpe violentamente las rutinas usuales de la vida, quitando de golpe a los hombres y a las mujeres las máscaras de sus roles sociales y desvelando una animalidad tremenda cubierta hasta entonces por el decoro de la civilización. Tal como constata Ulrich (el protagonista de la novela de Musil *El hombre sin atributos*), después de uno de sus encuentros impetuosos con Bonadea, la sexualidad convierte a los seres humanos de repente en "locos furiosos" y, como tal capacidad, la sexualidad está "intercalada" en la realidad cotidiana como una "isla de un segundo estado de consciencia". En este sentido, es interesante el hecho de que Ulrich compare en el mismo párrafo la sexualidad con otras interrupciones de la realidad cotidiana, especialmente con el teatro, la música y la religión».[9]

El amor es el comunismo dentro del capitalismo. Incluso a los más avaros les da por *regalar* y se sienten por *ello* totalmente felices.

> Enamorarse quiere decir abrirse a otra existencia, sin la garantía de que esto sea realizable. Es un canto a la felicidad sin la seguridad de una respuesta... Y si la respuesta del otro, del ser amado, llega, nos parece como algo no merecido, como un regalo maravilloso, que nunca se pensaba poder tener... Los teólogos tienen para este tipo de regalo un concepto propio: gracia. Y cuando el otro, el amado, dice que también ama y uno se funde en el otro, eso es el instante de felicidad en el que el tiempo ha parado.
>
> La afirmación que recibimos del otro nos da valor para aceptarnos a nosotros mismos, para reconocernos. Es un paso hacia la individualidad.
>
> El deseo de agradar al amado nos lleva a cambiar nuestra forma de ser. Así cada uno intenta aclarar al otro sus puntos de vista y se transforma a sí mismo para gustar al otro. Se trata de un constante descifrar y descubrir.[10]

El amor es una utopía que no tiene que venirnos «desde arriba» —desde el cielo de las tradiciones culturales—, ni tiene que ser predicado desde el púlpito. Antes bien, despliega su obligatoriedad «desde abajo», con el poder de los impulsos sexuales, desde los centros de los deseos de la existencia individualizada. En este sentido, el amor representa una «religión» sin *tradición*; *no* respecto a su dependencia de la interpretación cultural, pero sí por el grado de su obligatoriedad, de la estabilidad de su querer intra e intersubjetivo. Aquí nadie tiene que ser convertido, ni tiene que afiliarse.

9. P. L. Berger (1983), págs. 235 y sigs.
10. F. Alberoni (1983), págs. 39 y sigs., 44 y 45.

La fe amorosa es la *no* tradición, la *pos*-tradición, porque no respeta las características clásicas, porque no necesita la institucionalización, ni la codificación, ni la legitimación para desplegar sus efectos subjetivos y al mismo tiempo culturales. Esta fe se produce más bien en la cooperación de la sexualidad sin tabúes y liberada con la erosión de las normalidades de los roles. No existe una instancia moral externa competente en cosas de amor —según la estructura social moderna—, sino exclusivamente el acuerdo de los mismos que construyen el amor.

Mientras que la religión que ya no se enseña se disuelve, el amor representa una «religión» *sin iglesias y sin sacerdotes*, cuya persistencia es tan segura como *la fuerza de gravitación de la sexualidad destradicionalizada.* La imposibilidad de institucionalizarla significa también *independencia* de las instituciones. Pero dicha independencia pone el amor otra vez en las manos de los individuos, lo convierte a pesar de toda su configuración cultural en un asunto interno de los mismos enamorados, lo predestina a ser una «religión» *pos*tradicional, *in*dependiente de tradiciones y sin tradición, y que no entra en la conciencia como tal porque surge del centro más íntimo de los deseos.

Con la retirada del derecho, de la Iglesia, de la moral y del Estado, el amor incluso se deshace de sus normas tradicionales y se convierte —en el sentido clásico moderno— en un asunto de los individuos y de su decisión. Se crea una índole de *«positivismo normativo individual» del amor.* Pero todo eso no anula su condición como una tradición que produce sentido; al contrario, la fundamenta. El tipo de sentido, que se crea de este modo, representa, a la vez, iglesia y biblia, parlamento y gobierno. Es sentido para y por los individuos, para la superación, la configuración y el equilibrio de sus proyectos, de sí mismos y del mundo. Eso, por lo menos, es así según su modelo ideal, su *procedimiento,* su competencia de legitimación, lo que no excluye, al parecer, estandarizaciones respecto al *contenido.*

Esta autorreferencialidad del amor respecto a las normas de los amantes lo hace también *circular* en sus significados y en el hablar de él. Los terapeutas intentan explicar desde lo general estas proliferaciones biográficamente entrelazadas de significados sufridos y vividos individualmente. Pero ya la fórmula básica «yo soy yo», que debe fundarlo todo, es —como piensa Milan Kundera irónicamente— el intento extraño de explicar una incógnita a través de sí misma.[11] En su análisis del lenguaje del amor, Roland Barthes revela este carácter circular.

11. M. Kundera (1989), pág. 92.

Adorable. Como el sujeto enamorado no consigue denominar las particularidades de su deseo por el ser amado, recurre a la palabra un poco tonta de: *¡adorable!...*

Ahí se esconde un gran enigma para el cual nunca encontraré la llave. ¿Por qué deseo justamente a éste? ¿Por qué lo deseo constantemente y con deseo? ¿Lo deseo como un todo (una silueta, una forma, una expresión de la cara)? ¿O sólo una parte de su cuerpo? ¿Y en este último caso, qué parte de este cuerpo se ha vuelto tan deseable para mí? ¿Qué parte quizá mínima, qué atributo insignificante? La forma de una uña, un diente un poco inclinado, un mechón, una determinada manera de mover los dedos al hablar o al fumar; de todos estos *pliegues* del cuerpo lo que despierta mi deseo es que son *adorables. Adorable* a su vez quiere decir: esto es mi deseo, en tanto que es cada deseo particular; «¡es eso! ¡Es justo eso (que quiero)!» No obstante, cuanto más claramente vivo la particularidad de mi deseo, menos soy capaz de denominarla. A la precisión de un blanco le corresponde aquí una vacilación temblorosa del nombre. Lo particular del deseo sólo puede producir lo impropio del enunciado. De este fracaso lingüístico, al final sólo queda una huella: la palabra: «adorable»...

Adorable es la huella efímera de una fatiga, de una fatiga del lenguaje. Me esfuerzo de palabra en palabra para decir de mi imagen lo mismo siempre de manera diferente, lo propio de mi deseo se vuelve impropio: un viaje, al final del cual mi última filosofía sólo puede terminar reconociendo la tautología, y practicándola. *Adorable es lo que es adorable.* Expresado de otra manera: te adoro porque eres adorable, te quiero porque te quiero.[12]

Lo sagrado del amor terrenal, sin embargo, no está fundado exclusivamente en él mismo. Hay que hablar también de cosas muy distintas: de la enseñanza, de la ciencia, del trabajo, del mercado mundial, de los peligros técnicos, etc., si se pretende entender por qué tanta gente se precipita como loca en el delirio del amor. Por todas partes reinan las abstracciones: estadísticas, números, fórmulas técnicas que apuntan a realidades (amenazadoras), que hablan en dimensiones que, a pesar de todas las diferencias, tienen una cosa en común: se sustraen a la percepción cotidiana. El amor es también, y esencialmente, una *rebelión de la experiencia* contra las segundas realidades inexperimentables de este mundo producido por la civilización.

Su importancia es la importancia de una experiencia especial: concreta, emocional, totalitaria, casi inevitable. La política puede ser conducida a lo irrelevante; las clases se han desvanecido en estadísticas; lo común de la si-

12. R. Barthes (1984), págs. 37 y sigs.

tuación laboral se disgrega en el curso de la flexibilización del tiempo y del derecho laboral. El amor —mejor dicho: el conflicto del amor en su insuperabilidad, desde la «pregunta eterna por el fregar» hasta el «cómo sexual», desde el amor a los hijos hasta el autodescubrimiento y la autotortura— *adquiere el monopolio de una sociabilidad vivible.* Cuanto más abstracta la realidad, más atractivo el amor. El amor es la experiencia de sumergirse en la divinidad. Lo que es correr por el bosque para el empleado de un despacho es el conflicto del amor para la gente dominada por los números: un *footing* para los sentidos.

Es cierto, el mundo de la vida con escasas tradiciones conoce muchos «centros» y «dioses»: la televisión, la cerveza, el fútbol, la moto, el paté de foie, y en cada fase vital son distintos. Hay la posibilidad de afiliarse a clubes y grupos pacifistas. Se pueden anudar redes de amistades y de conocidos más allá de las distancias como garantes de la contrasoledad. Unos predican los viejos dioses, otros los nuevos, y siguen sacando brillo de las reliquias, o estudian los signos del zodíaco. Otros evocan el destino de clase, cantan el himno al sol y a la libertad sabiendo que estos ideales pertenecerán a un tiempo pasado si no encaminan sus esperanzas heredadas en otra dirección. Lo que distingue el tema del amor en comparación con otros es que los conflictos relacionales son conflictos *reales*, *experimentables*, son cuestiones sufridas que afectan a la gente en su vida diaria, *quieran o no.* El amor no se puede forzar. Pero también cuando él o ella tienen una postura indiferente, inesperadamente pueden caer en la trampa del amor. Sin embargo, habrá adversarios del amor, contra su voluntad, en la medida que las predeterminaciones tradicionales fracasen. El amor, por tanto, no es un tema de sustitución y de pararrayos, no es un producto de exportación político del compromiso deseado, no es sólo un clip de propaganda. Su coyuntura, al contrario, es expresión de las situaciones reales de vida, o mejor dicho, de las imposibilidades de vivir, de los conflictos en serie ya premoldeados que —históricamente condicionados— surgen en la privacidad y que tienen que ser celebrados incluso cuando el amor ya ha sido relegado a un sitio «entre otros».[13]

13. Esta valoración que pretende fundamentar el tema del amor a través de las situaciones de conflicto de los mundos de la vida individualizados niega al mismo tiempo que los entornos tradicionales se disuelvan exclusivamente en «pequeños mundos sociales de la vida» (R. Hitzler, 1988, págs. 136 y sigs.). El amor se ha convertido casi en el tema único de los mundos de la vida destradicionalizados. Eso demuestra también la importancia de vincular la pregunta sobre las tendencias de individualización con la pregunta acerca de los nuevos modelos de sociabilidad y de sentido que se están produciendo.

Después de clase y miseria, después de religión o nación, patria, etc., se crea un tema, surge lleno de conflictos, se extiende como inseguridad, miedo, como una necesidad incumplida e irrealizable, despertado, agrandado, codificado, normado y premoldeado por la pornografía, el feminismo y la terapia. Un tema que, sin embargo, genera también su propia luz, sus propios colores, su paisaje de puntos de vista, que produce nuevos abismos, nuevos horizontes diferentes, por ejemplo, del hambre por el dinero, de las peleas por el ascenso o de las fantasías técnicas: el enfrentamiento de los géneros en su lucha común por el amor; la paternidad/maternidad rota en paternidad y maternidad; la lucha por los hijos como portadores de las esperanzas lesionadas. En breves palabras: surge la utopía realmente eficaz de un amor que se convierte en impalpable.

«Ser amado, significa que te dicen: "No tienes que morir"» (Gabriel Marcel).[14] Esta esperanza recobra un sonido irresistible ante la soledad y la fragilidad experimentada de la existencia. La enfermedad y la muerte, las crisis personales y las graves irrupciones en la existencia burguesa son los momentos en los que se comprueban los juramentos de amor o se desvelan como perjurios. En eso se parece la *exigencia de sentido* de la religión terrenal del amor con las otras religiones. Mirado al revés, podría decirse también: la muerte imaginada que rompe la normalidad, que la pone en duda y la cuestiona respecto a otras posibilidades, abre al mismo tiempo el horizonte de significados del amor. El edificio de la racionalidad según fines, de la carrera profesional, de la forma de vida metódica, que entonces se rompe —por los menos, por unos instantes— deja entrar las preguntas del «para qué» y del «por qué» que reciben su fuerza de las vivencias comunes queridas, recordadas o dolorosamente añoradas.

Cuando la exigencia de fe de las religiones se desvanece, la gente busca refugio en la soledad del amor. La concupiscencia está vinculada con la esperanza que se dirige a algo más que la mera autoexaltación. El amor tiene lugar en la cama, pero también junto a la cama del enfermo. La religión terrenal del amor demuestra su fuerza en el trato con la debilidad, la edad, los errores, las omisiones, incluso con el crimen. Si las promesas se cumplen «en los días buenos y los malos» es la segunda cuestión, pero no menos importante para la promesa de sentido de las religiones. La enfermedad puede abrir una nueva manera de «estar enamorados». En la idea deseada de que los errores y los resbalones serán superados por el amor del otro, el amor se presenta claramente como lugar de confesión; esta

14. Esta cita la debemos a Christoph Lau.

idea contiene algo de la vieja rebelión del amor contra la sociedad hipócrita.

La analogía de la exigencia de sentido entre religión y amor acaba donde el amor mismo acaba. La muerte, su muerte, queda sin sentido para la religión posreligiosa del amor. O mejor dicho, sólo podría ser mitigado con sentido, cuando la separación se lleva a cabo «por amor», es decir, en armonía, y cuando es comprendida. Es posible que para las generaciones venideras el «cambio de amor» se convierta en una especie de cambio de trabajo, que la «movilidad amorosa» sea una subespecie de la movilidad social, pero los dramas del divorcio apuntan hasta ahora en la dirección contraria.

La religión terrenal se encuentra bajo el dictado de lo terrenal, del tú, de lo concreto y de la posibilidad de comprobar si cumple con sus promesas. La prórroga es al final tan poco posible como la mediación a través de Dios o el aplazamiento de la compensación con la vida después de la muerte. En el aquí falta la misericordia mediante la cual las religiones podían quitar fuerza y cumplir a la vez los conflictos y lo desbordante de las exigencias, *sin que* tuvieran que pagar *en moneda*, es decir, con la moneda de las experiencias comprobables.

El amor es un *amor del amado* y no un *amor del prójimo.* Incluso el amor del amado vive bajo la amenaza de su contrario. Ex amados pierden su patria, su permiso de residencia, en el amor. El asilo no está previsto. No-amor significa, *obligado a ser expulsado.* Los terapeutas —la sección de urgencias para heridos por divorcio— pueden contar mucho sobre este tema.

La religión del amor crea dos grupos que fluctúan mucho: el grupo de los «en este momento más amados» que es cuantitativamente estable, pero variable. Frente a éste, está el grupo cada vez más amplio de ex amados que crece con la variación de los ahora-amados. Bajo la presión del autodesarrollo se producen de modo casi mecánico unas *redes de dentro y fuera*, cuyos centros e hilos están formados y tejidos por los individuos, parecido a la telaraña que la araña teje con el hilo de su propio cuerpo.

A pesar de todos los paralelismos, las *diferencias* entre el amor y la religión son enormes: el primero abarca un universo privado, la segunda un universo que comprende el orden del mundo. Los amantes son su propia iglesia, sus propios sacerdotes, su propia biblia, incluso cuando llaman al terapeuta para que les ayude a descifrar su historia. Todo lo dado se convierte para ellos en un plan de creación. Existe un número *infinito* de religiones del amor. Sus virtudes mágicas se pierden y se desintegran en cuanto los miembros de la pareja cesan de actuar como sacerdotes y de creer en el otro.

El amor anida en símbolos que los amantes tienen que crear ellos mismos en la historia de su amor para superar su extrañeza, símbolos que les sirven de nido y que tienen que decorar su comunidad, que tienen que seguir tejiendo mediante la renovación de sus recuerdos a manera de «alfombras volantes», portadoras de los sueños compartidos. Así se crean los fetiches, los sacrificios, las ceremonias, las velas de incienso, los ritos diarios que representan el vivir y el sufrir del amor. El amor no está bendecido y administrado por los sacerdotes como pasa con la religión. Es simbolizado, inventado y decorado individualmente. Unos se anidan en símbolos de ratoncitos, otros escogen el color amarillo para el nido de sus sueños y recuerdos, se inventan nombres cariñosos, que están tejidos de historias recordadas, que conservan su amor en recuerdos y que obran así contra la amenaza del olvido.

El horizonte de la religión une el aquí con el más allá, el principio con el fin, el tiempo con la eternidad, los vivos y los muertos. Por consiguiente, se celebra y se experimenta a menudo como atemporal. El horizonte del amor, en cambio, es tan concreto como estrecho. Son pequeños mundos del tú y yo que se crean aquí. El amor es, dicho de otra manera, particularista; mirado desde fuera es limitado; por su lógica es injusto, incluso cruel, sin justificación y sin que haya una instancia judicial. Sus significados y sus leyes no son reclamables judicialmente, no son transferibles y se resisten a la codificación y a ser aceptados por la mayoría.

Pero el amor es *justamente por ello la contraideología ideal de la individualización.* Destaca la unicidad y promete la comunidad de los únicos, no a través del recurso a tradiciones estamentales, al dinero, a exigencias legales, sino a través de la verdad y la inmediatez del sentimiento, de la fe individual en el amor y de su personificación en el otro. Las instancias del amor son los individuos singularizados, que sólo a causa del entusiasmo por el otro se toman el derecho de crear su propia ley.

Contra la ahistoricidad del amor: el amor como un romanticismo democratizado y banalizado

La verdadera contraposición a esta teoría consiste en el *eso ya ha existido siempre*, en creer que el amor en todos sus aspectos, la reproducción, el placer, la represión, el erotismo, el encuentro del tú-yo que abre, cambia y se transforma en odio y violencia, que todo este drama del amor *ha sido un drama de la humanidad desde sus principios.* Y no parece difícil demostrar-

lo. La existencia y la continuidad de la humanidad no permiten la deducción precipitada de que el cuento de la cigüeña encuentre grandes simpatías entre los seres humanos. Se sea blanco, negro o amarillo, mahometano en el siglo XI, cristiano en el siglo XV o esclavo en la Grecia antigua, sometido a tiranos o con derecho a voto, todo eso tiene *en el fondo* poco que ver con los ingredientes con los que los seres humanos crean a otro ser humano. Testigos tan desiguales como la gran potencia llamada biología, como muchos planteamientos de la psicología, como el drama real y el drama teatral (Plauto, Ovidio, Shakespeare, Kleist, Beckett, Botho Strauss) hablan excepcionalmente con una sola lengua que dice: el amor desde *siempre* ya ha sido el centro secreto, o bien nunca lo ha sido. De ello se deduce que la teoría de la religión del amor es falsa se mire como se mire.

Eso nos obliga a precisar más. El foco de la pregunta *no* apunta aquí al *efecto biológico* de la sexualidad, es decir, a la reproducción y a sus procesos fisiológicos, que se pueden describir y fijar en leyes naturales, ni tampoco apunta al entramado de intereses sociales e instituciones que prolifera a su alrededor. Antes bien, se pregunta por el amor como *mundo simbólico cultural* en su relación con otros mundos simbólicos: la miseria económica, la religión, la carrera profesional, los peligros técnicos y la sensibilidad ecológica. A semejanza de las sociedades de guerreros medievales o de la sociedad industrial de clases, donde la sexualidad y el amor *también* tenían su importancia, pero no la central para la vida de la gente, otro tanto puede decirse —según nuestra valoración— para el presente (y más aún para el futuro), pero al revés: las cuestiones inmediatas de poder y de clase quedan relegadas a un segundo plano con el crecimiento del bienestar, y en el centro de la percepción se pone el enfrentamiento agitado del amor en el ensamblaje de roles de la privacidad, un ensamblaje que ya está en proceso de disolución.

Una fuerte contradicción con las interpretaciones sociológicas normales está en la afirmación de que la lógica propia de la fe en el amor como horizonte de sentido de la sociedad posmoderna, postradicional es *producida sistemáticamente* en el curso de los procesos de modernización. Dicho de manera muy general (por tanto, cuestionable y rebatible), afirmamos con eso una sucesión histórica, o sea: religión, clase, amor. No en un sentido de una jerarquía o de una idea del progreso, sino en el sentido de horizontes culturales distintos con trascendencias totalmente diferentes. Cuando todo se derrumba, la gente, en sus mundos de la vida individualizados, no busca amparo en la iglesia o en Dios, ni en las culturas de clase vividas, sino en el Tú que comparte el propio mundo y que promete protección, comprensión

y comunicación. Es cierto que existen múltiples simultaneidades y coincidencias, pero el *centro cambia*. Análogamente cambian —como dice Max Weber— las «ideas de los principales valores», la «luz» que hace que se produzcan o que desaparezcan los significados culturales.

En resumen: el capitalismo industrial no se alimenta sólo de forma parasitaria de los recursos de sentido de las tradiciones,[15] sino que se produce —con el desvanecimiento de la sociedad industrial— un tipo de sentido intramoderno de la «contraindividualización»: la religión terrenal del amor.

Al mismo tiempo, se está aludiendo a una segunda competencia en perspectiva, la competencia con la *psicología* y el *psicoanálisis*. La pregunta por el «significado» del amor no la vemos en referencia con actitudes, experiencias y socializaciones *individuales*, sino en referencia con *estructuras sociales*: condiciones de trabajo y de vida, modelos de familia y matrimonio, estereotipos de roles de los géneros, ideas de valores, que prefiguran el mar-

15. La formulación clásica de Jürgen Habermas es: «No existe una producción administrativa de sentido» (1973, pág. 99). Helmut Dubiel escribe, resumiendo toda una línea de argumentación (que se remonta a Adam Smith, Hegel, y Tocqueville): «Al igual que la industria quema recursos fósiles sin poder restituirlos, la estabilidad de las sociedades liberales del mercado consume los recursos de una moral social, que estas sociedades ya no pueden renovar dentro de sus rotas instituciones culturales, económicas y políticas» (Helmut Dubiel, 1987, págs. 1.039 y sigs.). Vale la pena emprender una valoración de esta idea si queremos que la argumentación aquí planteada tenga solidez y hay que analizarla en el siguiente sentido: ¿es posible entender el amor destradicionalizado y conflictivo como fuente de sentido siempre moderno? Mi respuesta es una pregunta. Si es cierto que el amor constituye una de las fuentes centrales de las eternas y pesadas peleas que afectan, agotan y hieren a hombres y mujeres, y que les obliga al mismo tiempo a examinar y a «trascender» sus formas de vida, su camino, su futuro, su persona, sus características, su voluntad, su creencia y no creencia, entonces sería posible que el sentido fuese justamente eso. La nueva forma del sentido postradicional e intramodemo del amor consistiría entonces en no buscar un sentido unívoco autoritario, predeterminado y positivo, sino justamente en la pelea que emerge de la sustancia de la vida, que apunta a ella y que la disuelve. Con ello surgen muchas preguntas a la luz que amenazan con socavar el edificio de la normalidad desde dentro, desde sus fundamentos. De esta manera, se producen muchas actitudes: retirada, amargura, cinismo, pero también —y de forma bastante contradictoria— un nuevo horizonte, una nueva visión del mundo, un nuevo estilo de vida o, por lo menos, el deseo aunque reprimido por ello, en los bastiones del Yo ritualizado. No en forma de certidumbres o valores que están a disposición, sino en el sentido de una herida cultural, de una atención desarrollada que despierta a la percepción y que disloca las prioridades. Sin embargo, hay le darle la razón a Thomas Luckmann (1980, especialmente, pág. 188) cuando dice: «el amor como una religión después de la desaparición de la religión sólo puede practicarse con sentido en el ámbito privado y sólo “en la medida que verdaderamente quede apartado de las grandes instituciones»; volvemos a ello más adelante en el capítulo 6.

co histórico en el cual se organizan y se orientan las experiencias y los deseos individuales.

Este libro y esta teoría toman partido *a favor de un cambio semántico histórico* del amor, o hablando de manera clásica: a favor del *erotismo.* En nuestra cultura se considera que la relación entre la sexualidad y el erotismo es como la relación entre *existir y como si existiera.* La bendición o la maldición de la realidad se encuentra, por tanto, en el deseo sexual, mientras que el erotismo se comporta respecto a él como el embalaje con el contenido, como lo que se anuncia en el menú respecto a la oca presentada en el plato. No en vano, en el análisis «realista» de la ciencia, el erotismo se sitúa en algún sitio entre la perversión y la superestructura. Tanto entre los socialistas como entre los capitalistas, fácilmente adquiere la fama de estafa. Tal vez sea así. Sobre todo si se lo quiere ver de este modo. Ya que justamente en cuestiones de erotismo, la visión marca más que nunca el comportamiento que crea la realidad. No obstante, es interesante que otras culturas, que ciertamente todavía no conocían la sabiduría de nuestra ciencia, dejaran esta visión al populacho, y desarrollasen un arte del erotismo del que nosotros incluso ya hemos renunciado a soñar.

Una ojeada rápida demuestra ya la variedad en lo aparentemente único. La historia social y cultural conoce —o digamos, de modo más realista, distingue— cien formas sólo del «amor pasional» (y eso quiere decir que el paté de foie gras gratinado y un buen golpe de revés en el tenis ya quedan excluidos): las *antiguas enseñanzas hindúes, árabes y chinas*; el *«amor platónico»*; las ideas y las teorías de la *«carne pecadora»,* que tenían los monjes cristianos; el *arte de los trovadores*, estamental y púdico, dedicado mayoritariamente a la dueña casada y adorada del castillo; los ideales del amor del *renacimiento italiano* con su idea de la *pasión cósmica* que no toleraba ninguna forma institucional, pero, no obstante, la necesitaba si no quería perderse, por lo que se transformaba en el *amor por la favorita*, respetado en la corte e imitado en los círculos europeos de la alta sociedad, y dando forma a un estilo que inspiraba las fantasías de amor de toda una época y más.

Se entiende que todo eso sucede contra la resistencia tolerante de la Iglesia, cuyos padres, cercanos a Dios por edad y formación, se dedicaban a la difícil tarea de ordenar los detalles de la cohabitación matrimonial según lo que sabían de oídas y según las palabras de la Biblia. Tenemos noticias de ello sobre todo por ellos mismos, de modo que toda la información de la historia social de la Edad Media acerca de las finuras del placer, la concepción, la moral, la decencia, las posiciones sexuales «prohibidas», etc., posee un rasgo de oposición clerical que deja abierta la pregunta sobre lo que realmente pasaba, aún teniendo en cuenta que todas las conciencias debían ser purificadas antes o después en el confesionario. Este cambio cultural nos puede proporcionar una primera impresión de la magnitud de lo posible, antiguamente real (en la medida en que la literatura consideraba útil incluirlo en sus informes). ¿Quizá nos encontramos más cerca de la idea que Platón tenía del erotismo como «creación en lo bello» que de la existencia humana ahistórica de plástico que creemos estar viviendo? Quizá tenga razón Michel Foucault cuando decía, poco antes de su muerte después de haber acabado su obra sobre la historia de la sexualidad: «La idea de una moral como obediencia frente al código de reglas actualmente está desapareciendo o ya ha desaparecido. Y a esta falta de moral quiere y debe contestar la búsqueda de una *estética de la existencia*». En el lugar de la ley, la moral, la constancia y la jerarquía de las necesidades, Foucault ponía la categoría antigua de un «arte de vivir», la «estilización de la existencia», el «desarrollo de una autopraxis con la finalidad de autoconstituirse como constructor de la belleza de la propia vida».[16] Eso es olímpico: ¡los vecinos del futuro son los griegos de la Antigüedad! Añadamos: quizá también los árabes, los amantes del Renacimiento, los trovadores o algo diferente, un cuarto, quinto, sexto, tal vez incluso algo nuevo.

Aun corriendo el peligro de deformar hasta lo ridículo la abundancia llegada a nosotros, queremos distinguir *tres grandes fases en la relación entre amor y matrimonio* (que por lo demás se adaptan a la génesis de la religión terrenal del amor):

Primero: una fase extremadamente larga que abarca la Antigüedad y toda la Edad Media y que llega a su fin en el siglo XVIII. En esta fase domina el principio de que el amor y la pasión *pecan* contra el matrimonio. «No hay nada más pernicioso que amar a la esposa como una favorita.» [17] Eso no excluye de ninguna manera —por lo menos desde la nobleza hasta más arriba—, sino que favorece más bien un *refinamiento del amor*, que se ejerce por separado, sin las vejaciones de los deberes y derechos matrimoniales.

Segundo: la fase en la cual —partiendo de Inglaterra a finales del siglo XVIII— la burguesía económica, que se crea con la marcha triunfal del capitalismo industrial, impone sus ideas de la moral puritana contra las «costumbres frívolas» de la nobleza. Lo que conduce a la conocida represión del placer y al destierro de la diversidad de las formas eróticas en el apartado médico-psicológico, entonces aún por elaborar, de la «conducta sexual desviada».

16. Foucault (1984), citado según W. Schmid (1986), pág. 680.
17. Séneca, citado según Hieronymus, citado según J.-L. Flandrin (1984), pág. 155.

Tercero: en esta fase hemos puesto el peso de nuestra argumentación. Oculto, el rigorismo sexual de la burguesía ha despertado aún más la fascinación por las prácticas sexuales reprimidas y por las fantasías oscuras. De este modo, se creó el entorno en el que el amor como *oposición ejemplar* no sólo atraía con la promesa del placer, sino también con la de la libertad. Lo que las filosofías del Yo y el romanticismo empezaban a pensar y expresar poéticamente, y también vivían como ejemplos con sus aventuras amorosas y sus biografías experimentales, lo que empezaban a odiar y sufrir, se extendía. El amor como encuentro del Yo, como creación enfática del mundo desde el Tú-Yo; un romanticismo trivializado y privado de su opuesto, la prohibición moral, reciclado pedagógicamente, se convierte en un fenómeno de masas: la religión terrenal del amor.

Amor, monjes y el orden del dominio en el mundo preindustrial

«En casi todas las sociedades y casi todas las épocas, menos en la nuestra, había —como han mostrado Philippe Ariès y Jean-Louis Flandrin en unos estudios muy sugerentes— una gran diferencia "entre el amor *en* el matrimonio y el amor *fuera* del matrimonio".»[18] «Se comporta con desvergüenza... aquel que se enardece con un exceso de amor hacia su esposa. Demasiado amor, o sea, el amor desenfrenado, la pasión, es lo que sienten los amantes fuera del matrimonio. Un hombre razonable debe amar a su mujer con sensatez y no con pasión; debe frenar su concupiscencia y no dejarse llevar al acto sexual.»[19]

En todo caso, es divertidísimo leer las explicaciones que dan para este matrimonio de conveniencia sujeto a una gran rigidez sexual. Incluso el inteligente Montaigne escribe en sus ensayos: «El matrimonio es una unión "pía y sagrada", al que no conviene el placer, a no ser que se trate de un "goce sensato, serio y mezclado con un cierto grado de austeridad", de una "voluptuosidad escrupulosa, en cierta manera sabia"».[20]

Por lo visto, ni siquiera él ha podido sustraerse a la influencia de los teólogos que veían el fin principal del matrimonio en la procreación de la descendencia, y ciertamente no sólo en ejercicio de sus ideas de moral cristiana, sino también en ejercicio de las normas sociales de una época que

18. P. Ariès (1984), pág. 165; Flandrin (1984).
19. Séneca, citado según Ariès (1984), pág. 169.
20. Montaigne, citado según Flandrin (1984), pág. 161.

todavía basaba la continuidad del poder y la propiedad en el sistema quebradizo del parentesco ligado al éxito de conseguir tener descendencia (masculina). No era únicamente por este motivo por lo que los esposos estaban sólo aparentemente solos aunque la sombra del confesor les persiguiera, sino también porque todos los éxitos de la guerra, toda la política se desvanecía si no se conseguía esto. Quien no quería sucumbir al final a sus enemigos, ni cederles la finca, el poder y los bienes, tenía que «vencer» sobre todo también en este terreno.

De aquí que casi fuera un acto de misericordia que la Iglesia lo incluyera en la moral y orientara este «acto» omnidecisivo, cuyo fracaso lo igualaba a una guerra perdida, hacia su finalidad «fundamental». Fundar el poderío social en el placer y el amor —ya que un matrimonio por amor hubiera significado precisamente esto en la sociedad feudal—, no sólo hubiera equivalido a la abdicación del poder en favor del azar y de la pasión, sino que también hubiera significado mezclar guerra y amor.

Mirado desde estas alternativas, el compromiso moral a favor de la descendencia como fin del matrimonio casi ya era «razonable», por lo menos, estaba a la altura de su tiempo. Si muchas cosas de entonces actualmente nos parecen incomprensibles, hay que tener en cuenta que el afianzamiento del poder y del orden se han delegado hoy día a un sistema político constitucional, a una legislación diferenciada, etc.; por tanto —y a causa de la estructura social— ya no están vinculados con la cohabitación matrimonial.

De todas formas, es curioso *cómo* los monjes y los teólogos cumplían su delicado encargo.

> El hombre que se deja llevar por un exceso de amor y que asedia a su mujer tan apasionadamente para satisfacer su concupiscencia como si no fuera su mujer, y que a pesar de todo desea cohabitar con ella, cae en pecado. Eso parece confirmar san Jerónimo cuando da la razón al pitagórico Sexto, quien dice que el hombre que siente un amor exagerado por su mujer comete adulterio... Por ello, el hombre no debiera servirse de su mujer como si fuera una ramera, y la mujer no debiera acercarse a su hombre como una amante, puesto que conviene hacer uso de este sagrado sacramento del matrimonio con toda decencia y respeto.[21]

Las explicaciones también son divertidas. Precisamente los monjes sabían que los deseos, una vez despiertos, no tienen por qué quedarse en casa, sino que pueden encender muchos pequeños fuegos divinos prohibidos.

21. Benedicti (1584), citado según *ibid.*, pág. 155.

> Además, estos esposos enseñan en su propio lecho a sus mujeres miles de lujurias, miles de obscenidades, miles de posiciones, giros y formas nuevas y las familiarizan con las figuras monstruosas del Aretino; de un fuego, que tienen en el cuerpo, hacen así cientos de llamas; y de este modo se convierten en rameras. Una vez enseñadas así, ya no pueden evitar escaparse de sus esposos y buscarse otros amantes. Eso lleva a los esposos a la desesperación y matan a sus pobres mujeres; pero con eso cometen una injusticia...[22]

En muchos textos, se mezcla de manera similar la moral con la lujuria. Saben de qué hablan y en contra de qué se pronuncian, y no lo disimulan. Eso habla a favor de un oculto «erotismo negro de la prohibición» creado y mantenido por una Iglesia que reprime cualquier sensualidad.

Sin embargo, el afianzamiento del poder a través de una moral de la reproducción matrimonial tenía también su otro lado, el de la *pasión amorosa no matrimonial*, que siempre tenía que conquistarse contra la moral cristiana. Pero eso era posible, por lo menos si se poseía una determinada riqueza y jerarquía social. Este desdoblamiento de la moral poseía, ciertamente, sus puntos conflictivos; no obstante facilitaba (de forma aislada, selectiva y normalmente contra el desarrollo propio de la sexualidad femenina) la realización de los deseos y de las pasiones, sin que dependiese del cumplimiento de los «deberes matrimoniales». El amor y el amor dentro y fuera del matrimonio no eran lo mismo, lo que provocaba muchas confusiones, aunque también ayudaba al mismo tiempo a estabilizar el matrimonio y el amor. Estabilizaba el matrimonio porque no estaba sujeto a la inconstancia de las pasiones, y estabilizaba al amor porque estaba libre de las obligaciones de la paternidad y de la duración. El arte erótico y el arte del erotismo se han desarrollado durante siglos siempre *al margen* de la unión obligatoria de amor y matrimonio.

Esta ley sigue en vigor incluso hoy, aunque de forma diferente: el matrimonio por amor no es capaz de disolver el enfrentamiento de matrimonio y amor en una simultaneidad, sino sólo en una sucesión. Nuestra época de la «diferenciación funcional» se rige en su vida privada por el *contraideal de la desdiferenciación.* Con el ideal del matrimonio por amor se invierte precisamente la ley de la diferenciación funcional. Ante este hecho, los viejos monjes sonreirían sabiamente.

22. Brantôme, citado según *ibid.*, pág. 161.

La burguesía económica, la ruptura con la convención y el adulterio

La contradicción entre el amor erótico y el ideal puritano del matrimonio en la sociedad burguesa del capitalismo temprano se ha descrito y criticado a menudo.[23] Pero justamente el *pathos* de la libertad del amor no sólo está en contradicción con el mundo burgués; la moral matrimonial de este mundo está también en contradicción con la reivindicación de «libertad e igualdad», mediante cuya imposición la burguesía debe su ascenso frente a la nobleza. El empresario tiene que romper con las normas y delimitaciones estamentales y perseguir su interés de obtener beneficios sin miramientos respecto a las tradiciones y a la competencia. *Pero* en casa deben reinar la moral y el orden. La filosofía descubre la razón como único principio de la acción en contra de toda metafísica y, por consiguiente, también en contra de la religión. *Pero* la ley de la razón es la *libertad*, la subjetividad, que ya no sirve a ningún amo, ya no obedece a nadie excepto a sí misma, a su propia experiencia y reconocimiento. Manifiestamente se trata de una *libertad* en y a través de obligaciones, una libertad cuyo «imperativo categórico» tiene que ser fundado ahora también de forma «a priori» contra la subjetividad creada. El mundo ya no es un mundo dado, sino un producto de la acción y sujeto a ésta. Eso es lo que tienen en común Kant y el ímpetu empresarial, que no constituye sino un concepto codificado de la conquista del mundo. Se afirma y se propaga una arbitrariedad del sujeto a la que queda sometida la sexualidad, la pasión y el amor; pero al final ¿por qué causas?, ¿con qué dispositivos fijadores?

Si el derecho a la libertad del empresario se muestra en la ruptura con las convenciones del mundo anticuado de los estamentos, ¿por qué no se muestra el derecho de los amantes también en la ruptura con la antisexualidad burguesa? Dicho de otra manera: existe una *afinidad electiva entre la ruptura empresarial y las convenciones respecto al adulterio*, entre la autoafirmación empresarial y el derecho de los amantes y del amor a sí mismos; hay una armonía en la desarmonía que desvela la contradicción inmanente del antierotismo de la burguesía y, con ello, su susceptibilidad para lo oculto y lo secreto del amor y de sus pasiones lascivas, atizado por las normas.

La evasión del amor de las convenciones de la burguesía empresarial no representa sólo una evasión. Invierte también las convenciones contra la burguesía misma. La fascinación por el amor es, a la vez, una fascinación por la libertad, que se puede empezar a conquistar *con* la moral burguesa *en*

23. H. Marcuse (1971).

contra de ella. El romanticismo —aquí entendido como desencadenamiento de la subjetividad y su capacidad de amar y sufrir— constituye la *segunda oportunidad* que se abre con el capitalismo económico y que es posible realizar en contra de las reducciones de la libertad. Eso se expresa hasta hoy a través del rápido cambio de subculturas excesivas y también a través del consumismo desenfrenado. Visto así, la aparición simultánea, en el siglo XIX, de una moral matrimonial burguesa restrictiva, de la conquista industrial del mundo, de Kant, de la filosofía del Yo, de la filosofía de la naturaleza, del Marqués de Sade, de la poesía romántica y de las escapadas biográficas en la literatura y en la realidad, no son en absoluto una casualidad histórica.

El presente del romanticismo: el amor como letra de una canción de éxito vivida

Según su origen romántico, el amor es una unión conspirativa contra «la sociedad». El amor no conoce límites. Ni los límites de estamentos y clases, ni los de la ley y de la moral. Esta ideología de libertad subversiva roza siempre peligrosamente la histeria, como describe Hans Magnus Enzensberger en una «novela documental» mediante un ejemplo desenfrenado.

> Auguste Bussmann a Clemens von Brentano (Landshut, en otoño de 1808)
>
> Viernes, por la mañana.
>
> Oh, Clemens, Clemens, detestable, repugnante, malo, odiable, odiado, querido, ¿por qué me haces sufrir tanto? Hoy, cuando vengas, no te besaré, te pegaré, te morderé, te arañaré, te estrecharé entre mis brazos hasta matarte, de tanto que te amo.

Tres años más tarde, el «matado por amor» se quita su odio de encima con un poema de despedida insólito:

> ¡Pues bien!, ¡me he desembarazado de ti,
> mujer licenciosa e insolente!
> Maldigo tu seno pecador.
> Maldigo tu cuerpo lascivo de prostituta.
> Maldigo tus pechos viciosos,
> sin pudor y verdad,
> pesados de tanta infamia y mentiras,

> una almohada sucia de todas las concupiscencias asquerosas.
> Maldigo cada hora muerta
> que pasé con tu boca mentirosa
> en el delirio de besos abominables.
> [Etc., etc., durante páginas enteras.]
> ... Mentirosa, que te vaya bien, que te vaya mal, aquí es el umbral
> donde mi corazón arrepentido se despide de ti, bruja.
> Que se pudra el pie que pisa tu lecho.
> Nunca te he conocido, nunca te he visto,
> Fue un mal sueño, tengo que olvidarlo...

«Querida, desgraciada Auguste —escribe Enzensberger—, usted no puede imaginarse lo que ha hecho usted y un puñado de sus contemporáneas y contemporáneos. Seguramente no exagero si afirmo que ustedes (un puñado de personas, entre el siglo XVIII y XIX) han inventado "el amor", o mejor dicho, lo que en Europa se considera hasta hoy como tal. Porque, ¿qué era eso antes? Los padres casaban a la pareja, se tenía un buen o un mal partido, se buscaba fuerza de trabajo, se engendraban hijos que se criaban, se aceptaba su mala o buena suerte tal como tocaba y para toda la vida. Luego, bastante tarde, se les ocurrió que debería conseguirse algo más, más allá del puerperio, del trabajo y del patrimonio: como si pudieran tomar la vida, también en este aspecto, en sus propias manos. ¡Una idea altamente arriesgada y de grandes consecuencias! El Yo en toda su magnitud, y el Tú. El alma y el cuerpo debían convertirse en una pequeña eternidad. Eso era un énfasis, una esperanza, un deseo de felicidad, que anteriores generaciones ni se habían atrevido a soñar. Y al mismo tiempo era una exigencia mutua exagerada que generaba posibilidades totalmente nuevas de desgracia. La decepción era la otra cara de vuestra utopía, y vuestros nuevos acuerdos daban también a la vieja lucha entre los géneros un giro radical.

Podría llenar muchas páginas con la descripción de las consecuencias, pero me temo, que usted no me creería. El hecho de que su novela se convirtiera en el ejemplo, incluso el esquema, de un número infinito de libros, y de que su lucha por amor llene con miles de variantes aún hoy nuestros teatros, quizás es la más insignificante de las consecuencias. Y hay algo que usted, querida Auguste, considerará aún menos posible: su historia se ha hecho cotidiana, banal, trivial, ha quedado arruinada por miles de repeticiones, pero también se ha convertido en la fuente de millones de sufrimientos. Ciencias enteras se han precipitado sobre ella; un ejército de expertos, asesores y charlatanes se ocupan de esta historia interminable y su

administración burocrática, y cada día se actúa en esta causa ante los tribunales. Pero no puede ser una casualidad que fuera su tiempo el que con el descubrimiento del sentimiento absoluto casi en el mismo suspiro también inventara el divorcio.»[24]

Auguste Bussmann y Clemens von Bretano experimentaron y sufrieron este ansia del amor y de sí mismos de modo despiadado. Fueron unos de los pioneros de esta espinosa odisea, pero no sus inventores, como opina Enzensberger. En estas exaltaciones y sus fracasos se encuentran, por ejemplo, también Platón (la literatura trivial del caos entre mujeres y hombres se lamenta hoy platónicamente); en ellas se trasluce algo leído o colectivamente recordado sobre los trovadores y las favoritas; las antiguas sabidurías hindúes (que no por casualidad tienen hoy día tanto éxito) se reavivan; las aventuras de la corte se trasladan a los apartamentos. En pocas palabras, una lectura oculta y viejas normas de la vida íntima se trasmiten y determinan las actuaciones individuales.

Así mirado, el amor es *una lectura de novelas aplicada, la letra de una canción popular vivida, la filosofía del Yo adaptada a lo biográfico-terapéutico.* Es una mezcla —quizás incluso el predominio— de fantasías premoldeadas, que se genera desde la situación contraria, desde la individualización. Y tal vez se encuentre el verdadero núcleo romántico en esta exaltación prestada.[25] También representa «un amor escrito», un «por decirlo así-amor», un amor «de oídas», que se basa en la confusión de lo leído y lo oído con lo vivido. Auguste Bussmann y Clemens von Bretano seguramente ya no tenían conciencia de si vivían o de si escribían sus cartas. Esta índole de amor por correspondencia, que alienta muchísimo el amor vivido, lo anticipa y lo persigue, que recopila y adelanta huellas y objetivos, nos falta hoy día seguramente. Pero en su lugar encontramos el amor receptivo, el amor *leído y oído* (normalizado por la televisión y la terapia), por decirlo así, la «lata de

24. H. M. Enzensberger (1988), págs. 92, 190 y sigs. y 228 y sigs.

25. El concepto del romanticismo y del amor romántico sin duda es difuso y ambivalente como lo demuestra también el nuevo debate sobre la modernidad del romanticismo (K. H. Bohrer, «Die Modernität der Romantik», 1988). Niklas Luhmann, al igual que nosotros, sospecha que el núcleo significativo de este debate se encuentra en la extraña relación entre idealización y distancia: el amor romántico es «ideal y paradójico, ya que reivindica ser la unidad de la dualidad. Hay que intentar mantener y acrecentar el Yo con la entrega del Yo, ejercer el amor de forma plena y a la vez irónica. En todo eso se trasluce una paradoja típicamente romántica y novedosa: la experiencia del acrecentar, del ver, del experimentar y del gozar a través de la distancia» (Luhmann 1982, pág. 172, destacados en el original). Véase también la n. 8; acerca de los orígenes históricos: C. Campbell (1987), así como A. Honneth (1988a).

amor» prefabricada, el «guión», que ahora se copia en las camas y las cocinas.

En el pasado, el amor hacía estallar los vínculos de las comunidades y las normas. Con la disolución de las barreras estamentales y familiares, el amor se pierde cada vez más en la nada. Ya no representa el contraprincipio a las obligaciones sociales que garantiza la libertad y la individualidad; ya no tropieza con ninguna resistencia, en el fondo ya ni siquiera es amoral. La consecuencia es que se vuelve hacia sí mismo, que se consume en sí mismo, que se convierte, de algún modo, en «autorreflexivo».[26]

Eso se muestra en las letanías eternas de los conflictos relacionales (que se producen de forma absolutamente individual y absolutamente estandarizada), se muestra en la pedagogización del amor, en las técnicas de autoestimulación pornográficas o, en general, en la ocupación emocional del estado de enamoramiento, y no en la ocupación emocional de la pareja. Al igual que la ciencia ya no se enfrenta a la no verdad con la verdad, sino que una verdad se discute con otra, el amor romántico como utopía de la felicidad individual (o bien, como la utopía de la felicidad de la individualidad) ya no se enciende en la resistencia contra prohibiciones sociales, sino únicamente en la competencia y el enfrentamiento con los demás. El resultado es confusiones y malentendidos y, de vez en cuando, coincidencias. Con su autorreferencialidad, con la pérdida de sus delimitaciones, el amor pierde, en todo caso, su estado de garante de la seguridad individual (no social). *El* amor no existe. Sólo existe su *plural*: amores, es decir, unas utopías, difíciles de comunicar, combinables y variables, de unas ideas del amor pluralizadas e individualizadas (en relación con la sexualidad, la convivencia, etc.).

Justamente porque el amor se está convirtiendo en un bien escaso y deseado, el tiempo de la oleada actual de individualización podría calificarse como una coyuntura favorable para el amor, en la cual las cuestiones amorosas se han tornado cuestiones existencialmente candentes (y no solamente para unos cuantos marginados y héroes del amor, como en el siglo XIX). O dicho de manera un poco exagerada: con la muerte del amor, con su disolución en paternidad, pasión, flirteos, erotismo, relación amorosa, unión familiar, empieza la búsqueda masiva por un «gran amor» total.

26. Esta idea la debemos a Christoph Lau. Esta tesis no tiene el mismo significativo de la «reflexividad del amor» de la que habla N. Luhmann (1982, pág. 175). Puesto que ésta no apunta a un nuevo estado histórico de las cosas, sino «que es contemplada de una manera abstracta, una posibilidad para todos los talentos».

Esta fe en el amor es el amor de los aislados, de los desvinculados de clases y estamentos, de los que sustituyen las comunidades predeterminadas por *imágenes* de comunidad autoconfiguradas. El romanticismo idealista del pasado y el romanticismo terapéutico de hoy tienen en común el *principio de la distancia*: este amor idealizante, imitado, crece con la distancia, aun cuando los amantes se encuentran cerca, puesto que aman a sus *imágenes* del amor y también a las *imágenes* de los amados, se aman a través de los amados y del amor de éstos, y en las elevaciones del propio Yo que de este modo se hace posible. Frente a este *autoamor del ansia de amor*, la realidad de la persona amada, con toda su banalidad, se presenta como una amenaza (si no es que el delirio, de todos modos, ya ha cegado el sentido de la realidad). La realidad significa derrumbe y caída, lo que solamente se puede evitar mediante nuevas idealizaciones y la distancia. «En el amor me engaño constantemente frente a la realidad... ¿Autoengaño como condición para poder experimentar el placer?»[27]

Este amor es una soledad exaltada, o —como dice Lou Andreas-Salomé— *una soledad multiplicada mil veces*. La superación de la soledad por su eco mil veces celebrado. No sólo en el sentido de que las soledades que se aman, se concilian y se superan. ¡En este caso, y mientras dura, los individuos no están solos! Ya que la distancia forma parte del delirio que posibilita la idealización.

El amor es exaltación/superación de la soledad también en el sentido contrario, es decir, que la recaída en la soledad, casi inevitable por el lento pero imparable amanecer de la realidad, únicamente puede ser aplazada a través de la distancia. Y en la cercanía, eso tal vez signifique ironía, autoironía, juego, imaginación; puesto que no se puede vivir la confusión del Yo y del Tú, por lo menos crearla a través de la risa. Este amor canta el elogio de (la cercanía en y a través de) la distancia, ¡de la forma que sea! A ella le debe su supervivencia. Esto es su núcleo romántico, su núcleo realista, su invención.

El amor es soledad a dos. «Aunque nos creamos tan absolutamente llenos del otro, sólo estamos llenos de nuestro propio estado, que —bien al contrario— por nuestro delirio nos hace especialmente incapaces de ocu-

27. T. Kristeva (1989), pág. 16: «Todas las filosofías del pensar, que desde Platón hasta Descartes, Hegel y Kant intentan otorgar a la experiencia del amor una relación directa con la realidad, niegan en ello lo perturbador y la reducen a un viaje iniciático emprendido por la atracción del Bien supremo o del Espíritu absoluto. Sólo la teología se deja caer en la trampa del delirio erótico sagrado».

parnos verdaderamente de la naturaleza de cualquier otra cosa. La pasión amorosa, desde el principio, es incapaz de una visión objetiva del otro, de un entrar en él; antes bien, es un entrar profundo en nosotros mismos, es la soledad multiplicada mil veces, pero una soledad en la que parece ampliarse y arquearse la propia soledad, como rodeada de mil espejos resplandecientes, en un mundo que lo abraza todo.»[28]

El amor como autogestión subjetiva: su lógica de conflictos y sus paradojas

Con la liberación de la moral y del derecho, el amor parece convertirse en un asunto *exclusivo* de los individuos que se aman, si no en la realidad, por lo menos según el modelo ideal. Sin embargo, lo más irritante y lo menos comprendido es que justamente esta delegación a los sujetos y a su arbitrio contiene su *propio esquematismo*, su *regularidad*, su *lógica de conflictos*, y, no en última instancia, sus *paradojas* que se producen en lo individual, pero que siguen un esquema que tiene su causa en lo general que posee el amor. Dicho de manera un poco exagerada: igual que entre capital y poder, en el amor se trata también de un *abanico de comportamientos y crisis prefiguradas*, que coincide con la autolegislación del amor.

1. El amor se convierte en el prototipo de la individualización social y al mismo tiempo en la promesa de salvación para los individuos aislados ante su contrapartida anómica. El amor significa, por consiguiente, *contra-soledad*. Es la respuesta deseada al desvanecimiento de las comunidades y de las convenciones. El amor es la *contra*individualización, o mejor dicho: es la *utopía* de la contra-individualización que despliega, con la individualización, *para y en contra de* ella, su promesa de una comunidad a dos sensual y llena de sentido, su promesa de superar la lejanía y la alienación del mundo; la promesa de un autodesarrollo *conjunto*, de la superación del «Yo marcado». Por el otro lado, la individualización representa también *un tipo de clase particular en materia de idealización de la pareja*. Incluso los más realistas se transforman, bajo la presión de las circunstancias y contra su voluntad, en idealistas, porque la soledad de la movilidad y el derrumbe de las seguridades del mundo de la vida proyectan en el amado la esperanza de recuperar todo lo que se está desvaneciendo y convirtiendo en improbable. La individualización produce el ideal del matrimonio por amor.

28. L. Andreas-Salomé (1986), pág. 59.

2. Por su esquematismo social, el amor representa un modelo de *actores*, un modelo de la *responsabilidad*, y *no* del *anonimato* y de la *mecánica*. (Lo que queremos demostrar más adelante es que justamente en esto también se encuentra la causa de su mecánica.) El amor convierte a la gente en actores en un mundo que, por lo demás, consiste en mecanismos. En el amor cada uno es el responsable y el culpable de sus actos, todo se hace con intención y voluntad. Uno está atrapado, no se puede distanciar, es lanzado hacia arriba y tirado hacia abajo; se vive lo viejo, lo extraño, lo que oprime y lo que reprime; se experimenta que uno es uno mismo en el lugar donde se cree poder experimentar de la forma más intensa su Yo y donde uno piensa poder autodeterminarse. Lo que aparece como lo más valioso, lo más placentero y lo más urgente, sólo se puede conseguir en la travesía por lo más general: el rol de los géneros, el mercado del trabajo y la economía. Aquí uno es rey y esclavo al mismo tiempo. Legislador, juez y carcelero. Constantemente, hay que hacer milagros para lograr lo más normal, y hay que hacerlo también aunque ya se haya abjurado desde hace tiempo de la creencia en los milagros y en cualquier esperanza de salvación.

3. El modo de justificación del amor *no* es *tradicional o formal, sino emocional e individual*. Proviene, por tanto, de la experiencia y de la fe, y también de la esperanza de los individuos, y no de unas instancias superiores. Los amantes, y sólo ellos, disponen de la verdad y del derecho de su amor. Sólo ellos pueden justificarse y hacer justicia. Por esto, es un derecho que no conoce constitución, ni procedimiento. De aquí que no conozca injusticia, incluso donde ésta se produce de manera flagrante. El amor no se puede reclamar ante los tribunales, no hay posibilidad de revisión. El amor y la justicia son palabras que pertenecen a idiomas totalmente distintos.

4. *Autofundamentación*. El fundamento del amor es siempre y únicamente el amor mismo. Argumentando operacionalmente, eso significa que sólo los amantes pueden juzgar si aman. El amor es democracia radical a dos, es el *prototipo de la autorresponsabilidad*. Lo es hasta tal extremo que incluso comprende la irresponsabilidad, porque únicamente los amantes —y de ello se deduce que también uno *en contra* del otro— pueden comprobar y ejecutar *para* los dos el final del amor, sin otro argumento que el amor, su amor, el amor de él o de ella, se ha apagado.

5. El modo de la autofundamentación del amor significa también lo siguiente: según su exigencia, representa la *contra*-duda, la recuperación de la seguridad perdida en el otro y en sí mismo. En el siglo XIX, el amor era lo irracional, lo otro de la sociedad burguesa, lo invisible, lo exótico, simbolizado por la «atracción de la mujer serpiente». La situación actual es justamente lo contrario: en vista de la disolución de todas las obligaciones, el amor adquiere el estatuto de ser el último lugar de una seguridad incuestionable. Mientras que en el siglo XIX el amor fracasaba (o se encendía) por las convenciones, hoy día y a causa de las convenciones sociales rotas, se busca refugio en el amor.

6. El amor es la *fórmula vacía* que los amantes *tienen que llenar*. El cómo se ama y qué significa el amor es cuestión de decisiones que los amantes deben acordar en un consenso, y que pueden variar con los tabúes, los descubrimientos, las aventuras con otros, según sus preferencias primordiales y secundarias. El amor es *establecimiento de las propias normas*, no respecto al contenido, sino al *procedimiento*, al procedimiento de legitimación («¡decisión de conciencia!»). El contenido se convierte en invención subjetiva a través del consenso. En ello residen los límites y los abismos. Eso es válido también en los casos donde modelos globales como la moral, el *Kamasutra* o el saber terapéutico llenan de contenido lo que se presenta como autoconstruido.

7. Todo eso incluye que el amor, el amor destradicionalizado, *no* conoce *desviaciones*, o en todo caso sólo desviaciones individuales, no sociales. Lo único que está sujeto a las sanciones públicas es el consentimiento: la violencia puede ser juzgada y públicamente excluida mediante las correspondientes condenas.

8. *El sentido y la comunidad del amor están siempre amenazados*. Aquí también se demuestra su carácter terrenal. Una fuente principal de peligro está en la pregunta por quién y cómo se puede decidir sobre la existencia de la comunidad y del amor. Hay dos palancas de mando para abrir la puerta que da al vacío: la ruptura de la comunidad puede ocurrir unilateralmente, sin derecho a veto del «despedido». Y el criterio para la ruptura es al final la situación subjetiva, la relación entre el sueño y la realidad del amor en el horizonte de la percepción individual (y en vista de la competencia dentro de una oferta creciente). Detrás de las discusiones eternas sobre la relación, hay siempre la amenaza de una decisión unilateral. Por eso se mueven como las ratas en una jaula.

9. El amor es un *dogmatismo a dos*; si todo va bien, es por consenso; si va mal, entonces estalla la guerra religiosa abierta del uno contra el otro. El hecho de que el amor sea un dogmatismo queda oculto en la armonía y en la exaltación de los sentimientos, y sólo estalla en conflictos de larga duración cuando la «autenticidad» garantizada se divide y surgen verdades contradictorias entre los dos. «Sinceridad» y «asumir sus sentimientos» significa entonces interrupción del procedimiento, final, fin. Yo lo quiero así. El

dogmatismo ya forma parte del procedimiento que justamente no es un asunto del individuo, sino que corresponde a la constitucionalidad del amor. Los amantes pueden decidirlo todo, pero no pueden anular el modo de decisión individual. Ellos son este modo. La consecuencia es la posibilidad de la mayor elevación y también de la caída en picado, la división de la comunidad en el enfrentamiento de los dogmas subjetivos, donde rebota cualquier intento de buscar comprensión.

10. El amor es el *contra-modelo a la racionalidad según fines.* No es una meta basada en un fin, no es posible perfeccionarlo, ni económicamente, ni técnicamente; ni siquiera es una consecuencia secundaria que se produce con regularidad si todo lo demás se cumple según los objetivos. El matrimonio tampoco es un plano de un edificio, ni una receta con cuya ayuda se podría captar e instalar el amor en casa. Su distribución, su desigualdad y su injusticia no pueden crear situaciones y acumulaciones socioestructurales. Un partido que declarara el amor como punto principal de su programa no perseguiría un objetivo político realizable.

11. El amor es una postradición y una *no* tradición, que se transmite con la fuerza de una sexualidad desmoralizada y deslegalizada. El amor *no* se puede institucionalizar, *ni* codificar, *ni* tiene la obligación de justificarse en un sentido general, mientras se le pueda suponer libre voluntad y consenso. Dicho de otra manera, al contrario de una religión que pierde su dominio en el saber cuando ya no se predica, la religión del amor es una «tradición» sin sacerdotes que asegura su supervivencia gracias a las necesidades sexuales. Sobre todo cuando las normas y los controles exteriores se desvanecen y prospera un mercado —desde las canciones de amor de éxito, pasando por la pornografía, hasta la psicoterapia— que abre las compuertas a la satisfacción de las necesidades.

Aquí también se demuestra nuevamente que el amor es una religión de la *subjetividad,* una fe, en la que todo, Biblia, sacerdotes, Dios, santos y diablos, están puestos en las manos y los cuerpos, en la imaginación y la ignorancia de los individuos que se quieren y que se martirizan con su amor.

¿Pero de qué manera están entrelazados el cielo y el infierno en esta estructura del amor? Resumiendo, se puede decir que el amor destradicionalizado es una *autorresponsabilidad radicalizada*, un marco de la esperanza y de la acción, en el que los temas, el derecho, las prácticas, el procedimiento, todo está sujeto a la decisión de los amantes. Hasta este punto, el modelo de relaciones y decisiones sigue la línea del desarrollo de la modernidad y de la Ilustración, donde todo lo predeterminado se ha convertido en decisión y ha sido puesto bajo la responsabilidad del individuo. Esta imagen seductora esconde, sin embargo, una trampa que se torna visible cuando se hace la pregunta por la *revisión* de decisiones y juicios. La respuesta sigue el mismo modelo: también está en manos de los individuos. Con la pequeña diferencia que ahora se evidencia que la armonía, el consenso y la solidaridad que el amor promete y ha propagado como su ideal engañan, ya que, cuando las exaltaciones desaparecen y cuando rige su contrario, la indiferencia, la duda, el miedo y el odio, las decisiones siguen estando en las manos de los mismos combatientes. El amor como autogestión radical, despojada de todos sus apoyos y controles externos, *no conoce ahora árbitros, ni normas, ni procedimientos para reclamar* mediante los cuales retirar sus problemas del caos de la batalla y someterlos a un juicio neutral. Los combatientes del amor son a la vez los jueces de su pelea, los legisladores y los ejecutores que se ajustician mutuamente. Con eso se completa la «democracia del amor» y *al mismo tiempo se convierte en su contrario*: la aparición y utilización desenfrenada de la subversión y del odio con los medios de la brutalidad íntima, de la que sólo son capaces *«personas de confianza que han vivido encadenadas durante mucho tiempo»,* puesto que se conocen mutuamente los puntos dolorosos.

El amor, mirado desde su lado opuesto, parece una guerra medieval de religiones antes de su arbitraje por el Estado. La decisión de la decisión, la valoración de la valoración se reencuentra en todos los puntos: las reglas, el consenso, la historia, las necesidades, que no se han delegado a instancias exteriores, sino que se han convertido en el asunto de los «unidos» en el conflicto amoroso.

El amor es, según su patrón social, un largo viaje en un crucero de placer. Alguna que otra tormenta no influye mucho en el rumbo. Pero como los participantes tienen a la vez la función de tripulación, de capitán, de vela, de mástil y de tablas, con una tormenta permanente, fácilmente se produce el caos. Los agujeros se tapan con tablas arrancadas. Si es que queda aún esta posibilidad, ya que al barco de repente le salen dos capitanes que dan órdenes y se culpan y se atacan con las tablas. Como la constitución del amor prevé «libertad, consentimiento, cumplimiento», se olvida muchas veces que justamente por eso —y no por un error o un defecto de construcción fácilmente reparable— ya está prefigurado su contrario. Lo que sólo está basado en el consentimiento y la libre reciprocidad no puede ser transformado en una libertad *condicionada con cláusulas de reserva*, cuando los aventureros del amor bajo la impresión de la decepción y de la desesperación empiezan a pelearse.

Las puertas que dan al vacío del amor constituyen la otra cara de sus seguridades: Subjetividad y únicamente subjetividad, que se convierte en arbitrariedad y brutalidad, sin frenos por obligaciones externas. Los amantes crean su propio derecho. *Por tanto*, existe la amenaza de ausencia de derecho, cuando el encanto del amor se ha desvanecido y empiezan a mandar los intereses propios. El amor requiere una apertura e intimidad sin reservas. Se lucha, *por tanto*, con las armas terribles y malignas de la confianza tenida. El amor es la legitimación de sí mismo, operacionalizado por los individuos (del mercado) liberados y abandonados a sus propios juicios e intereses. *Por tanto*, el amor no es sólo el Dios compasivo y comprensivo del Nuevo Testamento, sino también el vengativo y enigmático del Antiguo Testamento.

La lógica de los conflictos del amor: sus condiciones

Esta «mecánica» del amor sigue una ley; es la *ley de la ausencia de ley, de una subjetividad e intimidad orientadas según las necesidades y el consenso* que —siguiendo el modelo ideal— se sustrae a todos los controles exteriores y está abandonada a sí misma.

Este esbozo de características representa, como ya hemos dicho, la *construcción de un modelo ideal* que «puramente» plantea lo que contiene el amor como posibilidad y como movimiento que se puede documentar con hechos reales. Esto se hace efectivo y real a medida que

— *se realice la igualdad económica (en el trabajo, los ingresos, etc.)*, ya que así disminuyen y se eliminan las obligaciones económicas de cara al mantenimiento de una relación; por consiguiente, el amor gana peso propio como fundamento de la unión;

— *las diferencias del entorno de procedencias aumenten*, ya que de esta manera se pone en las manos y en los corazones de los amantes la construcción de su comunidad y su conservación contra las fuerzas centrífugas de las biografías individuales;

— aumenten *la independencia y la no transparencia mutua de los contextos de trabajo* de mujeres y hombres, ya que de esta manera se eliminan las obligaciones y los contextos de experiencias comunes externamente predeterminadas;

— *el Estado, el Derecho y la Iglesia se retiren de la regulación y del control del matrimonio, de la relación de pareja y de la intimidad*, ya que de esta manera se crea el espacio libre donde el amor, como forma radical de una intimidad «autogestionada», puede desplegar su propia lógica y sus escenarios de conflictos;

— *aumente la individualización —por tanto, la dependencia de la formación profesional, la movilidad, la vinculación al mercado del trabajo, la juridización de las biografías—*, ya que la contra-soledad del amor despliega de este modo su promesa de construir una comunidad a dos sensual y llena de sentido.

Existen indicadores importantes y tendencias a largo plazo (como ya se han expuesto en varios párrafos de este libro) que hablan a favor de estas condiciones. La retirada del Estado y del Derecho se demuestra, por ejemplo, a nivel internacional, a través de las leyes de divorcio que han sustituido el principio de culpa por el «principio de perturbación», que excluyen, por tanto, todas las cuestiones de culpa y regulan exclusivamente las *consecuencias*, las cargas económicas, las cuestiones de educación, etc.[29] Algo parecido ocurre con la renuncia a la exigencia de regulación penal frente a las así llamadas formas y prácticas amorosas «desviadas» —con la excepción de la utilización de la violencia—, por lo que se puede deducir que también en el Derecho se ha delegado la legitimidad al consentimiento de las partes implicadas. Ciertamente, para las Iglesias, especialmente para la católica, el desarrollo de la familia y del matrimonio ha constituido siempre una causa de preocupación y de amonestaciones públicas. Pero incluso en países muy católicos existe una gran diferencia entre las exigencias morales del Papa y la práctica matrimonial, y eso se muestra no solamente en cuestiones de anticoncepción, sino también en el número de abortos de un país tan católico como Polonia que se encuentra entre los más altos de Europa.

En nada se evidencia la lógica propia del amor tan claramente como en sus *paradojas*, en las que la gente se pierde y se confunde a causa de sus turbulencias aparentemente individuales en la medida en que esta lógica de comportamiento tiende a extenderse más aún.

Las paradojas de la libertad

Como todo se basa en la libertad, el sometimiento de la libertad del otro tiene que imponerse como objetivo, incluso cuando el amor sueñe con lo contrario. Se desea, por correspondiente, el autosometimiento *voluntario*

29. D. Lucke (1990).

de la libertad ajena en beneficio de la propia y del amor. ¿Pero cómo? *La paradoja de la libertad*:

> ¿Por qué iba a querer apropiarme del prójimo», pregunta Jean-Paul Sartre, «sino, justamente, en tanto que el prójimo me hace ser? Pero esto implica, precisamente, un cierto modo de apropiación: queremos apoderarnos de la libertad del otro en tanto que tal. Y no por voluntad de poder: el tirano se ríe del amor; se contenta con el miedo. Si busca el amor de sus súbditos, es por política; y, si encuentra un medio más económico de someterlos, lo adopta enseguida. Al contrario, el que quiere que lo amen no desea el sometimiento del ser amado. No quiere convertirse en el objeto de una pasión desbordante y mecánica. No quiere poseer un automatismo y, si se quiere humillarlo, basta hacer que se represente la pasión del ser amado como el resultado de un determinismo psicológico: el amante se sentirá desvalorizado en su amor y en su ser. Si Tristán e Isolda están enloquecidos por un filtro, interesan menos; y llega a suceder que un sometimiento total del ser amado mate el amor del amante... Así, el amante no desea poseer al amado como se posee una cosa; reclama un tipo especial de apropiación: quiere poseer una libertad como libertad.
>
> Pero, por otra parte, no podría sentirse satisfecho con esa forma eminente de la libertad que es el compromiso libre y voluntario. ¿Quién se contentaría con un amor que se diera como pura fidelidad a la fe jurada? ¿Quién aceptaría oír que le dijeran: "Te amo porque me he comprometido libremente a amarte y no quiero desdecirme; te amo por fidelidad a mí mismo"? Así, el amante pide el juramento y el juramento lo irrita. Quiere ser amado por una libertad y reclama que esta libertad, como libertad, ya no sea libre. Quiere a la vez que la libertad del Otro se determine a sí misma a convertirse en amor — y ello no sólo al comienzo de la aventura, sino en cada instante—, y, a la vez, que esa libertad sea cautivada por ella misma, que se vuelva sobre sí misma, como en la locura, como en los sueños, para querer su propio cautiverio. Y este cautiverio ha de ser entrega libre y encadenada a la vez en nuestras manos.[30]

La paradoja de la autenticidad

El amor es todo en forma de Yo: mi experiencia, mi verdad, mi trascendencia, mi salvación. Eso presupone autenticidad, en general y en el caso concreto. ¿Pero qué quiere decir, es y significa la sinceridad? ¿Cómo amortigua la caída libre del reaseguramiento, a la cual le precipita la pregunta por ella? ¿Es necesario que mi juicio *sobre* el sentimiento tenga la misma seguridad que el sentimiento mismo? ¿Cómo me comporto ante la obligación de reaccionar ante la presión de la seguridad de sentimiento del otro que no sólo se cierra a mi propia evidencia, sino que rechaza también mis propios derechos a vivir y mi exigencia hacia la persona amada con el dogmatismo de la verdad del sentimiento? *La paradoja de la autenticidad*:

> Niklas Luhmann argumenta que se necesita «un principio simple y comprensible que aparte los trescientos años del entendimiento de la sinceridad y la no sinceridad en la construcción de la existencia humana y en el desarrollo del amor. Sin tener en cuenta la pregunta si la persona a la que se ama permite decir todo lo que se tenga que decir: ¿se tiene que ser sincero, también en las situaciones anímicas que siempre fluctúan? ¿Hay que conectar al otro como un termómetro a la propia temperatura? ¿Y, sobre todo, cómo se puede ser sincero con alguien que no es sincero consigo mismo? ¿Y, finalmente, cada existencia no es una proyección infundada, un esbozo, que necesita apoyos y zonas de no sinceridad protegidas? ¿Existe la posibilidad de comunicar una sinceridad propia sin caer por eso ya en la falta de sinceridad?
>
> La influencia de los terapeutas en la moral (y de la moral en los terapeutas) es difícil de valorar, pero seguro que hay que temerla. En el lugar del amor pone la fragilidad de la salud, la constitución necesitada de cura de cada individuo, y desarrolla respecto al amor sólo la idea de una terapia duradera mutua sobre la base de una comunicación no sincera acerca de la sinceridad.[31]

La paradoja de la acción

La miseria se puede eliminar, las desigualdades se pueden disminuir, la seguridad frente a riesgos de guerra o técnicos se puede aumentar. El amor, no obstante, no se puede dirigir (quizá se pueda evitar por los conflictos prefigurados o por bloqueos personales), ni perfeccionar con la voluntad, ni implorar o hacer probable dentro de límites progresistas trazados por instituciones. El amor sucede, cae como un rayo o se apaga siguiendo leyes no abiertas a la intervención individual, ni al control social. Lo mismo es válido para su contrario, la indiferencia, que «sucede» al igual que el amor y

30. J.-P. Sartre (1984, 1989), págs. 391 y sigs.

31. N. Luhmann (1982), págs. 210 y sigs.

que puede ser hecha añicos por un ataque de amor. ¿Pero cómo conseguimos, conservamos y *sobrevivimos* al amor, si no es siguiendo nuestro recetario disponible de la racionalidad de fin y medios? ¿Qué pasa si todos corren detrás de una meta que no es alcanzable, o por lo menos no de este modo? ¿Qué pasa si el rechazo de la meta se revelara como el camino más corto hacia ella? ¿O si con la llegada a la meta, ésta se convirtiese en lo contrario de lo esperado?

Una época que en la cima de su racionalidad técnicamente invertida se ha enamorado del amor se entrega a *la última meta no racionalizable (la de la felicidad)* que se sustrae al dominio de la modernidad y que recibe justamente de ello su atracción, sus adeptos y sus acólitos. Parecido al miedo, que por lo demás solamente constituye la otra cara de la «religión del amor» individualista de la sociedad del riesgo, el amor no puede ser fundado, ni falsificado; en última instancia, no puede ser sujeto a la verdad discursiva, ni es intersubjetivamente divisible o comunicable a pesar de o justamente por las discusiones inflacionarias sobre las relaciones.

La competencia de las perspectivas

Desde el punto de vista de la historia de la ciencia, eso quiere decir que, a medida que esta perspectiva teórica de una lógica propia de la creencia y del comportamiento del amor sin tabúes recobra evidencia, (por lo menos) dos de las actuales teorías dominantes y perspectivas de la acción práctica se convierten en falsas:

Por un lado, aquella visión de *la psicología y del psicoanálisis* que busca las «causas» de los conflictos en la personalidad del individuo y las proyecta en su *biografía temprano-infantil.*

Las turbulencias del amor y los conflictos de pareja —eso es el resumen de la visión aquí esbozada— no exclusivamente, ni primariamente deben tener sus causas en neurosis y en tribulaciones de la primera infancia de los implicados, sino que pueden producirse precisamente también desde la *lógica propia* del tema del amor y de su dinámica multifacética. Remontar las caídas y las irritaciones sistemáticas que dicha lógica es capaz de producir, al alma y al pasado personal de los enfrentados en el amor, se parece al error de relacionar los accidentes de montaña con un «fracaso anal» o la economía inflacionaria a una «represión libidinosa».

Por otro lado, se demuestra como falso el consenso entre distintas *teorías de la sociedad* que parten del supuesto de que el sentido social es fundamentalmente un sentido *tradicional* que tiene que ser documentado, transmitido, criticado, legitimado, y debe ser implantado desde los púlpitos de la escuela y de la iglesia en las mentes y los corazones de la siguiente generación, si no quiere desvanecerse y perder su vigor social. El amor sigue el esquema contrario: la destradicionalización y la desmoralización abren las compuertas de los deseos sexuales y de las concupiscencias. De ello se debe deducir que con el amor los seres humanos son poseídos por una exigencia de sentido terrenal que socava los obstáculos de la tradición institucional y que asegura su estabilidad cultural basándose en los impulsos, lo subconsciente y lo preconsciente, y que justamente por esta su condición de «religión» individual (en su doble sentido: una religión que surge de los individuos y que promete superar su soledad), de no tradición y de postradición, otorga a los individuos liberados sentido, orientación, placer y ganas de luchar en su esperanza y su búsqueda.

Una mirada desde el futuro o El último día de San Valentín

Pasemos ahora al siglo XXI y concluyamos con un informe aparecido en el *International Herald Tribune:*[32]

> Boston, 14 de febrero de 2090: Una ojeada a los libros de historia nos muestra que en el año 1990 se celebró por última vez el así llamado día de San Valentín. La idea de dedicar un día de fiesta nacional al amor cayó después en descrédito. Se volvió anacrónica, remitió a tiempos en los que la vida cotidiana de la gente estaba dominada por la sexualidad, las drogas y el rock and roll.
>
> Algunos diputados ya habían protestado con anterioridad contra este día. A finales de los años ochenta se produjo una iniciativa en el parlamento que apuntaba a cortar las subvenciones a todos aquellos museos que conservasen o incluso expusiesen públicamente, bajo el seudónimo de «Cupidos», imágenes de niños desnudos. Cuando el conflicto se agravó, grupos activos de padres críticos pusieron un ultimátum a los propietarios de tiendas para que entregaran los tarjetones de saludos de amor exclusivamente a gente casada.
>
> Lo que decidió el asunto fue una comisión convocada por el gobierno que en aquellos días entregó su informe final a la opinión pública. El resultado no sorprendió a nadie. El amor causó —según el informe— lo que los

32. Véase E. Goodman, «The Last Valentine's Day», en *International Herald Tribune*, 14 de febrero de 1990.

expertos llaman una «decadencia de la conciencia». En el horizonte de la objetividad rigurosa de los años noventa, este término técnico tenía un significado bien claro: el amor era una droga, y la gente abusaba de él.

Los síntomas eran evidentes, omnipresentes y alarmantes. Según el informe de la comisión, los amantes no tenían únicamente dificultades para concentrarse. Estaban realmente locos, soñaban durante el día, andaban por ahí cegados de amor; todo eso eran comportamientos extraños que llamaron la atención a la ciencia. Muchos perdían el apetito, su pulso aumentaba de forma alarmante, miraban al aire, y en su cara se encontraba la sombra de aquel color rosa de amor que hacía que ya a simple vista se reconociera su estado.

Las consecuencias de este abuso del amor —comprobado por la comisión con muchos argumentos— para la salud pública eran inquietantes, al igual que los elevados gastos que conllevaban. Según las valoraciones, las personas enamoradas suponían miles de millones de dólares para el Estado y para la economía. Las pérdidas de productividad causadas por este caos normal del amor superaban en mucho, por ejemplo, el presupuesto para el contraespionaje. La comisión remitía a los japoneses como contra-ejemplo, ya que éstos, como es sabido, nunca habían dedicado un día de fiesta nacional al amor. Los expertos ya no tenían que entrar en más detalles.

Desde hacía tiempo había discusiones acerca del amor en la sociedad moderna. La generación anterior todavía había aceptado sin cuestionarlo los mensajes sublimes de letras de canciones como «I can't give you anything but love, baby». Pero después, cuando la generación de los Beatles se había hecho mayor y había abjurado de todas las drogas, convirtió el amor en un tema público. Se investigaron, elaboraron y distribuyeron métodos de detección temprana. Los padres empezaron a proteger a sus hijos susceptibles mediante una preocupación anticipativa. ¿Quién podía quedar indiferente frente a influencias que volvían locas a las personas, que les ponían en un estado de éxtasis?

Según los informes de historiadores de la lengua, antes de los años noventa, el amor tenía el significado de un sustantivo o de un verbo. Después aparecía cada vez con más frecuencia como atributo y en combinaciones como sujeto al amor o enfermo de amor. Los enamorados empezaron a describir su estado como una dependencia. Efectivamente, el amor produce dependencia, peor aún, codependencia. Los libros más vendidos del invierno de cambio de 1989/90 lo describieron con detalles muy llamativos.

A principios del siglo XXI se hizo cada vez más normal contestar a la pregunta de «¿quién es usted?» con el nombre, género y el programa individual de terapia de amor: «Hola, mi nombre es Marianne, casi ya estoy desenamorada». Pero ya en los años noventa se habían reunido millones de personas en grupos de autoayuda, subvencionados por el Estado, al igual que sus abuelos habían pertenecido a clases sociales o grupos étnicos. Abstinencia era la consigna que todo el mundo aclamaba e imitaba.

Todo eso creó el telón de fondo ante el cual las recomendaciones de la comisión encontraban cada vez más aceptación. Las pruebas científicas de que se estaba propagando una epidemia de amor llamaron a la acción.

El tribunal constitucional concedió a las empresas el derecho a someter a las solicitantes y a los solicitantes de un puesto de trabajo a un test de amor. Algunas fundaciones financiaron programas para enseñar a la gente a cómo poder vivir sin el otro. A los profesores se les pedía avisar a los adolescentes acerca de los riesgos del amor. *Romeo* y *Julieta* desapareció de las librerías. En esta atmósfera ya no se podía tolerar por más tiempo el día de San Valentín.

La historiografía actual remonta la superación del amor a los enfrentamientos de principios de los años noventa. En aquel entonces, se consiguió eliminar esta subversión cotidiana de la racionalidad moderna. El amor fue sometido a un control preventivo.

Se informa que de vez en cuando aún hoy hay personas que se abrazan, que juntan sus cabezas, pero eso ocurre normalmente en forma de ejercicios de gimnasia. Aunque nunca se puede estar seguro de que no se produzcan recaídas, se puede ya afirmar que en la era posvalentiniana casi hemos conseguido el gran objetivo de vivir de modo racional, con la excepción de la eliminación de la miseria. Debemos a la valentía y a la resolución de nuestros antepasados de los años noventa que hoy podamos vivir en una sociedad cada vez más libre del amor.

Bibliografía

Adorno, T. W., *Minima moralia*, Madrid, 1987.

Alberoni, F., *Verliebtsein und lieben - Revolution zu zweit*, Stuttgart, 1983 (trad. cast.: *Enamoramiento y amor*, Barcelona, Gedisa, 1988).

—, *Erotik. Weibliche Erotik, männliche Erotik, was ist das?*, Munich, 1987 (trad. cast.: *El erotismo*, Barcelona, Gedisa, 1988).

Allerbeck, K. y W. Hoag, *Jugend ohne Zukunft? Einstellungen, Umwelt, Perspektiven*, Munich, 1985.

Andreas-Salomé, L., *Die Erotik*, Francfort/Berlín, 1986 (trad. cast.: *El erotismo*, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 1998).

Ariès, P., *Die Geschichte der Kindheit*, Munich, 1978.

—, «Liebe in der Ehe», en P. Ariès y otros, *Die Masken des Begehrens und die Metamorphosen den Sinnlichkeit - Zur Geschichte der Sexualität im Abendland*, Francfort, 1984.

Ariès, P., A. Béjin, M. Foucault y otros, *Die Masken des Begehrens und die Metamorphosen den Sinnlichkeit - Zur Geschichte der Sexualität im Abendland*, Francfort, 1984.

Ayck, T. e I. Stolten, *Kinderlos aus Verantwortung*, Reinbek, 1978.

Bach, G. R. y R. M. Deutsch, *Pairing. Intimität und Offenheit in der Partnerschaft*, Reinbek, 1979.

Bach, G. R. y H. Molter, *Psychoboom. Wege und Abwege moderner Therapie*, Reinbek, 1979.

Bach, G. R. y P. Wyden, *Streiten verbindet. Spielregeln für Liebe und Ehe*, Düsseldorf, 1987.
Badinter, E., *Ich und Du - Die neue Beziehung zwischen Mann und Frau*, Munich, 1988.
Badura, B. (comp.), *Soziale Unterstützung und chronische Krankheit. Zum Stand sozialepidemologischer Forschung*, Francfort, 1981.
Baethge, M., «Individualisierung als Hoffnung und Verhängnis», en *Sociale Welt*, n° 3, 1985, págs. 299 y sigs.
Barthes, R., *Fragmente einer Sprache der Liebe*, Francfort, 1984 (trad. cast.: *Fragmentos de un discurso amoroso*, 3ª ed., Madrid, Siglo XXI, 1999).
Beck, J., *How to Raise a Brighter Child*, Fontana Books, 1970.
Beck, U., «Jenseits von Stand und Klasse? Soziale Ungleichtheit, gesellschaftliche Individualisierungsprozesse und die Entstehung neuer sozialer Formationen und Identitäten», en R. Kreckel (comp.), *Soziale Ungleichheiten*, número especial 2 de *Soziale Welt*, Göttingen, 1983.
—, *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*, Francfort, 1986 (trad. cast.: *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998).
—, *Gegengifte. Die organisierte Unverantwortlichkeit*, Francfort, 1988.
Beck-Gernsheim, E., *Das halbierte Leben. Männerwelt Beruf, Frauenwelt Familie*, Francfort, 1980.
—, «Von "Dasein für andere" zum Anspruch auf ein Stück "eigenes Leben" - Individualisierungsprozesse im weiblichen Lebenszusammenhang», en *Sociale Welt*, n° 3, 1983, págs. 307-341.
—, *Die Kinderfrage. Frauen zwischen Kinderwunsch und Unabbängigkeit*, Munich, 1988a.
—, «Zukunft der Lebensformen», en J. Hesse, H. G. Rolff y C. Zöpel (comps.), *Zukunftswissen und Bildungsperspektiven*, Baden-Baden, 1988b, págs. 99-118.
—, *Mutterwerden - der Sprung in ein anderes Leben*, Francfort, 1989.
Behrens, K. (comp.), *Das Inselbuch vom Lob der Frau*, Francfort, 1989.
Béjin, A., «Ehen ohne Trauschein heute», en P. Ariès y otros, *Die Masken des Begehrens und die Metamorphosen den Sinnlichkeit - Zur Geschichte der Sexualität im Abendland*, Francfort, 1984, págs. 197-208.
Benard, C. y E. Schlaffer, *Liebesgeschichten aus dem Patriarchat*, Reinbek, 1981.
—, *Viel erlebt und nichts begriffen. Die Männer und die Frauenbewegung*, Reinbek, 1985.
Benn, G., *Leben ist Brückenschlagen - Gedichte, Prosa, Autobiographisches*, Munich/Zurich, 1962.
Berger, B. y P. L. Berger, *The War over the Family*, Nueva York, 1983.
Berger, J., «Gibt es ein nachmodernes Gesellschaftsstadium? Marxismus und Modernisierungstheorie im Widerstreit», en J. Berger (comp.), *Die Moderne - Kontinuitäten und Zäsuren*, número especial 4 de *Soziale Welt*, Göttingen, 1986, págs. 79-96.
Berger, P. A., *Entstrukturierte Klassengesellschaft?*, Opladen, 1986.

—, «Klassen und Klassifikationen», en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, n° 39, 1987, págs. 59-85.
Berger, P. A. y S. Hradil (comps.), *Lebenslagen, Lebensläufe, Lebesstile*, número especial de *Soziale Welt*, Göttingen, 1990.
Berger, P. L., *Zur Dialektik von Religion und Gesellschaft*, Francfort, 1973.
—, «Das Problem der mannigfachen Wirklichkeiten: Alfred Schütz und Robert Musil», en Gradhoff y Waldenfels (comps.), *Sozialität und Intersubjectivität*, Munich, 1983.
Berger, P. L., B. Berger y H. Kellner, *Das Unbehagen in der Modernität*, Francfort, 1975.
Berger, P. L. y H. Kellner, «Die Ehe und die Konstruktion der Wirklichkeit», en *Soziale Welt*, n° 3, 1965, págs. 220-235.
Bernard, J., *The Future of Marriage*, Harmondsworth, 1976.
Bernardoni, C. y V. Werner (comps.), *Der vergeudete Reichtum - Über die Partizipation von Frauen im öffentlichen Leben*, Bonn, 1983.
Bertram, H. y R. Borrmann-Müller, «Individualisierung und Pluralisierung familialer Lebensformen», en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, suplemento del seminario *Das Parlament*, n° 13, 1988, págs. 14-22.
Bertram, H. y G. Dannenbeck, «Zur Theorie und Empirie regionales Disparitäten - Pluralisierung von Lebenslagen und Individualisierung von Lebensführungen in der BRD», en P. A. Berger y S. Hradil, 1990.
Biermann, I., C. Schmerl y L. Ziebell, *Leben mit kurzfristigem Denken - Eine Untersuchung zur Situation arbetisloser Akademikerinnen*, Weilheim/Basilea, 1985.
Bilden, H., «Geschlechterverhältnis und Individualität im gesellschaftlichen Umbruch», en H. Keupp y H. Bilden (comps.), *Verunsicherungen*, Göttingen, 1989, págs. 19-46.
Blackie, P., *Mit 35 das erste Kind. Überlegungen und Erfahrungen*, Reinbek, 1988.
Blixen, T., *Moderne Ehe*, Francfort, 1987.
Bock-Rosenthal, E., C. Haase y S. Streeck, *Wenn Frauen Karriere machen*, Francfort/Nueva York, 1978.
Bohrer, K. H., «Die Modernität der Romantik», en *Merkur*, n° 469, 1988, págs. 179-198.
Bolte, K. M., «Bestimmungsgründe der Geburtenentwicklung und Überlegungen zu einer möglichen Beeinflußbarkeit», en *Bevölkerungsentwicklung und nachwachsende Generation*, Publicaciones del Ministro para Juventud, Familia y Salud, vol. 93, Stuttgart/Berlín/Colonia/Maguncia, 1980, págs. 64-91.
Bolte, K. M., «Subjektorientierte Soziologie», en K. M. Bolte y E. Treutner (comps.), *Subjektorientierte Arbeits- und Berufssoziologie*, Francfort, 1983, págs. 12-36.
Bopp, J., «Die Mamis und die Mappis. Zur Abschaffung der Vaterrolle», en *Kursbuch*, n° 76, 1984, págs. 53-74.
Borscheid, P., «Romantic Love Or Material Interest: Choosing Partners in Nineteenth-Century Germany», en *Journal of Family History*, n° 2, 1986, págs. 157-168.

Boston Women's Health Book Collective, The, *Unser Körper, unser Leben*, vols. 1 y 2, Reinbek, 1980.

Bräutigam, H. H. y L. Mettler, *Die programmierte Vererbung. Möglichkeiten und Gefahren der Gentechnologie*, Hamburgo, 1985.

Braun, D. y C. Wohlfahrt, *Ich und du und unser Kind. Tagebücher aus dem Leben zu dritt*, Reinbek, 1984.

Brod, H. (comp.), *The Making of Masculinity*, Boston, 1987.

Brontë, C., *Jane Eyre*, Buenos Aires, 1954.

Brose, H. G. y B. Hildenbrand (comps.), *Vom Ende des Individuums zur Individualität ohne Ende*, Opladen, 1988.

Brose, H. G. y M. Wohlrab-Sahr, «Formen individualisierter Lebensführung von Frauen - ein neues Arrangement zwischen Familie und Beruf?», en H. G. Brose (comp.), *Berufsbiographien im Wandel*, Opladen, 1986, págs. 105-145.

Bruckner, P. y A. Finkielkraut, *Die neue Liebesunordnung*, Munich, 1979 (trad. cast.: *El nuevo desorden amoroso*, 6ª ed., Barcelona, Anagrama, 1996).

Bruker, M. O. e I. Gutjahr, *Biologischer Ratgeber für Mutter und Kind*, Lahnstein, 1986.

Buchholz, W. y otros, *Lebenswelt und Familienwirklichkeit*, Francfort, 1984.

Bütter, C., H. Nicklas y otros, *Wenn die Liebe zuschlägt. Gewalt in der Familie*, Munich, 1984.

Bullinger, H., *Wenn Paare Eltern werden*, Reinbek, 1986.

Bundesminister für Bildung und Wissenschaft (comp.), *Grund- und Strukturdaten*, 1982-1983, 1984-1985, 1988-1989, 1989-1990.

Bundesminister für Jugend, Familie und Gesundheit (comp.), *Frauen 80*, Bonn, 1980.

—, (comp.), *Frauen in der Bundesrepublik Deutschland*, Bonn, 1984.

Burckhardt, J., *Die Kultur der Renaissance*, Stuttgart, 1972 (trad. cast.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Tres Cantos, Akal, 1992).

Burkart, G., B. Fietze y M. Kohle, *Ehe, Elternschaft. Eine qualitative Untersuchung über den Bedeutungswandel von Paarbeziehungen und seine demographischen Konsequenzen*, Materialien zur Bevölkerungswissenschaft, n° 60, Bundesinstitut für Bevölkerungsforschung, Wiesbaden, 1989.

Campbell, C., *The Romantic Ethic and the Spirit of Modern Consumerism*, Oxford, 1987.

Cancian, F. M., «Gender Politics: Love and Power in the Private and Public Spheres», en A. S. Rossi (comp.), *Gender and the Lifecourse*, Nueva York, 1985, págs. 253-265.

—, «The Feminization of Love», en *Signs*, n° 4, 1986, págs. 692-709.

Capek, K., «Romeo und Julia. Eine Erzählung», en *Süddeutsche Zeitung*, 25, 26 y 27 de mayo de 1988.

Chesler, P., *Mutter werden. Die Geschichte einer Verwandlung*, Reinbek, 1980.

Chester, R. (comp.), *Children and Marriage*, número especial de *International Journal Sociology and Social Policy*, vol. 2, n° 3, 1982.

Cohen, A., *Die Schöne des Herrn*, Stuttgart, 1983 (trad. cast.: *Bella del señor*, Barcelona, Anagrama, 1999).

—, *Der Buch meiner Mutter*, Suttgart, 1984 (trad. cast.: *El libro de mi madre*, Barcelona, Anagrama, 1999).

Cook, E. H. y K. F. Harrell, *Parental Kidnapping: a Bibliography*, Monticello, Vance Bibliographies, 1984.

Christie, A., *Meine gute alte Zeit. Eine Autobiographie*, Berna/Munich, 1978 (trad. cast.: *Autobiografía*, Barcelona, Planeta Internacional, 1996).

Cunningham, M., *A Home at the End of the World*, Londres, 1991 (trad. cast.: *Una casa en el fin del mundo*, Barcelona, Planeta, 1996).

De Swaan, A., «The politics of agoraphobia», en *Theory and Society*, n° 10, 1981, págs. 359-385.

Degler, C. N., *The odds. Women and the Family in America from the Revolution to the Present*, Nueva York, 1980.

Demos, J. y S. A. Boocock, *Turning Points - Historical and Sociological Essays on the Family*, Chicago, 1978.

Diezinger, A., R. Marquardt y H. Bilden, *Zukunft mit beschränkten Möglichkeiten*, informe sobre un proyecto, Munich, 1982.

Dische, I., «Das schönste Erlebnis», en *Kursbuch*, n° 72, 1983, págs. 28-32.

Dörre, K., *Risiko-Kapitalismus - Zur Kritik von Ulrich Becks Weg in eine andere Moderne*, Marburg, 1987.

Dowrick, S. y S. Grundberg (comps.), *Will ich wirklich ein Kind? Frauen erzählen*, Reinbek, 1982.

Dubiel, H., «Zur Ökologie der Moral», en *Merkur*, 1987, págs. 1.039 y sigs.

Duby, G., *Die Frau ohne Stimme - Liebe und Ehe im Mittelalter*, Berlín, 1989.

Durkheim, E., *Über die Teilung der sozialen Arbeit*, Francfort, 1982 (trad. cast.: *La división del trabajo social*, Tres Cantos, Akal, 1987).

Ehrendreich, B., «The Politics of Talking in Couples: Conversus Interruptus and other Disorders», en A. M. Jaggar y P. S. Rothenberg (comps.), *Feminist Frameworks*, Nueva York, 1984, págs. 73-76.

—, *The Hearts of Men*, Nueva York, 1983.

Ehrendreich, B. y D. English, *For Her Own Good. 150 Years of the Experts' Advice for Women*, Londres, 1979.

Ehrendreich, B., E. Hess y G. Jacobs, *Making Love. The feminization of Sex*, Nueva York, 1986.

Eichenbaum, L. y S. Orbach, *Was wollen die Frauen? Ein psychotherapeutischer Führer durch das Labyrinth in Liebesdingen*, Reinbek, 1986 (trad. cast.: *¿Qué quieren las mujeres?*, 2ª ed., Madrid, Taurus, 1988).

Elias, N., *Über den Prozeß der Zivilisation*, Berna/Munich, 1969 (trad. cast.: *El proceso de civilización*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1988).

—, «Vorwort», en M. Schröter, *«Wo zwei zusammenkommen in rechter Ehe...» Sozio- und psychogenetische Studien über Eheschließungsvorgänge vom 12. bis 15. Jahrhundert*, Francfort, 1985.

—, *Die Gesellschaft der Individuen*, Francfort, 1987 (trad. cast.: *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Edicions 62/Península, 1990).

Elschenbroich, D., «Eine Familie, zwei Kulturen. Deutschausländische Familien»,

en Deutsches Jugendinstitut (comp.), *Wie geht's der Familie? Ein Handbuch zur Situation der Familie heute*, Munich, 1988, págs. 363-370.
Enzensberger, H. M., *Requiem für eine romantische Frau - Die Geschichte von Auguste Bußmann und Clemens Brentano*, Berlín, 1988.
Erler, G. A., «Erdöl und Mutterliebe - von der Knappheit einiger Rohstoffe», en T. Schmidt (comp.), *Das pfeifende Schwein*, Berlín, 1985.
Esser, H., «Verfällt die soziologische Methode?», en *Soziale Welt*, nº 1-2, 1989, págs. 57-75.
Fabe, M. y N. Wikler, *Up Against the Clock. Career Women Speak on the Choice to Have Children*, Nueva York, 1979.
Fallaci, O., *Brief an ein nie geborenes Kind*, Francfort, 1979 (trad. cast.: *Carta a un niño que nunca nació*, Barcelona, Noguer y Caralt, 1990).
—, *Ein Mann*, Francfort, 1982 (trad. cast.: *Un hombre*, Barcelona, Noguer y Caralt, 1984).
Fend, H., «Zur Sozialgeschichte des Aufwachsens», en Deutsches Jugendinstitut (comp.), *25 Jahre Deutsches Jugendinstitut e.V. - Dokumentation der Festveranstaltung und des Symposiums*, Munich, 1988, págs. 157-173.
Fischer, E., *Jenseits der Träume. Frauen um Vierzig*, Colonia, 1983.
Fisher, I., «Der andere Traum von eigenen Baby», en *Geo-Wissen*, número especial *Sex-Geburt-Genetik*, mayo de 1989, págs. 46-58.
Fishman, P. M., «Interaction: The Work Women Do», en R. Kanh-Hut, A. K. Daniels y R. Colvard (comps.), *Women and Work: Problems and Perspectives*, Nueva York, 1982, págs. 170-180.
Flitner, A., «Zerbrechliche Zukunft», en A. Flitner, *Für das Leben - oder für die Schule?*, Weinheim, 1987, págs. 211-219.
Flandrin, J. L., «Das Geschlechtsleben der Eheleute in der alten Gesellschaft», en P. Ariès y otros, *Die Masken des Begehrens und die Metamorphosen den Sinnlichkeit*, Francfort, 1984.
Foucault, M., *Die Sorge um sich, Sexualität und Wahrheit 3*, Francfort, 1989 (trad. cast.: *La inquietud de sí*, 3ª ed., Madrid, Siglo XXI).
Frankl, V., *Das Leiden am sinnlosen Leben. Psychotherapie für heute*, Friburgo, 1984.
Fuchs, W., «Jugendliche Statuspassage oder individualisierte Jugendbiographie?», en *Sociale Welt*, nº 3, 1983, págs. 341-371.
—, *Biographische Forschung*, Opladen, 1984.
Furstenberg, F., Jr., «Fortsetzungsehen. Ein neues Lebensmuster und seine Folgen», en *Sociale Welt*, nº 1, 1987, págs. 29-39.
Gabbert, K., «Prometheische Schamlosigkeit», en *Ästhetik und Kommunikation*, nº 6, 1988, págs. 85-91.
Garfinkel, P., *In a Man's World*, Nueva York, 1986.
Gensior, S., «Moderne Frauenarbeit», en *Karriere oder Kochtopf*, anuario de economía social y teoría de la sociedad, Opladen, 1983.
Gerhard, U., *Verhältnisse und Verhinderungen. Frauenarbeit, Familie und Rechte der Frauen im 19. Jahrhundert*, Francfort, 1978.

Geulen, D., *Das vergesellschaftete Subjekt*, Francfort, 1977.
Gilligan, C., *Die andere Stimme - Lebenskonflikte und Moral der Frau*, Munich, 1984.
Glick, P. C., «Marriage, divorce, and living arrangements: prospective changes», en *Journal of Family Issues*, 1984, págs. 7-26.
Goldberg, H., *Der verunsicherte Mann. Wege zu einer neuen Identität aus psychotherapeutischer Sicht*, Reinbek, 1979.
Goody, J., *Die Entwicklung von Ehe und Familie in Europa*, Francfort, 1989 (trad. cast.: *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Barcelona, Herder, 1986).
Grass, G., *Kopfgeburten*, Darmstadt, 1980 (trad. cast.: *Partos mentales*, Madrid, Alfaguara, 1999).
Gravenhorst, L., «Alleinstehende Frauen», en J. Beyer y otros (comps.), *Frauenhandlexikon - Stichworte zur Selbsbestimmung*, Munich, 1983, págs. 16 y sigs.
Groffy, C. y U. Groffy (comps.), *Das Insel-Buch der Ehe*, Francfort, 1986.
Gronemeyer, R., *Die Entfernung vom Wolfsrudel. Über den drohenden Krieg der Jungen gegen die Alten*, Düsseldorf, 1989.
Gross, P., «Bastelmentalität: Ein "postmoderner" Schwebezustand», en T. Schmid (comp.), *Das pfeifende Schwein*, Berlín, 1985, págs. 63-84.
Gross, P. y A. Honer, «Multiple Elternschaften», en *Soziale Welt*, nº 1, 1990.
Gstettner, P., *Die Eroberung des Kindes durch die Wissenschaft. Aus der Geschichte der Disziplinierung*, Reinbek, 1981.
Habermas, J., *Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus*, Francfort, 1973 (trad. cast.: *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Madrid, Cátedra, 1999).
—, *Nachmetaphysisches Denken - Philosophische Aufsätze*, Francfort, 1988.
Häsing, H. (comp.), *Mutter hat einen Freund. Alleinerziehende Frauen berichten*, Francfort, 1983.
Häsing, H. y V. Brandes (comps.), *Kinder, Kinder! Lust und Last der linken Eltern*, Francfort, 1983.
Häussler, M., «Von der Enthaltsamkeit zur verantwortungbewußten Fortpflanzung. Über den unaufhaltsamen Aufstieg der Empfängnisverhütung und seine Folgen», en M. Häussler y otros, *Bauchlandungen. Abtreibung - Sexualität - Kinderwunsch*, Munich, 1983, págs. 58-73.
Hage, V., «Ferne Frauen, fremde Männer», en *Die Zeit*, 11 de noviembre de 1987.
Hahn, A., «Familie und Selbstthematisierung», en K. Lüscher y otros (comps.), *Die "postmoderne" Familie*, Constanza, 1988, págs. 169-179.
Handke, P., *Historia de niños*, Madrid, Alianza, 1986.
Heiliger, A., «Alleinerziehende Mütter: Ohne Partner glücklicher», en *Psychologie heute*, diciembre de 1985, págs. 10 y sigs.
Heitmeyer, W. y K. Möller, «Milieu-Einbindung und Milieu-Erosion als individuelles Sozialisationsproblem», en *Zeitschrift für erziehungswissenschaftliche Forschung*, 1988, págs. 115-114.
Hennig, C., *Die Entfesselung der Seele - Romantischer Idealismus in den deutschen Alternativkulturen*, Francfort, 1989.

Henning, M. y A. Jardim, *Frau und Karriere*, Reinbek, 1978.
Hite, S. y K. Colleran, *Keinen Mann um jeden Preis. Das neue Selbstverständnis der Frau in der Partnerbeziehung*, Niederhausen, 1989.
Hitzler, R., *Sinnenwelten*, Opladen, 1988.
Höhn, C., U. Mammey y K. Schwarz, «Die demographische Lage in der Bundesrepublik Deutschland», en *Zeitschrift für Bevölkerungswissenschaft*, nº 2, 1981, págs. 139-230.
Hölzle, C., «Die physische und psychische Belastung durch Invitro-Fertilisation», en *pro familia magazin*, nº 5, 1989, págs. 5-8.
Höpflinger, F., «Kinderwunsch und Einstellung zu Kindern», en H. J. Hoffmann-Nowotny y otros, *Planspiel Familie, Familie, Kinderwunsch und Familienplanung in der Schweiz*, Diessenhofen, 1984, págs. 77-181.
Hoff, A., J. Scholz, *Neue Männer in Beruf und Familie*, informe de investigación, Berlín, 1985.
Hoffmann-Nowotny, H. J., «Ehe und Familie in der modernen Gesellschaft», en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, Beilage zur Wochenzeitschrift *Das Parlament*, vol. 13, 1988, págs. 3-13.
Hoffmann-Riem, C., *Chancen und Risiken der gentechnologisch erweiterten pränatalen Diagnostik. Eine qualitative Studie bei Klienten humangenetischer Beratungsstellen*, petición de investigación, Hamburgo, 1988, manuscrito hectografiado.
Hollstein, W., *Nicht Herrscher, aber kräftig - Die Zukunft der Männer*, Hamburgo, 1988.
Homan, W. E., *Kinder brauchen Liebe - Eltern brauchen Rat*, Munich, 1980.
Honig, M. S., «Kindheitsforschung: Abkehr von der Pädagogisierung», en *Soziologische Revue*, nº 2, 1988, págs. 169-178.
Honneth, A., «Soziologie. Eine Kolumne», en *Merkur*, nº 470, 1988a, págs. 315-319.
—, «Soziologie. Eine Kolumne», en *Merkur*, nº 477, 1988b, págs. 691-965.
Hornstein, W., «Jugend. Strukturwandel im gesellschaftlichen Wandlungsprozeß», en S. Hradil (comp.), *Sozialstruktur im Umbruch. Karl Martin Bolte zum 60. Geburtstag*, Opladen, 1985, págs. 323-342.
Hubbard, R., «Personal courage is not enough: some hazards of childbearing in the 1980s», en R. Arditti y otros (comps.), *Test-Tube Women. What future for motherhood?*, Londres, 1984, págs. 331-335.
Hurrelmann, K., «Warum Eltern zu Tätern werden. Ursachen von Gewalt gegen Kinder», en *Forschung - Mitteilungen der DFG*, nº 1, 1989, págs. 10-12.
Ibsen, I., *Drammen*, vol. 1, Winkler Dünndruck Ausgabe, Munich, 1973.
Illich, I., «Einführung in die Kulturgeschichte der Knappheit», en S. H. Pfürtner (comp.), *Wider den Turmbau zu Babel. Disput mit Ivan Illich*, Reinbek, 1985, págs. 12-31.
Imhof, A. E., *Die gewonnenen Jahre*, Munich, 1981.
—, *Die verlorenen Welten*, Munich, 1984.
Institut für Demoskopie Allensbach, R. Köcher, *Einstellungen zu Ehe und Familie im Wandel der Zeit*, Stuttgart, 1985.

Jaeggi, E. y W. Hollstein, *Wenn Ehen älter werden. Liebe, Krise, Neubeginn*, Munich, 1985.
Jannberg, J., *Ich bin ich*, Francfort, 1982.
Jong, E., *Fear of Flying*, Panther Books, 1974 (trad. cast.: *Miedo a volar*, Madrid, Alfaguara, 1997).
—, *Parachutes & Kisses*, Panther Books, 1985 (trad. cast.: *Paracaídas y besos*, Barcelona, Plaza & Janés, 1988).
Jourand, S. M., «Ehe fürs Leben - Ehe zum Leben», en *Familiendynamik*, nº 2, 1982, págs. 171-182.
Kamerman, S. B., «Women, Children and Poverty: Public Policies and Female-headed Families in Industrialized Countries», en *Signs - Journal of Women in Culture and Society*, número especial *Women and Poverty*, vol. 10, nº 2, invierno de 1984, págs. 249-271.
Kaufmann, F. X., «Sozialpolitik und Familie», en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, sumplemento del seminario *Das Parlament*, vol. 13, 1988, págs. 34-43.
Kaufmann, F. X., A. Herlth, J. Quitmann, R. Simm y P. Strohmeier, «Familienentwicklung - generatives Verhalten im familialen Kontext», en *Zeitschrift für Bevölkerungswissenschaft*, nº 4, 1982, págs. 523-545.
Kern, B. y H. Kern, *Madame Doctorin Schlözerin. Ein Frauenleben in den Widersprüchen der Aufklärung*, Munich, 1988.
Kerner, C., *Kinderkriegen. Ein Nachdenkbuch*, Weinheim/Basilea, 1984.
Keupp, H. y H. Bilden (comps.), *Verunsicherungen. Das Subjekt im gesellschaftlichen Wandel*, Göttingen, 1989.
Kitzinger, S., *Wie soll mein Kind geboren werden? Ein Ratgeber für Schwangere*, Munich, 1986.
Klages, H., *Wertedynamik - Über die Wandelbarkeit des Selbstverständlichen*, Zurich, 1988.
Klein, R. D., *Where Choice Amounts to Coercion: The Experiendes of Women on IVF Programmes*, ponencia en el III Congreso Internacional e Interdisciplinario de Mujeres, Dublín, 1987, manuscrito hectografiado.
Kohli, M., «Die Institutionalisierung des Lebenslaufes», en *KfSS*, nº 1, 1985, págs. 1-29.
—, «Normalbiographie und Individualität», en H. G. Brose y B. Hildenbrand (comps.), *Vom Ende des Individuums zur Individualität ohne Ende*, Opladen, 1988, págs. 33-54.
Krantzler, M., *Kreative Scheidung. Wege aus dem Scheidungsschock*, Reinbek, 1977.
Krechel, U., «Meine Sätze haben schon einen Bart. Anmahnung an die neue Weiblichkeit», en *Kursbuch*, nº 73, 1983, págs. 143-155.
Krechel, R. (comp.), *Soziale Ungleichheiten*, número especial de *Soziale Welt*, Göttingen, 1983.
Kristeva, J., *Geschichten von der Liebe*, Francfort, 1989.
Kuhn, H., *Liebe - Geschichte eines Begriffs*, Munich, 1975.
Kundera, M., *Das Buch der lächerlichen Liebe*, Francfort, 1989 (trad. cast.: *El libro de los amores ridículos*, Barcelona, Tusquets, 1996).

Lange, H. y G. Bäumer (comps), *Handbuch der Frauenbewegung, 1. Teil, Die Geschichte der Frauenbewegung in den Kulturländern*, Berlín, 1901.

Langer-El Sayed, I., *Familienpolitik: Tendenzen, Chancen, Notwendigkeiten*, Francfort, 1980.

Lasch, C., *Haven in a Heartless World: The Family Besieged*, Nueva York, 1977 (trad. cast.: *Refugio en un mundo despiadado: reflexión sobre la familia contemporánea*, Barcelona, Gedisa, 1996).

Lau, C., «Gesellschaftliche Individualisierung und Wertwandel», en H. O. Luthe y H. Meulemann (comps.), *Wertwandel - Faktum or Fiktion?*, Francfort/Nueva York, 1988.

Lazarre, J., *The Mother Knot*, Nueva York, 1977.

Ledda, G., *Padre, Padrone*, Zurich, 1978 (trad. cast.: *Padre Padrone*, 2ª ed., Valencia, Eliseu Climent, 1991).

Lempp, R., *Familie im Umbruch*, Munich, 1986.

Ley, K., «Von der Normal- zur Wahlbiographie», en M. Kohli, G. Robert (comps.), *Biographie und soziale Wirklichkeit*, Stuttgart, 1984, págs. 239-260.

Liegle, L., *Welten der Kindheit und der Familie*, Weinheim/Munich, 1987.

López de Abiada, J. M., *Gottfried Benn*, Gijón, Júcar, 1983.

Lorber, J. y D. Greenfield, *Test-Tube Babies and Sick Roles: Couples' Experiences with In vitro Fertilization*, ponencia en el III Congreso Internacional e Interdisciplinario de Mujeres, Dublín, 1987, manuscrito hectografiado.

Lucke, D., «Die Ehescheidung als Kristallisationskern geschlechtsspezifischer Ungleichheit im Lebenslauf von Frauen», en P. L. Berger y S. Hradil, 1990.

Luckmann, T., *Lebenswelt und Gesellschaft*, Munich, 1980.

Lüscher, K., «Familie als Solidargemeinschaft aller Familienangehörigen - Erwartungen und Möglichkeiten», en *Familienideal, Familienalltag*, escritos del Deutscher Verein für öffentliche und private Fürsorge, vol. 266, Francfort, 1987, págs. 22-37.

Luhmann, N., *Liebe als Passion. Zur Codierung von Intimität*, Francfort, 1984 (trad. cast.: *El amor como pasión*, Barcelona, Edicions 62/Península, 1985).

—, «Die Autopoiesis des Bewußtseins», en *Soziale Welt*, nº 4, 1985, p. 402-446.

—, «Individuum, Individualität, Individualismus», en N. Luhmann, *Gesellschaftsstruktur und Semantik*, vol. 3, Francfort, 1989, págs. 149-258.

Lutz, W., «Heiraten, Scheidung und Kinderzahl. Demographische Tafeln zum Familien-Lebenszyklus in Österreich», en *Demographische Informationen*, 1985, págs. 3-20.

Maase, K., «Betriebe ohne Hinterland», en *Marxistische Studien*, anuario de IMSF, Francfort, 1984.

Mackenzie, N. y J. Mackenzie (comps.), *The Diary of Beatrice Webb, Volume III, 1905-1924*, Londres, 1984.

Mayer, E., *Love and Tradition. Marriage Between Jews and Christians*, Nueva York/Londres, 1985.

Meller, L., *Lieber allein. Zur Situation weiblicher Singles*, Francfort, 1983.

Merian, S., *Der Tod des Märchenprinzen*, Reinbek, 1983.

Merrit, S. y L. Steiner, *And baby makes two: Motherhood without Marriage*, Nueva York, 1984.

Metz-Göckel, S. y U. Müller, «Partner oder Gegner? Überlebensweisen der Ideologie vom männlichen Familienernährer», en *Soziale Welt*, nº 1, 1987, págs. 4-28.

Metz-Göckel, S., U. Müller y Zeitschrift Brigitte, *Der Mann*, Hamburgo, 1985.

Michal, W., *Die SPD - staatstreu und jugendfrei*, Reinbek, 1988.

Michelmann, H. W. y L. Mettler, «Die In-vitro-Fertilisation als Substitutionstherapie», en S. Wehowsky (comp.), *Lebensbeginn und Menschenwürde. Stellungnahmen zur Instruktion der Kongregation für Glaubenslehre vom 22.2.1987*, vol. 4 de la serie «Gentechnologie», Francfort/Munich, 1987, págs. 43-51.

Mooser, J., «Auflösung der proletarischen Milieus, Klassenbindung und Individualisierung in der Arbeiterschaft vom Kaiserreich bis in die Bundesrepublik Deutschland», en *Soziale Welt*, nº 3, 1983, págs. 270-306.

Müller, W., A. Willms y J. Handl, *Strukturwandel der Frauenarbeit 1880-1980*, Francfort, 1983.

Münz, R., «Vater, Mutter, Kind», en G. Pernhaupt (comp.), *Gewalt am Kind*, Viena, 1983, págs. 33-44.

Muschg, G., «Bericht von einer falschen Front», en H. P. Piwitt (comp.), *Literaturmagazin 5*, Reinbek, 1976.

Musil, R., *Der Mann ohne Eigenschaften*, Hamburgo, 1952 (trad. cast.: *El hombre sin atributos*, Barcelona, Seix Barral, 1980).

Nave-Herz, R., «Bedeutungswandel von Ehe und Familie», en H. J. Schulze y T. Mayer (comps.), *Familie - Zerfall oder neues Selbstverständnis*, Würzburg, 1987, págs. 18-27.

—, *Kinderlose Ehen. Eine empirische Studie über die Lebenssituation kinderloser Ehepaare und die Gründe für ihre Kinderlosigkeit*, Weinheim/Munich, 1988.

Neckel, S., «Individualisierung und Theorie der Klassen», en *Prokla*, nº 76, 1989, págs. 51-59.

Neidhardt, E., *Die Familie in Deutschland. Gesellschaftliche Stellung, Struktur und Funktion*, Opladen, 1975.

Nichteheliche Lebensgemeinschaften in der Bundesrepublik Deutschland, publicaciones del Ministro Federal para la Juventud, la Familia y la Salud, vol. 170, Stuttgart/Berlín/Maguncia, 1985.

Norwood, R., *Wenn Frauen zu sehr lieben*, Reinbek, 1986 (trad. cast.: *Mujeres que aman demasiado*, Madrid, Suma de Letras, 2000).

Nunner-Winkler, G., «Identität und Individualität», en *Soziale Welt*, nº 4, 1985, págs. 466-482.

OKO-TEST, *Ratgeber Kleinkinder*, Weinheim, 1989.

Olerup, A., L. Schneider y E. Monod, *Women, Work and Computerization - Oportunities and Disadvantages*, Nueva York, 1985.

O'Reilly, J., *The Girl I Left Behind*, Nueva York, 1980.

Ostner, I. y A. Krutwa-Schott, *Krankenpflege - ein Frauenberuf?*, Francfort, 1981.

Ostner, I. y B. Pieper, «Problemstruktur Familie - oder: Über die Schwierigkeit, in

und mit Familie zu leben», en Ostner y Pieper (comps.), *Arbeitsbereich Familie. Umrisse einer Theorie der Privatheit*, Francfort/Nueva York, 1980, págs. 96-170.
Palmer, C. E. y D. N. Noble, «Child Snatching», en *Journal of Family Issues*, nº 5, 1984, págs. 27-45.
Papanek, H., «Family Status Production: The "Work" and "Non-Work" of Women», en *Signs*, vol. 4, nº 4, 1979, págs. 775-781.
Partner, P., *Das endgültige Ehebuch für Anfänger und Fortgeschrittene*, Munich, 1984.
Pearce, D. y H. McAdoo, *Women and Children: Alone and in Poverty*, Washington, 1981.
Permien, H., «Zwischen Existenznöten und Emanzipation - Alleinerziehende Eltern», en Deutsches Jugendinstitut (comp.), *Wie geht's der Familie? Ein Handbuch zur Situation der Familie heute*, Munich, 1988, págs. 89-97.
Pfeffer, N. y A. Woollett, *The Experience of Infertility*, Londres, 1983.
Plessen, E., *Mitteilung an den Adel*, Zurich, 1976.
Pilgrim, V. E., *Der Untergang des Mannes*, Reinbek, 1986.
Praschl, P., «Bloß keine Blößen geben», en *Stern*, nº 13, 1988, pág. 38.
Praz, M., *Liebe, Tod un Teufel - Die schwarze Romantik*, Munich, 1960 (trad. cast.: *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Barcelona, Acantilado, 1999).
Preuss, H. G., *Ehepaartherapie. Beitrag zu einer psychoanalystischen Partnertherapie in der Gruppe*, Francfort, 1985.
Pross, H., *Der deutsche Mann*, Reinbek, 1978.
Quintessenzen aus der Arbeitsmarkt- und Berufsforschung 1984. Frauen und Arbeitmarkt, Nuremberg (IAB), 1984.
Rapp, R., «XYLO: a true story», en R. Arditti y otros (comps.), *Test-Tube Women. What future for the motherhood?*, Londres, 1984, págs. 313-328.
—, (comp.), *Frauen berichten vom Kinderkriegen*, Munich, 1984.
Rerrich, M. S., «Veränderte Elternschaft», en *Soziale Welt*, nº 4, 1983, págs. 420-449.
—, *Balanceakt Familie. Zwischen alten Leitbildern und neuen Lebensformen*, Friburgo, 1988.
—, «Was ist neu an den "neuen" Vätern», en H. Keupp y H. Bilden (comps.), *Verunsicherungen. Das Subjekt im gesellschaftlichen Wandel*, Göttingen, 1989, págs. 93-102.
Richter, H. E., *Eltern, Kind und Neurose. Die Rolle des Kindes in der Familie*, 1969.
Riehl, W. H., *Die Familie*, Stuttgart, 1861.
Riesman, D., «Egozentrik in Amerika», en *Der Monat*, nº 3, 1981, págs. 111-123.
Rifkin, J., *Kritik der reinen Unvernunft*, Reinbek, 1987.
Rilke, R. M., *Briefe*, Francfort, 1980.
Ritsert, J., «Braucht die Soziologie den Begriff der Klasse?», en *Leviathan*, nº 15, 1987, págs. 4-38.
Rolff, H. G. y P. Zimmermann, *Kindheit im Wandel. Eine Einführung in die Sozialisation im Kindesalter*, Weinheim/Basilea, 1985.

Roos, B. y F. Hassauer (comps.), *Kinderwunsch. Reden und Gegenreden*, Weinheim/Basilea, 1982.
Rosenbaum, H. (comp.), *Seminar: Familie und Gesellschaftsstruktur*, Francfort, 1978.
—, *Formen der Familie. Untersuchungen zum Zusammenhang von Familienverhältnissen, Sozialstruktur und sozialem Wandel in der deutschen Gesellschaft des 19. Jahrhunderts*, Francfort, 1982.
Rossi, A. S. (comp.), *The Feminist Papers. From Adams to de Beauvoir*, Nueva York, 1983.
Roth, C., «Hundert Jahre Eugenik», en C. Roth (comp.), *Genzeit. Die Industrialisierung von Pflanze, Tier und Mensch. Ermittlungen in der Schweiz*, Zurich, 1987, págs. 93-118.
Rothman, B. K., *The Tentative Pregnancy. Prenatal Diagnosis and the Future of Motherhood*, Londres, 1988.
Rubin, L. B., *Intimate Strangers. Men and Women Together*, Nueva York, 1983.
Ryder, N. B., «The Future of American Fertility», en *Social Problems*, vol. 26, nº 3, 1979, págs. 359-370.
Sartre, J. P., *El ser y la nada*, Madrid, Alianza, 1989.
Schellenbaum, P., *Das nein in der Liebe. Abgrenzung und Hingabe in der erotischen Beziehung*, Stuttgart, 1984.
Schenk, H., *Abrechnung*, Reinbek, 1979.
Schlodder, H., «Sprachver(w)irrungen. Der Jargon und die Gefühle», en *Süddeutsche Zeitung*, 8 y 9 de septiembre de 1984.
Schlumbohm, J. (comp.), *Kinderstuben. Wie Kinder zu Bauern, Bürgern, Aristokraten wurden, 1700-1850*, Munich, 1983.
Schmid, J., «Die Bevölkerungsentwicklung in der Bundesrepublik Deutschland», en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, suplemento del seminario *Das Parlament*, 28 de abril de 1989, págs. 3-15.
Schmid, W., «Auf der Suche nach einer neuen Lebenskunst», en *Merkur*, 1986, págs. 678 ss.
Schmidbauer, W., *Die Angst vor Nähe*, Reinbek, 1985.
Schmiede, W., *Henry Miller*, Reinbek, 1987.
Schneider, S. W., *Intermarriage. The Challenge of Living with Differences*, Free Press, 1989.
Schopenhauer, A., *Vom Nutzen der Nachdenklichkeit*, Munich, 1987.
Schröter, M., *«Wo zwei zusammenkommen in rechter Ehe...» Studien über Eheschließungsvorgänge vom 12. bis 15. Jahrhundert*, Francfort, 1985.
Schütze, Y., «Die isolierte Kleinfamilie», en *Vorgänge*, nº 5, 1981, págs. 75-78.
—, *Die gute Mutter. Zur Geschichte des normativen Musters «Mutterliebe»*, Bielefeld, 1986.
—, «Zur Veränderung im Eltern-Kind-Verhältnis seit der Nachkriegszeit», en R. Nave-Herz (comp.), *Wandel und Kontinuität der Familie in der Bundesrepublik Deutschland*, Stuttgart, 1988, págs. 95-114.
Schulz, W., «Von der Institution "Familie" zu den Teilbeziehungen zwischen Mann, Frau und Kind», en *Soziale Welt*, nº 4, 1983, págs. 401-419.

Schumacher, J., «Partnerwahl und Partnerbeziehung», en *Zeitschrift für Bevölkerungswissenschaft*, n° 4, 1981, págs. 499-518.
Seidenspinner, G. y A. Burger, *Mädchen '82. Eine Untersuchung im Auftrag der Zeitschrift Brigitte*, Hamburgo, 1982.
Sennett, R., *The Fall of Public Man*, Londres, 1976 (trad. cast.: *El declive del hombre público*, Barcelona, Edicions 62/Península, 1978).
Sichrovsky, P., «Grips-Mittelchen», en *Kursbuch*, mayo de 1989, págs. 55-59.
Sichtermann, B., *Leben mit einem Neugeborenen. Ein Buch über das erste halbe Jahr*, Francfort, 1981.
—, *Vorsicht, Kind. Eine Arbeitsplatzbeschreibung für Mütter, Väter und andere*, Berlín, 1982.
Sieder, R., *Sozialgeschichte der Familie*, Francfort, 1987.
Simmel, G., *Philosophie des Geldes*, Berlín, 1977 (trad. cast.: *Filosofía del dinero*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1976).
—, *Schriften zur Philosophie und Soziologie der Geschlechter*, Francfort, 1985.
Statistisches Bundesamt (comp.), *Frauen in Familie, Beruf und Gesellschaft, Ausgabe 1983*, Wiesbaden, 1983.
—, (comp.), *Datenreport*, Bonn, 1983.
—, (comp.), *Frauen in Familie, Beruf und Gesellschaft, Ausgabe 1987*, Wiesbaden, 1987.
—, (comp.), *Statistisches Jahrbuch 1988 (für die Bundesrepublik Deutschland)*, 1988.
Steinbeck, J., *Amerika und die Amerikaner*, Lucerna, 1966.
Stich, J., «"Spätere Heirat nicht ausgeschlossen..." Vom Leben ohne Trauschein», en Deutsches Jugendinstitut (comp.), *Wie geht's der Familie? Ein Handbuch zur Situation der Familie heute*, Munich, 1988, págs. 155-162.
Stone, L., «Heirat und Ehe im englishen Adel des 16. und 17. Jahrhunderts», en H. Rosenbaum (comp.), *Seminar: Familie und Gesellschaftsstruktur*, Francfort, 1978, págs. 444-479.
—, *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800*, Nueva York, 1979.
Strümpel, B. y otros, *Teilzeitarbeitende Männer und Hausmänner*, Berlín, 1988.
Theweleit, K., *Männerphantasien*, 2 vols., Reinbek, 1987.
Tilly, C. (comp.), *Historical Changes of Changing Fertility*, Princeton, 1978.
Tuchman, B., *Der ferne Spiegel. Das dramatische 14. Jahrhundert*, Munich,1982.
Turow, S., *The Burden of Proof*, Londres, 1991 (trad. cast.: *El peso de la prueba*, Barcelona, Ediciones B, 1998).
Tyrell, H., «Ehe und Familie - Institutionalisierung und Deinstitutionalisierung», en K. Lüscher y otros (comps.), *Die «postmoderne» Familie*, Constanza, 1988, págs. 145-156.
Urdze, A. y M. S. Rerrich, *Frauenalltag und Kinderwunsch. Entscheidungsgründe für oder gegen weitere Kinder bei Müttern mit einem Kind*, Francfort, 1981.
Van den Daele, W., *Mensch nach Maß? Ethische Probleme der Genmanipulation und Gentherapie*, Munich, 1985.
Vester, H. G., *Die Thematisierung des Selbst in der postmodernen Gesellschaft*, Bonn, 1984.

Vogt-Hagebäumer, B., *Schwangerschaft ist eine Erfahrung, die Frau, den Mann und die Gesellschaft angeht*, Reinbek, 1977.
Vollmer, R., *Die Entmythologisierung der Berufsarbeit*, Opladen, 1986.
Von Hentig, H., «Vorwort», en P. Ariès, *Geschichte der Kindheit*, Munich, 1978, págs. 7-44.
Von Schönfeldt, S. G., *Das Buch vom Baby. Schwangerschaft, Geburt und die ersten beiden Lebensjahre*, Ravensburg, 1969.
—, *Knaurs Großes Babybuch*, Munich, 1985.
Wachinger, L., *Ehe. Einander lieben - einander lassen*, Munich, 1986.
Wagnerova, A., *Scheiden aus der Ehe. Anspruch und Scheitern einer Lebensform*, Reinbek, 1982.
Wahl, K., *Die Modernisierungsfalle - Gesellschaft, Selbstbewußtein und Gewalt*, Francfort, 1989.
Wahl, K., G. Tüllmann, M. S. Honig y L. Gravenhorst, *Familien sind anders!*, Reinbek, 1980.
Wallerstein, J. y S. Blakeslee, *Gewinner und Verlierer - Frauen, Männer, Kinder nach der Scheidung*, Munich, 1989.
Wander, M., *«Guten Morgen, du Schöne». Frauen in der DDR. Protokolle*, Darmstadt/Neuwied, 1979.
Wassermann, J., *Laudin und die Seinen* (1925), Munich, 1987.
Weber, M., *Die protestantische Ethik*, Tubinga, 1979 (trad. cast.: *Ética protestante*, Madrid, Alba, 1998).
Weber-Kellermann, I., *Die deutsche Familie. Versuch einer Sozialgeschichte*, Francfort, 1975.
Wehrspaun, M., «Alternative Lebensformen und postmoderne Identitätskonstitution», en K. Lüscher y otros (comp.), *Die postmoderne Familie*, Constanza, 1988, págs. 157-168.
Wetterer, A., «Die neue Mütterlichkeit. Über Brüstte, Lüste und andere Stil(l)blüten aus der Frauenbewegung», en M. Häussler y otros, *Bauchlandungen. Abtreibung - Sexualität - Kinderwunsch*, Munich, 1983, págs. 117-134.
Weymann, A., «Handlungsspielräume im Lebenslauf. Ein Essay zur Einführung», en A. Weymann (comp.), *Handlungsspielräume. Untersuchungen zur Individualisierung und Institutionalisierung von Lebensläufen in der Moderne*, Stuttgart, 1989, págs. 1-39.
White, N. R., «On being one of the boys: an exploratory study of women's professional and domestic role definitions», en *Women's Studies International Forum*, vol. 7, n° 6, 1984, págs. 433-440.
Wiegmann, B., «Frauen und Justiz», en M. Jansen-Jurreit (comp.), *Frauenprogramm. Gegen Diskriminierung*, Reinbek, 1979, págs. 127-132.
Wiggerhaus, R., «"Nun aber ich selbst". Neue Tendenzen in der Literatur von Frauen in der Bundesrepublik, in Österreich und in der Schweiz», en *Die Neue Gesellschaft. Francforter Hefte*, n° 7, 1985, págs. 600-607.
Williams, L. S., *«It's Gonna Work for Me». Women's Experience of the Failure of In Vitro Fertilization and Its Effect on Their Decision to Try IVF Again*, ponencia

en el III Congreso Internacional e Interdisciplinario de Mujeres, Dublín, 1987, manuscrito hectografiado.

Willms, A., «Segregation auf Dauer? Zur Entwicklung des Verhältnisses von Frauenarbeit und Männerarbeit in Deutschland, 1880-1980», en W. Müller y otros, *Strukturwandel der Frauenarbeit 1880-1980*, Francfort, 1983, págs. 107-181.

—, «Grundzüge der Entwicklung der Frauenarbeit von 1880 bis 1980», en W. A. Müller y otros, *Strukturwandel der Frauenarbeit 1880-1980*, Francfort, 1983, págs. 25-54.

Wimschneider, A., *Herbstmilch. Lebenserinnerungen einer Bäuerin*, Munich, 1987 (trad. cast.: *Leche de otoño: memorias de una campesina*, 5ª ed., Barcelona, Círculo de Lectores, 1994).

Wingen, M., «Leitung und Einführung zur Podiumsdiskussion "Heiratsverhalten und Familienbindung"», en J. Schmid y K. Schwarz (comps.), *Politische und prognostische Tragweite von Froschungen zum generativen Verhalten*, Berlín, 1985, págs. 340-351.

Wysocki, G. V., *Die Fröste der Freiheit. Aufbruchsphantasien*, Francfort, 1980.

Zinnecker, J., «Zukunft des Aufwachsens», en J. J. Hesse, H. G. Rolff y C. Zöpel (comps.), *Zukunftswissen und Bildungsperspektiven*, Baden-Baden, 1988, págs. 119-139.

Zoll, R. y otros, *«Nicht so wie unsere Eltern!» Ein neues kulturelles Modell?*, Opladen, 1989.

Zschocke, F., *Er oder ich. Männergeschichten*, Reinbek, 1983.

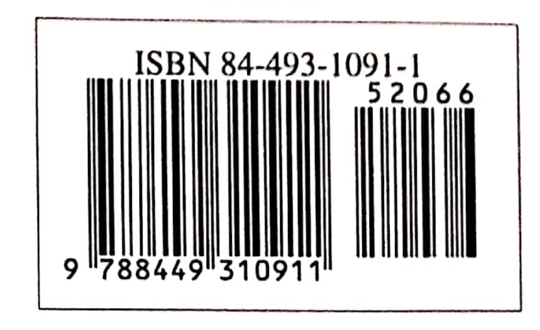
Zukunftsperspektiven gesellschaftlicher Entwicklungen. Bericht der Kommission «Zukunftsperspektiven gesellschaftlicher Entwicklungen», encargo del Gobierno del país federal de Baden-Württemberg, Stuttgart, 1983.

¿ES POSIBLE UN AMOR ENTRE IGUALES? ¿EXISTE EL AMOR DESPUÉS DE LA "EMANCIPACIÓN"? ¿O ACASO ES VERDAD QUE LA LIBERACIÓN PERSONAL Y EL AMOR CONSTITUYEN DOS OPUESTOS IRRECONCILIABLES?

CUANDO EL ENTUSIASMO JUVENIL SE HA PERDIDO, CUANDO YA NO SE VEN METAS NI OBJETIVOS, RESURGE LA VIEJA PREGUNTA: "¿QUIÉN SOY?". Y ENTONCES ENTRA EN ESCENA OTRA PASIÓN: LA PASIÓN POR LA AUTONOMÍA, POR LA AUTOAFIRMACIÓN, POR LA PROPIA VIDA. A PARTIR DE AHÍ, SÓLO QUIEN EQUIPARA EL MATRIMONIO CON LA SEXUALIDAD, EL AMOR Y LA CONVIVENCIA PUEDE CAER EN EL ERROR DE CREER QUE EL DIVORCIO SIGNIFICA EL FINAL DEL MATRIMONIO. PUES LA RELIGIÓN Y EL AMOR CONTIENEN UNA UTOPÍA ANÁLOGA: SON UNA LLAVE PARA SALIR DE LA JAULA DE LA NORMALIDAD.

ESTE LIBRO AFIRMA QUE UNA DE LAS PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DE LOS TIEMPOS QUE NOS HA TOCADO VIVIR ES EL CHOQUE DE INTERESES ENTRE AMOR, FAMILIA Y LIBERTAD PERSONAL. LA FAMILIA NUCLEAR, CONSTRUIDA ALREDEDOR DE LA DIFERENCIACIÓN SEXUAL, SE ESTÁ DESMEMBRANDO DEBIDO A LAS CUESTIONES QUE PLANTEAN LA EMANCIPACIÓN Y LA IGUALDAD ANTE LA LEY. Y ELLO GENERA EL CAOS TOTALMENTE NORMAL Y COTIDIANO DEL AMOR.

DISEÑO: MARIO ESKENAZI


ISBN 84-493-1091-1
52066
9 788449 310911





ULRICH BECK DIRIGE EL INSTITUTO DE SOCIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE MUNICH Y ES CATEDRÁTICO DE LA LONDON SCHOOL OF ECONOMICS. EN EL CAMPO DE LA POLÍTICA, ES MIEMBRO DE LA COMISIÓN ALEMANA PARA EL FUTURO DE LOS GOBIERNOS REGIONALES DE BAVIERA Y SAJONIA, ORGANISMO DESDE EL QUE PRETENDE LLEVAR A LA PRÁCTICA SUS IDEAS SOBRE EL NUEVO ORDEN LABORAL. CON SU LIBRO *LA SOCIEDAD DEL RIESGO*, TAMBIÉN PUBLICADO POR PAIDÓS, AGITÓ LAS TRANQUILAS AGUAS DEL DEBATE PÚBLICO SOBRE LA CUESTIÓN EN LOS AÑOS OCHENTA. OTRAS DE SUS OBRAS SON *POLÍTICAS ECOLÓGICAS EN LA EDAD DEL RIESGO* (EDITADA POR EL ROURE), *LA DEMOCRACIA Y SUS ENEMIGOS*, *¿QUÉ ES LA GLOBALIZACIÓN?* Y *UN NUEVO MUNDO FELIZ*, ESTAS TRES ÚLTIMAS IGUALMENTE TRADUCIDAS AL CASTELLANO POR PAIDÓS.

ELISABETH BECK-GERNSHEIM ES PROFESORA DE SOCIOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD DE HAMBURGO.

